Alfonso Domingo

El canto del búho

La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas

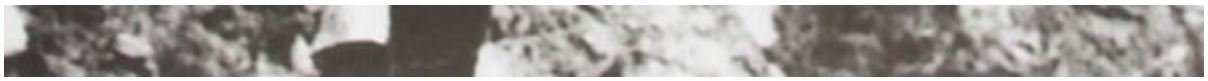


Alfonso Domingo

El canto del búho

La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas





Siempre se ha dicho que los enlaces corrían mucho más peligro que los propios guerrilleros, ya que ni siquiera disponían de las armas de los del monte para enfrentarse a las fuerzas del régimen franquista. Éste es un libro que habla de esos olvidados, muchos de ellos mujeres, las grandes víctimas de la postguerra.

Entre los años 1939 y 1952, fechas entre la que se desarrolla fundamentalmente la guerrilla en España, algo alentada por debajo del silencio oficial. Era una realidad compuesta de contraseñas, complicidades, disimulo y miedo.

Miedo a la tortura, a la ley de fugas, a la cárcel y a la muerte. Esa vida de heroísmo cotidiano, hecha de claves y de miradas, de palabras a media voz, es la protagonista de este libro. Cómo vivían los guerrilleros en el monte, cuál fue su vida cotidiana y cómo se desarrolló su dura lucha con sus luces y sus sombras, sus esperanzas y sus desengaños. Aún hoy todavía quedan historias por contar.

Esperemos que este libro contribuya al conocimiento de una realidad, que no por secreta cuando tuvo lugar, es menos fascinante.



Alfonso Domingo

El canto del búho

La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas

ePub r1.1
Titivillus 17.11.16

Título original: *El canto del búho*
Alfonso Domingo, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Parece como si en Francia hubieran inventado la guerrilla.
Pero si hasta la palabra mundial es española.
Los maquis franceses, con todos los respetos, iban en coche,
y nosotros, en España, andando,
sin parar, saltando de piedra en piedra, a patita,
campo a través, bajo la lluvia, el sol o la nieve,
en silencio, a veces con más de 40 kg
en la mochila, comiendo hierbas o lagartos.
Esos éramos los guerrilleros

Un jefe de guerrilla

Por llanuras y montañas
guerrilleros libres van
los mejores luchadores
del campo y de la ciudad.

Su bandera de combate
con su manto cubrirá
a los bravos paladines
que en la lucha caerán.

[…] Venceremos al franquismo
en la batalla final
Camaradas, muera Franco
viva nuestra libertad.

Himno guerrillero


Agrupación
León-Galicia
Agrupación
Asturias-Cantabria
FRANCIA
Invasión
Valle de Arán
Zona M
«Mirlo»
Agrupación
Centro y Extremadura
Agrupación
Levante-Aragón
(AGLA)
PORTUGAL
Independientes
Jaén
Grupo guerrillero
«Fermín Galán»
Agrupación
Granada-Málaga

PRÓLOGO

Un año y veinte días después de la muerte de Franco, el 9 de diciembre de 1976, el último guerrillero, Pablo Pérez Hidalgo, alias *Manolo el Rubio*, de 65 años, se entregó a la Guardia Civil.

Cuando con Jesús Torbado recorríamos tierras andaluzas para nuestro libro *Los topos*, dimos con él en su cortijo de Genalguacil, en la malagueña serranía de Ronda. De haber sido por él hubiera seguido en la clandestinidad, pero tras una delación por un cartón de tabaco, la Guardia Civil subió a por él para prenderlo. España se hallaba ya en democracia, la amnistía llegó hacía años, pero *Manolo* no se fiaba. Levantó los brazos y a nuestro amigo *Manolo el Rubio* no le pasó nada. Era libre como un pájaro.

Alfonso Domingo se ocupa en este libro de la peripecia de *Manolo*, como se ocupa, no por afán estadístico de la vida de centenares de maquis, de guerrilleros. Para unos, para el régimen de Franco, eran bandidos, bandoleros; para otros, los últimos combatientes de la República. Se pusieron a pelear demasiado tarde y los retiraron de la escena, del monte, demasiado tarde también, en 1952. El último guerrillero cayó muerto en 1965 en Lugo.

Nadie les informó que el mundo había cambiado, que la «guerra chica» hacía tiempo que estaba condenada al fracaso. ¿Fue todo en vano? ¿Sirvió para que la represión estremeciera aún más las zonas rurales? ¿Fue una estampa de dignidad en medio de la atonía de un pueblo exangüe?

Ésta no es, lejos de ello, una guía telefónica del guerrillerismo antifranquista, de lo que algunos ilusos llamaron «la reconquista de España». No lo es porque a su autor lo que le importa es el testimonio de primera mano, completado con oportunas calas bibliográficas, pero sin

abusar de ellas. Se lee de corrido y aporta una documentación rica, emocionante, verdadera y vivísima.

Los libros sobre los guerrilleros no dejan de publicarse. Eso está bien. Alfonso Domingo ha acertado al recorrerse España para seguir la pista de los que lucharon desde los montes contra la dictadura. «La respuesta es la memoria», escribió el Nobel de la Paz, Elie Wiesel, tras salir de un campo de exterminio nazi. «La memoria es la única respuesta. Diles a los que quieran saberlo que nuestro dolor es auténtico, nuestra perplejidad infinita y el agravio profundo». Hay dolor, perplejidad y agravio profundo en estas páginas.

En el maquis, palabra francesa a la que los luchadores en armas contra el régimen franquista renuncian a cambio de la española *guerrilla*, hubo de todo. Sin apriorismos, el autor, provisto de lápiz y papel va de un lado a otro para recoger el relato de los que combatieron. Reconocen sus errores y abusos, que los hubo, pero la memoria hará que los errores no ofusquen los méritos de los que lucharon a pecho descubierto, limpios de corazón, ingenuos, mal pertrechados y al fin abandonados a su suerte.

Hubieron de pelear en condiciones muy difíciles, contra la orografía, el mal tiempo, el hambre, la soledad, a veces el entorno, gobernados por una disciplina durísima. Desde la perspectiva de hoy, en una España tan distinta, resulta difícil juzgarlos. Cada lector debe sacar su conclusión. Hubo héroes y antihéores, idealistas y asesinos. Llama la atención la sinceridad con la que se pronuncian.

Es mérito del autor la búsqueda y el testimonio. Alfonso Domingo se presenta al lector como un reportero más que como un historiador, pero es que este tipo de asunto necesita también de la contribución del periodista, que va, indaga, pregunta, analiza el fenómeno y estampa su peripecia. Los mejores de ellos, en palabras del poeta José Ángel Valente…

> … no reivindicaron
> más privilegio que el de morir
> para que el aire fuera
> más libre en las alturas
> y más libres los hombres.

Entretanto, penalidades, delaciones, las típicas divisiones ideológicas, choques, deserciones, traiciones, desfallecimientos, abandonos, sin pan y sin amor, fijos en una idea, la de vencer contra un enemigo muy superior e implacable en sus métodos.

Los guerrilleros que en el mundo han sido, desde Espoz y Mina hasta el *Che* Guevara, respiraron por estas mismas o parecidas heridas. Algunas de las reflexiones o de las historias que se cuentan en *El canto del búho* aparecen en las *Memorias* del Che en geografía muy distinta y distante, en circunstancias que difieren del marco de este libro. Lo cuenta Alfonso Domingo con su prosa desnuda, sin internarse en vericuetos retóricos o en tecnicismos innecesarios. Ésta es la primera condición del reportero, investigar y luego contar con claridad, hacer hablar a los protagonistas antes de que desaparezcan de escena.

Es imposible resumir el caudal de las enseñanzas que uno recibe de *El canto del búho*, un canto a la supervivencia, al conocimiento del terreno y la psicología de los hombres. El testimonio desde Asturias y Cantabria hasta Cataluña y el valle de Arán (la invasión imposible de hombres enviados al matadero), del Centro y Extremadura hasta Andalucía y Levante, es vertiginoso. Operan la imaginación para sobrevivir, la ayuda de las buenas gentes, la dureza del compromiso, en el que, como leemos, también tomaron parte las mujeres y no en tono menor, el alcance de la represión. En un ejercicio de ecuanimidad, el autor nos presenta también la otra cara, la más humana en el otro lado. Ahí está el general Prieto que elogia para nuestra sorpresa a Camilo Alonso Vega. Prieto trató de dar una respuesta de juego limpio a un espantoso enfrentamiento. Y sus reflexiones no pueden ser más esclarecedoras.

Con paciencia de entomólogo y precisión de cirujano, Alfonso Domingo nos da en *El canto del búho* una lección en diversas materias, la moral, la naturaleza en situaciones límite, la condición humana, la codicia y la generosidad, el ideal de libertad y tantas otras. Bandidaje o romanticismo, lucha por la vida y un ideal, casos de cobardía pero también de limpieza de intenciones. ¿Mereció la pena?

Te dan pena algunos de estos personajes, tan utilizados, tan traicionados, tan olvidados. No sólo cuenta la geografía, sino el alma de la

guerrilla, con anécdotas que sorprenden, como la del guerrillero que da de comer a un ratón, «casi humano», los gorgojos de su pitanza. Todo pasa por aquí, sueños, nostalgias, decepciones (confiaban en un levantamiento general y se toparon con brazos caídos y ánimos cansados como consecuencia de una devastadora guerra), sentimientos en carne viva, falsas esperanzas (la Segunda Guerra Mundial podría cambiarlo todo) difíciles de entender desde la España olvidadiza y sobrealimentada de nuestros días. Las democracias por las que lucharon se encargarían de salvar al régimen de Franco porque lo necesitaban en los avatares de la guerra fría. ¿Para ese final tanta entrega, tanto sacrificio, tantos padecimientos de enlaces, puntos de apoyo, guerrilleros agazapados de día y caminantes en la noche? Ellos, generosos, trataron de convertir una derrota en victoria. Los engañaron y se engañaron. No pudo ser por la brutal desproporción de fuerzas, pero si los vencedores escriben la historia, los derrotados tienen, también, todo el derecho a contarla. Es lo que hace Alfonso Domingo con honradez y amor a la verdad.

Manuel Leguineche

INTRODUCCIÓN

Un tiempo de miseria y silencio.

Cuando yo nací, en 1955, aún quedaban guerrilleros antifranquistas en España. Eran ya muy pocos, tal vez una docena y luchaban, más que contra Franco, por su supervivencia, en una línea tenue que no siempre les separaba del bandidaje. Veinte años después, cuando murió el promotor y vencedor de la Guerra Civil, la lucha se planteaba de manera diferente.

Como para muchos hombres y mujeres de mi generación, la Guerra Civil, que sí vivieron mis padres, era un extraño fantasma. Su peso gravitaba con fuerza sutil pero aún evidente cuando salía en la conversación. Por el respeto y el miedo que aún suscitaba su sola mención, ejercía para nosotros, niños y adolescentes de una España que salía del mundo rural, una fascinación asombrosa. Naturalmente, la historia que recibíamos en nuestro entorno era la historia de los vencedores, la de la *Enciclopedia Álvarez* y la «gloriosa cruzada». Como muchas familias españolas, la mía tuvo también miembros a uno y otro lado en aquel conflicto incivil, así que conocíamos además otra versión diferente a la oficial. Pero la verdadera historia, la que podía recoger la voz de los vencidos y contrastarla con la de los vencedores, ésa nos fue hurtada.

La lucha de la guerrilla antifranquista es un epígono de la Guerra Civil. Los que la escribieron fueron gente del pueblo, variopinta, y como en toda lucha cometieron errores, se dejaron llevar a veces por la rabia o la desesperación. Pero en su mayoría, tenían muy a gala ser los últimos defensores de la República, un régimen que la mayoría de los españoles

había elegido democráticamente y que fue eliminado por la sublevación de una parte del Ejército y la alianza con las fuerzas reaccionarias.

Mucho se ha avanzado en la recuperación de esa historia, con sus luces y sombras —no todos los que se echaron al monte fueron guerrilleros y no todos los guerrilleros se comportaron como los últimos soldados de la República—, y hoy existen libros y estudios que tratan desde los hechos locales hasta una panorámica general de toda España. Este libro cumpliría uno de sus objetivos si el lector que se acerca por primera vez a estos temas siguiera luego con otros escritos por historiadores y especialistas sobre la guerrilla.

Éste no es un libro de historia, sino de historias. Lejos del planteamiento del historiador, de los datos, las cifras, las fechas, lo que me ha interesado siempre de la guerrilla es el testimonio de unos hombres y mujeres que han sobrevivido y han podido contar aquel tiempo de lucha. Estos supervivientes han aportado su palabra, silenciada incluso por la España que volvió a la democracia —la consigna entonces era superar las secuelas del largo paréntesis dictatorial— y que había sellado unos pactos de la Moncloa en los que se les sepultó en el olvido.

La guerrilla en España se desarrolla fundamentalmente entre 1942 y 1952, aunque aún sobreviven algunos irreductibles o aislados, hasta principios de los años sesenta. La realidad de aquellos años estaba compuesta de contraseñas, complicidades, disimulo y miedo. Esa vida de heroísmo cotidiano, hecha de claves y de miradas, de palabras a media voz, es la protagonista de este libro. Aún, a pesar de todo lo que se ha publicado —en artículos, reportajes y documentales—, quedan pequeñas y grandes historias por salir a la luz. Gente que lo dio todo, hasta la vida, por la causa de una España republicana, gente que fue torturada y traicionó, gente que fue captada por la Guardia Civil o la Policía, un buen número de tragedias personales y colectivas.

Los enlaces: héroes del día a día.

En cualquier caso, éste no sólo es un libro de historia oral, sino de *historia coral*. Un libro que no hubiera sido posible sin la colaboración de todos los entrevistados. Vaya desde aquí, y antes de nada, mi más profundo agradecimiento. Con los testimonios de los guerrilleros que aquí aparecen se puede tener una visión general de lo que fue la guerrilla en nuestro país.

Éstas son historias escogidas de guerrilleros de la montaña y guerrilleros del llano, los enlaces. Los enlaces han sido los más olvidados en la revisión histórica que se ha vivido en los últimos años en España. Y, de alguna manera, su heroísmo callado ha sido si cabe mayor que el de los que se echaban al monte. Porque si los que combatían al régimen franquista en las sierras de España aún tenían armas para defenderse, los enlaces, muchas veces mujeres o niños, estaban inermes ante la dictadura. Frente a unos 6 o 7. 000 guerrilleros, el número de enlaces fue diez, veinte veces mayor. Según cifras oficiales, hubo 20. 000 enlaces detenidos. Otros murieron a manos de las fuerzas de la Guardia Civil, que les aplicó la «ley de fugas», les torturó o les fusiló. Entre los enlaces, algunos se convirtieron en delatores para salvar la vida. La guerrilla es una historia de héroes y villanos que tiene numerosas zonas grises.

Eran tan vitales los «guerrilleros del llano» que cuando este apoyo faltaba o era eliminado, la guerrilla no duraba mucho. Los enlaces se llamaban de una forma u otra, dependiendo de la zona de actuación. Pero fueran «guerrilleros del llano», «milicias pasivas» o «Servicio de Información Republicano» (SIR), significaban lo mismo: los ojos y los oídos de aquel organismo de resistencia. Eran los encargados de transmitir la información con rapidez, ya fuera el número de guardias civiles en los «apostaderos» (puentes, encrucijadas de caminos, cortijos o masías), como los potenciales objetivos económicos. Los enlaces comunicaban a los del monte con los partidos y organizaciones políticas clandestinas ubicadas en las ciudades y además estudiaban los posibles sabotajes: polvorines, cuarteles, líneas telefónicas, ferrocarriles… Su labor de información se completaba con el acopio de datos sobre alcaldes, falangistas y somatenes que se destacaban por su brutalidad en la represión a los vencidos.

En un primer momento, los familiares de las víctimas constituyeron el más importante apoyo para los huidos: padres y madres cuyos hijos habían

sido ejecutados, hermanos de represaliados, viudas de republicanos, familiares de los presos políticos. Luego, los enlaces se buscaron fuera del castigado círculo familiar. Estas redes locales funcionaron en el campo y en la sierra.

Estas redes de apoyo se encargaban de comprar comida, vestidos, medicinas y, cuando se podía, munición y armamento. La composición social de los enlaces y colaboradores era muy variada: había soldados —que pasaban munición—, clérigos, maestros, médicos o jornaleros. Para los enlaces, los guerrilleros encarnaban la sed de justicia y, en algunos casos, el deseo de venganza.

La magnitud de la colaboración explicaba que una noticia llegase velozmente de punta a punta de una comarca a través de sistemas que pasaban inadvertidos, como los silbidos de los pastores o por el color y la orientación de las prendas que tendían las mujeres de los cortijos. Así, los de la sierra podían saber rápidamente el número de las patrullas de las fuerzas del orden y desde dónde venían o qué enlace o familiar había sido detenido y qué buzón localizado.

No todos los enlaces fueron voluntarios. Hubo otros que no tuvieron más remedio y lo fueron por obligación. Estas situaciones se daban en zonas alejadas de los núcleos de población importantes, donde la guerrilla tenía un control permanente. Allí, en esos paisajes abruptos, ser enlace era casi forzoso. Muchos vivieron la situación como un drama personal, y estuvieron entre los guerrilleros y la Guardia Civil.

Denuncias, consejos de guerra y condenas, trilogía nefasta.

En un país en el que la envidia seguía siendo el pecado nacional, la denuncia fue el motor de la justicia franquista. Hubo, eso sí, dos épocas. En la primera, hasta 1941, cualquier denunciante anónimo podía iniciar un sumario. La denuncia era en muchos casos interesada, parcial e insidiosa. Bastaba con afirmar que el denunciado había pertenecido a un sindicato, partido de izquierdas o comité, había sido miliciano o cometido algún

asesinato, para que le aguardara una muerte segura. Ante los excesos que se estaban produciendo, se dio carácter público al denunciante, al que se exigía que aportara pruebas.

Por la denuncia se daba rienda suelta al rencor de viejas rencillas, se eliminaban competencias, cambiaban de manos haciendas, se resolvían conflictos familiares por herencias y, en fin, el ser humano alcanzaba altas cotas de bajeza moral.

Cuando el denunciado era detenido, se enfrentaba a un tribunal militar. Era el consejo de guerra. En los consejos de guerra se utilizaban tres extrañas figuras jurídicas que, de mayor a menor gravedad, eran: «rebelión», «auxilio a la rebelión» y «apoyo a la rebelión», llegando a la perversión jurídica de invertir el término de rebelde para los que nunca se rebelaron. Las condenas podían imponerse también por «exaltación a la rebelión», «tenencia de armas», «sedición», «conspiración», «inducción» y «deserción», sobre la base de una ley del 2 de marzo de 1943.

Los tribunales basaron su actuación en la aplicación del Código de Justicia Militar, previsto en tiempo de guerra para la población militar y mucho más duro que el Código Civil. La rapidez de los consejos de guerra daba a entender que aquello no era más que un trámite y que las condenas estaban decididas de antemano. Podían encontrarse juzgadas por la misma causa quince o veinte personas que nada tenían que ver entre sí. Poco podía hacer el abogado defensor militar, que normalmente no demostraba ningún interés.

Cuando se producía la condena a muerte, los familiares del acusado podían recurrir a la posibilidad de recabar informes y firmas entre los vecinos del pueblo, pero debían ser suscritos por el cien por cien de los mismos, lo que resultaba imposible tras una guerra que había hecho aflorar lo peor de los españoles y que aún arrastraba una secuela de odio y rencor.

Una nueva penalidad se añadía a todas las que sufrían los vencidos: la ley de Responsabilidades Políticas de 9 de febrero de 1939. Esta ley, que tenía efectos retroactivos hasta 1934 —año de la revolución de Asturias—, imponía fuertes sanciones económicas y el destierro o extrañamiento. Estas multas elevadas les eran impuestas a personas, por lo general de baja economía, por lo que el Estado aplicaba el embargo de las tierras y los

bienes. Para los funcionarios públicos preveía además la inhabilitación absoluta.

Mientras no existía gasolina para los coches y los pocos que había consumían el gasógeno nacional, GASNA, el régimen creaba combustibles legales y lanzaba medidas que legitimaran su orden. Por una parte, creó el Consejo de Estado, el Consejo de Economía Nacional, la Comisión de Regulación de la Producción, realizó una Reforma Tributaria y reabrió las bolsas; por otra, destilaba los mecanismos represivos con el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo —máxima obsesión franquista —, y la ley para la devolución de las expropiaciones de la reforma agraria de la República.

En 1947 se dictó un nuevo decreto-ley de bandidaje y terrorismo, para combatir a la guerrilla. Ese año, cuando comenzaron a volver los embajadores y las potencias occidentales dejaron claro que no iban a intervenir contra Franco, el régimen descargó toda su fuerza sobre la guerrilla y su eslabón más débil, los enlaces. Fue una guerra sucia que produjo miles de muertos. Cientos murieron en las comisarías, los cuartelillos o en aplicación de la «ley de fugas». La represión hizo que aumentaran sustancialmente las delaciones y las confidencias, a veces como única manera de salvar la vida. La reacción de los guerrilleros contra los que los delataban no hizo más que aumentar un ciclo infernal de violencia. Para la inmensa mayoría del pueblo, la guerra ya estaba definitivamente pérdida y la muerte y exterminio de los que resistían en el monte era algo que llegaría tarde o temprano.

La mujer fue víctima por antonomasia. La mujer fue la gran machacada de la posguerra. Además, en el caso de las mujeres de izquierdas, que estaban casadas con hombres de izquierdas o eran familiares de ellos, la situación fue mucho más penosa. La mujer ha simbolizado la resistencia callada, esa legión anónima que desde el silencio y la soledad fue refugio, consuelo y apoyo.

Habría que hablar del silencio. Así como en la guerra todo el mundo buscaba sobrevivir, en la posguerra todos buscaron escapar de las represalias, incluso los que no tenían motivos para temerlas. La vida valía poco. Nadie se atrevía a hablar, pues la desconfianza entre todos era

enorme. El silencio era lo mejor, lo único que salvaba. El silencio y no sacar los pies del plato, adaptarse al nuevo régimen impuesto por los vencedores que apretaba más que un par de zapatos chicos.

Nunca se podía saber de dónde podría venir el golpe, así que se sospechaba de todo y de todos, de amigos de toda la vida, de los vecinos. Era una crispación nerviosa intolerable y de ahí que una gran parte de los que se lanzaron al monte fuera debido al miedo más que por razones políticas, pues aunque simpatizaban con las izquierdas, en muchos casos no se habían significado en nada que les hubiera hecho temer una represalia. Se trataba de eso. Incluso la simpatía declarada o sospechada hacia los huidos era suficiente para temer lo peor.

Se había sufrido tanto durante la guerra que la gente quería que la vida se normalizara de una vez por todas para olvidar tantas tragedias. Muchos se impusieron ese olvido como una asignatura obligatoria. Lo increíble es que a pesar de todo esto, existió la guerrilla. O, por decirlo mejor, las guerrillas.

No una, sino muchas guerrillas.

Dicen que todo español lleva un guerrillero dentro. Hasta inventamos la palabra. Existe algo común entre lo que hacía Viriato, lo que ocurría en ocho siglos de conquista-reconquista con abundantes golpes de mano de unos y otros, lo que hacían los bandoleros —perdón por el símil— o expropiadores sociales del XIX y lo que hizo el pueblo que se levantó contra los franceses. Hay algo de atávico y telúrico en nuestros genes, tal vez una rebeldía indómita donde se condensan los posos de todas las sangres que han formado nuestro pueblo.

Entre todos los estudios realizados, aún se echa en falta un perfil, un estudio de edades, profesiones, una sistematización de tipos, de conductas. Un intento de explicación del fenómeno guerrillero analizando varios parámetros. De todas maneras, simplificando, cabe afirmar que la guerrilla la compusieron jóvenes cuya edad media era de 25 años, y que por

ocupaciones, la primera, con diferencia sobre las demás, fue la de jornalero, seguida de las de labrador, minero y, a mucha más distancia, albañil o pastor.

La guerra de guerrillas contra el franquismo surgió realmente en los días que siguieron al levantamiento del Ejército contra la República española el 18 de junio de 1936. En las áreas que cayeron inmediatamente bajo el control del Ejército rebelde, una sangrienta represión obligó a muchos antifascistas a esconderse en los montes cercanos para salvar sus pellejos. Esto se repitió en todas las regiones que caían en manos del Ejército franquista, una tras otra, hasta que las últimas tropas republicanas se rindieron en la zona centro-levante de la Península el 31 de marzo de 1939.

Si superponemos un mapa de relieve orográfico al mapa de la actividad guerrillera en España, veremos que coincide con determinadas alturas. Las zonas de actividad guerrillera fueron aquéllas que tenían unas características geográficas que la hacían posible, como las cadenas montañosas. Ésa fue su cara y su cruz. Si por un lado permitió la supervivencia de partidas con mucha movilidad, por otro redujo la actividad guerrillera a territorios poco poblados y aislados. Por eso, aunque las secciones de propaganda de cada guerrilla se emplearan a fondo, la lucha de los emboscados apenas se notó en el conjunto de España, silenciada además por la prensa oficial.

En muchas áreas, la actividad de la guerrilla fue irregular. El estilo y la naturaleza de la lucha de la guerrilla cambiaba dependiendo del terreno y los recursos de las partidas. Las acciones incluían las voladuras de objetivos estratégicos, atentados (asesinatos políticos), propaganda, protección de individuos y grupos clandestinos; atracos a bancos y secuestros para financiar la lucha. También acciones más espectaculares: misiones de rescate para liberar a compañeros capturados, combates con las fuerzas del orden e incluso atentados contra Franco.

La guerrilla en España no fue homogénea. No hubo una, sino muchas guerrillas. Existen diferencias no sólo regionales, sino hasta provinciales. Estas diferencias provienen del desarrollo de la Guerra Civil. En el norte, desde que cayeron los frentes, la masa de huidos no pudo pasar a la zona republicana. En Asturias, además, había una conciencia política que venía

de la revolución de los mineros de octubre de 1934. Pero no sólo por esa causa la guerrilla del norte fue diferente a la del sur. Habría que hablar de costumbres y sociología. Las del centro y el sur fueron más individualistas y estuvieron peor armadas. Tenían muchas escopetas y pocas armas automáticas, porque existía una gran dificultad en pasar armamento desde Francia. En Andalucía hubo numerosas partidas, algunas de ellas de más de cien miembros. La guerrilla del norte estuvo mejor armada, fue más contundente y también más sanguinaria. Fue la que realizó más represalias contra la gente del régimen. Un dato: mientras que en Ciudad Real la guerrilla mató a dieciocho personas relacionadas con la represión, en Asturias se dio muerte a 148.

Hubo guerrillas muy aisladas, como las de Granada, Málaga y Cádiz, que tuvieron más contacto con el norte de África a través del Estrecho que con el resto de la Península. De todas las guerrillas, la más politizada fue la agrupación guerrillera del Levante, creada en un primer momento por los maquis que pasaron de Francia con las invasiones pirenaicas del Valle de Arán. Sin duda, fue la guerrilla mimada del Partido Comunista, con el que tuvo mucha comunicación. La zona centro tuvo un contacto muy malo con el PCE; llegaron pocos enviados de Francia y cayeron todos. La guerrilla de la sierra sevillana fue una guerrilla foránea. Allí llegaron los guerrilleros de Córdoba a partir de 1948, buscando enlaces y apoyos en las localidades menos perseguidas. Luego, estos enlaces tuvieron que marchar también a la sierra.

Hubo provincias donde la mortandad fue enorme. En Córdoba, el historiador Francisco Moreno comprobó una lista de 159 guerrilleros del llano a los que se aplicó la ley de fugas. Allí ni siquiera se les dio la opción de reinsertarse o convertirse en delatores como ocurrió en Ciudad Real, Toledo y Granada, donde al teniente coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia le gustaba coger vivos a los guerrilleros y convertirlos en miembros de las contrapartidas, para que dieran caza a sus antiguos compañeros.

Si la represión en Ciudad Real, Toledo y Granada fue menos sanguinaria, no ocurrió lo mismo en Cáceres, con otro teniente coronel represor, Gómez Cantos, que aplicó el «paseillo» a muchos civiles que no

tenían nada que ver con la guerrilla. Por el contrario, prometió respetar la vida de los guerrilleros que se entregaran, y así lo hizo.

La adscripción política también hay que tenerla en cuenta. La guerrilla en Cataluña fue libertaria. En Asturias existía una doble guerrilla, la socialista y la comunista. Al final predominó la comunista, como en Galicia. En unas zonas se llevaron bien comunistas y socialistas, en otras se separaron, como en Ciudad Real. La pluralidad era la norma de la guerrilla, aunque poco a poco la presencia socialista y anarquista fuera disminuyendo respecto de la comunista.

La Guardia Civil y la guerra sucia.

Entre las armas, de las que hablaron en el monte quizá sean dos las más conocidas, el subfusil Sten inglés empleado por la guerrilla y el llamado *naranjero*, utilizado por la Guardia Civil, un subfusil alemán, Schmeisser MP-28-II. El apodo le viene porque fue fabricado en Alemania a petición española y la primera remesa fue pagada con un cargamento de naranjas. Los guerrilleros en ocasiones lograban hacerse con estas armas cuando asaltaban un cuartel de la Guardia Civil o recogían las de los guardias caídos en el combate.

Si la guerrilla tenía problemas para conseguir armas modernas, tampoco resultaba fácil hacerse con munición, normalmente cartuchos del calibre 9 mm/largo. El *naranjero*, por ejemplo, sólo podía disparar en ráfagas con un consumo de 450 cartuchos por minuto. Como la única fuente de suministro de munición para estas armas era la propia Guardia Civil, los guerrilleros apenas podían entablar combates largos, por la falta de munición.

Entre 1939 y 1942, unidades del Ejército regular, la Legión y los Regulares, con apoyo de la artillería, intentaron aplastar a las guerrillas, con un rotundo fracaso. Después de ese período y sobre todo tras la invasión del Valle de Arán en 1944, la Guardia Civil fue la institución elegida para combatir la resistencia armada. A partir de esa época hubo una clara

voluntad de no vincular al Ejército en esta lucha —aunque sí se le utilizó como apoyo en bastantes ocasiones. Eso habría significado el reconocimiento de una fuerza armada combatiente contra el nuevo régimen que había derrotado al Ejército republicano. Además, y sobre todo, el hecho fue que el Ejército— ya fueran unidades de reemplazo, regulares o incluso tropas moras —resultó inoperante en esta lucha, porque, entre otras cosas, no estaba preparado para ello. Las autoridades franquistas no se fiaban de un estamento donde cumplían tres años de servicio los represaliados de la Guerra Civil.

Así pues, y a pesar de que Franco estuvo dudando si acabar o no con el cuerpo de la Guardia Civil —hubo una parte de los guardias que fueron fieles a la República—, al final le encomendó la misión de acabar con los guerrilleros, aunque fuera librando una guerra sucia. Amparados en su uniforme, hubo muchos sujetos que realizaron auténticos desmanes. También por parte guerrillera hubo algunos excesos y comportamientos propios de la delincuencia (no olvidemos que las circunstancias les hacían vivir en la marginalidad más profunda), lo que nunca disculpará el comportamiento de la Guardia Civil —en especial las brigadillas y contrapartidas— sobre los familiares de los huidos y los enlaces.

La Guardia Civil creó unas «Escuelas Especiales Antiguerrilla» en Alcalá de Henares, Barcelona y lugares de Andalucía, Extremadura y Galicia. A las zonas con fuerte presencia guerrillera fueron destinados los miembros más enérgicos y combativos, los que tenían cuentas pendientes que saldar de la Guerra Civil o aquéllos con menos escrúpulos que querían ascender sin importarles la dura represión sobre los pobladores del lugar. Fue un tiempo de rencores, un tiempo oscuro de miseria tanto moral como material. Sin embargo, con respecto a una gran parte de los miembros de la Guardia Civil, habría que matizar algunas cosas. Por una parte, el origen social de la mayoría de los números de la Benemérita era muy parecido a la de los perseguidos. Ganaban lo mismo que cualquier trabajador de la época, 13 pesetas diarias y sus condiciones de vida eran duras, con jornadas de muchas horas. A esto se le sumaba un trato despótico de sus jefes, a los que en ocasiones les costaba motivar a sus hombres en la lucha contra la guerrilla. Bastantes guardias fueron expulsados del cuerpo por no mostrar

«suficiente diligencia» en combatir a los del monte. Como en el resto de las instituciones de la España de la posguerra, en la Guardia Civil había de todo. Desde los que contaban con un orgullo insano el número de personas que habían matado, hasta los que evitaban los encuentros con los guerrilleros, pensando que tarde o temprano pasarían a Francia y todo se acabaría. Algunos guardias cuando marchaban por lugares donde podían encontrarse los emboscados, silbaban o encendían un cigarro para anunciar su presencia. Los huidos, por su parte, también evitaban el encuentro. Aunque muchas veces pudieron haber matado a muchos más números, la suya no fue una lucha de tiro en la nuca ni de represalias con las familias de los guardias. A este respecto, todos los guerrilleros hoy son unánimes respecto al terrorismo. En palabras de José Murillo, *comandante Ríos*: «La guerrilla a la que pertenecí no tiene nada que ver con los que hoy dicen que son los "guerrilleros" del País Vasco. Yo no entiendo a esas personas, no sé si son de derechas, de izquierdas o nazis que dan tiros en la nuca. No entiendo esa clase de lucha. Nosotros nunca fuimos así».

El teniente general Camilo Alonso Vega —que estuvo al mando de la campaña contra la guerrilla durante 12 años— llegó a decir en 1955 cuando se despidió como director general de la Guardia Civil que: «El bandidismo —término franquista para denominar el fenómeno— tenía gran significado en España, interrumpiendo comunicaciones, desmoralizando al pueblo, arruinando nuestra economía, deshaciendo nuestra unidad y desprestigiándonos ante el mundo entero».

Franco mandó silenciar los informes sobre la oposición armada y los esfuerzos que se hacían para combatirla. En 1955, el general Franco comentó a su secretario Salgado-Araújo que «los sacrificios de la Guardia Civil tras la Segunda Guerra Mundial quedaron en silencio porque, por razones políticas y de seguridad, era inapropiado publicar las localidades, combates y muertos de aquéllos que cayeron en el cumplimiento del deber, en un sacrificio heroico y silencioso».

Aunque las cifras oficiales publicadas por el Instituto Armado en 1968 hablan de que la Guardia Civil tuvo 628 bajas (con 258 muertes) entre 1943 y 1952, una cifra más cercana a la verdad sería de unas mil muertes.

Tampoco las cifras que ofrece con respecto a los guerrilleros son ciertas. Según estos datos, hubo 2. 166 muertos, 3. 382 capturados y entregados y 19. 407 personas detenidas como enlaces o colaboradores. Estimaciones hechas por historiadores como Francisco Moreno llegan a calcular el número de guerrilleros en los montes de España en unas 7. 000 personas, aunque no todas al mismo tiempo.

Los duros años cuarenta.

Según el censo de 1940, España tenía 26. 187. 899 habitantes y a pesar de los tres años de Guerra Civil y el exilio, había crecido en más de dos millones desde 1930. En 1950, sólo creció en 2. 180. 743 personas. Todavía se discute si las causas de este pobre crecimiento fueron el hambre, las enfermedades o la represión con sus ejecuciones.

En 1945 Madrid tenía medio millón de habitantes y había absorbido como barrios a los pueblos de Carabanchel y Vallecas. Mientras la sensación eran las chicas topolino —chicas bien con zapatos altos de corcho, grandes pamelas y faldas por debajo de la rodilla—, una canción de moda aconsejaba:

> Total para qué te
> vas a preocupar
> las cosas como vienen
> se tienen que tomar.

Según la prensa oficial, España era una balsa de aceite que despegaba hacia un futuro lleno de optimismo. Las canciones hablaban de que sólo era necesario salud, dinero y amor. Y también contaban, en baladas con resonancias tirolesas:

> Encima de las montañas tengo un nido

que nunca ha visto nadie como él.
Encima de las montañas viviremos
el día que tú aprendas a querer
y así podrás saber lo que es el cielo
viviendo en mi casita de papel.
[…]
Pasaremos la noche en la luna
viviendo en mi casita de papel.

En las montañas vivían los guerrilleros, y no en casitas de papel precisamente, pero también, como luego han reconocido algunos de ellos, un poco en la luna. En las ciudades, sobre todo, se pasaba hambre. Hasta mucho tiempo después fue como un síndrome, el síndrome de «Carpanta». El hambre se reflejaba en las canciones, en los chistes, en los sueños: «Tengo una vaca lechera». O la de «La Gallina Papanatas»:

Ha puesto un huevo,
ha puesto dos, ha puesto tres
dónde está esta gallinita
déjala a la pobrecita
déjala que ponga 10.

Como decía Haro Tecglen *en El País Semanal* (5/6/1994): «El hambre se hizo larga, muy larga. No es preciso explicar que venía de antes de la guerra, que era endémica en el país que inventó la novela picaresca, pero la guerra había devastado lo poco que había mejorado durante la II República».

Se comían boniatos, algarrobas y pan negro, alubias y lentejas y cuando se celebraba alguna ocasión señalada, se completaba con anís del Mono o coñac Domecq: hasta el alcohol era todo un lujo para los pobres.

También se comían pipas. Era una costumbre que trajeron los brigadistas rusos en la Guerra Civil. El suelo de los cines de barrio se alfombraba con sus cáscaras. El pan era negro o amarillento, y los

mecanismos de corrupción del régimen y el estraperlo hacían que en muchas ocasiones no llegara a la gente. La palabra estraperlo apareció en la República para señalar la corrupción de Lerroux, presidente del Gobierno radical-cedista, acusado de recibir dinero a cambio de la concesión de un nuevo juego. El estraperlo o mercado negro tuvo su máximo apogeo en la posguerra: era la especulación en la compra-venta de artículos de primera necesidad fuera del racionamiento oficial. Con la cartilla de abastecimiento no se podía vivir. Muchas fortunas de la España de hoy tienen sus raíces en aquella época y en la falta de escrúpulos.

Hasta 1947 no llegaron Eva Perón, y el trigo y la carne de Argentina, que mitigaron algo la penosa situación. Para matar el hambre y adormecer los nervios, se fumaban Ideales o Celtas cortos. El Camel en 1941 costaba cinco pesetas, una fortuna; el cine —sesión doble—, una peseta, y el periódico 15 céntimos. Era una época oscura, ensombrecida. Las restricciones de electricidad resultaban frecuentes. El frío era más terrible debido a la pobreza, a la mala alimentación, a la falta de ropa adecuada para combatirlo. La ropa parcheada, remendada, dada la vuelta, era la estética de la miseria, del miedo frente a la estética altisonante de la victoria, el contraste de vencedores y vencidos, presente siempre.

Hay que aprender a querer y a vivir.

Las largas colas de racionamiento de la posguerra se amenizaban con canciones que todo el mundo sabía y tarareaba como «Se vive solamente una vez», en la voz de Antonio Machín.

> Se vive solamente una vez
> y hay que aprender a querer y a vivir
> hay que saber que la vida se aleja y nos deja
> llorando quimeras
> no quiero arrepentirme después
> de lo que pudo haber sido y no fue

quiero gozar de esta vida
teniéndote cerca de mí hasta que muera.

Y sobre todo el bolero «Bésame mucho» de Consuelo Velázquez. O «Perfidia», de Concha Piquer, que cantaba magistralmente también «Tatuaje», un símbolo de rebeldía sentimental frente a los encorsetados caminos de la moral católica y que se cantaba incluso entre las muchachas de la oficial Sección Femenina, como la canción «Amado mío», de la perversa *Gilda*. Aquella película de Rita Hayworth fue toda una provocación, un pecado casi condenado por la Iglesia. Y qué decir de la Iglesia. La guardiana de la moral y las buenas costumbres, la que no enterraba sobre sagrado a los que consideraba «rojos», se cebaba en reprimir los instintos sexuales o lo que consideraba «sicalíptico». No se podía besar en público, los trajes y las faldas se alargaron. A pesar de que las casas de prostitución siguieron funcionando, la moralidad y las buenas costumbres parecían reinar en el nuevo Estado. El adulterio había entrado en el Código Penal en mayo de 1942. El divorcio fue derogado en toda España el 25 de noviembre de 1939, al mismo tiempo que el matrimonio civil de la República. Estos matrimonios y los divorcios quedaban como si no hubieran existido, y los hijos habidos pasaban de legítimos a naturales o adulterinos.

Na te debo, na te pido
me voy de tu vera, olvídame ya.
[…] yo que tus besos compré
y a mí te supiste dar
por un puñao de parné
[…] tú eres la bien pagá.

Fue la época de las «queridas» en una sociedad de doble moral en la que se habían perdido los valores. La sensación era de haber roto las amarras, de que todo valía para asegurar la supervivencia, sólo servía el presente, y el mañana podía ser peor. Así que ante la incertidumbre del futuro la gente

dejó los preceptos morales e hizo cuanto pudo por sobrevivir, aún a costa de la dignidad o la moral. Lo explica muy bien *La España de Franco*, de Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz.

El silencio era llenado de otra forma, con otro tipo de comunicación. A veces era lo que no se decía, lo que se obviaba, lo que daba fuerzas en una sociedad de vencidos. Ciertas canciones, algunas películas, algunos escasos libros servían de escape a la dura realidad. Como los tebeos: *Pulgarcito* salió en 1947. Personajes de papel como *Carpanta*, de Escobar, y *Las hermanas Gilda* o los vecinos de *13, rue del percebe*, de Vázquez, fueron el fiel reflejo de una sociedad con odio resignado que no tenía más remedio que reírse de alguna manera de sus desdichas. Pasó tiempo hasta que la gente comenzó a hacer chistes. También el humor fue una forma de resistencia. Gila, un vencido, siguió haciendo la guerra, primero con sus chistes dibujados y luego con su teléfono.

> Raska yu, Raska yu,
> cuando mueras que harás tu,
> tu serás, tu serás,
> un cadáver nada más…

Podía parecer absurda o algo surrealista, cercano al esperpento, esta canción de Bonet de San Pedro, pero la palma del humor negro se la llevaba el anuncio del DDT.

> DDT chas, DDT chas,
> no hay quien te aguante,
> tú como el gas,
> la muerte das,
> en un instante.

En aquellos días, cuando los jerarcas nazis eran juzgados en el tribunal de Nuremberg por las atrocidades de los campos de exterminio, el DDT se anunciaba de esta guisa para combatir epidemias como la del tifus

exentemático (piojo verde), que junto con la tuberculosis eran herencia más que de la guerra, de los tiempos de miseria de la posguerra.

La radio emitía también música alegre, dulzona y jovial de las orquestas de Glenn Miller, Bernard Hilda y un poco más tarde, Xavier Cugat, popularizado por las películas de Hollywood. Aunque años después fueran denostadas o consideradas rancias, las coplas ayudaron a vivir y en la música y las letras la gente encontraba fuerzas para superar los malos tiempos. Se bailaba, se reía, se lloraba con las canciones de Juanito Valderrana, Juanita Reina, Estrellita Castro, Imperio Argentina o, la nueva estrella, Lola Flores. Y los jóvenes intentaban seducir con las rancheras y los modos de Jorge Negrete. Quizá vieron cómo las mujeres le recibieron cuando el mexicano llegó a España. También visitaron España actores y actrices, como Frank Sinatra, Gary Cooper, Cary Grant, Ava Gardner y Gregory Peck, dando una impresión de normalidad en un país donde nada era normal. Algunas adolescentes soñaban con ellos. Lentamente, España se incorporaba a las demás naciones de occidente, aunque aún estuviera muy encorsetada.

En 1948 se realizó la primera prueba de emisión de Televisión, una corrida de toros. Aún no había receptores, desde luego, ni siquiera en 1957, cuando comenzaron las primeras emisiones de manera intermitente. Sí había radio, aunque no hubiera todavía muchos aparatos; los vecinos se reunían alrededor de los existentes en los portales, sobre todo a ciertas horas. Entre 5 y 5.30, la hora del té inglesa, en España se lloraba con las telenovelas de la radio, sobre todo las de Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Algunos, por las noches, con muchas precauciones, sintonizaban la BBC o la Pirenaica.

El ruido, la alegría de la radio, con sus seriales y sus concursos, intentaban rellenar el silencio que había dejado la terrible tragedia de la pasada guerra. La jovialidad de los anuncios, la frivolidad de las películas o los espectáculos hacían olvidar el peso plomizo de los muertos. La gente quería vivir: tenía derecho a ello, y a soñar con un futuro mejor, sobre todo para sus hijos.

En el cine se empezaron a ver teléfonos blancos; era el no va más del lujo y la sofisticación. En España producían películas Cifesa «La antorcha

de los éxitos» y Cesáreo González (Suevia Films), pero la gente prefería cualquier película extranjera. Por lo mismo, para escapar. El título de *Deliciosamente tontos*, una película de Juan de Orduña, de 1943, era como una consigna de los deseos del régimen.

Puede que los cuatro nombres más populares de España fueran los de Chicote, Jacinto Guerrero, Cesáreo González y Celia Gámez, la cupletista que había entrado en Madrid cantando el chotis «Ya hemos pasao», en respuesta al «No pasarán» de *Pasionaria*.

En resumen, en España se vivió una posguerra muy larga. No sólo la de la Guerra Civil, sino también la de la Segunda Guerra Mundial. Carmen Laforet ganaba el premio Nadal con un título preclaro: *Nada*. Buero Vallejo con *Historia de una escalera* y la película *Surcos*, de Nieves Conde, contaban lo que se vivía: el hambre, la miseria moral y material, la desesperanza.

No se podía vivir de esperanzas. Se había vivido así, en la República, y cuando acabó la Segunda Guerra Mundial y comenzó la guerra fría, la esperanza se marchitó en el corazón de mucha gente. Había que vivir. Para los que en un principio les habían apoyado, los del monte no eran ya ese símbolo de libertad, el ideal de que vendrían tiempos mejores, sino una imagen de los sueños de igualdad y justicia del pasado y el recuerdo de una guerra maldita.

Lejos de las ciudades, de la realidad y los cambios que se estaban produciendo en muchos lugares de España, en lo más escarpado de los montes, un grupo de hombres y mujeres, a pesar de todo, siguieron luchando. Para muchos, fueron los últimos románticos. Para otros, nada más que bandoleros.

1

Cantabria y Asturias: La resistencia del norte.

Desde la residencia donde vive en Colombres, Felipe Matarranz se entretiene en escribir, hacer algún que otro dibujo, cestas, tarjetas, pulseras y collares con la bisutería que la gente ya no quiere y, además, recoge medicinas y ropa para mandarlas a Cuba. Ha llegado a un acuerdo con una de las religiosas de la residencia y se reparten el importe de los rastrillos benéficos que hacen cada año: la mitad va para las misiones, la mitad para Cuba, el país que publicó su estremecedor libro *Manuscrito de un superviviente* (La Habana, 1987). En un barco cubano que cada cierto tiempo llega a Gijón, este chamarilero revolucionario envía a la isla caribeña todo lo que consigue: coches viejos, bicicletas… Sabe la carencia total de ciertas cosas en Cuba. Felipe ha sido siempre así. Desde los 14 años, cuando ingresó en los pioneros, siempre pensó en los que tenían menos que él. En el otoño de la vida, sigue ligado a los paisajes de su juventud y de su infancia.

Felipe Matarranz González nació en La Franca (Asturias) el 2 de septiembre de 1915. Se alistó como voluntario desde el comienzo de la Guerra Civil, y participó en las batallas y combates más importantes en el frente del norte de Irún a Santander. Fue herido gravemente y dado por muerto: salvó su vida de milagro. Como prisionero logró fugarse tres veces, escapó a dos condenas de muerte por conmutación de pena, sufrió torturas, soportó doce años de cárceles y luchó en la guerrilla de los Picos de Europa, como responsable político de la VI Brigada del Norte, la brigada de Ceferino Roiz, *Machado*. En la guerrilla, su apodo era *José Lobo*. Después

de conocer su vida, cualquier aventura de hoy día parece pequeña. Lo suyo sí que es una voluntad de hierro.

Con Felipe se puede pasear por La Franca, una playa pequeña y recoleta entre peñascos que guardan una lengua de arena donde desemboca un río. El desembarco de armas que él planeó en esta playa no pudo llevarse a cabo.

> Vino de Francia uno que decían que era teniente coronel, un ingeniero para sacar planos. Como yo era el hombre de confianza, me dijo que se iba a desembarcar un barco de armas aquí. Yo me ofrecí a planearlo, y enseguida me puse a estudiarlo. Él decía que hacía falta una lancha para desembarcar las armas, y aquí había una lancha de un enlace, una lancha muy grande. Entonces empezamos a preparar las contraseñas, por dónde tenía que venir el barco, lo que tenía que hacer, todo.
>
> El enviado dijo que tenía que bajar de la montaña una guerrilla, seis hombres. Entonces subí y bajé la guerrilla. Estuvimos esperando un mes. Me habían mandado de Francia todas las consignas, una linterna, unos papeles rojos, había que encender la linterna y poner el rojo varias veces. Yo esperaba en casa de mi madre, en La Franca. Ella era la que hacía las tortillas para aquella guerrilla de seis.
>
> Mientras tanto, notamos que la Guardia Civil venía muy a menudo por la mañana, y luego además vino una compañía del Ejército y se quedó aquí mucho tiempo. Ya intuíamos que pasaba algo, y si venía el barco, iba a ser muy peligroso para nosotros bajar a por las armas. Entonces prendieron fuego al monte por si estábamos allí, y luego lo rodearon la Guardia Civil y el Ejército. Nosotros lo veíamos desde el otro lado, sin movernos del sitio. Estaba claro que había habido un chivatazo, luego nos enteramos que el barco lo había cogido la policía franquista al salir de Francia. El enviado se fue y ordené a la guerrilla que volviera a la montaña.

Felipe Matarranz conocía muy bien el lugar. Aquí nació y aquí estaban sus padres cuando se hundió el frente y él quiso refugiarse en la zona:

> Venía hacia La Franca con 12 compañeros por el monte y, estando en un castañar tumbados y agotados, empezaron a dispararnos no sabíamos de dónde. Me escapé y no volví a saber más de los 12. De La Franca me fui a Santander. En Santander me cogieron y fui a la cárcel. Me condenaron a muerte y estuve dos años así. Me torturaban a menudo.
>
> En el tiempo que yo estaba en la prisión, sacaron un día a 16 o 17 para fusilar. Aquella mañana llegó mi madre a Santander. Yo estaba en la celda n.º 3. Llegó allí con un trozo de borona, de torta de maíz, para mí, porque además de estar condenado a muerte estaba muerto de hambre. Entonces, un guardián, que le preguntó para quién era el paquete, le dijo que yo ya no comería más, que me habían sacado esa mañana. Mi madre se desmayó. Un jefe de servicios nuevo al ver a mi madre en esas condiciones se le ablandó el corazón. Fue él quien le dijo que Felipe Matarranz no había sido fusilado. Fue a la celda n.º 3 y preguntó por mí. Yo creí que me sacaban a fusilar. Entonces empecé a desnudarme y a ponerme un

pantalón, un pantalón viejo y remendado, el más viejo de la celda, puesto que no lo iba a necesitar más. El caso es que va y cierra la puerta, no me ata las manos ni me lleva a la celda que llamábamos la capilla. Marchó y le dice a mi madre «¡oiga señora a su hijo no le han fusilado! Ahora mismo le voy a dar una visita para que se convenza». Abre de nuevo la puerta de la celda y me dice: «Salga usted», y me llevan al locutorio. Entra una mujer que parecía una muerta, yo digo: «Madre»; ella dice: «Hijo». Ésa fue la conversación. Yo no pude hablar más y ella tampoco.

Tenía dos penas de muerte, del Ejército de ocupación de Torrelavega y del de Santander. Tuve curiosidad y empecé a hacer una raya por cada uno que fusilaban. Venga rayas. Llegué a contar, sólo de los que yo me despedí y de los que me iban diciendo otros, 1. 933 camaradas. Al poco tiempo me indultaron, el dictador necesitaba mano de obra barata.

En la cárcel, Felipe y los demás presos se enteraron de que existían guerrillas por el monte. Cuando salió de los Batallones de Redención de Penas por el Trabajo, en 1942, contactó al poco con «los huidos»: «La cita la hizo un enlace. Yo esperé al lado de un manzano, en una finca, a las tres de la mañana. El guerrillero dio dos golpes con la mano en la funda de la pistola, y yo contesté con otros dos en el tronco del manzano y salí a su encuentro».

El comité regional de Asturias le nombró en 1945 responsable político de la sexta brigada guerrillera del norte y enlace general guerrillero de las provincias de Santander y Asturias. Así pasó cuatro años, pasando guerrilleros de un lado a otro. Mientras tanto, aparentaba seguir una vida normal, con su trabajo, viviendo en su casa, con su familia. A veces sentía la vigilancia de la policía. Entonces, su táctica era sencilla:

El método que más usé para despistarlos era impregnarme de vino. En una taberna tomaba dos vasos de vino y luego procuraba entrar en otra taberna en donde estuviera la Guardia Civil, y hacía algo el payaso como demostración de que estaba borracho, tomaba otro vaso de vino y salía dando traspiés; algunas veces les oía decir: «Ése ya va arreglado». En cuanto salía y los perdía de vista, cogía la bicicleta que tenía escondida y salía a cumplir la misión como un tiro.

Los mensajes se pasaban, por ejemplo, en un librillo de papel de fumar. Luego se sometían las pastas al tratamiento de la tinta simpática. Todos los escritos eran con tinta simpática, no había ninguna letra visible. Se veían al aplicar yodo o al calentar al fuego. Había muchas cosas para escribir, zumo de limón, hasta con orines cuando no había otra cosa: se mezclaban con aspirina machacada, al fuego sale una letra muy clara. Las consignas cambiaban, pero solían ser tres veces el canto del cárabo, del búho, a los cincuenta metros más allá dos toses seguidas y silbar la primera estrofa de «Tengo de subir,

subir». La contestación era un canto largo del cárabo seguido de dos cortos, y de un golpe con la mano en la funda de la pistola, saliendo uno con una mano en el bolsillo y con la otra rascándose una oreja.

A pesar de todas las precauciones, Felipe Matarranz fue descubierto, pero escapó cuando iba a ser detenido y subió a la montaña. Le esperaba una vida dura, pero eso para él no constituía problema.

La vida cotidiana en las montañas del norte difería bastante de la de las sierras del sur. La mayor parte del tiempo, en especial en invierno, en la época de las grandes nevadas, los guerrilleros se ocultaban en las aldeas o en los invernales —cuadras con paja—, repartidos de uno en uno o por parejas y cambiaban de casa cada dos o tres días. Aunque era más cómoda, la vida en los pueblos era más peligrosa que en la montaña, y no sólo para los propios guerrilleros, sino para los enlaces y colaboradores que les brindaban refugio. Todos estaban siempre a merced de alguna delación.

En el monte, todo tipo de precauciones eran pocas. Estaba prohibido utilizar jabón, porque la espuma era un indicito y no desaparecía en varios kilómetros río abajo. Evitaban caminos y senderos, enterraban los restos de comida y utilizaban leña bien seca o carbón para hacer fuego sin apenas humo.

Uno de los problemas fundamentales era la salud. Se recurría a médicos que colaboraban de forma voluntaria o se amenazaba a los doctores para que atendiesen a los emboscados heridos o enfermos.

Oían para informarse Radio España Independiente, la Pirenaica, que además les enviaba consignas. Los enlaces les llevaban las noticias locales y comarcales y la información que más precisaban: dónde estaban las fuerzas del régimen y quién disponía de dinero y recursos.

Los atracos y secuestros, por regla general se realizaban al atardecer, para tener la ventaja de la oscuridad de la noche. En lo que respecta a las armas, las más utilizadas eran las metralletas Sten o Thomson, escopetas, rifles, *naranjeros*, mosquetones, fusiles máuser y pistolas de todo tipo, sobre todo Astra. El grueso de las armas procedía de la Guerra Civil y de la Resistencia francesa. También se utilizaban bombas de mano, Lafitte francesas, Breda italianas, inglesas y las americanas de piña. Los explosivos

se lograban en asaltos a polvorines y se utilizaban en los sabotajes a las líneas de alta tensión.

Felipe cuenta que tenían que llevar la máxima defensa posible cuando se desplazaban:

> Llevábamos un fusil o una metralleta, una pistola del nueve largo, dos o tres bombas de piña por lo menos, prismáticos, cantimplora, unas latas de conserva, algo de pan y, para el frío, una manta o una gabardina y, lo más práctico, un paraguas cuanto más grande mejor. Todo esto cargado a la espalda y caminando nueve o diez horas en la noche y por caminos de lo más escabroso, agotaba a los hombres más fuertes.
>
> Siempre se dormía en el suelo, en cuevas, en pajares o camuflados entre rocas. No podíamos tener higiene, olíamos peor que las fieras salvajes. Los perros que había en pueblos y caseríos nos olían a grandes distancias y nos ladraban desaforadamente, eran muy peligrosos para nosotros y más de una vez ha habido que envenenar a algunos para poder ejecutar alguna misión. Siempre teníamos que andar solos, la única compañía eran los componentes de la guerrilla o algún enlace o punto de apoyo. No podía fiarse uno de nada ni de nadie. Se escondía uno de todo ser humano ajeno a los contactos de las guerrillas.

Alejados, solos. A pesar de estar al lado de los pueblos, e incluso oír sus canciones en los días de fiesta:

> Arrimaíto a aquel roble
> di palabra a una morena
> el roble será testigo
> y ella será la mía cadena
> […] Mocina dame un besín
> que estoy muriendo de pena
> Mocina dame un besín
> para guardarlo hasta que vuelva.

> Cuántas veces hemos estado camuflados cerca de una aldea cuando era el baile. Allí solamente había risas y cánticos, pero nosotros nos conformábamos con mirar por los prismáticos. Otras veces estábamos cerca de alguna playa presenciando el desfile de hombres y mujeres en trajes de baño, felices y contentos, y nosotros rumiando nuestra soledad sin tomar parte en esa felicidad.
>
> Nuestra vida era todo sufrimiento y todo dolor porque unas veces pasabas muchísima hambre, otras veces eras perseguido, tenías que andar escondido en las cimas de los Picos de Europa, donde no subían ni los lobos, allí no había comida y cuando bajabas estaba todo

lleno de falangistas y guardias civiles. Poco a poco fuimos cayendo. De los que éramos, 27 o 28 cayeron asesinados. Quedamos solo uno que vino de Francia que le habían pegado un tiro en una pierna, Jesús de Cos y yo.

Nosotros teníamos poco armamento. Cuando teníamos combates y caía algún guardia civil se le cogía el naranjero, las balas, en fin, todo. Cuando nos enterábamos que alguien tenía un fusil de la Guerra Civil, allí íbamos. Teníamos pocas armas y muy malas. Sólo tuvimos, en la Brigada Machado, cuatro metralletas, las que trajeron los que vinieron de Francia. Ellos venían mejor pertrechados que nosotros, y con más experiencia, habían combatido a los nazis y sabían mucho, por eso cuando llegaron Quintiliano Guerrero, El Tuerto, y el capitán Abascal, Madriles, todo el mundo hacía caso de lo que decían ellos. No sólo en cuanto a las armas o las tácticas militares, también en el tratamiento con los enlaces. Nosotros, al principio, cuando venía algún enlace, no tomábamos muchas precauciones y le esperábamos en el sitio donde habíamos quedado. Pero podía haber habido un chivatazo, y entonces los que vinieron de Francia nos enseñaron una táctica nueva. Además de las contraseñas, nos retirábamos, esperábamos al enlace y lo investigábamos con prismáticos, hasta estar seguros de que nadie le seguía, entonces salía uno y el enlace pasaba lo que tenía que pasar, hojas clandestinas, mensajes, lo que fuera.

El último combate en el que tomó parte Felipe Matarranz ocurrió el día 26 de noviembre de 1946 cuando fueron cercados en una cabaña de la Rizosa, en la Borbolla. Como era enlace general entre la guerrilla de Asturias y Santander, había convocado una reunión con ambas guerrillas en la que participaban Hermenegildo Campo, Gildo, Madriles y Guerrero. Se estaba estrechando el cerco a los del monte, y necesitaban cambiar puntos de apoyo para detener el acoso al que eran sometidos.

Tuvimos la reunión en la cabaña, cenamos y nos echamos un poco a dormir para salir al día siguiente. Cuando estábamos descansando, oímos ruidos y vimos que nos estaban cercando con ametralladoras, serían las tres o las cuatro de la mañana. Después nos dimos cuenta de que la emboscada había sido consecuencia de un chivatazo. Nos dispusimos a disparar y tirar las pocas bombas que teníamos. Todos éramos veteranos de guerra y sabíamos lo que teníamos que hacer, que era salir inmediatamente, saltando por las ventanas. Aquello fue horrible. En un momento sólo se oyeron tiros y bombazos. *Madriles* saltó el primero y murió antes de llegar al suelo. Yo caí encima de él, seguí saltando una cerca que había cerrando la cabaña y me revolví como una fiera; en la pistola no tenía ni una bala, rodé por una cuesta y me tropecé con *Gildo*, que estaba tumbado y me dijo: «¿Estás herido?». «No, yo no estoy herido». «Vete por la Borbolla, que yo voy para Cabrales». Luego me enteré de que al saltar la pared, le dieron un tiro en la pierna y al caer se había dislocado el otro pie. Y así como estaba fue a curarse a Cabrales, a 32 kilómetros, por las montañas. Era muy fuerte.

Una de las veces que miré atrás vi un gran resplandor en el lugar donde estaba la cabaña. Como de costumbre, la habían quemado. En vez de ir para el Cuera y subir para los Picos de Europa, opté por ir primero a mi casa a despedirme de mi madre, ya que pensé que

todos los guardias del Concejo estaban concentrados para atacarnos en la cabaña, pero me equivoqué, resulta que habían traído a una compañía entera desde Gijón. Después que salimos de la cabaña se movilizaron y empezaron a rastrearnos con perros y todo lo que tenían a su alcance.

Al *Madriles* le pisotearon una vez muerto, le desfiguraron el rostro, hicieron herejías con él. Le llevaron al cementerio de la Borbolla, en vez de enterrarlo dignamente le enterraron fuera, sin ataúd ni nada, de mala manera detrás de una tapia, porque decían que no era cristiano y que no tenía derecho a entrar ahí. Nosotros le hemos hecho una placa y se la hemos puesto allí, como recordatorio.

Al día siguiente de ese combate, Felipe Matarranz cayó preso. Cuando estaba en su casa de La Franca preparando la comida para marcharse, llamaron a la puerta, abrió y vio que eran dos guardias civiles:

La pistola la había dejado fuera para estar libre de todo, así que di un portazo, salí por la puerta de la cuadra, vi otros tres guardias, salté por la ventana de la cocina y caí encima de dos civiles que cayeron patas arriba. Puse tierra de por medio y oí un tiro y después más, y eché a correr por un lugar que le llaman el Hacinal, haciendo eses. Creí que me había salvado, pero a las horas caí, rae agarraron. Y me llevaron a la cárcel, y a torturarme de una manera criminal, me arrancaron nueve de las diez uñas de los dedos. Yo entonces era muy joven, otros también estaban igual, no era solamente yo. Me dieron corrientes eléctricas y me colgaron de un palo en el techo, por las piernas, estuve muy mal, intenté incluso suicidarme, más me valía morir que resistir aquello. Pero al final aguanté. Me tiré seis años en la cárcel, que sumados a los otros seis de después de la guerra, hacen doce, y con tres consejos de guerra. Cuando salí, seguí en la lucha clandestina.

En el penal de Burgos, Felipe Matarranz se encontró con tres miembros de la Brigada Pasionaria, 42 hombres que se habían infiltrado desde Francia en 1945 y habían llegado hasta el Puerto del Escudo en dos camiones de pescado.

Uno, asturiano, se llamaba José Magdaleno. Al otro le llamábamos *Mediometro*, porque era muy bajito, no me llegaría a mí al hombro, y yo no soy muy alto. Ellos nos contaron cómo pasó todo, cómo se quedaron sin gasolina y cómo se bajaron en medio de la nieve, y se fueron dispersando en guerrillas. El caso es que a los pocos metros de dejar los camiones, la Guardia Civil les estaba esperando y empezó el tiroteo y a caer los primeros muertos. Magdaleno subió con otros al puerto entre Ontaneda y Alceda, y se quedó en el pajar de una casa, y un crío pequeño que lo vio dijo a sus padres que allí había un hombre con unas armas, metido en el pajar. La Guardia Civil lo rodeó y le cogieron. Con Magdaleno, cuando ya salimos de la cárcel, mucho tiempo después, reconstruimos todo

aquel enfrentamiento, y él me fue mostrando dónde se quedaron los camiones, por dónde tiraron cada uno de los grupos, dónde fueron cayendo, haciendo recuento de los que murieron, de los que quedaron vivos —a muchos los llevaron a la cárcel, los condenaron y los fusilaron— y los que se escaparon y pudieron enlazar con la guerrilla. Total, fuimos contabilizando los 42 hombres, pero nos faltaba uno, aún hoy no hemos logrado dar con él.

Felipe Matarranz no puede olvidar a todos aquellos compañeros de la guerrilla que cayeron combatiendo al franquismo. Para recordarlos a todos ha escrito un segundo libro, *Hay muchos Cristos*. Uno de quienes habla en ese manuscrito aún inédito es *Juanín*, el penúltimo guerrillero de estos montes. Aunque luego se olvidaron de él, a *Juanín* Radio España Independiente le calificó de «coronel de la resistencia». Felipe recuerda nítidamente la última vez que lo vio:

Cuando ya había salido de la cárcel, un buen día vino un viejo vendiendo queso al pueblo y preguntó por mí. Le compré un queso, me entregó un periódico y me despedí de él.

Rápidamente cogí el periódico y lo sometí a la reacción de la tinta simpática. Vi con satisfacción que en un claro del periódico salieron unas letras: «Camarada, tengo necesidad de verte, no he podido enlazar contigo por el peligro que corríamos los dos. He estudiado el modo de enlazar y creo que de la manera que te digo es la más práctica y segura. Subes por la Collada a las minas del Cuera (Alevia), bajas a Abándames y en el lugar que tú sabes, entre Abándames y Para, con la consigna de siempre, saldré; hora las tres de la mañana. Un saludo revolucionario y hasta el miércoles». Llegó el miércoles, y a las ocho de la noche cogí un poco de comida, la pistola, y arranqué por Bojes a Noriega, subiendo al Cuera por los lugares por donde antaño tenía costumbre de subir. Cuando empecé a bajar por el camino de cabras a Abándames, el corazón se me salía del pecho de las ansias que tenía de abrazar a aquel camarada. Hacía seis años que nos habíamos separado y en condiciones dramáticas.

El lugar me era muy conocido, aunque me daba la impresión de que había más árboles y más grandes. Tenía la pistola en la mano con el seguro quitado. Estaba en un estado de nervios muy fuerte. Por unos momentos pensé que aquella cita podía ser una emboscada y taladraba la noche con la vista hasta hacerme daño. Los nervios me impedían hacer la contraseña con las manos y tuve que hacerlo con el cañón de la pistola, que llevé a la boca y soplé dos veces, imitando el canto del cárabo. Apenas terminé sonaron muy cerca los dos golpes en la funda de la pistola y enseguida apareció la silueta de un hombre. Nos acercamos y nos abrazamos sin decir nada. Los dos teníamos un nudo en la garganta que nos impedía articular palabra. ¡Camarada *Juanín*! ¡Camarada *Lobo*! Fueron las primeras que pudimos pronunciar. Por fin nos separamos de aquel abrazo y nos miramos cara a cara. Estaba muy viejo; cuando yo lo había dejado, hacía seis años, tenía un pelo negro, fuerte, rizoso, y ahora estaba calvo y el poco pelo que tenía en la parte superior, encima de la frente, además de ralo parecía pelusa. Le encontré más gordo; en fin, estaba completamente

desfigurado, diferente físicamente de cuando sorteábamos juntos la dureza de la montaña, y esa dureza era la que se reflejaba en todo su cuerpo.

Ya sentados los dos empezamos a hablar de nuestras vidas. La mía había sido durísima, pero comparada con la de él se quedaba muy corta. Fue preguntando por camaradas y mi contestación era: «¡Muerto!». «¡Muerto!». «¿Santiago?». «¡En Francia!». «¿Marcos?». «¡En Francia!». «¿Cómo no has marchado tú?». «No sé, pero voy a marchar, aquí sólo quedamos dos, Bedoya y yo, y estamos perseguidos más que nunca, no podemos arrimarnos al noventa por ciento de los enlaces y puntos de apoyo. La mayoría están quemados y algunos no nos reciben porque ya sabes el terror que estos asesinos han sembrado en todas las zonas campesinas donde teníamos nuestro apoyo. Estamos más perseguidos que las alimañas».

«Bien, camarada, yo quería ponerme en contacto con el Partido, sea de Santander o de Asturias». «Camarada, te prometo que te pondré en contacto, lo más rápidamente posible con la organización de Santander, que es con la que tengo yo contacto».

Aquella noche no pude volver a casa. Comimos y nos despedimos después de haber acordado el método de enlazar con la organización. Nos abrazamos y me dijo: «Hasta nunca». No sé por qué me dijo eso, pero así fue, no volví a verle. Le di el contacto con la organización y tampoco sé si lo hizo. Cuando lo asesinaron en Vega de Liébana, fue como un mazazo.

Juanín, el luchador legendario de Cantabria.

Siempre es difícil enfrentarse a un mito. Y *Juanín* lo es. Bandido sanguinario para unos, el último guerrillero romántico para otros, la vida y la muerte de Juan Fernández Ayala, *Juanín*, da todavía mucho de sí. Nació en la villa de Potes el 27 de noviembre de 1917, en el seno de una familia humilde que a los pocos años se trasladó a Vega de Liébana. Desde pequeño ya se le conocía por el nombre de *Juanín*. La enfermedad de su padre y la difícil situación de la época le obligaron a trabajar con 11 años.

En 1934, con 17 años, se afilió a las Juventudes Socialistas Unificadas. Cuando se produjo el alzamiento de 1936, Juan Fernández Ayala se alistó en las milicias republicanas de Santander, en el Batallón Ochandía, junto con 60 jóvenes del pueblo. En los combates en el frente salvó la vida a un paisano de su comarca al que le habían dado un tiro en el cuello, llevándole a cuestas bajo fuego enemigo durante más de un kilómetro.

La resistencia contra las tropas franquistas duró un año. En su retirada, *Juanín* consiguió subir a un barco que le llevó hasta Ribadesella, en Asturias. Una vez llegado a la Liébana, *Juanín* se entregó, pensando que tendría oportunidades de salir bien parado. Pero los ánimos en Potes estaban muy caldeados entre los franquistas después de que una columna de mineros asturianos de retirada hacia el frente vasco volara muchos edificios y casas con dinamita. Le procesaron y le condenaron a muerte en un consejo de guerra.

Juanín escribió una carta a su hermano José, camisa vieja de Falange. Finalmente, le conmutaron la pena por doce años de prisión gracias al aval de su hermano. Pasó por la cárcel habilitada de Tabacalera y la Provincial de Santander antes de ser trasladado en 1941 a Valencia. Allí quedó en libertad vigilada en 1943, gracias a una amnistía. De regreso a Potes trabajó para el Patronato de Regiones Devastadas, que se ocupaba de la reconstrucción del pueblo. Cada semana tenía que presentarse en el cuartel de la Guardia Civil. Fuera por falsas delaciones o envidias, el hecho es que estas comparecencias en el cuartel acababan siempre en palizas propinadas con los temidos «vergajos». El pretexto para la tortura era sacarle información sobre el Socorro Rojo Internacional (organismo creado en 1921 que tenía como objetivo recaudar fondos para los presos políticos sociales).

Juanín visitó con frecuencia en la cárcel a su amigo Lorenzo Sierra, que hizo la guerra con él y había sido condenado a veinte años. A Lorenzo le relataba las palizas y el ensañamiento de los guardias civiles del cuartel. Curiosamente, su madre, doña Paula, trabajaba como cocinera para los guardias de Vega de Liébana e intentó que trasladasen a su hijo a los trabajos del Salto del Nansa, para espaciar su comparecencia cada quince días. Pero todo fue en vano.

Casi seis meses después de su puesta en libertad vigilada, *Juanín* no pudo más. Un día antes de su comparecencia, la noche del 21 de julio, fue de baile y romería. Y se quedó hasta el final. Sabía que sería su último baile por mucho tiempo. Siempre fue un buen bailarín, le gustaban y gustaba a las mujeres. Al amanecer, con un pequeño hatillo donde guardaba algo de comida, subió las montañas en busca del grupo de Ceferino Roiz, *Machado*.

Con la Brigada Machado comenzó su aureola de guerrillero, grabada a fuego a lo largo de una peripecia vital de catorce años. Más tarde, amigos y conocidos siguieron su ejemplo: Lorenzo Sierra, *Manjón*, Pedrín, Santiago Rey y Hermenegildo Campo, *Gildo*, entre otros. La Brigada Machado fue mermando a raíz de la muerte de su jefe, en abril de 1945, y de los enfrentamientos con las fuerzas del orden. Hasta su disolución, *Juanín* se hizo cargo de la partida, a la que llamó «Brigada guerrillera de los Valles de Llaneda». En 1948 sólo *Juanín* quedaba en los montes. De sus compañeros, todos estaban muertos o detenidos y sólo unos pocos consiguieron huir a Francia.

Victorio Vicuña, antiguo jefe de la X Brigada de la Unión Nacional Española (UNE) en Francia, estuvo unos meses combatiendo con la guerrilla en los Picos de Europa, en el grupo de Ceferino Roiz, *Machado*. Vicuña daba su opinión sobre *Juanín* en el libro de Mikel Rodríguez, *Maquis, la guerrilla vasca*:

> Tenía que enlazar con la guerrilla de los Picos de Europa, coordinar las relaciones entre la guerrilla y el partido y, sobre todo, dar paulatinamente un contenido político a los grupos, explicarles por qué combatían. Había que llevar la conciencia a unos hombres que habían ido a la montaña para salvar la vida, que asaltaban rebaños o casas para sobrevivir. Algunos de estos huidos habían realizado hechos realmente deplorables. Había quien se había hecho una cabaña importante basándose en robos de ganado. Era el espíritu del campesino, de hacerse con un pequeño patrimonio. Otros daban atracos y se quedaban con el dinero. Y daban atracos sin discernir si era un médico de Falange o antifascista. Si hay que ir a por el dinero, que sea para montar una imprenta o para necesidades reales, como pagar medicinas o comida, no para hacerse rico. Pero esto lo analizas en su contexto, en el monte, entre rocas, empapado, con miedo… y lo entiendes. Mi misión esencial era inculcar conciencia política para elevar el nivel de la lucha de los grupos armados. Y he de decir que, cuando les mostrabas que estabas dispuesto a compartir sus vidas y sufrimientos, te trataban con gran respeto y te escuchaban.
>
> También llevaba instrucciones para los guerrilleros, con las normas de conducta, medidas de seguridad, los asuntos de las claves, para mejorar su formación práctica. Había personas que no alcanzaban a comprender las normas de la clandestinidad. Eran valientes para jugarse la vida, pero su mente no tenía capacidad para asimilar estos elementos. Y a veces caían por candidez, infantilismo y falta de visión de lo que requería la situación. Y eso se pagaba con la vida.
>
> Estoy pensando en un guerrillero, *Juanín*, que era toda una leyenda. Andaba por su cuenta, en la zona de los Picos de Europa. La Guardia Civil le tenía pánico, porque era un tío audaz y fallaba pocos tiros. Así estuvo muchos años después que terminó el maquis. Audaz como él solo. Pero ni a él ni a nosotros se nos ocurrió nunca poner una bomba en una vivienda o pegarle un tiro a un hombre desarmado.

Éstas y otras afirmaciones de Vicuña han sido cuestionadas por guerrilleros como Jesús de Cos:

> Vicuña miente o falsea la realidad cuando dice que fue instructor de la Brigada Machado. Eso no fue cierto, como tampoco que *Juanín* tenía una cabaña importante de ganado robado o los tricornios que guardaba en una cueva. Nunca estuvo *Juanín* encuevado. En el año 1944 llegaron al País Vasco junto con otros más, Victorio Vicuña (*Comandante Oria*) y Mateo Obra (*Malumbres*), capitán del maquis en Francia. Vicuña estuvo una sola vez en La Franca, esperando el desembarco con Felipe Matarranz y después marchó para Asturias con y aquí no volvió más. El que quedó fue Mateo Obra, que fue quien logró organizar las tres Agrupaciones (año 1945 a 1946). De regreso al País Vasco, la dirección del PCE que dirigía desde París Santiago Carrillo, ordenó a Vicuña matar a Mateo Obra, eso dice, al menos, en sus memorias el propio Vicuña. Al poco tiempo detuvieron a Mateo, lo torturaron y lo fusilaron. Está enterrado en el cementerio de Derio. Algunos testigos afirman que lo denunció el PCE. Muy posible, eran sus métodos en aquellos tiempos.

La prensa de la época presentaba a *Juanín* como un bandolero cruel y sanguinario. A pesar de eso, la admiración que rodeaba al guerrillero era también compartida por sus propios perseguidores. En el libro de Isidro Cicero *Los que se echaron al monte*, un guardia civil ya retirado cuando mataron a *Juanín*, confesaba el respeto que tenía hacia él:

> Si se supiera su historia y su genialidad, todo el mundo lo respetaría. Me tuvo a tiro varias veces, pudo haberme matado y no lo hizo. Sabía que al fin y al cabo yo no era más que un pobre guardia. Las circunstancias le obligaron también a él a ser lo que fue […] Pudo haberme matado, pero no era un sanguinario. ¡Qué vida ha tenido que llevar uno! Hoy cayó este hombre muerto, otro día pude haber caído yo. Pero estad seguros, que ni él, ni yo, ni nadie de los que andábamos agarrando mojaduras, miedos y hambres merecíamos morir a tiros. Os lo aseguro.

Ésa era la sensación entre los miembros de la Benemérita. Todos tenían su papel en aquel drama y todos lo cumplirían hasta el final.

Juan Fernández Ayala era creyente. De hecho, cuando murió llevaba una estampa de la Virgen de la Luz, de quien era devoto, aunque este punto fuera silenciado en la prensa de la época. Existen otros datos: presidiendo el

monte de la Viorna, sobre el monasterio de Santo Toribio, se encuentra una gran cruz de hormigón. Se comenta que *Juanín* y *Gildo* ayudaron a subir por las noches con sus burros, el material necesario para la obra.

Todos los que le conocieron, afirman que Fernández Ayala era una persona normal. Ni un bandolero ni un revolucionario. Seguramente, sin aquellas palizas y con un poco de espacio, se habría adaptado a la sociedad de los vencedores y en los años sesenta habría emigrado a Madrid o Bilbao para mejorar su situación. Pero, como en la mayoría de los casos de los emboscados, la represión y el terror impuesto por el régimen franquista le echaron al monte.

Según los que le trataron, *Juanín* tenía un carácter afable, noble y desprendido. Era bien parecido para los cánones de la época y tuvo muchas novias y romances. Le gustaba asistir a las romerías. Pero también tenía otro aspecto que mostrar. Cuando la ocasión lo requería, adoptaba un carácter duro e incluso violento. Sabía imponerse en el grupo, aunque eso le creara problemas.

Tras la disolución de la Brigada Machado, los guerrilleros que aún permanecían en el monte comenzaron a actuar de forma autónoma. *Juanín* formó pareja con Hermenegildo Campo, *Gildo*, de Tresviso. Su campo de operaciones abarcaba Udías, Carrejo, Treceño, Lamadrid, La Acebosa, Virgen de la Peña, Cóbreces, Novales, Cerrazo, Roiz y Serdio. En esos pueblos tenía una red fiel de enlaces. Uno de ellos era Pedro Noriega.

Los Noriega, una familia de enlaces.

Pedro Noriega tenía la despensa vacía y no había tenido otro remedio que ir a cortar leña al monte Corona, en una zona donde no estaba permitido hacerlo. Temía que se le apareciera el guarda en cualquier momento. Procuraba darse prisa cuando de repente aparecieron ante él dos hombres armados y con mochilas. El sobresalto fue mayúsculo, pero duró poco. Al percatarse de su nerviosismo, trataron de tranquilizarle: «No temas, que nada te va a pasar». Por su aspecto dedujo que eran de «los del monte»,

pero él, por supuesto, no preguntó. Los dos hombres comenzaron a hablarle en tono amistoso. Uno de ellos le dijo que le conocía: «Eres el hijo de Ángel. Estuve con tu padre en la Tabacalera de Santander». Eso le tranquilizó. Se sentaron los tres sobre un tronco y comenzaron a charlar. Aquel hombre era *Juanín* y, desde entonces, Pedro Noriega se convirtió en uno de sus enlaces de mayor confianza, hasta el punto que fue él quien hizo de correo con Avelina Fernández Ayala, la hermana de *Juanín*. Desde ese encuentro, la casa de los Noriega fue uno de los lugares donde los emboscados de Cantabria encontraron refugio.

Supe de Pedro Noriega gracias a Alfredo Cloux, un hombre que, en ratos libres, ha investigado la historia de la guerrilla antifranquista con pasión y tenacidad. Pedro Noriega ya no quiere hablar de estos temas. Últimamente ha tenido malas experiencias en este sentido y rechaza el contacto. Pero afortunadamente y gracias, entre otros, a Alfredo, conocemos su versión de la historia. Una versión cercana al hombre de carne y hueso que fue *Juanín*.

Uno de los encargos que *Juanín* hizo a Pedro fue que se hiciera amigo del cabo de la Guardia Civil José García, destinado en Comillas. Pedro lo hizo. Primero saludos, luego unos chatos de vino… Al poco ya jugaba la partida de cartas casi a diario con la pareja de la Guardia Civil. Nunca pudo sospechar el cabo que compartía tapete, cartas y vino con un enlace de la guerrilla.

El cabo García era amigo de la infancia de *Juanín*. Habían jugado juntos. A pesar de encontrarse en campos enemigos, siempre habían mantenido una buena relación. El cabo García, sin embargo, tenía especial manía a otro guerrillero, Quintiliano Guerrero, *El Tuerto*, un maquis que había llegado de Francia con la Brigada Pasionaria, y que había logrado sobrevivir a los enfrentamientos del Puerto del Escudo. En 1947, en un combate con la Guardia Civil, Quintiliano perdió un ojo y de ahí el apodo. *Juanín* sabía de la animadversión del guardia y en una ocasión le mandó recado al cabo García de que si llegaba a matarlo, no duraba ni 24 horas. En la primavera de 1953, gracias a una delación, la Guardia Civil emboscó a *El Tuerto* y a José Marcos en Tresviso. *El Tuerto* cayó mortalmente herido de varios disparos en medio de la nieve. En la operación intervino el cabo

García. Un enlace de *Juanín* se enteró y se lo comunicó a éste. Al darle la noticia, *Juanín* se encolerizó. Había terminado una larga amistad.

El 20 de julio de ese mismo año, en la entrada de «Ultramarinos la Perla», situada en el barrio de Pando en Ruiloba, moría el cabo García abatido por los disparos de un guerrillero. Los asaltantes eran *Juanín* y Bedoya. Siempre se creyó que la muerte del cabo José García fue obra de *Juanín*, pero no se sabe a ciencia cierta si fue *Bedoya* quien vigilaba fuera, el que realizó los disparos a los civiles, uno de los cuales murió mientras que el otro escapó en la oscuridad. *Juanín* y Bedoya no supieron quién era el guardia que quedó tendido en la calle hasta varias horas *después*. *Juanín* escribió más tarde una carta de condolencia a la viuda en la que se lamentaba del hecho.

Tras una acción de este tipo, *Juanín* y sus compañeros se escondían en casas de enlaces, nunca más de dos noches, a no ser por causas de fuerza mayor. Desaparecían como habían llegado. Jamás contaban de dónde venían ni hacia dónde iban. Cuenta Pedro Noriega:

> Durante sus estancias solían pasar la noche en la casa y al amanecer salían a campo abierto no muy lejos del lugar y generalmente cerca de la carretera. Tampoco es que se internasen demasiado en el monte cuando venían por aquí. Al mediodía íbamos a llevarles comida y regresaban al anochecer.

La casa de los Noriega era pequeña, con paredes de las llamadas de «zarzo», una especie de adobe de varas de avellano y barro. Tenía tres habitaciones pequeñas, cocina y desván. Don Ángel, el padre de Pedro, había hecho un hueco en una habitación, una especie de cueva donde se podían ocultar los huidos. La entrada estaba camuflada con losetas pegadas en una madera y una argolla disimulada. El agujero no era muy grande. En Serdio, en la casa de Paco Bedoya, habían excavado mucho más: aquello era un auténtico búnker. Todo lo que rodeaba a la guerrilla estaba hecho con disimulo. Las cosas no eran lo que parecían ser. Todo tenía sus claves, sus códigos.

> Como contraseña para comunicarnos, empleábamos una media peseta de las de papel —sigue Pedro Noriega—. Teníamos unos árboles que utilizábamos para comunicarnos.

> Generalmente elegíamos plátanos, por la peculiaridad de su corteza. Con un trozo de ella fijada con cola de carpintero fabricábamos un pequeño «buzón». Junto a él hacíamos una marca con la navaja que sólo nosotros conocíamos. Si estaban por la zona dejaban en el árbol escondida su media peseta. La numeración tenía que coincidir con la Ótra media que estaba en mí poder. Yo entonces sabía que andaban por ahí y los buscaba. Generalmente era más fácil encontrarlos por la noche. Para ello, cogía un palo y golpeaba contra algún roble u otro árbol. Ellos respondían a su vez golpeando también y por el sonido iba orientándome hasta encontrarlos.

En varias ocasiones hubo quien se aprovechó de la existencia de los del monte para cometer todo tipo de delitos. Puede que fueran las contrapartidas o delincuentes comunes. Según Pedro Noriega, *Juanín* y los demás recurrían al asalto sólo cuando estaban realmente necesitados. «Recuerdo una vez que me dijeron en el pueblo que *Juanín* había estado en Santillana cometiendo algunos robos. Y pensaba para mí: pero si acabo de dejarlo en la cama».

Juanín dedicaba mucho tiempo a la lectura pero odiaba las novelas de Marcial Lafuente Estefanía y *El Coyote* de Mallorquí, tan en boga en aquellos días. Cuando llegaban a la casa, aprovechaban para traer la ropa sucia, asearse y abastecerse de algunas cosas. *Juanín* era un hombre muy pulcro a pesar de la vida que llevaba. Le gustaba ir con ropa limpia y bien afeitado y aseado. Era frecuente verle con dos camisas puestas, generalmente de tonos azules. La razón de llevar dos, se encontraba en los cuellos de la camisa, para evitar las molestias producidas por el sudor y el roce. Las intercambiaba. Generalmente llevaba una tercera camisa en la mochila.

Además de alimentos, Pedro Noriega recuerda con precisión que a Paco Bedoya le traía una botella de Terry, y a *Juanín*, ron Negrita. «Llevaban caramelos, que se utilizaban sobre todo para la tos, algún trozo de jabón Chimbo, tabaco —no mucho, en el monte se olía a distancia— y poca cosa más. No eran tiempos de abundancia ni para nosotros ni para ellos».

Para el catarro y la tos, Pedro Noriega tenía un remedio infalible. Se llama «Juariguay». Cuando alguno de los del monte llegaba a casa resfriado, Pedro le hacía esta infusión:

Se prepara con 12 bolas de ciprés, ocho o nueve hojas de eucalipto, una ramuca de romero y otra de tomillo. Todo ello en un litro y medio de agua con 40 minutos de hervor y listo. Después se añade miel al gusto. Tomándose de vez en cuando un trago; en tres días, como nuevo. En el monte eran muy aficionados a las infusiones, aparte del té del puerto solían hacer otras dos: una con hojas de naranjo, muy buena para después de la comida y otra con grana del pajar.

El calzado era un elemento importante. En sus bajadas aprovechaban para reparar las botas. Se solían poner unos remaches metálicos en la puntera y el tacón, para que durasen más tiempo. O se ponían toda la suela de goma, de recortes de neumáticos. Solían llevar dos botas, de las de beber. Una de ellas de plástico con agua y otra de «pez» con vino. Y un paraguas grande les acompañaba a todas partes.

En cuanto a la munición, no era difícil hacerse con ella. Había muchos chavales en la mili. Las cartas que *Juanín* enviaba estaban escritas siempre en clave. Para pedir munición empleaba la frase: «no tengo alubias para el puchero».

Las relaciones entre ellos eran muy cordiales, de auténtica camaradería. Sin embargo, a pesar de su condición de compañeros en el monte, Bedoya y *Juanín* solían tener acaloradas disputas de carácter político. Bedoya era socialista y *Juanín* comunista. En alguna ocasión, Pedro Noriega presenció alguna de esas discusiones, aunque nunca pasaron a mayores.

Francisco Bedoya, el último compañero.

En aquella época tardía, cuando la guerrilla estaba en proceso de disolución si no disuelta ya, *Juanín* entró en contacto con la familia Bedoya. Los Bedoya vivían en el caserío de la Carrá, cercano a Serdio, donde con mano firme Julia, la madre, sacaba adelante a su familia. Allí *Juanín* conoció a Paco, quien hizo de enlace para ellos, motivo por el cual ingresó en prisión. La famosa foto de la Carrá, donde se veía a *Juanín* con una chaqueta y correajes de la Guardia Civil fue realizada en una de las visitas de *Juanín* al caserío de los Bedoya. Esa foto, tras la caída de la familia Bedoya como

enlaces, fue utilizada en pasquines que ofrecían medio millón de pesetas por su captura, la más alta recompensa ofrecida durante la posguerra en Cantabria. Cuando veía los anuncios, *Juanín* pintaba sobre ellos una hoz y un martillo.

En 1952, por indicación de *Juanín*, Pedro se trasladó a Madrid para ayudar a Bedoya a regresar a Cantabria: «Paco no aguantaba más en la cárcel. Le quedaba poco de condena y todos le aconsejábamos que aguantase. Pero al final decidió evadirse de la prisión de Fuencarral. Permanecía oculto en casa de una antigua novia de *Juanín*, en Carabanchel».

Pedro proporcionó a Bedoya dinero e instrucciones y en la calle Alcalá le subió a un Cadillac rojo, que había alquilado con conductor en una empresa de Madrid. Bedoya viajó con la documentación de Pedro Noriega, su cartilla militar. Sólo cambiaron la fotografía. El vehículo condujo a Bedoya hasta la Hayuela, en Udías, donde se internó en el monte Corona. Allí contactó con *Juanín* y los dos pasaron la noche en casa de los Noriega.

Tarde o temprano, el cerco sobre *Juanín* y sus enlaces tendría que alcanzar a los Noriega. Sin embargo, la caída de la familia Noriega se debió a los sucesos de Tama, el 20 de octubre de 1952. Ese día, el sargento de Potes José Sanz y cuatro números, que realizaban un registro de casas, cuadras e invernales, llegaron al pueblo de Tama y se dirigieron a la casa de un peón agrícola, Dominador Gómez. Allí estaban ocultos Hermenegildo Campo, *Gildo*; Quintiliano Guerrero, *El Tuerto*, y José Fernández, *Pin el Asturiano*. El sargento se topó con los emboscados y éstos le dispararon una ráfaga que le mató en el acto. En el intercambio de disparos murió *Gildo* y huyeron los dos restantes con sus armas. Un guardia civil, de permiso en el pueblo, disparó y mató en la huida a *Pin el Asturiano*. En venganza por la muerte del sargento, los guardias asesinaron al dueño de la casa, a su mujer y a su hija de 16 años.

Tras aquel suceso que conmocionó al pueblo por mucho tiempo, en noviembre se produjeron una serie de interrogatorios entre personas de la comarca como resultado de los cuales los miembros de la familia Noriega fueron señalados como colaboradores. Con su detención el 4 de diciembre,

comenzó para ellos un largo y trágico período que marcó sus vidas para siempre.

Era jueves, festividad de Santa Bárbara, lo recuerdo muy bien. Yo había ido a Santander a ver a Avelina y a comprar algunas cosas para *Juanín* y Paco. La Guardia Civil debía estar tras mis pasos. Después de lo de Tama, decenas de personas fueron detenidas en noviembre de 1952. Puede que por aquellos duros interrogatorios salió mi nombre a relucir.

De regreso de Santander, tome un taxi en Cabezón de la Sal y llegué a la «casuca» de Canales. Allí me esperaba Bedoya. Esa noche dormimos juntos en mi habitación. Habíamos estado hasta tarde leyendo. Le había comprado un libro sobre Espronceda. A Paco le gustaba mucho. Su poesía favorita era *La desesperación*; esa misma noche, a la luz de un carburo, Bedoya la leyó en voz alta para mí, cosa que solía hacer habitualmente. La llegué a aprender de memoria.

Hacia las cuatro de la madrugada, comenzaron a golpear la puerta. Paco y yo cogimos nuestras pistolas y nos dirigimos en calzoncillos a ver qué ocurría. Recuerdo que yo tenía un nueve corto que me había regalado *Juanín*. Él mismo había grabado en las cachas de nácar las iniciales PN.

La Guardia Civil nos conminaba a abrir la puerta. Habían traído detenida a Avelina, quien también chillaba para intentar convencernos de que abriésemos la puerta: «¡Pedro, abre!…». Después nos enteramos que ella había recibido una tremenda paliza.

Aunque hubiésemos querido, no nos era posible abrir. Arriba la puerta tenía un pequeño agujero donde dejábamos colocada la llave. El último que llegaba por la noche trancaba por dentro y dejaba la llave en el agujero por si llegaba alguien más tarde. Con los golpes en la puerta, la llave debió de caer por algún sitio.

Paco y yo regresamos a la habitación. Levantamos la trampilla que había en el suelo y que daba paso a la pequeña cueva. Era muy pequeña, en ella cabían dos personas sentadas, quizá tres muy apretados. Se introdujo Bedoya, metimos las armas, su ropa y lo que dio tiempo. Mis padres permanecían en otra habitación.

En esto que los guardias, consiguieron finalmente romper la puerta y las ventanas y penetraron en la casa. Habían venido dos camiones. Aquello estaba lleno de civiles. Comenzaron a registrar, alguno de ellos tenía tanto miedo como nosotros. Recuerdo que me hicieron subir delante al desván, donde teníamos amontonadas las alubias aún sin desgranar. Uno de los guardias se acercó al montón, sospechando que había alguien oculto debajo, de repente salió un gato que estaba allí metido y el susto fue monumental. Casi lo achicharran. Ahora me río de aquella anécdota y de la cara del guardia, pero en aquel momento no estaba la cosa para bromas.

En el registro encontraron las botas y los víveres de Bedoya que se habían quedado fuera del escondite. Nos detuvieron y nos subieron a un camión para conducirnos al cuartel. Paco se había salvado de ésta. La de veces que en el registro pasaron por encima de las losetas que ocultaban el escondrijo.

Durante gran parte del trayecto estuvieron profiriendo contra nosotros todo tipo de insultos. También decían ¡menudas Navidades que os esperan! Y cosas por el estilo. Uno de los guardias no dejaba de acosar a mi padre: ¡Mira qué has hecho con tu familia, estarás contento! ¡En qué han acabado tus hijos por tu culpa! ¡Vaya un padre!… Nosotros íbamos realmente asustados, pero mi padre ya tenía escamas. Había pasado mucho tiempo en la Tabacalera, en la Guerra Civil. En una de ésas, le dijo muy serio al guardia: «¿Acaso saben

> sus hijos cómo se gana la vida?», se produjo un momento de gran tensión. No hubo respuesta por parte del guardia y se hizo el silencio hasta llegar al cuartel.

Los Noriega permanecieron incomunicados durante 40 días, tras los cuales, Pedro, con su padre y su hermano, fueron conducidos a la enfermería de la prisión Provincial, Los tres eran incapaces de reconocerse, tenían los rostros totalmente desfigurados. Pedro aún conserva en su espalda las cicatrices de los vergajos. Fue puesto en libertad, hasta la celebración del juicio tres meses más tarde, ingresando posteriormente en prisión. En la sentencia se puede leer:

> El procesado Pedro Noriega, hijo de los asimismo encartados Ángel Noriega y Eulalia Díaz […] llevando una carta de *Juanín* a su hermana Avelina y otra de ésta para su hermano […] por mandato del que se acaba de citar se trasladó a Madrid con 5. 000 pesetas para gestionar la ida a Santander de Francisco Bedoya, lo que consiguió dando noticias luego del viaje a la citada Avelina; a la cual a su vez trasladó a la casa de sus padres, donde se entrevistó con su hermano bandolero y con Bedoya. Al ser puesto en libertad provisional continuó en relaciones con los bandoleros mencionados, por lo que fue privado del indicado beneficio.

Pedro Noriega, su madre, Eulalia Díaz, su padre, Ángel, y un hermano, de igual nombre, fueron condenados en consejo de guerra por «delitos de complicidad y auxilio a bandoleros». Pedro cumplió siete años de cárcel por ello.

Desde los sucesos de Tama en 1952, apenas quedaron guerrilleros en los montes. En los últimos tiempos, Paco Bedoya fue el único compañero de *Juanín*, formando una pareja de leyenda, hasta el año 1957, en que ambos perdieron la vida. Al final, ninguna formación política le respaldaba. Se le consideraba un estorbo, un «guerrillero anacrónico e individualista», más cercano ya a la delincuencia. Muchos correligionarios le evitaban.

En cuanto a los motivos para continuar en el monte, al igual que sobre otros aspectos de su vida, tampoco hay unanimidad entre los que le conocieron o han escrito sobre él. Se han barajado asuntos puramente personales, como que estaba muy unido a su madre, o motivos económicos. Esta versión le supone no poder dejar una vida fácil como guerrillero donde

percibía buenos ingresos, debido a los asaltos, secuestros y el «impuesto revolucionario» que estableció entre caciques e indianos de la zona, algunos de los cuales eran simpatizantes suyos.

Isidro Cicero calculó que *Juanín* y Bedoya consiguieron 78 651 pesetas entre 1953 y 1957. Una sencilla división nos da un presupuesto exiguo para los dos guerrilleros. Si descartamos el móvil económico, la mayoría de los que le conocieron o han escrito sobre él se inclinan por motivos puramente idealistas y románticos, fruto de una vida llena de injusticias y persecuciones.

Muchos amigos intentaron convencerle para que huyera a Francia, según cuenta Pedro Álvarez en su libro *Juanín, el último emboscado de la posguerra*, Lorenzo Sierra, por ejemplo, que había abandonado el monte por problemas en la vista y que estaba en Madrid, fue uno de ellos. Bajo identidad falsa, Lorenzo Sierra alternaba en aquellos momentos las clases particulares con la participación como extra en las películas de la época. Eran los tiempos de Cifesa y Cesáreo González. Según cuenta en sus memorias inéditas el propio Lorenzo Sierra, trabajó en las películas *Eugenia de Montijo, Las inquietudes de Santi Andia, El castillo de la bofetada y en La pródiga*, de Rafael Gil. A través de su madre, Lorenzo le hizo llegar a *Juanín* documentación falsa e instrucciones para unirse a él y atravesar la frontera. La respuesta que dio *Juanín* a la madre de Lorenzo es que no se le había perdido nada en Francia: «Prefiero morir aquí como un valiente que vivir en el extranjero como un cobarde».

También los familiares de *Gildo* le ofrecieron ayuda para irse y *Juanín* la rechazó. Asimismo, el director de la Escolanía de la Pontificia de Comillas, el padre Prieto, que conocía al guerrillero, le intentó convencer y ayudar para salir al extranjero.

Parece que en esos dos últimos años, cuando era cuestión de tiempo el que *cayesen, Juanín* llegó a plantearse su paso a Francia. Según cuenta Pedro Álvarez en su libro, su amigo de la infancia don Desiderio, capellán del monasterio de Santo Toribio, mantuvo en octubre de 1956 contactos con el Ministerio de la Gobernación para negociar la salida del país de Fernández Ayala. Ante los enviados del Ministerio, el capellán pidió como garantía una carta firmada por el mismísimo Franco que autorizara la salida,

con una copia para evitar posibles traiciones, depositada en la agencia de noticias United Press. Esas condiciones no fueron aceptadas.

Como la de otros guerrilleros que se quedaron hasta el final, cuando ya no había ninguna esperanza, la suya fue una muerte anunciada. Un día u otro se encontrarían con su destino. Como cerrando el ciclo de una vida que no llegó a los 40 años, el 24 de abril de 1957, Juan Fernández Ayala cayó abatido en la curva del molino de Vega de Liébana, uno de los paisajes de su infancia. Bedoya logró huir, pero vivió sólo seis meses más. Sus muertes pusieron el broche final a la tragedia de la guerrilla del norte de España. Si uno va al lugar de la muerte de *Juanín*, a la caída de la tarde, muy bien puede rememorar aquel penúltimo acto y trasladarse a aquel tiempo.

La muerte de Juanín y sus incógnitas.

El 24 de abril de 1957, sobre las 18, 30 horas, en el cuartel situado a la entrada de Vega de Liébana, la pareja de la Guardia Civil, formada por el cabo Leopoldo Rollán Arenales y el número Ángel Agüeros Rodríguez, se dispone a realizar su servicio. Una contramarcha que consiste en ir a Valcayo, luego a Soberao y regresar a la Vega de Liébana. De retén en el acuartelamiento queda tan sólo un guardia.

Agazapados en algún lugar del monte de Señas, *Juanin* y Bedoya observan con prismáticos los movimientos de la Guardia Civil. La excepcional panorámica que se divisa desde allí, permite seguir sus pasos desde el mismísimo cuartel y gran parte del camino.

Juanin y Bedoya, después de haber visto pasar a la pareja, comienzan a descender por el camino de Señas, con intención de llegar hasta el cementerio, ocultarse y cruzar después la carretera.

Son casi las nueve de la noche, está oscureciendo y el viento barrunta lluvia. Fernández Ayala y Bedoya han permanecido ocultos tras el muro del cementerio esperando el momento de cruzar en dirección al molino. *Juanín* se adelanta. En su mano derecha porta la pistola y en la izquierda una vara de avellano. La metralleta Sten colgada al hombro. Una vez ha pisado la

carretera, mira de forma insistente en dirección a Vega de Liébana para asegurarse no ser visto. Sin embargo, aparece a su espalda el cabo Rollán, el viento ha camuflado su presencia. Agüeros le sigue a unos metros en el lado opuesto de la carretera.

«¡Alto a la Guardia Civil!». *Juanin* comienza a correr en zigzag en dirección a la Vega y se defiende disparando con su nueve largo. Rollán dispara una ráfaga en abanico, una de las balas le siega la yugular, dos más se incrustan en el cuerpo de Juan Fernández Ayala. Mientras tanto, Bedoya, parapetado tras unos maderos, dispara con su pistola y después emprende la huida monte arriba. Unos minutos más tarde aún hará unos disparos al aire con la esperanza de obtener respuesta de su compañero.

En el momento de su muerte llevaba puestas tres camisas y dos pantalones, 8. 500 pesetas, un bloc de notas con apuntes, dos cajas de tabaco, seis aspirinas, una fotografía de su hermana Avelina, una estampa de la Virgen y un preservativo, una prueba tal vez de que iba a una cita amorosa. Además de la metralleta y la pistola, su equipo se completaba con una bomba de mano y unos prismáticos. El cadáver del emboscado permanecería toda la noche en la carretera, hasta la mañana siguiente, que es expuesto apoyado contra un muro. Después, en unos sacos, es trasladado en Land Rover al cementerio de Potes, donde su cuerpo es nuevamente exhibido ante multitud de curiosos de toda la región. Posteriormente sería enterrado tras el depósito del cementerio, en una fosa común. Gracias a un vecino pudo ser enterrado en un ataúd y se realizó el sepelio con dignidad para el fallecido y sus familiares.

Seis meses después, Bedoya y su cuñado José San Miguel, que iban a Francia en moto, son abatidos por los disparos de la Guardia Civil cerca de Castro Urdiales. Bedoya logra huir, gravemente herido, y fallece a los 300 metros.

Durante todos estos años no se han resuelto incógnitas fundamentales sobre la muerte de Juan Fernández Ayala y se ha dado por buena la versión oficial con alguna matización. ¿Murió por una delación o se debió a un encuentro casual con la Guardia Civil? Hasta hoy pervive la duda. Varios libros, como el citado de Pedro Álvarez o el de Isidro Cicero, han intentado desentrañar el misterio. Otro de los que han investigado es Alfredo Cloux.

La primera explicación que circuló por la zona hacía culpable a su compañero Bedoya, ya que el cadáver de *Juanín* tenía dos tiros a quemarropa y el forense entregó una bala de máuser a su hermana Avelina. Estos disparos los efectuó un miembro de la brigadilla cuando Fernández Ayala ya estaba muerto, según afirman testigos directos. Hoy día está descartado que Bedoya entregase a *Juanín*, por el que sentía gran cariño y admiración. Antes de incorporarse al monte, Bedoya tuvo oportunidad de pasar a Francia, pero prefirió unirse a *Juanín*. Tras la muerte de éste, Bedoya se sentía vulnerable, como un animal acosado.

Es posible que les estuviesen esperando. La especial orografía del terreno, con el desnivel situado frente al molino, resultaba un lugar idóneo para esperar sin ser vistos a los emboscados. Una versión dice que fueron los propios guardias los que se emboscaron sin dar cuenta a la superioridad. Era mucha la recompensa por la muerte de *Juanín*.

La bala de máuser dio lugar a muchos comentarios. Alfredo Cloux ha descubierto, entrevistando a testigos, que Agüeros, el guardia que iba con el cabo Rollán, llevaba un fusil, seguramente un máuser. Tradicionalmente se ha hablado de que la pareja portaba *naranjeros*, pero sólo llevaba subfusil el cabo.

Alfredo Cloux, analizando las fotografías del cuerpo de *Juanín* piensa, por los orificios de entrada, que eran descendentes, es decir, realizados desde un lugar más elevado que la posición de *Juanín* y a su espalda, lo que supondría la posibilidad de un tirador bien situado a la espera. Por otra parte, Felipe Matarranz se hace eco de algo que se ha sabido siempre en la comarca. *Juanín* iba a una cita amorosa. En el mes de abril de 1957, la Guardia Civil puso en libertad a varias personas que estaban ligadas a la vida del guerrillero. Entre ellas estaba la molinera de Vega de Liébana, que en tiempos había sido novia de *Juanín*. La Guardia Civil había supuesto que tan pronto como *Juanín* se enterara procuraría ponerse en contacto con ella. No quisieron emplear un gran dispositivo que alertaría sin duda a los amigos y familiares del guerrillero y utilizaron a los dos tiradores especiales, ocultos en un zarzal.

El guerrillero Jesús de Cos, de la Brigada Machado cuenta que cuando las grandes detenciones del año 1952 la molinera de La Vega fue deportada

a Oviedo. «Y más tarde, para lograr capturar a *Juanín* el capitán de la Guardia Civil le propuso darle una cita en el molino a la cual ella accedió a cambio de su libertad. Al acecho lo aguardaban dos guardias civiles especialistas de tiro de la brigadilla antiguerrillera de Toledo, que lo asesinaron sin darle el alto siquiera».

Otra versión, que es una de las que más se comenta en la zona, habla de que la delación partió del mismo enlace que había denunciado la casa de Tama y que también fue detenido para disimular.

Para Jesús de Cos, Elias Fernández, que vivía en la Vega del Liébana:

> […] a la vez que nos ayudaba a los guerrilleros, era confidente de la Guardia Civil. Esto, claro está, lo hemos sabido mucho más tarde. Este elemento un año antes de la muerte de *Juanín* ya había hecho detener en Potes por dos policías a Manuel Díaz López, exguerrillero de la Brigada Machado que había pasado varios años en la cárcel, con el propósito de que le sirviese de guía para capturar a *Juanín* y Bedoya. El capitán de la Guardia Civil de Potes le propuso a Manuel Díaz que involucrara a su exnovia llamada Virginia, de Bárago, que tenía relación con la hermana de *Juanín*, la cual naturalmente no aceptó, puesto que además ni Manuel ni ella sabían el paradero de *Juanín*. En el expediente incoado al procesado Elias Fernández n.º 226/52 éste aparece explícitamente como confidente de la policía y por añadidura cuando lo detienen estaba en posesión de un revólver especial calibre 38 mm que en cierta ocasión nos había comentado que se lo había entregado el capitán de la Guardia Civil de potes para su defensa personal.

Sea como fuere, *Juanín* acudió a la cita. El desenlace es conocido.

Quedaba Francisco Bedoya, Deprimido, solo, el último compañero de *Juanín* quiso huir a Francia. En ese momento entró en escena su cuñado, José San Miguel. San Miguel estaba considerado como un «fuguista» (experto en fugas). Muchos, *Juanín* entre ellos, sospecharon que era un infiltrado de la Policía. Un tío de San Miguel era por entonces un alto mando de la Guardia Civil, que había desempeñado un importante papel en la eliminación de los maquis que entraron de Francia por los Pirineos. Parece que San Miguel se infiltró en la familia de Francisco Bedoya, donde se casó con su hermana a pesar de todas las advertencias que sus hermanos y sus amigos le hicieron a ésta. San Miguel era una persona de mala reputación, incluso dentro de la cárcel, donde se le consideraba un hombre oscuro y pervertido.

El drama estaba próximo a concluir. Tampoco el traidor —un testigo molesto para la Policía— sabía lo que le esperaba. En diciembre de 1957, cerca de Castro Urdíales, San Miguel conducía una motocicleta camino de Francia. De paquete viajaba su cuñado Paco. Cerca de Islares, un coche de la Policía se puso a su altura y disparó. San Miguel cayó muerto. Bedoya, con cinco balas en el vientre, gravemente herido, se arrastró 400 metros, subiendo un desfiladero. Al día siguiente aún disparó a la Guardia Civil cuando ésta encontró su rastro con perros adiestrados. Finalmente, murió por un tiro en la sien disparado desde corta distancia. Siempre quedó la duda de si esa última bala salió de su propia pistola. No quiso dejar a sus verdugos la posibilidad de que le mataran. El último acto de una tragedia con ribetes clásicos, se había consumado en el norte de España.

A pesar de todo lo que pasó, Pedro Noriega tiene grandes amigos en la Guardia Civil. Para él, en la etapa que le tocó vivir, hubo quien «repartió mucha leña», pero también buena gente, como los guardias que acogieron a los familiares de *Juanin* en Polientes, en 1956.

Pedro Noriega se casó con Avelina, la hermana de *Juanín*. Junto con la madre visitaron en varias ocasiones su tumba en Potes. Llegaban con una pequeña bandera republicana escondida que ponían luego sobre la corona. Hoy, esa bandera, así como una lápida conmemorativa con una foto se pueden ver presidiendo la tumba de Juan Fernández Ayala, *Juanin*. En esta pequeña esquina del cementerio se han realizado homenajes a su figura. Allí se han reunido hombres que le conocieron y lucharon con él en la guerrilla, como Felipe Matarranz, Jesús de Cos, y los enlaces Manuel y León de Cos.

León de Cos, la ardilla.

> El canto preferido por todos era el canto del búho, porque llegaba lejos y cuando estás en la montaña es muy útil. Parece muy fácil, pero era el más difícil de imitar. Lo utilizábamos cuando teníamos que ir a casas de enlaces o a los campamentos; cuando queríamos avisarnos, esto nos salvó muchas veces.

Frente a la tumba de *Juanín*, León de Cos me habla de aquella época de su infancia en la que fue enlace de la guerrilla. En palabras de sus hermanos y de quien lo conoció en aquella época, León de Cos fue un fuera de serie. Era como una ardilla. «Tu pones en el bosque a los búhos y a León, y no sabes quién lo hace mejor». Su habilidad para imitar el canto de una docena de aves no era más que una de sus facetas. Las otras eran sobre todo un arrojo sin igual para llevarle comida a diez o doce personas, con nevadas, descalzo en muchas ocasiones y cercado por la Guardia Civil. Era como una escurridiza anguila. Caminaba en sentido inverso, borraba las huellas, y si no, las tapaba con la hojarasca.

El destino y la curiosidad se conjuraron para que León, el más pequeño de una familia de luchadores, fuera uno de los enlaces más jóvenes de la guerrilla que actuaba en los Picos de Europa. Como otros muchos niños de entonces, León apenas tuvo infancia. Desde muy pronto tuvo que encarar la vida con la responsabilidad de los adultos en una familia castigada por la represión y la guerra. La familia De Cos encarna en Cantabria la resistencia contra el franquismo y el nazismo. Donato de Cos, el patriarca de la familia, volvió a España en 1918 tras andar de marinero por medio mundo. Donato trabajó desde los 12 años, abriéndose paso a fuerza de puños en la mina, el barco o las fábricas. Vivió en la Argentina, Chile y Nueva York, visitó China y Japón pero volvió a sus lares para criar a su familia y luchar por la República. Socialista ardiente, llegó a ser teniente de alcalde en su pueblo y en octubre de 1934 fue el hombre de confianza de los mineros asturianos huidos en la represión de la revolución. Cuando estalló la Guerra Civil, y tras la caída del frente norte, consiguió refugiarse en Francia. Pero la desgracia parecía perseguirle. Después del estallido de la Segunda Guerra Mundial y la invasión de Francia, De Cos, que estaba enrolado en los batallones de trabajo franceses, cayó prisionero de los alemanes, junto con 4. 000 españoles más en la bolsa de Dunkerque y fue trasladado al campo de Mauthasen-Gusen. Allí lo mataron a palos el 2 de agosto de 1941.

De la misma arcilla de resistentes natos fueron moldeados sus hijos Magdalena, Marcelino, Barbarina, Manuel, Jesús y León. Su madre, María Borbolla, fue otro bastión. Desde su casa de Rábago, María procuró capear

el temporal como pudo. Con el marido muerto por los nazis, un hijo en la guerrilla y los otros de enlaces, ella sufrió las vejaciones de las mujeres de los vencidos. En Puente Nansa, junto con quince más: aceite de ricino y corte de pelo, escarnio público.

Un día sembrando patatas, a León le mandaron a buscar una pala parar esparcir el abono. Al entrar en la cuadra se dio cuenta de que en una de las piedras que sobresalían de la pared, un palmo antes del sobrado, se veían unas zapatillas blancas. Se extrañó y quiso cogerlas, aunque la piedra quedaba un poco alta para él y no llegaba. Y entonces, sucedió algo que jamás podrá olvidar:

> De repente me cogieron en brazos y me alzaron en vilo. Yo me quedé atónito, mudo. Es una escena que llevaré siempre grabada. Eran los guerrilleros con sus metralletas, vestidos de verde, con barbas. Aquel guerrillero que me había cogido era Ceferino, *Machado*. Me dieron un trocito de torta, de borona y me preguntaron qué quería. Desde ese encuentro fui enlace de la guerrilla.

León era un niño del monte. Conocía las señales de paso de los animales y reconocía los sonidos de los pájaros. Imitaba tan bien al búho, al cárabo, que más de una vez, ante su reclamo, los búhos le confundían con uno de los suyos y se posaban en el árbol en que se encontraba. Asombraba. A sus 11 años ya tenía una larga experiencia de ayuda a los guerrilleros y miles de kilómetros recorridos con sus pies desnudos, y no precisamente en línea recta. Hay que conocer la montaña y aquellas sendas y caminos de la España de la posguerra para darse cuenta de lo que tuvo que pasar León.

> Las primeras zapatillas me las puse a los 10 años, iba descalzo por estos montes, nunca tuve zapatos. Pisaba los pinchos de las castañas cuando las iba a recoger, las abría con los pies y sacaba las castañas, de manera que figúrate la corteza que tenía en las plantas. La lucha de la guerrilla fue una lucha terrible. Yo llevaba una chaqueta de mi hermano atada a la cintura y «gente de derechas», lo que llamamos hoy derechas, me daban boronas, tortas cocidas para que les llevara a los del monte. Me ataba con una cuerda la chaqueta y las llevaba debajo, me quemaban porque salían calientes. De vez en cuando en el camino pellizcaba un poco de torta.

León de Cos enlazó a menudo con Juan Fernández Ayala:

Juanin tenía más fama que los demás, era especial. Dicen que los indios cuando querían saber si les seguían clavaban el cuchillo en el suelo y escuchaban sobre la tierra, *Juanín* detectaba el olor de los capotes de la Guardia Civil. Estaba medio dormido y olía, y se levantaba como un resorte. Eso le salvó la vida muchísimas veces.

Como era yo niño, no recuerdo exactamente por qué, decían que Franco cuando más cerca estuvo de la muerte fue una vez que vino a pescar al río Nansa. Yo entonces llevé un parte a Panes. El mismo día en Camijanes se habían hecho unos agujeros para poner bombas. No sé por qué vino una orden y se paró el volar a Franco en el Nansa. Con esto *Juanin* no estuvo de acuerdo. Sé que discutieron mucho entre ellos porque yo los oía. Había unos 30 hombres en la cuadruca de Eloy en Rábago, debajo de esa cuadra hay unas dos cuevas donde todavía están los restos de esa especie de cubas donde guardaban la poca comida que tenían, incluso existe una mina donde hay dos bombas de aquéllas que llamaban de piña. Yo llevaba dos bombas en los costados y una pistola pequeña que me había regalado Pedro. El día que estaban en la cuadra estos hombres, nos traicionó uno del pueblo, dio parte a la Guardia Civil y les tuve que ir a avisar. Yo estaba de vigilancia y cuando vi el despliegue corrí a la cuadra y se dispersaron antes de que llegaran los civiles.

En una redada, León de Cos, rodeado de guardias, en el suelo, vio cómo un sargento le ponía la bota encima, en la frente, profiriendo todo tipo de amenazas. Muchos años después, avatares del destino, coincidió con aquel sargento. Entonces era ya general de la Guardia Civil. El general Nieva.

«Recordando aquellos tiempos me decía: "Sí que sois duros los cántabros". Yo le respondí que éramos como el carvallo, el roble, que nunca se troncha con el viento porque se cimbrea lo suficiente».

Acosado por los guardias, con la guerrilla ya prácticamente disuelta, León de Cos tuvo que marcharse con su familia a Madrid. Sustituyó los bosques, los prados y las montañas por las calles de la capital de España.

Tuve que hacer de todo. Recoger fruta desechada en los mercados, trabajar haciendo recados, comprando pan en un lado para venderlo en otro, en fin, lo que fuera por comer y vivir. Lo que hacíamos muchos. Ahí, en Madrid, vi a Bedoya, en el mercado de Legazpi, por última vez. Se había escapado y preparaba la huida a la montaña, con *Juanín*.

Otro de los miembros de la familia que hizo de enlace fue Manuel de Cos. Siendo un chaval, durante la Guerra Civil, había guiado en la retirada a una columna de soldados vascos perdidos en el frente norte. Cuando cayó el frente, a su familia le dijeron que había muerto. Ésa fue sólo la primera de las muchas veces que Manuel de Cos regresó de un mundo incierto en el

que le sumían los avatares de su destino: el de ser miembro de una familia de vencidos. Cuando cumplió 18 años, al ser llamado a quintas para hacer el servicio militar, fue encarcelado por error y llevado a Bilbao. Allí se enteró de que le han condenado a muerte:

> Yo estaba en la 6.ª planta. En los Escolapios había 22 000 hombres y un día empiezo a recibir una cesta con comida y con mudas. Aquello era raro para mí. Mi familia no me lo podía enviar, y yo no conocía a nadie en Vizcaya. En la retaguardia estaban organizados los presos de tal manera que todos recibíamos atenciones de solidaridad. Las chicas que me mandaban las cestas eran cuatro hermanas de Baracaldo. Sólo me acuerdo del nombre de una, Carmen.

La información era una manera de mantenerse vivo. Frente a la cárcel vivía una chica que se llama Fermina. La misión consistía en lanzar a su ventana mensajes envueltos en bolas de miga de pan. Cada uno de los presos tenía cuatro o cinco bolas. Al amanecer, Fermina abría las ventanas para ventilar las habitaciones, luego tenía que cerrarlas durante todo el día. Los presos ya estaban preparados.

> Dentro de la prisión había que tener cuidado. Uno vigilaba desde la puerta mientras cuatro tirábamos las bolas a través de la calle hasta la ventana aquélla de enfrente. A lo mejor, de 15 mensajes metíamos cinco, los otros iban al suelo. Cuando cerraba las ventanas, le hacíamos señales con los dedos de las que habían caído fuera.
>
> Entonces bajaba Fermina, enlutada, con una mantilla, un rosario, un libro de misa y empezaba a hacer salmodias y gestos como una beata. La fuerza que nos custodiaba paseando alrededor de la calle, falangistas y requetés, ya la conocían y pensaban que estaba loca. Cuando llegaba debajo de su ventana, dejaba caer el rosario y recogía las bolas, algunas se habían descompuesto al caer, así se tiraba hora y media todos los días. La colaboración que prestó Fermina fue así.

Muchos años después, cuando ya en España había democracia, Manuel de Cos, representante de comercio, se encontró en un establecimiento de Cabezón de la Sal con una mujer. ¿De qué conozco yo a esta persona?, se preguntó momentos antes de que le llegara el recuerdo preciso. El primer impulso fue abrazar a Fermina, pero ella, desconcertada, le apartó. Bastó que Manuel dijese su nombre para que la mujer, mucho más envejecida, le reconociera y se fundieran los dos en un efusivo abrazo. Fermina estaba con

su marido y venía de vacaciones desde México, donde vivía. En quince días volvía para allá. A pesar de la emoción de aquel encuentro, Fermina le rogó que no le recordase aquello. Había sellado para siempre aquel capítulo de su vida en que fue un ángel para los presos.

Un capítulo de la vida de Manuel de Cos que logró superar gracias a que una amiga en Bilbao, lo comunicó a su familia. Le acusaban de haber profanado iglesias:

> El cura de Cosío fue con mi madre y encontraron escondidas en un pajar todas las imágenes que decían que yo había destruido. El tribunal me juzgó otra vez, ésta a puerta cerrada y al cabo de dos o tres preguntas se levantó la sesión, me quitaron las esposas y me pasaron a una sala. Allí empezaron a darme palmadas en la espalda, me dijeron que no tomara en consideración lo ocurrido y entre todos aquellos militarotes me dieron 2000 pesetas, un documento y un salvoconducto porque Santander estaba en estado de guerra.

Manuel llegó a Rábago y lo celebraron en familia, aunque quizá más de lo que hubieran debido. Es fácil comprender la alegría de haber escapado de una condena a muerte. Pero duró poco. A las siete de la mañana del día siguiente se presentaron dos falangistas del pueblo que le quitaron el salvoconducto, el documento del tribunal, y le llevaron a prisión. Esta vez fue al Campo de la Magdalena, donde concentraron unos 2000 hombres de todo el norte y de León. Éste es su testimonio:

> Nos trasladaron en ferrocarriles de mercancías, hacinados como sardinas, y nos desembarcaron dos días después en Miranda de Ebro. Allí conocí yo a las Brigadas Internacionales, vi cómo maltrataron sobre todo a los rusos. Murieron muchos a palos, fue horrible, y eso que en el campo de Miranda de Ebro estuve sólo quince días. Luego me trasladaron a Madrid, al Instituto Miguel de Unamuno, en Delicias, que funcionaba como centro de detención. Allí se formó el Batallón 91. En el gorro una «T», de trabajadores, y atrás una «P» de penado: trabajador penado.

El viaje continuó hasta el castillo de Santa Catalina, en Cádiz, un trayecto en el que murieron diez hombres. De Cádiz embarcaron hacia Canarias. Manuel de Cos hizo sólo un año y medio de trabajos penados en Tenerife. En la oficina del Batallón tenía amigos que le pasaron al comandante una firma y le licenciaron de una manera tan irregular como le

habían encarcelado, sin haber sido juzgado. De vuelta a la Península, Manuel ya no se adaptaba al trabajo en su pueblo. Un compañero del Batallón le proporcionó un empleo en Vigo, como representante de comercio. Entonces empezó a viajar, y este amigo, en contacto con gente represaliada de Vigo, le daba consignas.

A Vigo le llegó una carta que le había escrito a su hermano Jesús devuelta con el membrete «desertor». Desde ese momento su obsesión fue saber algo de su hermano. Recorría el norte de España como representante. Pasaba por la casa familiar, donde le contaron que su hermano estaba en la guerrilla. Pero sus visitas eran seguidas de inmediatas detenciones:

> Tantas veces como voy a Rábago pregunto ¿y Jesús? Pues está en Potes, está acá, allá y mi madre que siempre tenía miedo por mí, no me decía nada, «mamá, no me oculte las cosas, dígame si está aquí, dónde ha ido León a llevar la cena…». Yo tenía que salir de viaje pero tal como llegaba me detenía la Guardia Civil, un día o esa noche y la casa rodeada.
>
> Recuerdo que una mañana estaba en casa y yo madrugo, la casa era muy pequeña, tenía ventanas pequeñas. Había una escalera vertical a la puerta de salida, no hago más que abrir la puerta de la calle y oigo «manos arriba» por todas partes. Me sacaron a punta de fusil, a mi madre, a mi abuela, a toda la gente de casa y rodearon el pueblo, había más de 30 civiles a la vista, más los que no se veían. Estuvimos allí hasta las cuatro de la tarde, me tuvieron en un bardal con las manos arriba. Y estaba allí una tía de Cangas de Onís, ésa no se cohibió, los insultó, se comportó con gran arrojo delante de ellos.

Ese tipo de presión sobre su familia no hizo más que afianzar su decisión de seguir ayudando a la guerrilla. Fuera de su pueblo, Manuel entró en contacto con las primeras organizaciones guerrilleras. No conocía a nadie ni nadie le conocía a él. Se limitaba a recoger armamento, por ejemplo una pistola, que dejaba en otra parte, o munición. Así estuvo mucho tiempo, año y medio. Aquella organización en aquellos momentos parecía bastante perfecta, y además, todo parecía ayudarle. Siendo viajante de comercio, tenía salvoconductos especiales.

> Una vez en Vigo, me avisó un conocido de la Policía —dentro también había gente decente— que yo estaba el tercero en una lista de 15 personas que vigilaban. En La Coruña el camarero del hotel Europa también me dijo que la Policía había preguntado por mí. Y, sin embargo, yo seguía actuando cuando salía de viaje. Un día llego a Torrelavega en Santander, y me avisa Ramón Arce que hay que hacer un sabotaje, cortar las líneas de alta

tensión por la noche. Éramos tres. Fue el único sabotaje importante que se hizo en Santander. Lo hicimos y no nos carbonizamos de milagro porque tuvimos suerte, todos los cables cayeron y se incendiaron. Dejamos en penumbra absoluta a la región, cortamos Santander con Asturias y con Bilbao. Al momento de dejar sin luz todas esas comarcas, aquello ardía de policías. A mí me camuflaron, Ramón me puso una gorra, una chaqueta rota, unos pantalones entallados y así salí. Otro día tuve que llevar unas balas hacia la parte de Panes y Potes, pero ¿cómo sacarlas? Llevaba una cesta con huevos, cebollinos y abarcas. Me meto en el tren, llego a Pesués, donde cojo una bicicleta que tenía escondida en un bardal, mal até las cosas en ella, la carretera estaba llena de baches. Había una fiesta en Muñorrodero, venía una pareja de novios caminando cuando se me rompe aquello y salen todas las balas por ahí. La tentación primera fue tirar para el monte y huir, pero la pareja me ayudó a recoger las balas, las volvimos a atar y salí corriendo con el corazón latiendo sin parar. Esa mujer aún vive, y nunca me delató. Mucha gente, aunque no compartiera nuestra lucha, tenía compasión.

Algunos nos hacían la vida imposible, pero había gente con sentimientos humanitarios, en Rábago los hubo y eso hay que reconocerlo, en gente de derechas. Cuando mi hermano León salía con 12 años y muchas dificultades, gente de este pueblo le advertía «cuidao», me daban comida y eran de derechas, ¿eh?

Manuel cree que fue el cansancio, la pérdida de esperanzas puestas en la terminación de la guerra europea la que hizo que muchos optasen por sobrevivir: «Cuando acabó la Guerra Mundial, había una gran alegría, pensábamos que esto iba a terminar, eso motivó que hubiera pueblos enteros que estuvieran con la guerrilla. Pero poco a poco se fue perdiendo. Todo se volvía amargo».

Manuel de Cos conoció a todos aquellos luchadores y de entre todos destaca a Ceferino Roiz, *Machado*:

Era un fuera de serie, hablaba muy bien, era muy recto, convencía a la gente, decía que si necesitabas algo, convencieras de que te lo dieran por la causa, por lo que representaba la lucha, nunca había que requisar nada. Él no robaba una oveja o una cabra, no era como los otros. Tenía una gran templanza, los demás no eran así, tenía luchas internas grandes para tratar de disciplinarlos, para que los antojos no fueran lo normal, sino la disciplina.

A finales de los cuarenta, cuando se vio que aquella lucha no tenía salida, Manuel comenzó a contactar con sus clientes del País Vasco, hasta entrar en contacto con Patxi, un personaje: contrabandista, estraperlista y negociante nato. Pero alguien que podía solucionar el paso a Francia. Tenía sus redes para cruzar hombres y mercancías al otro lado de la frontera:

> Por ahí pasó mucha gente, en una ocasión ocho de un golpe. Con mi hermano Jesús fueron cuatro. Patxi cobraba, claro, había que pagarle, él te daba las contraseñas. Quedábamos en determinados lugares, yo contactaba con todos los que tenían que pasar a Francia, los llevaba a un hotelito, Elena, la mujer que regentaba el hotel estaba en el ajo, me dejaba mensajes en la cama de la habitación.

Manuel siguió evadiendo guerrilleros hasta que un confidente le oyó hablar en un bar con una persona. El confidente le delató a la policía. Manuel fue detenido. Entró en la comisaría y durante horas y horas prestó declaraciones a un sinfín de policías que entraban y salían con fotos preguntando a quiénes conocía. Y así día tras día:

> Una noche, entraron unos individuos con gabardina y sombreros. Traían una caja y comenzaron a sacar papeles y decirme «sabemos que eres un espía internacional que has estado en Vigo, aquí y allá, tenemos notas de todas partes… Tenemos procedimientos para que nos digas las cosas». Yo no sentí ningún castigo físico pero el día que salí me dieron unas fiebres de 4l grados.

Antes tuvo una experiencia que aún recuerda con un escalofrío. En un momento de los interrogatorios, todos los policías se levantaron y entró un personaje que le hizo temblar:

> O estaba maquillado o eran unos rasgos chinos, muy raros, me sometió a puerta cerrada a preguntas, y yo, para no temblar, tenía las piernas cruzadas. Después sentí en el calabozo que tenía toda la pierna húmeda y era la sangre que me hice apretando con las uñas para no moverme. Ese hombre te metía el miedo en los huesos.

Manuel tiene pesadillas con frecuencia. Él afirma que quedó traumatizado desde entonces. «Mis sueños giran siempre en torno a la guerra y a las guerrillas».

Jesús de Cos Borbolla, comandante Pablo.

Con una boina negra con estrella roja y una camisa igualmente roja, Jesús de Cos me lleva al cementerio de Ciriego, en Santander. Allí, en la esquina donde están enterrados ha colocado dos placas, una en memoria de los cinco guerrilleros de la brigada Pasionaria y otra dedicada al grupo de *el Cariñoso* que faltaba por identificar. No está muy lejos de unos monolitos erigidos por la asociación Héroes de la República con los nombres de los fusilados allí por los sublevados y enterrados en una fosa común. También, Jesús organizó y encabezó una subscripción para levantar en un parque público de Camargo un monumento a los 52 cántabros asesinados en los campos de exterminio alemanes y a los 74 guerrilleros muertos en Cantabria.

Sobre una piedra, en el lugar donde fueron fusilados en el año 1945, se aprecia una corona de flores con los colores de la República por la que lucharon:

> Aquí *tenemos* cinco fusilados, están casi abandonados, nadie se ocupa de ellos. Ni los dirigentes del PCE, y eso que todos eran cuadros comunistas. En el año 1946 el Partido Comunista metió aquí a 43 hombres del maquis francés. Los cercaron aquí, en el sur de Reinosa, y los diezmaron. Allí mataron diez o doce, a cuatro los recogimos nosotros en los Picos de Europa.

Jesús ha tocado uno de esos desastres guerrilleros que aún escuecen en la memoria. El combate del puerto del Escudo y los famosos camiones del pescado que se quedaron sin gasolina. Era la famosa Brigada Pasionaria.

En febrero de 1945 se reunieron en Saint-Jean Pied de Port una cuarentena de españoles que habían hecho la resistencia en Francia y en la euforia de la liberación de Europa soñaban con acabar con el régimen de Franco. El 25 de febrero pasaron clandestinamente la frontera vasca para dirigirse a Asturias. Requisaron dos camiones de pescado y el 3 de marzo de 1946, esta Brigada, al mando de Gabriel Pérez Díaz, se quedó bloqueada sin gasolina en el puerto del Escudo y fue descubierta por la Guardia Civil. Estaba compuesta por 43 hombres que viajaban con armamento y pertrechos desde Francia hacia Asturias, para reforzar el movimiento guerrillero. En dos días, perdidos entre la nieve, sin conocer la zona, fueron

detenidos o muertos gran parte de sus integrantes. Para esta operación fueron movilizados efectivos de la Guardia Civil de Santander y Burgos. Gabriel Pérez y siete guerrilleros más fueron apresados en Resconorio, En San Miguel de Aguayo, rodeados por un importante número de guardias, catorce maquis se entregaron sin oponer resistencia, otros dos fueron apresados, y tres, muertos. Los restos de esta Brigada deambularon entre Cantabria, Palencia y Asturias. Cuatro de ellos fueron localizados por la Brigada Machado en el macizo oriental de los Picos de Europa, en la cual se integraron. Entre los miembros de la Agrupación Guerrillera de Santander esta operación debió molestar, ya que no habían sido avisados de su presencia y, seguramente, podrían haberles facilitado el paso.

Gabriel Pérez Díaz, el jefe de la Brigada, y cuatro guerrilleros más fueron fusilados en el cementerio municipal de Ciriego. En el lugar donde me señalan Jesús de Cos y Felipe Matarranz.

Jesús de Cos Borbolla, *comandante Pablo*, nació en noviembre de 1924 en Riclones (Rionansa) en el seno de una familia socialista. A los 14 años, Jesús ya era enlace de la Brigada de Ceferino Roiz, *Machado*, amigo personal de su padre. Fue *Machado* el que le convenció para que se presentara voluntario para hacer el servicio militar, y así pasar información y municiones. En 1945 le detuvieron en el cuartel de El Ferrol, a consecuencia de la detención de la dirección del Partido Comunista en Santander. Fue interrogado, y mandos militares le propinaron una brutal paliza que le tuvo hospitalizado 42 días. Cuando se recuperó, escapó del hospital y volvió a Cantabria, donde se unió a la Brigada Machado, con la que permanecería hasta febrero de 1947.

Las cosas no se pusieron fáciles:

> En noviembre de 1946, desde Rábago bajamos a Tórrelavega el capitán Abascal, *Madriles*, y yo con el propósito de enlazar con Ramón Arce. En Virgen de la Peña tuvimos un contratiempo. El río estaba crecido y para cruzarlo no teníamos más remedio que hacerlo por la carretera o el túnel del ferrocarril. Optamos por el túnel y al salir a la otra parte nos tiraron una ráfaga de fusil *naranjero*. A mí me alcanzaron en una pierna. *Madriles* me llevó a la espalda, amaneciendo ya, a Caranceja. Allí me curé en la casa de unos enlaces. Luego, a José, Fidela y Vicente Gutiérrez los persiguieron ferozmente y el hijo, Gerardo, murió a consecuencia de los malos tratos recibidos.

Ante el deterioro de la situación, Jesús y su compañera Agapita González, *Anita* había estado en la guerrilla como enlace durante un año y medio, desde Rábago a Caranceja y a mediados de 1946 fue enviada a Madrid como medida de seguridad:

> Cuando fui al lugar de la cita hacía un frío glacial y nevaba, así que me metí en un invernal. Al oscurecer, cuando salía, me vio un vecino de Labarces que debió avisar a la Guardia Civil, yo me metí en un bosque de robles y como hacía un frío terrible y tenía catarro me tomé media botella de coñac, que llevaba en la mochila, para entrar en calor. Como era la hora de la cita con *Anita*, me puse a hacer la señal del cárabo y miré con los prismáticos. Cuál fue mi sorpresa al observar que a doscientos metros subían desplegados un grupo de veinticinco o treinta guardias civiles. Sin pensarlo, descargué una ráfaga de metralleta y me largué monte arriba. Los guardias civiles vaciaron sus cargadores y se retiraron deprisa. Luego me enteré que habían subido por *Juanín* y Pedro, que habían estado en Labarces la noche anterior. Me enteré también de que dos números de la Guardia Civil se habían negado a registrar el pajar donde yo había estado y los expulsaron del cuerpo. Poco podían suponer ellos que quien les había disparado la ráfaga era un solo hombre, muerto de frío, hambriento y bajo los efectos del coñac bebido como remedio para el catarro.

* * * * * * *

Finalmente, con la ayuda de su hermano Manuel, consiguió pasar a Francia en febrero de 1947, donde ingresó en un campo de concentración. Después se estableció en Burdeos, donde siguió siempre con la lucha antifranquista pasando propaganda clandestinamente. Por sus actividades políticas fue detenido en tres ocasiones por las autoridades francesas. Permaneció 38 años exiliado de España. Perteneció a las llamadas Fuerzas Armadas de la Tercera República española (1963-1975) con base en Argel, bajo la jefatura de Vicente López Tovar, el jefe de la invasión del Valle de Arán en 1944.

La guerrilla de Cantabria se componía de tres brigadas, de unos cuarenta hombres cada una. La primera se llamaba Brigada Malumbres, dirigida por *Pin el Cariñoso*, que operó en la zona oriental de Cantabria. Estaba compuesta por un puñado de combatientes de la CNT que habían logrado regresar con vida del frente asturiano. Este grupo fue

completamente exterminado, y la Guardia Civil mató también a muchos familiares y colaboradores. La Brigada Cristino operó en la comarca de Reinosa, comandada por Martín Santos, *El Gitano*, el único superviviente que queda. La Brigada Machado fue la otra.

Fue a finales de 1945, derrotado el Tercer Reich y mientras en los cines de España se proyectaba *Los últimos de Filipinas*, cuando el PCE mandó organizar la guerrilla de Cantabria. Después de Ceferino Roiz, *Machado*, quien se encargó de las guerrillas fue Mateo Obra, *Malumbres*, que logró coordinar las agrupaciones de *el Cariñoso, el Gitano* de Reinosa, *Machado* en los Picos e Inocencio Aja en los llanos de Torrelavega. Mateo Obra nunca subió a la montaña. El puesto de mando estaba en Torrelavega y el jefe era Esteban arce. De allí había órdenes estrictas de que no pasase nadie. Los tres puntos para enlazar eran la familia de José Gutiérrez en Carranceja, la familia de Cos en Rábago y Felipe Matarranz en La Franca, me cuenta Jesús mientras buscamos la tumba de *Machado*, el jefe del grupo más conocido y numeroso de Cantabria. Tenía una enorme popularidad entre todos los guerrilleros, que le respetaban profundamente. El 22 de abril del año 1945 la Brigada decidió celebrar la caída de Berlín en una reunión en una cabaña en Pandébano, cerca de Sotres. El fin del fascismo parecía cerca.

Cuando la reunión había comenzado y ya se preparaba la comida, la cabaña fue rodeada por fuerzas de la Guardia Civil. Primero explotó una bomba. *Machado* salió a la puerta y al momento cayó acribillado a balazos. El resto de la guerrilla se aprestó a la defensa y comenzó un encarnizado combate. La guerrilla estaba en inferioridad de condiciones y no podía salir por ningún lado sin ser ametrallada, pero afortunadamente *Gildo* se había quedado en una altura de la montaña porque le dolía la cabeza. Al oír el tiroteo, corrió a defender a sus camaradas, con un par de escopetas, subió desollándose las piernas y sorprendió a los guardias civiles por detrás. *Gildo* empezó a disparar cambiando de posición y mató a dos guardias. Los demás civiles pensaron que estaban rodeados y huyeron abandonando a sus compañeros. A la reunión y a la comida se invitó a un guarda que era enlace, y que fue quien delató a los guerrilleros. A los tres días, el guarda, descubierto, fue ajusticiado.

Antes de su muerte, Ceferino Roiz había conseguido unificar a todas las fuerzas guerrilleras. El primer jefe del grupo en los picos fue Mauro Roiz, el segundo, Ceferino, *Machado*, el tercero, Santiago Rey. Después, el grupo se deshizo en varias partidas: las de *Juanín, Gildo y El Tuerto*. *Juanín* pasó a ser el más carismàtico y respetado líder de la guerrilla en la región y teóricamente tenía mando e influencia sobre los otros dos grupos. Aunque al parecer hubo «sus más y sus menos». Cuenta Jesús de Cos:

> Estuvimos un año más o menos organizados. Pero organizados qué quiere decir. Hacía falta una economía y no teníamos nada de nada. El Partido Comunista nos había ofrecido el oro y el moro pero nos dejó abandonados. Un día llegamos a la Borbolla catorce hombres hambrientos. Una pobre mujer tenía un puchero de alubias y siete hijos allí. El hambre es mala consejera y había quien se quería tirar al puchero de alubias. El jefe de la Brigada, Santiago Rey tuvo que sacar la pistola para poner orden. Había mucha hambre. La represión aquí fue tan terrible que la gente no te abría las puertas, no podían abrirlas porque sabían que en cuanto lo hicieran venía la Guardia Civil y los machacaba, y no andaban con bromas. Cuando me dicen «aquél fue un traidor, aquél nos delató…», yo digo que son humanos, porque esto había que pasarlo. El pueblo estaba cansado, había hambre aquí, no podían apoyarte. Cómo te va a ayudar aquel molinero que estaba muerto de hambre, cómo te va a alimentar. Ahora lo criticamos pero hay que pasar por ello para saberlo.

Hoy, Jesús de Cos y Felipe Matarranz son dos de los pocos guerrilleros del norte que quedan con vida. Quizá por eso, porque son muy amigos o viven cerca, Felipe y Jesús se ven a menudo. Y los dos llevan su boina con su estrella roja. Aún se sienten revolucionarios y por supuesto, guerrilleros. Ahora, eso sí, son guerrilleros de la memoria. Muchos de los sobrevivientes de aquel tiempo tuvieron que guardarse las palabras y, los recuerdos para cuando pudieran hablar en libertad. Al menos en los corazones y en la memoria, la llama de la resistencia nunca se apagó. Ni en Cantabria ni en Asturias.

La caravana de la muerte.

Nicanor Rozada aún se acuerda de aquella noche del 27 de enero de 1948. Tenía apenas 20 años cuando se produjo lo que él llama la «caravana de la muerte». Fecha terrible grabada a fuego y sangre en la memoria de la guerrilla asturiana. Para todos los que estaban en la lucha, guerrilleros y enlaces, fue algo más que una desgracia. La Guardia Civil había conseguido infiltrar a un aventurero nacido en Tánger, miembro de Falange, que se granjeó la confianza de una serie de jefes guerrilleros comunistas, como Bóger y los hermanos Castiellos. *Don Carlos* o *El Francesito*, como le decían los guerrilleros asturianos, les tenía literalmente fascinados, más desde que trajo dos emisoras de radio y dos telegrafistas, que en realidad eran falangistas y se comunicaban en francés con los servicios centrales de la Guardia Civil en Madrid. Durante meses, este hombre, que en realidad se llamaba Francisco Cano Román según cuenta Gómez-Fouz en su libro *La brigadilla*, conoció toda la red guerrillera, a pesar de la desconfianza de algunos guerrilleros y enlaces. A las órdenes del jefe de Información de la Falange, Luis González Vincent, y del jefe de la comandancia de la Guardia Civil, Blanco Novo, *Don Carlos* tendió una trampa a la guerrilla y estuvo a punto de liquidarla en su totalidad. El plan era que los distintos grupos acudieran a unos determinados puntos de la costa, para recoger una gran partida de armas que supuestamente traía un barco desde Francia. El primer desembarco tendría lugar en la playa de la Franca. Allá se presentaron los primeros, los hermanos Castiellos y fueron liquidados por *El Francesito*. A partir de ese momento, se puso en marcha la caravana por toda la costa y los puntos convenidos, matando y asesinando con saña hasta personas inocentes que no tenían nada que ver con la guerrilla. Dos de los grupos no cayeron por la prudencia de sus jefes, que habían observado movimientos sospechosos. En total, diecinueve guerrilleros y enlaces fueron liquidados, y centenares de colaboradores, detenidos, en un golpe que dejó herida de muerte a la guerrilla asturiana.

El 14 de abril del mismo año 1948, aún bajo los efectos de la terrible «caravana de la muerte» contra la guerrilla comunista, se produce otro hecho que va a marcar el definitivo declive de la resistencia, cuyos miembros ven cómo la lucha armada se hace más difícil que nunca, casi suicida, ante la táctica de terror impuesta por el régimen. Ese 14 de abril

fueron arrojados al pozo Funeres, uno por uno, veintidós hombres del Partido Socialista, todos enlaces, que se negaron a delatar a sus compañeros. Otra fuente —Gómez-Fouz, en *La brigadilla*— habla de tan sólo ocho enlaces.

La brigadilla de los concejos de San Martín del Rey Aurelio, comandada por el tristemente famoso cabo Eufemio, fue llevando a Peña Mayor, al pozo Funeres, enlaces de los concejos de Laviana e Infiesto, que al negarse a delatar a la guerrilla fueron ejecutados en la misma boca del pozo y arrojados a él. Con el nerviosismo, y que alguno se revolvió en el último momento, no todos cayeron muertos. Un pastor de la zona oyó horas después gritos que salían del pozo y fue a buscar ayuda. Cuando se enteró la brigadilla, subió al lugar con dinamita y gasolina, que arrojaron al fondo para hacer desaparecer cualquier rastro.

Hoy, las grajas sobrevuelan el pozo Funeres. Este pozo no es el único de la zona que contiene restos de represaliados por las fuerzas franquistas. El pozo del Rincón en Mieres, el pozo Táramo en Treverga y el pozo Grajero en Tarna son testigos de ejecuciones masivas ya desde la época de la Guerra Civil. Precisamente en el verano de 2002 comenzaron a exhumarse los restos de los republicanos asesinados en algunos lugares de la zona de El Bierzo (León).

Nicanor Rozada cree que se elegían estos lugares por su inaccesibilidad, por ser parajes solitarios donde era muy difícil que se oyeran los gritos agónicos de los torturados. A los cuatro días de la matanza, en la campa Breza hubo un «comité de monte» al que asistió Nicanor. Allí se tomaron medidas de represalia, y sobre todo, se decidió dar a conocer al mundo aquellos terribles crímenes. José Mata, como secretario de la Federación Socialista Asturiana, informó al partido en Francia y desde allí la noticia llegó a las Naciones Unidas, que elevaron una condena y una protesta formal contra el régimen de Franco:

> El comité del monte era el tribunal de la justicia guerrillera, y estaba compuesto por las mismas fuerzas que componían la guerrilla: comunistas, socialistas y anarquistas, pero participaban también los más destacados miembros de la guerrilla del llano. De él salían incluso penas de muerte. Este tipo de decisiones no se tomaban a la ligera, y se oían las opiniones de todos. No era venganza, sino parte de una estrategia estudiada y calculada, y lo mismo si se decidía un secuestro, los anónimos de aviso o cualquier otra decisión. La

condena a muerte se hacía no sólo a represores, sino normalmente a chivatos, con los que se corría un gran peligro.

Ante el hecho de que tanto la guerrilla como las redes de apoyo estaban siendo eliminadas, el PSOE decidió evacuar a sus guerrilleros. En la operación, planeada por el propio Indalecio Prieto, un barco, comandado por el capitán Lezo recogió a 28 hombres en la playa de Luanco el 23 de octubre de 1948. Esa noche apenas hubo vigilancia en el puerto, lo que ha llevado a algunos autores a hablar de que existió un pacto para la salida, pacto que nunca se demostró. Ése fue el final —feliz— de la guerrilla socialista asturiana.

La guerrilla en Asturias había comenzado con la caída de los frentes el 21 de octubre de 1937. En esos momentos de desbandada había en la montaña cerca de 2. 000 hombres. «Entonces no había ni pistas ni carreteras o caminos como hay hoy, era muy trabajoso moverse por aquí. Los que lograron salvar aquellos primeros momentos se metieron bajo tierra en refugios, cuevas y minas».

La mayor parte de aquellos hombres eran mineros, estaban hechos a los huecos. Cualquiera que no conociera la mina o la montaña podía pasar al lado sin sospechar lo que se ocultaba bajo sus pies. Así lograron despistar a legionarios, regulares y falangistas, según cuenta Rozada.

Se aprovechaba un abrigo del terreno y se comenzaba a picar, cuando ya se tenía un agujero hondo, para que la tierra no se viniera encima se iba conteniendo a base de maderas, se hacía una entrada muy reducida y se tapaba lo mejor posible. Se ponía un cajón en la entrada, con unas bisagras y se plantaba algo para camuflar. Toda esta labor tenía que ser tan sigilosa como la serpiente.

En una tierra de patatas o de labor podían tener un refugio, por ejemplo, que consistía en un cajón bien armado, allí en la tierra se sembraba la semilla, había que regarlo con mucho cuidado y allí salían las patatas, todo quedaba herméticamente cerrado, hacías un tubo de salida de respiración muy bien camuflado, para que nadie se percatara de ello y hubiera una circulación de aire.

En 1947, Nicanor Rozada enlazó muy cerca del Alto de la Colladiella, en el Pardo de la Arquera, con un grupo que comandaba Vicente Naranjo,

El Maquis, a su juicio uno de los hombres más competentes de la lucha en la montaña, por su pundonor y su temple:

> Cuando había combate, se batía como un valiente, metralleta en mano. Este hombre que capitaneaba un grupo fue también mi instructor. Me instruía en todo lo que los enlaces del llano teníamos como cometido, la información sobre las fuerzas represivas, y cómo actuar en los centros de trabajo.

Nicanor Rozada habla con admiración de Vicente Naranjo, natural de Valladolid. Su familia se había trasladado a Asturias cuando él tenía seis años. Se asentó en Irujo y allí Naranjo se fue haciendo un hombre. Comenzó a trabajar en la mina y se incorporó a la revolución de octubre nada más empezar. Luego, en la Guerra Civil se alistó voluntario y alcanzó el grado de capitán. Cuando acabó la guerra, logró pasar a Francia, participó en el maquis contra los alemanes y en las operaciones del desembarco de Normandía. En una ocasión le dijo a Nicanor: «Creí que el agua no ardía, y yo vi la playa de Normandía en llamas, aquello fue terrible». Después de acabar la Guerra Mundial, en 1945, marchó a París, se puso a trabajar. Cuando estaba planeando casarse con su novia, le llamaron de la escuela guerrillera de Toulouse y se incorporó a la lucha guerrillera en España. Partió de Francia con un comando de diez hombres y logró atravesar los Pirineos. En el camino tuvo encuentros con la Guardia Civil y perdió cinco hombres, pero logró enlazar con la guerrilla de Asturias.

Las fuerzas franquistas no consiguieron tener jamás una fotografía suya. Era un hombre extremadamente prudente y sabía que todo podía acabar en manos de las fuerzas de seguridad. Después de varios combates fue muerto en Tames y está enterrado en el cementerio de esta localidad. Cuando Nicanor Rozada bajó de la montaña el mes de junio de 1947 para ir a un lugar conocido como Las Cruces de Manolo Paguión, sabía que pocos guerrilleros y enlaces iban a salir de esa lucha con vida. En aquellas horas de la noche, con la propaganda que llevaba en los bolsillos y una pistola en la mano, pasó por su mente que si el destino le daba una oportunidad y salía con vida de todos aquellos avatares, algún día lo contaría. El momento llegó tras las elecciones de octubre de 1982, cuando ganó el PSOE. Entonces se

puso a trabajar y a actualizar todo aquello que había escrito, escondiendo incluso los apuntes bajo tierra, metidos en botellas cerradas. Todo lo fue poniendo en orden y publicó su primer libro, ¿*Por qué sangró la montaña*? He aquí uno de sus fragmentos:

> A partir de los doce años comencé a ver muertos, hombres de mi pueblo, vecinos entrañables que de niño me habían dado un beso en la mejilla, un beso que un niño nunca olvida. Comencé a verlos tirados en los caminos, siendo tan niño me hacía esa pregunta, por qué tienen que sangrar esos caminos, es tan fuerte el odio.

De cómo el búho prestó su canto a los valientes.

Nicanor no procede de una familia que fuera castigada o represaliada, pero eligió ayudar a los que él consideraba más honestos. A pesar de su corta edad, sirvió como enlace a los del monte, y así, poco a poco, fue asumiendo más responsabilidades, a la par que iba despertando sospechas en las fuerzas del orden. Entretanto, se fue haciendo hombre, y a los 16 años se afilió al Partido Socialista, que empezaba a renacer en 1944:

> Es difícil, para la persona que no vivió aquellos momentos, explicar cómo se subsistía, cómo se podía sobrevivir y además hacer las acciones que se hacían, en medio de aquella dureza. Pero el hecho es que la organización es lo que nos salvaba. Había algo fuerte que nos unía, salía desde el fondo de los pozos de la mina, transcurría a través de las montañas, de los caminos, todo estaba conectado, aunque de una manera sutil, imposible de descubrir a simple vista. Teníamos contraseñas, podíamos mandar mensajes a mucha distancia. Se hacían golpeando piedras o imitando el grito de los animales, sobre todo el búho.

Dentro de los enlaces había diversos grados de colaboración. Estaba el que dejaba su casa una noche para que durmieran, el que les llevaba comida, o les facilitaba ropa o medicinas, pero los enlaces que tenían más peso en la organización eran los de información.

Éramos los que teníamos más responsabilidad, tanto en un sentido como en otro, porque si fallabas a los grupos de la guerrilla te la estabas jugando y por supuesto ante la brigadilla. El enlace de información exponía y tomaba parte de las discusiones políticas, de los «comités del monte». Teníamos que actuar de una forma muy sagaz y sutil, observar una conducta muy prudente como ciudadano para que las autoridades no se fijaran en ti, no beber, guardar el orden en todos los sentidos. Pero en cuanto oscurecía y recibíamos una contraseña nos transformábamos en otro hombre. Te metías dentro de lo que era la lucha, llevando atención al herido, al enfermo, realizando los contactos, repartiendo la propaganda, donde podían ir anónimos, secuestros. Hoy hay que decir la verdad, no se puede ocultar. Hubo muertes por muchas partes, corrió mucha sangre. En aquella lucha hubo un poco de todo. Tenemos que ser claros y hoy pasados ya más de 50 años hay que replantearse lo que fue aquello de una vez por todas. Hay un lió hecho claro, cuando un pueblo vuelve la espalda a un grupo guerrillero, a una guerrilla que está organizada, en ese momento la guerrilla o se aparta o está cavando su propia tumba y no hay que dar más vueltas, ni decir que las potencias occidentales nos abandonaron.

La represión se apoyaba en tres vértices, una vez que se vio claramente que el Ejército no era el más adecuado para luchar contra la guerrilla. Se crearon las brigadillas de la Guardia Civil, los somatenes y las contrapartidas. Rozada cuenta algo que se repetiría en toda España:

La brigadilla, las contrapartidas, compuestas por falangistas, guardias civiles voluntarios, algún policía armada, o gente que quería medrar haciendo el trabajo sucio, vestían como los hombres de la montaña, eran un poco ingenuos en esto, se presentaban con su mono y con su gorra, y su uniforme, como que eran guerrilleros, imitándoles.

Había algo que, sin embargo, no podían imitar: el olor. Así lo cuenta Rozada:

Al hombre del monte le caracteriza un olor exactamente igual que si fuese un oso o un lobo, en la montaña se te impregna ese olor, igual da que cambies de ropa, un olor a sudor, a fuego, a campo… en cambio la brigadilla no, ésos olían a todo tipo de colonias… Entonces, el enlace avispado no caía en la trampa. Para estar en la montaña o ser enlace, había que desarrollar una serie de sentidos. El olfato te servía por la noche, bajabas de la montaña y el aire a favor te traía humo de tabaco, lo detectabas a distancia, entonces sabías que allí había gente esperando. El oído también era importantísimo, lo pegabas a la tierra, como dicen que hacían los indios, y aunque sea de lejos tú oyes si un hombre viene pisando. Y la vista. Si miras al horizonte, por muy oscuro que estuviera, veías la silueta de uno pasar. Todo eso eran vivencias de la montaña, vivencias que te había dado la propia lucha.

Rozada vio cómo caían compañeros, *como* otros abandonaban la lucha y llegó el momento en el que su vida estuvo en peligro. No le dio tiempo a marcharse. Nicanor sufrió en propia carne las vejaciones de Claudio Ramos, el inspector de Policía que fue una pesadilla para la guerrilla. Utilizaba la táctica del palo y la zanahoria:

> Primero tentaba con promesas de todo tipo de dinero, favores y cualquier cosa con la que pudiera doblegar la voluntad de los enlaces. «¿Cómo un hombre joven como tú puede estar liado con esos bandoleros? —me decía—, con esa gente y la sociedad que quieren crear por ahí. ¿Que necesitas de dinero? Vamos a darte lo que quieras, y no te preocupes, tú sólo tienes que decir cómo va la cadena, no te preocupes, ya buscaremos a otro para que cargue con eso… Cuando me daba tantas facilidades para convertirme en delator y yo no me doblegaba, entonces tenía accesos de furia».

El 31 de julio de 1952 es la fecha en que se acabó la actividad guerrillera en Asturias. El último grupo que aún se mantenía, si no activo al menos con vida, fue el formado por Andrés Llaneza, *El Gitano*, el alcalde de Les Maneres y Ramón Zapico, que cayó en la Camocha el 13 de octubre de 1952. En el último momento surgieron diferencias entre ellos. Zapico apostaba por ir a Gijón y salir en un barco, pero Andrés Llaneza, que era un hábil combatiente, intuyó que les iban a preparar una emboscada y no partió. De poco le sirvió. *El Gitano* murió en otra emboscada en la montaña debido a la traición de un enlace.

La guerrilla socialista asturiana había pasado por diversas fases en esos años de resistencia. Antes de las matanzas del 27 de enero de 1948, una partida de 16 hombres comandada por Marcelino Fernández Villanueva salió de la Cueva de la Osa para intentar refugiarse en Portugal. Atravesaron montes, llanuras y puertos de montaña. Mantuvieron combates con la Guardia Civil y, mermados de subsistencias, bajaron a la llanura de Bembimbre, cerca de Ponferrada. Al llegar a la frontera portuguesa, se les echó encima la Policía salazarista, que estaba en contacto con la española. No tuvieron más remedio que volver. Al regresar a España, el grupo de Marcelino Fernández Villanueva tomó contacto en El Bierzo con la guerrilla galaico-leonesa. Allí se hermanaron con los guerrilleros

comandados por alguien que empezaba a convertirse en un mito: Manuel Girón Bazán.

2. León y Galicia

Bajo la sombra de Manuel Girón.

Cuando por fin lo mataron, el 2 de mayo de 1951, el cadáver de Manuel Girón fue expuesto en la puerta del cementerio de Ponferrada, como un macabro trofeo de caza. El comandante de la Guardia Civil, Miguel Arricivita Vidondo quería demostrar que se trataba del auténtico guerrillero que alcanzó categoría legendaria en El Bierzo y que se le había escapado de las manos varias veces. Esta escena no está sacada de ninguna película. En realidad, no es más que un episodio de una historia que hasta el momento ha permanecido oculta para la mayoría de los españoles.

A Francisco Martínez, *Quico*, aquella muerte le marcó más que ninguna. «Unos meses después, los cuatro guerrilleros que quedábamos pasamos a Francia». Cincuenta años después, en mayo de 2001, Girón recibió el homenaje de todos los guerrilleros y enlaces supervivientes de las guerrillas del norte de España. Fue un acto emotivo, donde los viejos camaradas recordaron a sus muertos.

El 20 de julio de 1936, a la edad de 26 años, Girón tuvo que echarse al monte con su hermano José, para que no les pasara lo mismo que a sus compañeros de la UGT, que fueron fusilados tras el triunfo del alzamiento. Su primer refugio fue la comarca de La Cabrera. En agosto de 1937 marchó con otros diez hombres al frente de Asturias. Combatió en el XIV Cuerpo de guerrilleros de la República, un cuerpo que realizaba sabotajes en las zonas franquistas. Su hermano cayó gravemente herido y fue evacuado a Francia. Él aguantó hasta que las fuerzas nacionales derrotaron a los

republicanos en el frente del norte, volvió a El Bierzo y se refugió en La Cabrera. Allí se instaló en lo que se llamó «La ciudad de la selva», una pradera del pueblo de Casayo donde se reunieron numerosos huidos —hombres y mujeres—, que levantaron barracas y vivieron unos meses bajo la bandera y las leyes republicanas. Ésa fue la primera etapa de la guerrilla, protagonizada por los vencidos que no se entregaron, por la gente que escapaba de sus casas para evitar la represión, por evadidos de las prisiones y campos de trabajo y por desertores del servicio militar franquista. Era una guerrilla defensiva, de supervivencia y organización.

Una nueva fase de la resistencia antifranquista comenzó con la creación de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, la primera de toda España. El solemne momento tuvo lugar en Ferradillo, un pueblo a unos 50 kilómetros de Ponferrada, al que para subir hoy se necesitan casi tres horas de carreteras empinadas y sinuosas en un todo terreno. Envuelto en verdines y nubes, este pueblo abandonado de El Bierzo, colgado sobre la comarca de Ponferrada, sigue siendo casi inaccesible. En este nido de águilas nació el 17 de julio de 1942 la Federación de Guerrillas, de León-Galicia, La federación integraba, entre otros, a los socialistas asturianos comandados por Marcelino Fernández Villanueva, *Gafas*, que se habían refugiado en El Bierzo tras el fracaso de su huida a Portugal, más los hermanos Morán, Guillermo y Mario, los hermanos Ríos —César y Arcadio— y Marcelino de la Parra, de la CNT. La guerrilla galaico-leonesa mantuvo una constante unidad de acción de todas las fuerzas que se oponían a Franco. Esta federación duró hasta la salida a Francia de los socialistas asturianos en octubre de 1948. Manuel Girón con su partida a la cabeza decidió entonces integrarse en el Ejército Guerrillero de Galicia, pero manteniendo sus bases en La Cabrera.

La federación llegó a imprimir un pequeño periódico llamado *El Guerrillero*. Así lo cuenta Francisco, *Quico* Martínez, uno de los últimos guerrilleros que combatieron en la zona del Bierzo a las órdenes de Manuel Girón. «A esto le llamábamos la pequeña Rusia», porque la verdad es que era un pueblo nuestro. Casi todos eran enlaces y teníamos muchas casas de apoyo. También se cebó aquí la represión. *Quico*, que me acompaña hoy, ha intentado encontrar las armas que escondieron en el pueblo cuando

abandonaron la lucha. Pero es imposible. Lo hicieron tan bien que no aparecen, fundidas ya con la tierra o el musgo que en ausencia de la población, lo invade todo y se enseñorea del lugar.

La vida de los guerrilleros en la comarca leonesa de El Bierzo era, según *Quico*, relativamente confortable:

> Hay que terminar con esa imagen, romántica y diabólica, del guerrillero condenado a vivir en cuevas de montaña, aislado de toda relación política o social. Nosotros dormíamos casi todas las noches bajo techo. Había mucha gente que nos ayudaba y nos daba cobijo y alimento. Nos movíamos en una zona entre las provincias de León, Lugo y Orense. Nuestra labor consistía en mantener vivo el espíritu de la República, difundir nuestra causa y simbolizar para la gente la esperanza de un cambio. Nuestra guerrilla estaba en el centro de cada acción en los pueblos, en la cuenca minera. Nuestros más estrechos colaboradores eran los militantes sindicales de la CNT y de la UGT que apoyaban nuestra actividad antifranquista y que ya iniciaban la penetración de los sindicatos verticales. Tuvimos mucho apoyo popular, de no ser así no habríamos sobrevivido.
>
> Nosotros pensábamos en 1944 que la derrota del Ejército hitleriano contra el que combatían nuestros camaradas en toda Europa, desencadenaría una mayor ayuda de las democracias occidentales al pueblo español. Uno de los objetivos de la guerrilla de Galicia-León era atentar contra las minas de wolframio de la cuenca minera de El Bierzo que servían ese mineral estratégico a los alemanes para su industria bélica. Franco respondía con envíos masivos de mineral y alimentos a la ayuda militar que había recibido y que le había permitido ganar la Guerra Civil. El cónsul inglés en Galicia, llamado *El Escocés*, prestaba su casa para que los guerrilleros heridos fueran atendidos por médicos, para labores de infraestructura y propaganda.

En 1948, ocho guerrilleros de la zona de León-Asturias intentaron atentar contra Franco en un acto propagandístico del régimen que inauguraba la central térmica de Ponferrada: «Teníamos contactos en el interior de la central con varios trabajadores y con su ayuda decidimos matar al dictador. En el último momento desistimos porque éramos muy pocos y la operación suponía un suicidio».

Nacido en 1925 en Cabañas Raras, en El Bierzo, la niñez de *Quico* estuvo marcada por las huelgas mineras y por la revolución asturiana de 1934. Después de la Guerra Civil se convirtió en un «guerrillero de llano», un colaborador de la guerrilla, hasta que en 1947 le delataron unos vecinos. Sin pensárselo un segundo, corrió hacia el monte antes de que fuera

demasiado tarde. Pocas semanas antes había visto cómo un falangista a caballo daba caza y mataba a un enlace de la guerrilla amigo suyo. Y huyó.

> Hasta que me escapé ayudaba en labores de información, repartiendo propaganda o consiguiendo material. Vivíamos en Cabañas Raras, un pueblo de El Bierzo leonés y allí mi padre tenía mucha relación con los guerrilleros. Habitualmente venían a casa, cuando la cosa estaba tranquila, cenaban con nosotros y se quedaban a dormir.

En el monte vivió cuatro años, con la partida del mítico guerrillero de El Bierzo, Manuel Girón, que fue uno de sus mejores amigos. Recuerda que cuando llegaban a los pueblos, les recibían como libertadores: «Estaba convencido de que había que seguir luchando. Hoy sé que me equivoqué. Con nuestra actitud aumentamos el sufrimiento del pueblo y el nuestro», dice *Quico*, que escribió un libro con su historia: *Guerrillero contra Franco, Quico* cuenta cómo las divergencias ideológicas se agudizaron a partir de 1947, cuando se perfilaron las diversas estrategias de los partidos influidas por la política de bloques y la guerra fría.

> Los socialistas pronto se situaron en la órbita del bloque occidental; los comunistas, con las democracias populares y la URSS. Sobre el terreno prevaleció el compañerismo y la solidaridad entre guerrilleros, pero poco a poco se iban configurando las distintas opciones: o esperábamos la intervención de las fuerzas aliadas o se trataba de crear una correlación de fuerzas interna para precipitar la caída de la dictadura franquista.
>
> Sin duda, no teníamos todos los datos en nuestro poder. Tampoco el pueblo español que nos apoyaba los tenía. No sabíamos que nuestro combate estaba falto de perspectivas. En 1949 el abandono a su suerte del movimiento guerrillero griego por la URSS nos dejó asombrados; sólo después de los años y del prolongado exilio comprendimos que desde las conferencias de Yalta y Postdam ya estaba todo decidido, y que los guerrilleros, sin saberlo, arriesgábamos nuestra vida en un combate sin salida.
>
> No puedo dejar de pensar en la carta escrita en 1948 por Guillermo Morán —comisario político de la segunda agrupación, la de Orense, en el Ejército Guerrillero de Galicia y León— a su hermano Mario, guerrillero socialista que había decidido, siguiendo las instrucciones de su partido, exiliarse. En esa carta, Guillermo explica por qué elige seguir combatiendo en la guerrilla. Un año más tarde, Guillermo Morán era asesinado con todo el grupo de la dirección de la segunda agrupación en un pueblo de Lugo. Me pregunto cómo puede ser que un camarada con la responsabilidad política de Guillermo no haya merecido de la dirección del partido más claras informaciones que le hubieran permitido saber cuál iba a ser el desenlace de su tragedia.

Uno de los cuatro guerrilleros supervivientes y protagonista también de aquel período, compañero de Quico, es Manuel Zapico, *El Asturiano*. Con los dos comparto un viaje por los sitios míticos de la guerrilla de El Bierzo. *El Asturiano* podría haber sido cantante, o al menos haberlo intentado. En la guerrilla le decían que cantaba como un jilguero, y aún hoy, a sus años, cuando se arranca provoca un silencio admirativo. Más de una vez he podido escucharlo con canciones de ayer y de hoy. Pero el destino para este hombre que tenía 12 años en 1937, cuando las tropas nacionales tomaron Asturias, fue otro. Su familia empezó a colaborar con la guerrilla como enlaces y dando cobijo a los huidos:

> A los 16 años comencé a trabajar en la mina, en Sama de Langreo, y cuatro años después me tuve que echar al monte para huir de la Policía. Había zonas en las que controlábamos pueblos enteros, donde estaban con nosotros desde el cura hasta el alcalde. Allí podíamos vivir sin problemas, pero cada vez que íbamos a las ciudades teníamos que movernos en la clandestinidad. Hacíamos de todo un poco: distribuíamos propaganda, dábamos mítines, organizábamos los consejos de resistencia, realizábamos actos de sabotaje contra la línea férrea, asaltos a cuarteles de la Guardia Civil o deteníamos autocares para explicar nuestra lucha a los viajeros. Y con Girón la verdad es que uno estaba seguro. Desprendía confianza.

La leyenda de Girón comenzó a tener tintes épicos desde el 24 de febrero de 1949. El comandante de la Guardia Civil de Ponferrada, Miguel Arricivita Vidondo, había preparado una gran emboscada a la guerrilla gracias a la delación de un antiguo enlace. «Ésa era su táctica —afirma *Quico*—. Mientras mandaba a los "duros" por delante, él se ocupaba con amabilidad, persuasión y dinero de intentar convencer a enlaces y familiares para que entregasen a los guerrilleros».

A las doce de la noche del 24 de febrero de 1949, un grupo de ocho sombras avanzaba en la oscuridad del monte. Estaba compuesto por los guerrilleros Francisco Martínez López, *Quico*; Alfonso Rodríguez López, *Gallego*; Bernardo Álvarez Trabaja, *Gasta*; Eduviges Orozco Palacín, *Andaluz*; jefe de Estado Mayor de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, Silverio Yebra Granja, *Atravesao*; Enrique Oviedo Blanco, *Chapa*; su compañera Asunción Macías Fernández, *Pandereta*; y Antonio López Núñez, *Objetivo*.

Se dirigían a Berlanga del Bierzo desde Ocero, cerca de Vega de Espinareda, por un camino que atravesaba el pueblo deshabitado de Castellanos, al encuentro de un enlace de Berlanga del Bierzo llamado Liles García Mallo, *Pedro*, que les había solicitado un contacto urgente. Hacía más de dos años que no tenían contacto con él, pero tras una primera entrevista en Cabañas Raras, a la que acudieron primero *Quico* y Alfonso Rodríguez López, *Gallego*, y ante su insistencia aceptaron una nueva cita con el resto de la guerrilla para la medianoche del 24 de febrero. El lugar entre Ocero y Berlanga había sido elegido por la Guardia Civil, que había captado a *Pedro* y pretendía eliminar en aquel mismo lugar a todo el grupo guerrillero, incluido Girón.

El despliegue que en la oscuridad había preparado la Guardia Civil era impresionante. Con el teniente Villalaín al frente, más de una docena de guardias, parapetados y con ametralladoras, bombas de mano y bengalas, esperaban a los guerrilleros en un lugar estratégico que impedía la retirada.

Quico me lo cuenta con detalle en la posición que tenían unos y otros. Tal y como lo explica, parece mentira que pudieran salir con vida de la encerrona:

> De haber sido un poco más eficaz, el comandante Arricivita nos hubiera liquidado fácilmente a todos los guerrilleros que íbamos en el grupo. La cantidad de ametralladoras emplazadas para dispararnos a bocajarro y todo un dispositivo de bengalas para iluminar el terreno como si fuesen las tres de la tarde, en un lugar que nos cogía entre el fuego de las ametralladoras y un enorme zarzal al otro lado del camino, todo aquello era apropiado para liquidar allí a todo ser viviente. Pero fallaron. Sólo lograron acabar con dos. Afortunadamente, la operación estaba al mando de un teniente, que dio la orden de que ningún guardia disparara antes que él. Así que cuando oímos el primer disparo nos dispersamos y perdieron toda su capacidad de sorpresa.

El combate fue desigual y terrible. Uno de los guerrilleros, Alfonso Rodríguez López, *Gallego*, al verse gravemente herido, y sin posibilidad de escapar, se dio muerte. Eduviges Orozco Palacín, *Andaluz*, se lanzó campo traviesa y tras recibir varias ráfagas de los *naranjeros*, murió en el acto. Enrique Oviedo Blanco, *Chapa*, recibió un raspón de bala en una pierna, que apenas le rozó la piel y el brazo de *Quico* fue atravesado por una bala que por suerte no le tocó el hueso.

Silverio Yebra Granja, *Atravesao*, y Bernardo Álvarez Trabaja, *Gasta*, durante la refriega se pudieron retirar hacia Toreno del Sil. *Quico* volvió por el mismo camino por el que habían llegado después de recuperar a cien metros del tiroteo a *Chapa* y a Antonio López Núñez, *Objetivo*, y juntos se refugiaron en Cabañas Raras. El Bierzo fue peinado por las fuerzas de la Guardia Civil y la Policía, y los guerrilleros decidieron esperar a que la situación se normalizase, para poder escapar del cerco, lo que consiguieron de milagro.

Tras la malograda operación, la Guardia Civil requirió a Emilia Girón para que identificara los cadáveres. Ella aseguró que uno era su hermano. Arricivita estaba satisfecho y dio por muerto a Girón con fecha de 25 de febrero de 1949. El comandante fue debidamente condecorado. La gente que admiraba a Girón se sintió apesadumbrada. Pero poco después se supo que el guerrillero permanecía vivo. Mientras que para la gente entraba en la leyenda, para el comandante de la Guardia Civil se había convertido en una auténtica obsesión.

La caza del hombre: el asesino de Girón.

En los últimos tiempos, como si se quisiera exorcizar un silencio de casi cincuenta años, se ha escrito bastante sobre Manuel Girón. Las versiones oficiales del franquismo lo consideraron, al igual que a los guerrilleros de toda España, como un bandolero. En el caso de Girón, el retrato que emerge de los últimos datos recogidos y publicados es el de una persona del pueblo antes que un militante con una clara ideología. Un hombre que comprendía el sufrimiento de los demás, que hablaba el lenguaje de la gente de su comarca, un gran compañero que a pesar de su popularidad y el respeto que despertaba, no quiso imponer criterios ni ocupar ninguna jefatura. La dirección no era para él, que no se sentía tan preparado como otros. Él tenía lo que le faltaba quizá a los demás. Valentía hasta límites heroicos, la inteligencia y conocimiento del terreno y de sus habitantes, la puntería de un cazador excepcional y la habilidad para reforzar el grupo y eliminar

tensiones entre sus miembros. También tenía sus defectos, como la ira, la rabia en el combate. Con el enemigo no perdonaba. Es probable que si no hubiera sido por la traición, Manuel Girón hubiera vivido algunos meses más, quizá unos años, pero él sabía cuál era su destino y sin embargo aguantó hasta el final. Ésa fue su grandeza.

En el libro de Carlos G. Reigosa *La Agonía del León*, se especula con la posibilidad de un último duelo, un último pulso, entre Girón y el comandante de la Guardia Civil de Ponferrada, Miguel Arricivita. Fuera de esa posibilidad, lo que evidenció el asesinato de Girón fue la incapacidad de Arricivita para poder atrapar a Girón. En la última ocasión, tres meses antes, el 24 de febrero de 1951 en Corporales (La Cabrera), más de doscientos guardias venidos de todo León, cercaron a Manuel Girón y tres guerrilleros gracias a la delación de un molinero. El combate duró catorce horas, en las que fueron incendiadas varias casas del pueblo. Mientras mantenían el intercambio de disparos desde una casa, los guerrilleros horadaron muros de las casas colindantes y salieron del cerco por la parte más distante, a las espaldas de los guardias civiles. El resultado fue catastrófico para ellos. Los guerrilleros lograron salir con vida y hacer al menos cuatro bajas entre la Guardia Civil. El hecho de salir del cerco fue tan extraordinario, que contribuyó a la aureola de Girón como guerrillero invencible, tal y como me cuenta *Quico*, uno de los que le acompañaban.

La saña de no poder cazarle en aquella ocasión se la cobraron asesinando a dos jóvenes enlaces de Corporales y a otro vecino.

El 2 de mayo de 1951, la cacería al hombre dio sus frutos. En una cueva de las Puentes de Mal Paso, cerca de Molinaseca, un enlace de Santa Eulalia de la Cabrera e infiltrado de la Guardia Civil llamado José Rodríguez Cañueto disparó al líder guerrillero en la nuca. Los tres compañeros de Girón estaban fuera —habían salido de viaje el día anterior — y Girón se encontraba sólo con su compañera sentimental, Alida González Arias, *Penca*, y con el enlace traidor. Tras consumar el crimen, José Rodríguez Cañueto estuvo a punto de matar a Alida, pero finalmente la llevó a la comandancia, lo que alimentó el rumor de que había sido la mujer la que traicionó a Girón.

La versión oficial de la muerte necesitaba una orquestación, y ahí la traición de Cañueto fue doble. Para simular un enfrentamiento y que de paso se apuntara el tanto la Guardia Civil y se esfumara su participación, Cañueto dio el nombre de un supuesto enlace de las minas de Casayo que fue conducido al lugar del asesinato, fue degollado y le desfiguraron la cara con un petardo de dinamita.

El único testigo vivo del asesinato de Girón es Alida González Arias, *Penca*. Nació en Salas de los Barrios, en 1915, pueblo donde actualmente reside. Su marido, José Losada, huyó al principio de la guerra. Alida fue desterrada a Cantalapiedra, Salamanca, donde supo de la muerte de su esposo en 1941. A su vuelta pasó a ser uno de los enlaces más activos. En 1945 fue descubierta por la Policía y tuvo que incorporarse a la guerrilla de Girón, que fue su compañero. Hace tiempo que contó todo, pero lo sucedido es algo que aún atormenta su memoria.

José Rodríguez Cañueto se había introducido en la guerrilla tras perpetrar un horrible crimen en el que tuvo ayuda exterior, fueran guardias civiles, policías o falangistas. En Santa Eulalia, y ante numerosos testigos, él y dos personas no identificadas condujeron a una casa al presidente de la Junta Vecinal, Antonio León Carrera y a Carmen Ballesteros Rodríguez, para aplicarles una represalia por una supuesta denuncia. A León Carrera le seccionaron las orejas y le acribillaron a tiros junto a la mujer, a la que le habían cortado los pechos antes de matarla. El asesino huyó al monte y solicitó la entrada en la guerrilla porque lo perseguía la Guardia Civil. A Girón no le gustaba, pero al final lo aceptó. Cañueto iba a salir de marcha con los demás, pero pretextó que estaba enfermo y cansado y se quedó en el campamento.

Hasta el 25 de mayo, la defunción del líder guerrillero no fue inscrita en el registro civil de Ponferrada, aunque se señalaba que ya llevaba muerto quince o veinte días. Evidentemente, Arricivita esperó para ver si capturaba al resto de la partida. Después de su exposición en el cementerio civil antiguo de Ponferrada, su cuerpo fue enterrado extramuros, en una fosa común, hasta que debido a la demolición del camposanto, fueron recuperados por Alfonso Yáñez, un enlace de la guerrilla que los conservó

hasta el 7 de febrero de 1997, cuando recibieron sepultura en el interior del cementerio del Carmen.

Respecto a José Cañueto, la versión popular dice que cobró la recompensa y se trasladó a Sevilla, donde años después fue misteriosamente atropellado y muerto por un camión que se dio a la fuga. La realidad es que aquella pretendida muerte fue también un montaje. Cañueto visitó varias veces su pueblo y a su familia, siempre en un coche escoltado por la Policía y de una forma casi clandestina.

En 1951, varios meses después del asesinato de Girón, *Quico, Atravesao, Jalisco y Zapico* abandonaron la lucha de guerrillas y huyeron a Francia. Utilizaron métodos alternativos para salir porque ya no se fiaban de los enlaces. Así lo cuenta Zapico:

> En 1951, el movimiento guerrillero estaba en retirada, así que tras la muerte de Girón, todos los compañeros decidimos escapar a Francia. El hermano de *Quico* nos compró tres buenos trajes y fuimos en taxi y autobuses hacia la frontera. Un camarada que trabajaba en el Gobierno Militar de Valladolid nos proporcionó una documentación que nos acreditaba como personal sanitario del Ejército. Una vez coincidimos en un autobús con una sección de guardias civiles.

Su fuga estuvo cargada de anécdotas, momentos difíciles y un tanto rocambolescos. Una mañana, Zapico se levantó de la cama en un hotel de Pamplona y fue a asearse. Entró en el baño con la pistola colgada del hombro y una toalla tapándola. Nada más abrir la puerta se encontró de frente con el uniforme de un coronel de la Guardia Civil que se estaba duchando. El mando le invitó a quedarse en el baño, pero Zapico se disculpó amablemente y los tres guerrilleros pusieron enseguida tierra de por medio. Por fin, gracias a un guía al que pagaron, cruzaron la frontera francesa por el monte. Pensaron que estaban a salvo, pero allí fueron detenidos.

> Cuando pensábamos que lo habíamos logrado, pasamos el momento más crítico. Nos daban a elegir entre ser entregados a las autoridades franquistas o enviarnos a la Legión extranjera. Las dos opciones eran bastante complicadas pero tuvimos la suerte de que un periodista denunció nuestro caso y finalmente decidieron acogernos. Los tres pudimos

instalarnos en Francia y vivir libremente, aunque nunca dejamos de luchar por el regreso de la democracia a España.

Atrás, en los montes de El Bierzo, sólo quedaban dos hombres, descolgados del resto del grupo y con una vida que se presentaba muy difícil: Abel Ares y Odilo Fernández, *Blas*. Los demás estaban en la cárcel o muertos y enterrados.

Gloria, Matilde, *Paquina*, Teresa: las mujeres de la guerrilla.

Gloria Blanco no hizo las guerrillas, pero conoció a los guerrilleros muy jovencita, en el año 1946, cuando tenía 14 años e iba a un colegio de monjas en Orense. Su padre, Ubaldo, era republicano, socialista y fue perseguido durante los primeros años de franquismo. Llegó un momento en que le avisaron que venían a matarlo, así que alquiló un taxi y se fue a la Coruña. En la capital gallega estuvo un año, luego volvió al pueblo —Freixido, cerca de la Rúa de Petín, en Orense— y enlazó con los guerrilleros que empezaron a parar en casa. Su hija Gloria, interna, estaba allí de vacaciones y sus padres le contaron todo.

Un día, dos guerrilleros, Mario Morán y Abelardo, se habían hecho dos trajes en el pueblo pero se fueron para El Bierzo y los dejaron en mi casa. Como los dos trajes eran iguales mi madre decidió llevar uno a la otra casa de apoyo, por precaución. Bueno, pues un buen día estaba en casa otro guerrillero, *Blas*, y se presentó una señora, un enlace de El Bierzo a por los trajes. *Blas* salió de su escondite en la habitación y habló con ella. Él se fue antes de lo previsto —no se fiaba por si habían seguido a la mujer— y ella durmió en la casa. Al día siguiente mi madre fue a buscar el traje y con él se fue la señora. A raíz de eso, un día se presenta el capitán de la Guardia Civil con dos o tres guardias. Ese día precisamente estaban tres guerrilleros allí en casa. Nos avisó el enlace del pueblo, César, de que estaban por ahí preguntando por nuestra casa y por nosotros. Mi madre pensó que los guardias iban a venir al caer la noche, así que les dijo a los compañeros «os voy a dar la cena muy temprano y así os vais pronto», el asunto es que decidieron no marcharse y quedarse para saber qué era lo que querían porque nuestra casa aún no se había descubierto. Mi casa era bastante grande y estaba dividida en dos partes, en una de ellas vivíamos, la otra estaba vacía pero se comunicaban las dos. Los guerrilleros se quedaron en la parte vacía, que tenía el piso de madera. Mientras mi madre y mi padre hablaban con los

guardias y negaban cualquier conexión con los trajes, el suelo de madera rechinó y todos lo sentimos. Los civiles salieron a una terraza que teníamos y empezaron a cargar las metralletas, pero se fueron.

A partir de ese momento quedó claro que a mi casa no podían volver más los guerrilleros. Más tarde descubrieron a un enlace en un pueblo de al lado y ya descubrieron mi casa y a César, caímos todos y fuimos a la cárcel. Como mi padre estaba enfermo, se llevaron a mi madre. Los metieron en la cárcel de Quiroga. A mi madre la torturaron, la colgaron por las muñecas y cuatro policías de la brigadilla la pegaron sin parar. Tuvimos que pagar al carcelero para que no la pegaran más, pero de todas maneras estuvo entre la vida y la muerte durante tres días. Luego la trasladaron a la cárcel provincial de Orense, allí estuvo nueve meses y de allí la mandaron para casa. La Policía nunca nos dejó tranquilos desde ese momento. Llamaban por la noche, revolvían todo, buscaban. A mi madre la tenían amenazada y cogió miedo y se fue a casa de unos conocidos una temporada. En ese tiempo mi padre murió sin que ella estuviera en casa, nos quedamos solos mi hermanito de dos añitos y yo.

Yo estuve en la cárcel cuatro días nada más. Estaba en una celda sola, tendría yo 16 años. Mi padre acababa de morir. No me maltrataron, me trataron bien. El comandante de la Guardia Civil me presentó la fotografía de Guillermo Morán muerto y me preguntó si lo conocía, yo le dije que no. Tenía un tiro en la cabeza.

Me ofrecieron dinero si me convertía en delatora, mucho dinero. Me dijeron «mira hay uno que trae alpargatas blancas, que es el *Blas*, si lo ves nos avisas, que te vamos a recompensar mucho». *Blas* fue después mi marido.

Ante el cariz que estaban tomando las cosas, mi madre se marchó a Madrid un mes y luego se fue a Burgos, allí estuvo unos meses pero ella quería volver para acá, y con la ayuda de un tío y un capitán de la Guardia Civil que se portó muy bien —era buena persona—, lo consiguió. Ese capitán nos protegía y le dijo a mi madre que no se preocupara de nada, que mientras estuviera él allí a nosotros no nos iba a pasar nada. Pero se dio cuenta de que lo iban a trasladar y este capitán le dijo a mi madre «si me trasladan, no podré hacer nada por usted, lo mejor que puede hacer en ese caso es coger a sus hijos y marchar a una gran capital como Madrid».

Con los meses, la situación, lejos de mejorar, empeoraba. Tanto Gloria como su madre pensaron salir de España con dos de los últimos guerrilleros que quedaban vivos: *El Pajarito* y Odilo Fernández, *Blas*.

A *Blas* lo había conocido porque paraba en mi casa. Yo era muy joven cuando le conocí, cuando estaba de vacaciones del colegio. No sé, nos pusimos a hablar y la cosa siguió. Cuando mi casa se descubrió estuve casi dos años sin tener contacto con él. Un buen día, tenía yo 18 años, volvió otra vez y empezamos de nuevo. Así surgen las cosas.

En el año 1952 empezamos a preparar el viaje a Francia. *Blas*, que ya era mi novio, preparó la marcha con otro compañero que se llamaba *El Pajarito*, que se casó más tarde con mi madre en Francia. Ya no quedaba nadie por aquí. Nos fuimos los cuatro, ellos marcharon primero a Barcelona —a *Blas* lo metieron en un autobús de un equipo de fútbol — y luego nos encontramos allí también mi madre, mi hermano y yo. Teníamos que

esperar a un contacto, un guía para que nos pasara al otro lado de la frontera. Al cabo del mes de estar en Barcelona, este enlace contactó con nosotros y ya nos pasó a Francia. Estuvimos cinco días por los Pirineos. De día dormíamos, de noche caminábamos. En Andorra nos dejó el guía y otro nos llevó hasta territorio francés.

Así fue nuestra llegada al sur de Francia. Tras algunos avatares, nos llegó un día carta de *Jalisco* y los demás diciendo que fuéramos a París. Todo esto sin papeles. Para tener la carta de refugiado político mi marido fue al Gobierno de la República española en París —era el año 1953— Mientras se hacían gestiones, la Policía se presentó en nuestra casa, a las seis de la mañana y se lo llevaron. Yo ya tenía mi primer hijo, se lo dejé a una señora y me fui al Gobierno de la República. Nos enteramos de que era por una extradición que había puesto el gobierno español. Nos pusieron unos abogados para ayudarnos. Así pasaron tres meses, que fueron los que él estuvo en la cárcel. Los acusaban, sobre todo a mi marido, de seis muertes y robos a mano armada, de delitos comunes. En el juicio yo estaba en la sala, en la puerta, con mi hijo. El juez miró para mí y le dijo al niño «no tengas miedo que a tu papá no le vamos a dejar ir a España, no te vas a quedar huérfano». Al final les dejaron libres pero como decían que eran comunistas nos desterraron de París. Al cabo de dos años nos instalamos en un pueblo a 20 kilómetros y allí estuvimos hasta que regresamos a España.

En los tiempos de la guerrilla, Gloria mandaba mensajes, los recibía, o pasaba información. Y todo a pesar del miedo:

Había muchísimo miedo, a cada poco estaba por ahí la brigadilla a mirar y a preguntar, a ver si veía algo sospechoso. Yo pasé mucho miedo pero me enfrentaba a las cosas. Ahora lo pienso, pienso en aquel miedo y no sé si sería capaz de hacerlo de nuevo. Yo en Francia soñaba con la Guardia Civil. Cuando vivía con mis padres aquí nunca viví tranquila… Esas noches oscuras de invierno donde llegaba la Guardia Civil a preguntar… Ahora lo cuentas y no parece nada pero de aquélla el miedo que tenías no te cabía en el cuerpo. La tensión era tremenda sobre todo cuando ya se descubrió mi casa. Antes podíamos estar más tranquilos, con precauciones; pero cuando se descubrió, ya era demasiado.

Que no mirase tus ojos
que no llamara a tu puerta
que no pisase de noche
las piedras de tu calleja
A tu vera, siempre a la verita tuya,
hasta que de pena muera.

Aunque a Matilde Franco no le gustara especialmente aquella copla de entonces que cantaba una de las folclóricas de moda, Carmen Sevilla, toda su vida ha estado a la vera de su hombre. Hasta el punto que llegó a arriesgar su vida para salvar la del que luego sería su marido, el guerrillero Abel Ares Pérez. Una aventura por amor. Matilde Franco Cañedo, nacida en Toral de Los Vados en 1921, me recibe en silla de ruedas en la casa de su pueblo. No está demasiado bien de salud. Le ha dado ya un infarto y aunque puede andar, tiene las piernas muy débiles. Ella y su marido, Abel, volvieron aquí a residir en 1992, cuarenta y cuatro años después de haber escapado a Francia.

El comienzo de su historia es como en la mayoría de los casos, la Guerra Civil. Una guerra en la que los hombres escaparon al monte. Matilde tenía un hermano que marchó para Asturias, otro estuvo escondido desde el año 1936 hasta 1941, cuando lo descubrieron. Así describe esta etapa de su vida:

> No podíamos hablar con nadie. Lo pasamos muy mal. Los falangistas quisieron cortarnos el pelo y nos daban a tomar aceite de ricino. Como les hicimos unas camisas con sus insignias, nos dejaron de momento en paz. A mi hermano el que estaba en Asturias lo cogieron y fue condenado a treinta años y un día. Otro hermano cayó en el lado franquista y tuvo que hacer la guerra con Franco.

Como su hermano, el que estaba escondido no aparecía, les llevaron a la cárcel de Ponferrada. Allí estuvieron 48 días y por último les desterraron a Ciudad Rodrigo. A ella, a su madre, a su padre e incluso a su hermano que venía de luchar con los vencedores. Nueve meses les tuvieron allí hasta que encontraron a su hermano oculto y le internaron una temporada en un campo de concentración:

> Después de esos nueve meses regresamos a Ponferrada. Había que empezar a vivir otra vez. Teníamos miedo de todo. No se podía tener confianza con nadie. No había pan, aceite, nada. Aquello no era vivir. Cuando veía a la Guardia Civil, el corazón se me estrechaba. Les tenía más miedo a los guardias y a los falangistas que a los moros y al Ejército que también tuvimos aquí. Y eso que nunca me pegaron. Durante mucho tiempo no podíamos tener la luz encendida a las ocho de la noche, lo teníamos prohibido. Entre vecinos se hablaba pero nadie comentaba nada. Mataban hasta la gente que nunca se metió en política.

El guerrillero Abel Ares tuvo suerte de escapar a la montaña. Había sido teniente en la Guerra Civil, en el frente asturiano y eso suponía un consejo de guerra y una condena a muerte. Matilde sabía todo aquello, pero no conoció a Abel hasta 1942: «Se tiró doce años en la montaña. Son muchos años, pasó mucha hambre, pasó mucho frío, andaba escondido donde podía. Lo pasó muy mal». En la casa de Matilde siempre fueron de izquierdas y no estaban muy bien vistos en aquellos tiempos. Como cuenta Matilde:

> Yo cuando enlacé con Abel, en 1942, no quería estar con él por miedo, ya teníamos bastante con lo que se había sufrido en casa. Yo era joven, tenía 16 años, y cuando nos desterraron fui escoltada hasta la estación, en el tren también, llegamos a Salamanca y nos metieron en la cárcel, cuando uno es joven esto es terrible porque yo no había hecho nada malo. Cuando le conocí, fue una noche que había llovido muchísimo. Los ríos se desbordaron y no podían cruzar por ellos, tenían que pasar por el ferrocarril, un cuñado mío era el que los pasaba, Luis Sorribas. Aquella noche vino y le preguntó a mi madre si quería dar de cenar a dos personas, Abel y un compañero. Mi madre me lo dijo y yo le contesté que no quería ver a nadie. Yo tenía mucho miedo. Bueno, vino y cenó en mi casa y desde aquel día pues ya empezamos. Más tarde cayó enfermo y mi cuñado vino a verme y me dijo: «Matilde tienes que poner unas inyecciones a Abel», yo le dije que no, pero él me convenció. Vino a casa, lo curé, y ya no pude volverme atrás. A partir de ese momento, él venía a mi casa, de manera que yo no tenía que enlazar por ahí. Éramos un punto de apoyo. Así estuvimos hasta 1952 y nadie desconfió de mí. Mi cuñado Luis Sorribas era el enlace primero que había aquí de El Bierzo, pero para todo lo demás estábamos las mujeres. Yo compraba la ropa, los zapatos, los medicamentos y hacía las cosas que mi cuñado no podía hacer. Como yo tenía hermanos, compraba tres o cuatro camisas y no parecía raro. La gente nunca se dio cuenta. Yo iba a casa de los fascistas y nunca levanté sospechas.

El miedo, que nunca se había ido, volvió de pronto con fuerza después de que los escapados hicieran una reunión con los jóvenes del pueblo.

> Esa reunión se descubrió, alguien habló y llegó a los oídos de la Guardia Civil. A mi cuñado, Luis Sorribas, lo cogieron y lo llevaron a la cárcel, allí lo molieron a palos. Luego salió y volvió a casa, pero tan mal que ni podía trabajar. Al cabo de un año, murió. Lo enterramos en agosto. Esto fue después de 1942. Después de eso yo ya no pude enlazar con Abel porque él ya no podía venir a mi casa. Yo sabía de él pero no enlazábamos. Después iba a verle yo por ahí a Villamayor, o a la montaña o donde fuera y donde podía.
>
> Así seguimos y cuando le hacía falta algo, yo seguía yendo al sastre a por ropa o a comprar cosas. Seguía siendo un apoyo. La carta donde nos decían que teníamos que marchar para Francia llegó tarde y no pudimos irnos. Luego nos mandaron otra carta diciendo que teníamos que ir a ver a un militar a Valladolid. Aquel militar era hijo de un huido y nos iba a decir qué teníamos que hacer para preparar nuestra salida a Francia. La

mejor carretera para marchar era la de Lugo. Salimos el 7 de diciembre de 1952, yo cogí el taxi pasada la estación, nadie desconfío de mí. Un poco más arriba recogimos a Abel. Cuando pasamos por Villafranca había muchísimos guardias civiles, estaban concentrados allí porque iban a dar una batida al monte. Nadie nos reconoció. Seguimos y en Espinareda nos dieron el alto cuatro guardias, les dijimos que íbamos a una boda y nos dejaron seguir. Llegamos a Lugo, y luego a Oviedo, allí nos quedamos en el Hotel La Paloma, donde vi a un teniente que conocía, pero él no nos vio. Menudo miedo, ya no podíamos bajar a comer, así que fingí estar enferma para que nos subieran la comida arriba.

Cuando llegamos a Bilbao, ya nos tenían preparada una casa. Teníamos que pasar en una barca hasta Bayona pero la mar se puso brava y no pudimos hacerlo, así que marchamos por la montaña. Toda la noche andando, nos dieron de cenar en un caserío. Pasamos un día allí. Eran dos enlaces los que nos llevaban. Cuando pasábamos por una carretera, ¡la Guardia Civil! Echamos a correr, yo le decía a mi marido ¡Suéltame!, para que él pudiera correr mejor. Alcanzamos un bosque de castaños monte arriba y allí despistamos a los guardias. Estábamos al lado de Francia. Encontramos una cabaña de pastores que tenía paja limpia y allí nos acostamos una hora. Nos dijo el enlace que en una hora estábamos en la frontera, allí teníamos que saltar un muro y quedarnos quietos porque en ese momento ya estábamos libres. Fue la alegría más grande del mundo ver a Abel libre. ¡Ya no te pueden matar! Nos llevaron a Bayona y allí estuvimos tres días. No encontrábamos trabajo y al final nos fuimos a París con 3000 pesetas. No teníamos casa, sólo lo puesto y una muda. No teníamos nada. Pero los que anduvieron por el monte con mi marido estaban allí y nos ayudaron; aun así, los dos primeros años fueron durísimos. Luego, la vida se fue arreglando.

Matilde me enseña la foto en la que está con Abel nada más llegar a París. Los dos están sentados en unas escaleras, despreocupados, como vueltos a nacer de nuevo y con el mundo por delante. Libres. Matilde confiesa:

Me enamoré de Abel, y cuando tuve que ir a salvarlo, fui de corazón. Si tuviera que hacerlo otra vez, lo haría sin dudar. Salvé la vida de dos hombres que estaban condenados a muerte. Es para mí una satisfacción. Si yo no hubiera estado allí, a lo mejor los hubieran matado. Y gané el mejor de los maridos. Puedo decir que con Abel he sido feliz.

Ya hoy, mañana y siempre eternamente a tu vera
A tu vera, siempre a la verita tuya,
hasta el día en que me muera.

Me recibe en la residencia de Ponferrada toda arreglada para la entrevista, con ese punto de elegancia femenina que nunca perderá. En un banco del jardín, frente al barrio donde nació, Francisca Nieto, *Paquina*, viuda del inspector de policía de Ponferrada Vicente Campillo, que murió en el frente asturiano en 1936, me cuenta su historia.

El día que Francisca Nieto, *Paquina*, conoció a Vicente Campillo en casa de unos amigos que tenían una fonda, sufrió un flechazo. Era joven y bonita. En 1933, con 20 años, había obtenido el título de *Miss* Ponferrada. Pero había estado dos años sin apenas salir de casa por la pena de la muerte de su madre. Empezaron una amistad y enseguida vinieron a decir a su familia que era comunista. Pero dio la casualidad que sus respectivos padres se conocían y eran muy amigos. Así que su padre le dio permiso para salir con él. Y se acabaron casando en 1935. La tragedia llegó poco después:

> Yo no sabía bien lo que era el ser comunista, y aunque a mí no me gustaba, él empezó a meterse en política. Yo veía que él luchaba por lo que mi religión me había enseñado. Era inspector de la policía municipal y estaba vinculado con los trabajadores, su preocupación era que los obreros leyeran y se prepararan. Cuando estalló la guerra, los soldados sublevados venían de Galicia y fui al Ayuntamiento a verlo. Por la parte de atrás había una calleja y me llamó desde una ventana «¿*Paquina* dónde vas?». Ya estaban bombardeando. Él me dijo que marchara a cuidar de nuestro hijo: «Aquí nos estamos jugando la última carta». Ya no lo vi más.

Aquéllos fueron días confusos. *Paquina* recuerda los tiroteos desde los pisos altos de la plaza de Ponferrada, los camiones de los mineros y los guardias de asalto, los soldados:

> Cuando terminó el jaleo nos metieron en la cárcel, allí conocí a un chico joven, de 15 años, y una chica que se llamaba Felisa, de Ponferrada. A los dos los llevaron a matar a Monte Arenas. La chica se despidió de mí y me dio un anillo que aún llevo —y al decirlo me lo muestra— y que había sido de su madre. Se abrazó a mí en el suelo. Me dijo que se lo hiciera llegar a su padre. A mí todo eso me dolió muchísimo. Vi tanto crimen… Mi marido se fue para Asturias porque si no lo hubieran matado. Querían que viniera a presentarse para salvarme a mí y al niño. Yo pensaba en todo lo que habría sufrido por el monte y que gracias a la gente que le dio de comer y cobijo se había salvado en su camino hacia Asturias. Supe de él algo por uno de los que le acompañó, cuando yo ya estaba en Buenos Aires. Al llegar a Asturias formaron un batallón con 250 hombres. Se pusieron

todos a las órdenes de Campillo. Allí murió el 15 de marzo a las once de la mañana en un hospital de Mieres.

Era normal que *Paquina* quisiera ayudar desde el primer momento a la guerrilla, a los «huidos». A los que después de la guerra no quisieron entregar las armas porque sabían lo que les esperaba:

Mi ilusión era ayudar en lo que pudiera y si no era económicamente, por lo menos como madrina de guerra. Animarlos moralmente, que sintieran que no estaban solos. Ésa era mi misión porque yo de política no sabía nada. Lo único que sabía era que estaban pisoteados, que estaban maltratados, que eran pobres y los estaban asesinando. Mi madre vendía queso y yo puse un pequeño negocio de venta de quesos, y ahí, con ese pretexto de comprar el queso, venían los enlaces. Venían y me traían mensajes de todas partes. Un hombre que venía de Galicia en el año 1941 me trajo unos hilos para coser las insignias de los guerrilleros.

Como una Mariana Pineda guerrillera, *Paquina* las bordaba de noche sin que nadie, ni su familia, se enterara, y lo hacía con una rabia contenida, porque años atrás se lo había negado a su marido:

En mayo de 1936 hubo una manifestación de trabajadores. Un mes antes mi marido me trajo una camisa roja y me dijo ¡*Paquina* bórdame aquí esta insignia! Yo le recordé que le había dicho que yo no era comunista y que me casé con él porque me prometió que no se iba a meter en política, «¡así que no te la voy a bordar!», le dije. Y no lo hice. Había venido con Fortunato Yáñez, que también murió con él, un muchacho joven y guapo con su camisa roja. ¡Me parecieron tan guapos los dos! A los pocos días de la toma de Ponferrada vinieron los falangistas a buscar la camisa roja de mi marido, se la tuve que dar y la quemaron. Como me había negado a bordarle la insignia a él, pues luego las bordaba a los guerrilleros. El dibujo era parecido, una hoz y un martillo, y los colores eran verde, gris y rojo.

De 1936 a 1940 entró y salió varias veces de la cárcel. Tenía que presentarse todos los días en el Ayuntamiento, después cada cuatro días. En León, una de las veces que los falangistas la hicieron declarar, en vez de al Juzgado, la llevaron al cementerio:

Había una fosa abierta. Fui con la mujer de Rafael el de los Barrios y con su niña de ocho meses, que se llamaba Andarina. A Rafael y a Severino que eran enlaces los habían matado. «¿Por qué me tienen aquí?», preguntaba yo. «Si me tienen que matar y sólo están esperando la orden, háganlo ya. Aunque yo estoy tranquila, cuanto antes lo hagan mejor. Ustedes vienen a cumplir una orden pero piensen que están cometiendo una injusticia y un crimen con una inocente». Al poco me llevan al sótano, allí estaban tirados e hinchados Rafael y Severino. La mujer de Rafael estaba en la camioneta de la Cruz Roja con la niña. Me preguntan si los conozco: «¡Cómo no los voy a conocer!», respondo, «y ¡son ustedes capaces de traer a esa pobre mujer aquí!», no me daba cuenta de lo que decía. En fin, el caso es que iban a bajarla y al final no lo hicieron.

A pesar de eso, *Paquina* estuvo en contra de las venganzas, de más sufrimiento:

Antes del desastre de Columbianos, vino una carta para los enlaces avisándonos que Pepe, al que yo conocía, era un traidor, decían que lo matáramos. Yo respondí que ésa no era mi misión «y si me entero de que matáis así a una sola persona no contéis conmigo para nada, porque la justicia se encargará después, cuando triunfe la causa, preveniros, pero no se os ocurra hacerlo porque entonces yo no volveré a ser enlace».

De 1941 a 1945 su tienda funcionó también como estafeta. Ella no conocía a nadie, sólo al que traía las cartas, los libros. Luego alguien venía de otro lugar y lo recogía pero ella no tenía ni idea de para quién eran esas cartas ni hacia dónde iban:

Yo no preguntaba y nadie me decía nada. No había mucha seguridad. Pero yo sabía que eran ellos por el aspecto. No me engañaban. Eran tiempos terribles. Luchaban por un ideal y los asesinaban, les daban el paseo y los mataban. Una vez, yendo a vender queso cuando paso cerca de Cacabelos veo una tierra un poco alta, a unos cuatro metros del camino. Me llamó la atención: ¿por qué en ese trozo está el trigo verde y lo demás está seco? Pregunté y me dijeron que porque ahí enterraron a 30, uno de ellos se pudo escapar escondido por el trigo. Les obligaban a hacer el pozo primero y luego les daban el tiro y los metían allí.

Si *Paquina* tuviera que volver a hacerlo, lo haría otra vez:

Yo pude hacer muy poco por la libertad. Ahora, cumplí mi misión. Y no quise conocer a nadie, por seguridad, por si caía. Bueno, a alguno sí. Marcelino Fernández Villanueva, *Gafas*, firmaba Juan Nadie. Conocí a Girón. Era un muchacho de pueblo, muy trabajador,

cómo no le voy a conocer. Era del pueblo de los Barrios. Mira, una noche salí al campo a oscuras a llevar un queso a cuatro que andaban por allí y uno de ellos era Girón. No les veía las caras pero les escuchaba.

Paquina se enteró de que iba a haber una reunión de todos los antifranquistas, una reunión nacional, y escribió una carta:

Nunca dije a quién se la había entregado, la Policía no me lo pudo sacar. Yo entregué esa carta pero la interceptaron y fue cuando me detuvieron. Me preguntaban y yo decía que no era mía la carta. Cogieron la libreta donde yo apuntaba la gente que me debía dinero y la llevaron al Ayuntamiento. Al maestro le obligaron a hacer de calígrafo y no tuvo más remedio que decir que había algunos rasgos parecidos con la letra de la carta. En la carta, yo decía que daría la vida si era necesario en ayuda de la guerrilla. Me preguntaba la Policía: ¿De qué vives? Y yo decía que muy honrada y dignamente trabajando, luchando para criar a mi hijo. Mi tienda era la única que cerraban a veces en Ponferrada porque decían que vendía estraperlo. Ya ves, latas de sardinas que yo compraba a los que pasaban por la calle vendiendo. No me dejaban vivir, así no valía la pena vivir la vida.

A una mujer llamada Catalina la mataron y a su hijo le hicieron un careo delante de mí, y tuvo que confesar que era un enlace y que iba a mi tienda. A Antonio Llánez, a quien yo le había dado la carta, también le pegaron, y tuvo que decir que fui yo. Yo lo negaba todo. Mi firma era «LMDC» que quería decir «La Mártir De la Causa». Pero ellos interpretaron: «Le vamos a decir lo que dice, dice LA MUJER DE CAMPILLO», mira qué coincidencia.

Estuve tres años en León sufriendo muchísimo. Cuatro jueces instruyeron mi causa y no quiso ninguno juzgarme. Estaba en la vieja cárcel provincial, que era el castillo de la reina Urraca, y me decían «estamos haciendo una cárcel nueva y usted la va a estrenar, va a estar allí por peligrosa y porque va contra la seguridad del Estado, le van a caer 30 años».

Al final, en 1948 salí en libertad vigilada, creía que cualquier día me volverían a coger. Tengo una prima que tenía un hotel aquí, el mejor de la zona, el Hotel Madrid. A este hotel venían todos los militares. Esta prima, Leti, me llamó un día para que fuera; me dijo que me pusiera muy guapa y que bajara al hotel. «¿Qué me querrá?». Mandó llamar a un teniente coronel que estaba allí y que iba a comer: «Mire, le presento a mi prima», me saluda muy amable. Ella dice: «¿Es guapina, verdad?». «Por cierto que sí». «Pues ésta es mi prima *Paquina*». «¿Cómo, *Paquina* Nieto? ¡Es la célebre *Paquina, Miss* Ponferrada!». Mi prima le pidió allí mismo que me dejaran marchar para Buenos Aires. Y el teniente coronel dijo que cuando quisiera, sin problemas. Le dijo mi prima que no sabía las molestias y el peso que nos quitaba de encima porque había un montón de gente persiguiéndome. Así fue como salí de aquí. Mi hermano me pagó el dinero del viaje. Me iba con papeles legales y una hermana que tenía allí se hizo cargo diciendo que no iba a meterme en política, que iba a trabajar con mi hijo que tenía 14 años. Bendita Argentina, con decir que era española y viuda de guerra las puertas se me abrían. Encontré trabajo enseguida.

Ya en el otoño de su vida, Francisca Nieto ha vuelto al barrio que la vio nacer. Allí, cerca de su casa vive en la residencia de ancianos de Ponferrada. Una residencia que guarda otra sorpresa. Una mujer que fue enlace: Teresa Álvarez.

Más de una vez Teresa Álvarez ha dado de comer a *Quico* y a todos sus compañeros de guerrilla. Ayudó mucho a los guerrilleros, como toda la comarca de La Cabrera. Y aunque los conoció a casi todos, siempre ha guardado un recuerdo especial a Manuel Girón. La historia, la maldita historia, les ha unido también en el desenlace trágico, en el asesinato del líder guerrillero. A quien llevaron al lugar y mataron para simular un enfrentamiento entre guerrilleros fue al marido de Teresa, Elias Álvarez. Recuerda Teresa:

> Girón era muy listo, muy inteligente y muy atrevido. Era un buen cazador. Tiraba una perra chica al aire y volaba la perra con un tiro de bala. Tenía buena puntería. Siempre estaba vigilante. Yo fui muchas veces a llevarle comida al monte cuando no podían entrar porque estaba el pueblo tomado por la Policía secreta y la Guardia Civil, pero yo me las arreglaba para salir sin que me vieran. Él siempre estaba en lo más alto vigilante, a los otros igual los pillaba dormidos pero a él nunca, siempre atento. No tenía estudios, pero era muy capaz. Si llega a estudiar hubiera sido un genio.

Teresa conoció a Girón y a los guerrilleros en Pombriego, donde paraban mucho tiempo, incluso en casa del cura. La primera vez que vinieron al pueblo fueron a su casa. Entonces vivían su padre y su madre y ella era hija única. Una noche que no se le olvidará nunca, llegaron Girón y seis más, y les pidieron cena para todos. Aquella casa que estaba aislada no les gustaba mucho, ya que la Guardia Civil podía rodearla muy fácil. Como tuvieron que ir a la cantina a comprar cosas, todo el pueblo se enteró de que estaban allí los huidos. Entonces, Girón utilizó una astuta estrategia. Para que nadie hablara, complicó a todo el pueblo:

> Estuvieron en todas las casas, pasaban de unas a otras y recorrieron todo el pueblo. Así que nadie podía decir nada, todos les habían dado de comer. En mi pueblo los del monte eran muy queridos. Cuando iban ponían vigilancia en las afueras para que no los pillaran.

Teresa fue enlace desde después de la guerra y siempre de las más activas. No sólo les atendía mientras estaban en el pueblo, sino que llevaba mensajes a pueblos, a casas de conocidos, a otros enlaces. Nunca llevó municiones y armas. Pasó unos buenos sustos pero nunca la cogieron.

> Era una época criminal, no podíamos estar un momento tranquilos. Metieron a los Regulares en La Cabrera y nos requisaban, nos saqueaban lo que cosechábamos, teníamos que darles los colchones, sábanas, iban al corral del ganado y se llevaban lo mejor sin darnos nada, teníamos que ir con un carro de leña detrás para ellos.

Vivían aún los padres de Teresa cuando en una ocasión dos guerrilleros, Valentín y Guillermo, se refugiaron en su casa debido a una tormenta de nieve:

> Una tía mía, ya vieja, que estaba allí de visita les vio a ellos y las armas. A los dos días fue al Ayuntamiento a pagar la contribución y le dijo a un falangista que los había visto en mi casa. Nos llevaron al cuartel a mi madre y a mí. Nos metieron en habitaciones separadas, a ella la llamaron a declarar primero y lo negó todo. Yo también lo negué. Intentaron enfrentarnos pero no sacaron nada, así que nos dejaron salir. Nunca me pegaron, aunque me llevaban a declarar a cada rato.

Teresa vino a vivir a Ponferrada con una hija en el año 1953. Un poco más tarde, su hija marchó a Francia y ella se quedó sola. Viuda a los 25 años con dos hijos, se volvió a casar y tuvo dos hijos más. Teresa cuenta la razón para que el traidor José Cañueto eligiera como segunda víctima a su marido:

> Mi marido fue una vez al pueblo de José Cañueto, a Santa Eulalia, fue a una fiesta, a un baile que hacían. Estuvieron bailando en un corral y él le pidió a una chica palabra para ver si quería que la acompañara hasta la puerta de su casa, ella dijo que sí y fue con ella. Cuando estaban en la puerta de la casa llegó Cañueto: «¿Por qué acompañas a ésta, que es mi novia?». «Hombre, yo le pedí permiso». Se liaron y acabaron a golpes. Mi marido le dio bien y Cañueto le dijo: «Me las vas a pagar».
>
> Después de que aceptaron a ese criminal, en Molina estaba Girón escribiendo una carta, tenía el fusil al lado y la pistola. Estaban él, Alida y Cañueto. Girón estaba agachado escribiendo y el otro le cogió la pistola y lo mató, lo mató por la espalda. Su novia, cuando vio esto, se tiró a un pozo de agua que había allí. Él le decía que saliera, que no le iba a hacer nada, que no la mataba. La trajo a punta de pistola a entregarla al puesto de la

Guardia Civil. Durante mucho tiempo hicieron creer que la delatora había sido ella, Alida, *La Penca*.

Mi marido estaba trabajando en las minas del Volframio, el traidor dijo que había que ir a por mi marido y decir que había sido él el que había matado a Girón. Le dieron 40 000 pesetas. Y marchó para Andalucía. Fueron a las minas de Casayo a por mi marido. Cuando yo me enteré, ya era tarde, ya estaba muerto y lo tenían junto con Girón. Allí los tuvieron expuestos más de quince días. Me prohibieron ir al cementerio a verle. La cabeza la tenía destrozada pero yo lo hubiera reconocido por las manos. No me dejaron.

Antonio Martínez, enlace por familia.

Antonio Martínez es el hermano pequeño de Francisco Martínez, *Quico*. La lucha guerrillera le cogió muy joven, lo que no le impidió ser enlace del grupo de Girón. Así cuenta su iniciación:

Yo los conocí con 14 años, mi hermano era un poco mayor. En nuestra casa paraban y comían. Toda mi familia les apoyaba. Yo les facilitaba las cosas que necesitaban, les hacía compras. También veía la forma de contactar con otra gente, otros apoyos. Mi trabajo era informarles sobre la Guardia Civil, y luego abrirles campo con gente que pudiera apoyarles en otros lugares, lo que se llamaba abrir casas. Eso les permitía moverse y no estar siempre en el mismo sitio porque era peligroso, podía dar lugar a que los delataran, la represión era feroz.

En el monte paraban poco, paraban sobre todo en las casas, se iban trasladando de zonas. Cuantos más sitios de apoyo tuviesen más fáciles eran las cosas, además al ayudar se comprometía la gente. En Cabañas Raras hubo una gran cantidad de enlaces. Se hacían reuniones de tipo político. La represión fue tan brutal que a muchos enlaces los castigaron y la cosa poco a poco fue cambiando. Igual que a mí, en el año 1948, una de las veces que necesitaban abrirse paso para Cacabelos había un curandero en Ponferrada que conocían mis padres y que podía abrir camino, yo hice de enlace, le entrevisté con ellos, iba con mi hermano y Zapico. Hablaron con él, les dijo que conocía gente y que podían tener sitios donde parar. Pero luego las personas con las que él había contactado no eran tan de fiar, le denunciaron a los pocos días y le cogieron, él habló y dijo con quién había estado. La Guardia Civil vino a casa y nos llevó a mi madre, a mi padre y a mí a la comisaría, a Ponferrada, a la brigadilla criminal, como la llamábamos. Nos machacaron a todos. Uno sabía a lo que se exponía; bueno, yo no había hecho nada malo, sólo ayudar, hacer lo que era para mí un deber.

Nosotros, los enlaces, nunca tocábamos las armas. Íbamos a los sitios, les indicábamos caminos, pasos y tal, pero armas nunca. No tenía nada de romántico. Ibas temblando, el peligro estaba ahí y con las bromas que se gastaba la Guardia Civil.

Con los enlaces, el comandante Arricivita utilizaba la táctica del palo o la zanahoria:

> Ofrecían dinero para salir de allí, a ti no te va a pasar nada… Había gente que se mantenía y entonces les daban unas palizas de miedo. Ha habido algunos enlaces en el pueblo como Alberto Vázquez, muy amigo de mi hermano, de la misma edad, era un buen tío, aunque hablaba mucho, los guerrilleros no es que no confiasen en él sino que intentaron dejar el contacto. La Guardia Civil iba a su molino, el de San Miguel, algunas veces él comía con ellos. Los guardias creyeron que en algún momento él iba a delatar a la guerrilla, pero cuando vieron que se mantenía firme un buen día lo asesinaron. Le pegaron cinco tiros y le echaron la culpa a los guerrilleros. Eso fue en 1949, después lo han hecho con otros, era una forma de dar escarmiento, el terror que utilizaban en esos años negros. La brigadilla criminal de Ponferrada daba dinero por las delaciones, y si no, escarmentaban. Eran las tácticas que empleaban no para enfrentarse a ellos, sino para cogerlos por sorpresa. A los sospechosos de enlazar les daban palos para que cantasen o los mataban directamente, como a los enlaces de Corporales.
>
> El miedo es libre y si te pegan una paliza y otra, la gente se achanta, empezaron a retraerse un poco para ayudarnos.

La vida gris de la posguerra, en la que desde 1948 *Marca* era periódico diario, tenía pocas válvulas de escape. Una de ellas era el fútbol. Pero como en todo, el mar de fondo que agitaba el país se volcaba también en los campos de juego, en la vida cotidiana.

> En el año 1949 habíamos formado un equipo de fútbol en Cabañas Raras con la gente de mi edad, y una vez fuimos a jugar a Cortiguera, el pueblo de los falangistas y les ganamos. Ellos nos insultaron y uno de los nuestros les dice: «Ya vendréis a Cabañas», y ellos responden que cuando vayan a Cabañas tendrán una pistola para cada uno. Eran dos pueblos muy rivales, uno de izquierdas y otro de derechas. Aquel mismo día, gente mayor falangista vino a la cantina de Aurelio a Cabañas cuando estábamos festejando el triunfo y empezaron a provocarnos. Uno de ellos se subió a una mesa, y nuestro portero, *Liles*, le dio un puñetazo y lo tiró. Cuando se levantó, sacó la pistola y disparó, el tiro le entró y salió por el cuello; no murió pero hubo que llevarlo al hospital. Estaban envalentonados porque tenían todo el apoyo de la Guardia Civil y estaban armados. Sabían que no les iba a pasar nada y no le pasó nada al tío que disparó, dos o tres días y le dejaron salir.

Poco a poco iba esfumándose una esperanza que alentaba en todos los corazones de los que luchaban en la resistencia antifranquista. «En los años

cincuenta, cuando se vio que a Franco no le tocaban, se perdió completamente la esperanza. Cuatro hombres allí era una tontería, ellos solos nunca pensaron que podrían derribar la dictadura».

En 1948, el salario normal de un obrero había sido reducido a la mitad de lo que ganaba en el año 1936. Pero sin embargo, Antonio no piensa que el hambre pesara tanto como la represión.

> Abundancia no había, porque en los años cuarenta los salarios eran de miseria, pero la gente se iba apañando sobre todo en los pueblos, con el huerto, y si además trabajabas, tenías otros ingresos, estaba la cuenca minera, había algo de industria.
>
> A los que eran de izquierdas se les perseguía, se les hacía pagar multas o entregarles los corderos, a los campesinos les requisaban lo que llevaban al molino, el trigo o el centeno… Había una represión bastante salvaje, te hacían la vida imposible.

A pesar de todo, también había momentos de relajo. Hasta los guerrilleros acudían alguna vez a las Fiestas. «Allí, en una de las primeras fiestas a las que me dejaron ir, porque ya tenía 16 años, me encontré a Guillermo, *Blas* y Zapico. Era ya de noche. Corrían un riesgo. Y en las casas también se hacían algunas juergas, diversión. ¿No ves Zapico cómo canta? Canta como un jilguero». Pero cuando iban por el monte no iban cantando. Y Antonio confiesa sus recuerdos:

> Llegó un momento en que esa lucha era estéril. Si se quedan unos meses más, los hubiesen cogido. Tuvieron la suerte de que fueron para Laciana que no estaba tan quemado como El Bierzo, donde la Guardia Civil había conseguido descubrir una serie de apoyos. La prueba es que el cuñado de mi hermano, Pepe, que fue uno de los enlaces que les arregló cosas para irse, a los dos días fueron por él. Los trajes que llevaron para Francia se los facilité yo.
>
> Enlaces aún había, pero ya muy mermados por las palizas y amenazas. Estábamos todos temblando, todos los enlaces teníamos miedo, aunque había gente que les apoyó hasta última hora. A mí me parece que han esperado hasta muy tarde para irse. Era una etapa muy dura, te marca el hecho de que te den palizas una vez y otra, y yendo cada poco a casa a interrogarte… A mí todavía cuando veo un tricornio se revuelven las tripas, los asocio al pasado. A lo mejor es una bellísima persona pero yo le veo con ese gorro y me da repelús.

Antonio Martínez se fue a Francia en 1956 y desde allí hizo viajes clandestinos a España, trajo material, se entrevistó con gente, hasta 1968, en que se vino a Madrid y empezó a trabajar en Comisiones Obreras. Aquello era otra lucha, y Antonio fue condenado a varios años, entre otras cosas por dar una patada en la entrepierna a un policía que le estaba golpeando.

En su segunda condena huyó a Francia, hasta que volvió en 1977, con la democracia.

Camilo de Dios, *Chencho*.

El día en que he quedado para entrevistar a Camilo de Dios, *Chencho*, no es un buen día. No por el tiempo, con un sol primaveral que luce en Sandiás, provincia de Orense. Resulta que Camilo ha tenido que salir a un entierro a Xinzo de Limia y no está en casa. Así que voy al entierro y allí le encuentro.

Ésa será la primera de las conversaciones que mantendré con este hombre alto, de ojos claros, que debió ser un hombre apuesto en su juventud. Camilo de Dios es gallego. No le gusta mucho hablar y menos delante de cámaras o grabadoras. Dice que no se siente cómodo. Así que tengo que recurrir a las anotaciones.

Hablamos de cómo empezó a colaborar con la guerrilla antes de unirse a ella. Porque Camilo, con el padre del PCE y de familia de izquierdas, militó primero en las Juventudes Socialistas Unificadas:

> Formamos una agrupación y muchos de nosotros, aún muy jóvenes, comenzamos a trabajar como enlaces para la guerrilla, a crear puntos de apoyo, pasar información, enlazar unas comarcas con otras, y averiguar datos sobre una serie de personas que tenían oficios, como sastres, guarnicioneros y sobre todo gente que tenía armas y que en un momento dado podían ser suministro para la guerrilla.

Esos datos que recogían Camilo y los otros jóvenes de la JSU iban a parar a la segunda agrupación guerrillera, perteneciente al Ejército

Guerrillero de Galicia. La antigua Federación de Guerrillas de León-Galicia a partir de 1948 se había integrado como primera agrupación en el Ejército Guerrillero de Galicia dirigido por el PCE. Era ya un tiempo muy difícil. La aldea lucense de Chavaga fue el escenario de un combate en el que murieron seis guerrilleros —tres se suicidaron, entre ellos una mujer— y una guerrillera fue detenida. Sólo uno consiguió escapar de un cerco de decenas de guardias civiles que emplearon hasta morteros. Entre los muertos estaba Guillermo Morán.

A raíz de ese desastre y de otros posteriores, *Saúl*, un hombre joven con empuje, reorganizó las partidas y fue entonces cuando llamó a los militantes de las Juventudes Comunistas. Lo que más le sorprende hoy a Camilo de Dios es que les mandaran incorporarse cuando todo hacía presagiar un rápido y trágico final.

> Doce enlaces nos fuimos a la guerrilla en la primavera de 1948, nueve de las juventudes. Yo tenía 16 años. Ya todo estaba perdido. En julio cayó la dirección de la guerrilla, Antonio Seoane Ramos y José Gómez Gayoso, en La Coruña. Habíamos tenido un excapitán de la República y confidente de la Guardia Civil, Alejo Mora, infiltrado en la guerrilla, que aunque fue descubierto y ejecutado en octubre de 1947, había delatado a la dirección y a muchos militantes. En octubre o noviembre, no recuerdo ahora muy bien, un grupo de unos veinte hombres intentamos liberarlos. Había guerrilleros de la cuarta y la quinta agrupación, y el grupo volante, que era donde estaba yo. No era la primera operación en la que participaba, ya llevaba meses en la guerrilla y había estado en varios combates. En la guerrilla también luchaba Perfecto, mi hermano, pero nunca operábamos juntos, porque en caso de caída, siempre quedaba uno.

El grupo volante estaba comandado por Juan Sorga, y lo formaban seis personas, incluido Camilo. Fuera casualidad o no, el hecho es que después de ese intento de rescate de Seoane y Gayoso las autoridades se dieron prisa en darles muerte, en noviembre de 1948.

> Atacamos la cárcel de La Coruña, que está cerca de la Torre de Hércules, y a la cual llegamos por mar, en un barco. Luego no pudimos salir por mar y tuvimos que huir por tierra. Todo estaba bien planeado, pero yo creo que nos estaban esperando. El Ejército vigilaba la cárcel, a uno de los soldados le encañonamos y le quitamos el uniforme, me lo puse yo y entré así en el recinto, pero no pude hacer nada, empezó enseguida el tiroteo, quizá en el desconcierto de que yo iba vestido como un soldado no me dispararon y todos

salimos como pudimos. Ya no tuvimos oportunidad de utilizar el barco en el que habíamos venido, habían detenido al capitán, pero nos escabullimos por tierra.

El incremento de actividad en Galicia coincide también con un descenso de la guerrilla de El Bierzo, a causa de la salida de los socialistas y del desgaste de la propia lucha guerrillera frente a una Guardia Civil cada vez más eficaz en sus propósitos de erradicar la base social de los del monte. La resistencia en La Coruña y el norte de Lugo comienza a articularse en 1945 en torno a Marcelino Rodríguez Fernández, *Marrofer*, con la cuarta agrupación.

Hubo varios jefes destacados, como Benigno Andrade García, el mítico *Foucellas*, un legendario guerrillero que sobrevivió al final de una forma independiente pero que cuando cayó, y a consecuencia de las torturas, delató a muchos de sus enlaces antes de ser fusilado. También Francisco Rey Balbís, *Moncho*, y Manuel Ramiro Souto, estos dos últimos del llamado grupo volante «A», Pablo Neira y Manuel Ponte Pedreira.

La tercera agrupación, la de Lugo, tuvo varios jefes importantes, entre los que destacaron Ramón Rodríguez Varela, *Curuxas*, y José Castro Veiga, *El Piloto*, el último guerrillero abatido en España, en 1965. Camilo recuerda a algunos de estos míticos jefes, como Manuel Fernández Soto, *coronel Benito*. Y sigo con el testimonio de *Chencho*:

Cuando llegó el coronel Benito, venía de ser guerrillero en Rusia, tenía mucha fama. Iba con un uniforme un poco estrambótico, con un cuchillo. Normalmente lo que llevaba la guerrilla era pantalón *brigde*, botas, brazalete con la bandera republicana, chaqueta de pana y gorra con la estrella de cinco puntas. La verdad es que teníamos uniforme, pero no hubo uno determinado. Luego, además, el guerrillero era un artista en el uso de los disfraces, había que disfrazarse de cualquier cosa, de cura, de guardia civil, de campesino…

Tras la detención en La Coruña de Seoane y Gayoso, que habían venido para dirigir el partido y el Ejército Guerrillero de Galicia, los que les sucedieron, Manuel Fernández Soto, *coronel Benito*, y Francisco Rey Balbís, *Moncho*, militarizaron los campamentos. La guerrilla utilizaba uniformes, hacía carnés de guerrillero, utilizaba el saludo castrense y se usaban los grados militares. Estas medidas resultaban extrañas a la

mentalidad guerrillera y causaron estupor y cierta desconfianza en los enlaces, que según autores como Harmunt Heine en *A guerrilla antifranquista en Galicia*, llegaron a temer tanto de los maquis como de la Guardia Civil. Pero las directrices emanadas del partido eran inflexibles.

Continúan los recuerdos de historia viva, u oral, de *Chencho*:

> Ha sido muy difícil siempre saber el número de guerrilleros, había caídas, muertes e incorporaciones. Ni siquiera en la segunda agrupación, la de Orense, sabíamos cuántos estábamos en el monte. Lo normal era una guerrilla, de cinco o seis hombres, mandados por un jefe de guerrilla que era el equivalente de teniente y un subjefe, el subjefe de la mía era Ángel, *Juan de Briz*, luego estaban Raúl, *El Alicantino*; Castro de Floriz; José Treviño, *Jaime*; José María Saavedra y Demetrio García Álvarez.

Uno de los problemas, y más entre gente joven como eran los enlaces que se habían echado al monte, era la abstinencia sexual. Aquí, como en Levante, la disciplina que imponía el partido se cumplía a rajatabla. *Chencho* afirma:

> Se respetaba a la mujer, éramos muy jóvenes y reprimidos sexualmente. ¡Ay de aquél que no lo hiciera!, había que tener mucho cuidado con las mujeres de los puntos de apoyo. Ellas no te provocaban, la mujer no te provocaba, a lo mejor te dejaba si tú lo hacías. Pero la ausencia de la mujer había que sobrellevarla.

En lo que respecta a la vida cotidiana de un campamento, un guerrillero escribía en la revista *Unión*, de la Agrupación Pasionaria de Galicia:

> Después de nombrar los servicios que competen a la seguridad y buena marcha de la guerrilla, los compañeros exentos de servicio, tras el aseo personal, dedican media hora a la gimnasia. A continuación se reúnen todos, dando lectura a los materiales, prensa, propaganda, instrucciones guerrilleras, etc., exponiendo cada uno su criterio y manera de interpretarlas, discutiéndolo todo punto por punto y de esa manera sacar el máximo provecho de cada trabajo, alcanzando así el mayor grado de capacidad posible. A falta de estos trabajos, la guerrilla posee libros de escuela de las siguientes asignaturas: gramática, aritmética y geografía, actuando de profesor el más entendido en cada cosa.

Samuel Mayo Méndez, *Saúl*, había llegado a Orense en la primavera de 1946. Era un antiguo militante de las Juventudes Socialistas Unificadas de La Coruña y fue uno de los guerrilleros enviados a Francia en 1945 para seguir cursillos de guerrilla. Regresó de allí con otros guerrilleros y buen armamento. Disponían de fusiles, metralletas, alguna ametralladora, pistolas de 9 mm largo y granadas de mano. Su zona de actuación, donde la guerrilla estuvo muy activa, comprendía desde la ciudad de Orense hasta Allariz y Xinzo de Limia. Sobre *Saúl*, que como jefe de la agrupación daba las órdenes al grupo volante, ha habido controversia. Para los guerrilleros de El Bierzo colaboró con la Guardia Civil, porque si no, no se explican algunas caídas.

Camilo recuerda que en uno de esos combates, cercados por la Guardia Civil, *Saúl* tuvo una idea y recurrió a una estratagema:

> Estábamos con *Saúl* y Ángel de Fleriz. *Saúl* se disfrazó de paisano, de viejo, con un burro, unas albardas, salió por delante de los civiles. Nos ayudó a salir, pero podía haber disparado a los guardias y no lo hizo, luego dijo que se le había encasquillado la metralleta. Murió en un combate, el 31 de mayo de 1950 en Cesuras, en La Coruña, cuando se había incorporado a la cuarta agrupación. El teniente coronel José Barreiros, que es el que mandaba la comandancia, cuando yo estuve en la cárcel no me dijo nunca nada sobre si *Saúl* fue un confidente.

Orense era en aquel momento una de las provincias más pobres de España. Aun así, los habitantes de las zonas donde se desarrolló la actividad guerrillera fueron bastante solidarios con los del monte. Aunque la norma era abonar el importe de lo que se consumía, la mitad de las veces los guerrilleros no podían pagar la comida o el resto de los servicios. Tenían poco dinero, y sin embargo cometieron pocos atracos o secuestros. De los golpes económicos, el 25% se destinaba al partido, «el resto era para poder sobrevivir sobre el terreno», asegura Camilo de Dios, que me cuenta que no tenían demasiados problemas para sobrevivir en su santuario.

La zona de refugio de la guerrilla orensana estaba en las sierras de Encina de la Lastra, Sanmaniz, Eje y Queija, muy cerca de los montes de Casayo, y de La Cabrera, en El Bierzo. Allí existía una extensión de tierras sin pueblos —El Barco de Valdeorras, La Puebla del Trives y Viana do

Bollo—, donde eran buenos los pastos y había vacas, caballos y ovejas. En concreto, la base estaba en el caserío Edreira, en la sierra de San Mamede, en el término de Montederrano.

Allí nos aprovisionamos de todo, era dueño de la finca un general, pero el casero era de los nuestros. Era un buen sitio, hasta que lo descubrieron. Un día, sería diciembre o enero, llegábamos de una marcha, no estaba puesta la señal de peligro y entramos. Ocho o nueve de la brigadilla estaban esperando dentro. Yo entré el primero y me dieron un tiro en la rodilla derecha que me afectó la rótula. Como pude, medio rodando, me fui hacia el río para escapar. Allí me siguieron tirando, pero sólo me alcanzaron algunos tiros en la chaqueta canadiense. Luego con una navaja corté una rama y como pude empecé a caminar. Me auxilió después un hombre, con trozos de tela, alcohol, polvos de azol, que era lo que había, lo máximo que se podía tener en el monte. Luego me curó una mujer.

La última operación en la que participó Camilo en realidad fueron tres:

Éramos seis del grupo volante dirigido por Juan Sorga y formamos tres parejas. Íbamos a eliminar a dos miembros de la brigadilla de la Guardia Civil, un sargento y un cabo, y a secuestrar a un destacado falangista para obtener un rescate. El jefe de la brigadilla de Orense era un elemento al que los propios guardias le habían puesto el apodo de *Veneno*, así que figúrate cómo sería. Por una delación, este sargento detuvo a uno de nuestros enlaces en una cita. Se puso el sargento un esparadrapo en la cara como estaba previsto y dijo la contraseña. A nuestro enlace, Juan, que era un exteniente de la República, le torturaron salvajemente y les acabó diciendo que tenía a la guerrilla en su domicilio. Entonces ellos fueron con él a la casa, pero Juan, cuando llamó y le respondimos desde dentro, dio la consigna de peligro. Tenía que decir «Benigno» si todo iba bien y «María» si había peligro; dijo «María» y entonces abrimos y disparamos sobre dos de los guardias, que cayeron. Juan iba detenido entre ellos y esposado. Tras el combate conseguimos salir todos de allí y además rescatar a Juan de la Guardia Civil. Así tuvimos catorce combates y de todos salí bien hasta el último.

E incluso en ése tuvo suerte:

Habíamos bajado la noche anterior a Orense para reconocer el terreno y vigilar los objetivos. Estábamos a tres kilómetros, en los montes de Valle esperando que nos trajeran la comida. Aún no sabemos qué pasó, si nos traicionó el enlace que nos tenía que llevar la cesta o lo capturaron, pero el caso es que no llegó nunca y en su lugar lo hizo la Guardia Civil. El centinela dio la alarma y disparó. Todos lo hicimos y matamos a un capitán y a un guardia. Nos dispersamos entre los pinos, la roca y la maleza. Allí cayó Manuel Novoa. Luego me enteré que capturaron a otro, Antonio Pérez Barreiros, cuando había atravesado a nado el Miño. A José María Saavedra y a mí nos persiguieron hasta Orense.

Se refugiaron en un edifico de cuatro pisos en la Plaza de la Merced, en pleno centro, entre el cuartel de Infantería y el de Carabineros. Allí fueron cercados, en tres círculos: primero, por el Ejército; luego, por la Guardia Civil, y, después, por la Policía. Era el 18 de marzo de 1949. Comenzó el tiroteo. Se utilizaron bombas de mano, morteros y artillería. El edificio quedó completamente destruido.

> Allí cayó herido muy grave José María Saavedra. Ante la situación sin salida en la que acabaríamos muertos más tarde o más temprano, él mismo me dijo que le pegara un tiro, no quería acabar en manos de los fascistas. Yo no pude, sólo le preparé el arma. Entonces, él se disparó en la cabeza con la mano que podía, y se destrozó un ojo y la mandíbula, yo vi los dientes por el suelo, pero quedó con vida. Le capturaron, le curaron para darle luego el garrote vil en La Coruña. Hubiera sido mejor que hubiera muerto allí.
>
> Las bombas me dejaron aturdido, y caí debajo de los cascotes y el polvo. Salí como pude y me detuvo un oficial del Ejército. Aún estaba atontado, sin saber si vivía o estaba muerto, cuando me llevaron a un camión. Allí estaban los muertos de la Guardia Civil. Y oí decir a uno: «A éste llévatelo y le pegas cuatro tiros». Menos mal que el oficial del Ejército no lo permitió, que si no, no lo hubiese contado.

No se había recuperado de sus graves heridas cuando empezaron a interrogarle. Él tenía 17 años pero ya parecía más viejo.

> Era muy difícil no contar algo en los interrogatorios. Te torturaban, a mí me sacaron las uñas. Al final decías algo, lo que menos comprometía, lo que sabías que no iba a llevar la muerte a nadie, pero era un error, porque entonces no se contentaban con lo que decías y te seguían torturando. Pensaban que sabías más. A mí me tuvieron 59 días así.

Con la información arrancada en los interrogatorios a los capturados, la Guardia Civil localizó los depósitos de armas ocultos en la sierra de San Mamede. También cayeron más de cien enlaces y se localizaron cincuenta estafetas y puntos de apoyo. La guerrilla de Orense había sido desmantelada.

Mientras tanto, *Saúl* se había ido en dirección a El Barco de Valdeorras para contactar con la partida de Girón. «Nunca supimos más de él. Y yo

desde ese día no volví a ver a mi hermano, que con mi madre, Juan Sorga y otros del grupo intentaron llegar a Francia».

Camilo recuerda que desde octubre de 1948, tras una carta firmada por *Pasionaria* intentaron salir de España. Primero por Portugal, pero los guerrilleros siempre fueron detectados y perseguidos a muerte. El ejemplo más claro es el combate de Cambedos, donde las fuerzas portuguesas actuaron junto a las españolas y bombardearon un pueblo para matar a cuatro guerrilleros.

Las condiciones eran desesperadas.

> Se pensó que lo mejor era salir todos juntos para unirse a los demás grupos por ejemplo en la sierra de Gredos, y de allí intentar la salida a Francia, concentrarse cerca de la frontera, atacar todos por un punto y el que pasara, pasaba. Ésas eran las ideas de *Saúl* y del *coronel Benito*. Hubo gente que lo intentó. Mi hermano Perfecto cayó en Ávila, otro cayó en Salamanca, otros consiguieron huir o desaparecer.

No se sabe mucho sobre estas últimas operaciones. El resto de la partida de Sorga, ante la caída de enlaces y grupos de apoyo por la última operación de Orense, decidió huir. La madre de Perfecto y Camilo, Carmen Fernández Seguín, huyó con ellos. Se internaron durante un tiempo en Portugal, pero tuvieron que salir del país vecino por la persecución de la guardia republicana portuguesa. Dieron un atraco y se internaron en Zamora. De allí intentaron dirigirse a Madrid, pero el 16 de mayo de 1950, en el pueblo abulense de Chaherreros, una pareja de la Guardia Civil les dio el alto creyendo que eran estraperlistas. Los guerrilleros huyeron y los números dispararon. Perfecto de Dios Fernández, con 19 años, contestó para defender a su madre y cayó muerto a sus pies. Mientras, Juan Sorga y otro componente de la partida, Manuel Rodríguez González, consiguieron escapar. Posteriormente, Manuel Rodríguez fue detenido en un tren —moriría ejecutado a garrote vil en Orense— pero Juan Sorga, el jefe de la partida, se tiró en marcha y desapareció. Según la Guardia Civil, logró llegar a Francia.

Cuando su hermano moría y su madre era detenida, Camilo ya llevaba más de un año en la cárcel. Procesado por pertenecer a la guerrilla, fue

condenado a muerte en La Coruña, en 1949, pero posteriormente se le conmutó la pena por ser menor de edad:

> Salí de la cárcel el 11 de mayo de 1959. Nuestras cosas habían sido incautadas. Mi familia, sobre todo mi madre, sufrió las represalias. Estuvo trece años en la cárcel y cuando salió estaba traumatizada y había perdido la memoria. Nos quitaron dos veces la casa en la aldea de Sandiás, y allí se instaló un cuartel de la Guardia Civil. Así que como no tenía nada al salir de la prisión me quedé cerca de Yeserías y me integré en una célula del partido en Puente Vallecas. Pero me tiraba la tierra y volví a Galicia. Me casé en Verín, y organicé el partido en ese pueblo y en Xinzo, así como Comisiones Obreras de la provincia de Orense. Me detuvieron media docena de veces, la última en 1973 por ayudar a las huelgas de CCOO en El Ferrol.

Toda su vida ha estado vinculada al PCE, pero a pesar de ello también ha sido crítico con el partido:

> Hemos hecho muchas tonterías, éramos como talibanes, muy dogmáticos, todavía nosotros que éramos jóvenes, pero los que ya llevaban unos años, los que ya sabían y tenían estudios, podían haber acelerado el fin de la guerrilla, no tenía ya sentido, a qué nos hacen subir al monte. De todos modos, nunca fuimos terroristas. Era una lucha política. Nunca dimos un tiro a ningún guardia civil si lo sorprendíamos en algún camino, salvo que fuera en defensa propia. No digo que alguna vez no se hicieran cosas discutibles, pero la situación era así.

De aquella época, a Camilo siempre le quedarán recuerdos que le acompañarán toda la vida y unos cuantos fieles amigos:

> A los compañeros de la cárcel no podré olvidarlos nunca, y he estado con muchos de los dirigentes del PCE, Santiago Álvarez, Sixto Agudo… La camaradería era lo mejor de la guerrilla, allí hacías amigos para siempre. Sentíamos la muerte de cualquier compañero como la de un hermano, como si te quitaran un pedazo de corazón.

3. Cataluña y el Valle de Arán:

El sueño de liberar a España del fascismo.

Otoño de 1944. Los alemanes retroceden en todos los frentes. Su derrota parece sólo cuestión de tiempo. Francia combate por su liberación con la ayuda de miles de *maquisards* españoles, que han intensificado su lucha y su heroísmo después del desembarco de Normandía. Con el apoyo de los aliados, el Partido Comunista de España había creado en Toulouse la Unión Nacional Española (UNE) en 1942. Dos años después se constituye la Agrupación de Guerrilleros Españoles de la UNE, que adopta el nombre de XIV Cuerpo de Guerrilleros del Ejército Republicano en honor al cuerpo de igual nombre que había luchado contra las tropas de Franco. Todos creían que había llegado el momento de liberar España. Por primera vez en mucho tiempo, tienen algo tan importante como el material y los suministros: tienen ilusión. Están ganando una batalla al fascismo. Para quien hasta entonces sólo ha conocido la derrota, ese cambio supone una diferencia como de la noche al día. Y ahora, España, se dicen. Toca acabar con Franco y su régimen.

El desembarco de tropas norteamericanas y de la Francia libre en Provenza en agosto de 1944 acelera los planes de los españoles. Hoy día sabemos que tras el desembarco en Marsella, los norteamericanos preparaban la invasión de España. En el documental de Eugenio Monesma *Las ilusiones perdidas*, John P. Parry, comandante de Comunicaciones del Ejército norteamericano y participante en varias misiones secretas en la Segunda Guerra Mundial, desveló algo hasta el momento desconocido:

> Nos dieron 48 horas para llegar desde Marsella a las localidades del sur de Francia y la frontera con España, donde el Ejército norteamericano se estaba preparando para la invasión. Los aviones de reconocimiento habían fotografiado la Península, acababan de hacer toda una serie de mapas aéreos, sabíamos dónde estaban los cuarteles, las tropas. En ese momento estaban cambiando las coordenadas a números militares cifrados. Teníamos seis divisiones de infantería y el plan contemplaba desarrollar dos operaciones marítimas, atacando España por el norte y por el sur, como una pinza. El Ejército francés controlaba a los guerrilleros españoles que estaban en los Pirineos, a punto de invadir España. Nosotros, lo último que íbamos a hacer era entrar por ahí. En el plan que teníamos, además del desembarco marítimo, era lanzar una división paracaidista para copar Madrid y cortar el centro, las comunicaciones del Ejército de Franco con sus tropas. Sabíamos, por las fotografías aéreas, que el grueso del Ejército franquista estaba apostado en los Pirineos, preparándose para hacer frente a la invasión. Una vez cortado el centro de la Península, y aisladas las tropas de Franco, iba a ser relativamente fácil ocupar España. Y lo íbamos a hacer rápido, para que los rusos no nos preguntaran si necesitábamos ayuda. No queríamos a los rusos allí.

La guerra fría estaba gestándose en aquellas semanas. En ese momento crucial tuvo lugar una reunión entre el inglés Churchill, el recién elegido presidente norteamericano Truman y el francés De Gaulle. Lo que le dijeron a John P. Parry fue que la marcha atrás la dio el líder francés, para el que los guerrilleros españoles eran ya una preocupación.

> Después de esa reunión, lo que me contaron es que De Gaulle, por sus propias razones, se opuso a la invasión de España y todo se detuvo. Pero estaba preparado, y las divisiones eran divisiones experimentadas, con experiencia de combate; no eran novatos, sabían combatir.

A raíz de estas revelaciones, la operación del Valle de Arán no se planteaba de una manera tan descabellada. Los españoles antifranquistas nunca creyeron que los aliados —y sobre todo Francia, país que habían contribuido a liberar en una gran parte— les dejarían en la estacada. Si a eso se le suma el voluntarismo de la dirección de los combatientes antifascistas, los informes parciales y manipulados que se les daban a los guerrilleros y la falta de información precisa sobre las agrupaciones guerrilleras, tendremos las razones de un fracaso previsible.

Mucho se ha escrito ya sobre los errores de la dirección del Partido Comunista de España, que daba por seguro que la invasión iba a ser la señal

para que las masas se rebelaran contra el régimen. No sólo era Jesús Monzón, el responsable desde el interior de España, sino también los miembros del comité central del PCE en Francia. La mayoría de los combatientes tenían ese pensamiento y ese anhelo. Iban a desquitarse de la derrota de la Guerra Civil, que para ellos era una batalla más, la primera si acaso, de la Segunda Guerra Mundial. Una Guerra Mundial en la que se sentían vencedores. Ellos ya habían contribuido a la victoria aliada liberando una gran parte del mediodía francés, nada menos que 18 departamentos.

En un primer momento al menos, la Unión Nacional englobó a todos los que se oponían a Franco: comunistas, socialistas, anarquistas y de la Izquierda Republicana. Este pluralismo les daba fuerza y legitimidad para luchar por un espacio común democrático. Sin embargo, se barajaron varias opciones y la invasión no logró la unanimidad. Algunas unidades pensaron que era un error mayúsculo y varios comandantes y jefes socialistas y anarquistas dimitieron.

Operación «Reconquista de España»: testimonios de Eduardo Pons Prades y de Vicente López Tovar.

Eduardo Pons Prades, viejo militante libertario e historiador, estuvo también en la Unión Nacional. Pons Prades había combatido en Guadarrama, en El Segre y el Ebro durante la Guerra Civil. En Francia se alistó en el Ejército francés como teniente de ametralladoras del XIII Regimiento de Marcha. De 1941 a 1944 luchó en la resistencia francesa. En agosto de ese año combatió en la liberación de Francia como capitán de una centuria franco-española en la zona de Aude-Ariége. Eduardo vivió y luchó en dos guerras defendiendo la causa de la libertad.

Entrevisté a Eduardo Pons Prades en una mañana dominical soleada, muy cerca de la Sagrada Familia, en la Ciudad Condal, donde nació en 1920. Pons Prades es un hombre afable que a pesar de su docena de libros sobre la guerrilla española, los republicanos españoles y la Segunda Guerra

Mundial, entre otros temas, aún tiene cosas que contar. Su primer libro, hoy muy difícil de encontrar, sobre el movimiento guerrillero, *Guerrillas españolas, 1936-1960*, se ha convertido en una publicación de referencia. Comenzamos hablando de la famosa invasión del Valle de Arán, la operación «Reconquista de España».

> En los veintiún grupos de la UNE, éramos dos de la CNT, dos de Izquierda Republicana, otro del PSOE, diez del PCE y seis del PSUC. Cuando se presenta lo del Valle de Arán yo era coordinador de la guerrilla de aquel departamento. En abril y mayo de 1944 ya se plantea venir para acá. Pero se plantea venir en grupos, infiltraciones, no en ataques en masa, el ejemplo francés debía de servir para algo. Grupos de siete a catorce o como máximo veintiún personas y con guías que fueran oriundos de las regiones a las que íbamos a ir, que era donde ya había gente en la montaña. El objetivo era aportar la experiencia de la guerrilla en Francia a los que luchaban en España. Ése era el proyecto. Teníamos informes de algunos infiltrados sobre cómo estaba el panorama aquí, no había nada, era terrible la desmoralización. Yo mismo hice clandestinamente un primer viaje a España en octubre de 1944. Entré para saber quién quedaba, quién estaba dispuesto a luchar para echar a Franco. La impresión fue tremenda, se me cayó el alma a los pies.
>
> De todos modos, teníamos que actuar. Pensábamos que lo que había que hacer era un atentado contra el caudillo, llevárnoslo por delante, porque era él el que aguantaba todo. Había mucha gente en su bando dispuesta a cargarse al caudillo, eso lo supimos más tarde.
>
> La guerrilla que no pertenecía al PCE, es decir, la nuestra, la de los anarquistas, calificamos la operación de la invasión pirenaica de suicida. Lo curioso es el parangón entre Carrillo y Franco. Franco mandó a la División Azul a los falangistas más revolucionarios, y Carrillo a la guerrilla a los más fogosos. Fue una táctica equivocada que hizo perder la vida a muchos líderes del PCE, muchos camaradas. Cuando Carrillo viene al sur de Francia a poner orden en el partido, se encuentra con una fuerte contestación: «¿Tú dónde estabas de 1940 a 1944? Porque aquí lo hemos organizado todo nosotros, sin ti», le dicen. Carrillo, que es muy listo, pensó «¿cómo me deshago de éstos?». Pues montando la operación del Valle de Arán, sugiriéndolo…, una operación en la que nadie cree. Si en 1939, con un Ejército, nos dieron para el pelo, ahora ¿qué iban a hacer? El 9 de septiembre de 1944 todos los que no éramos comunistas dimitimos. Quedaron sólo ellos, los comunistas.

La llamada 204 División de guerrilleros, con doce brigadas, fue la encargada de la invasión. Estaba al mando del coronel Vicente López Tovar, quien fue jefe de la 46 División republicana en la batalla del Ebro, cerebro de la resistencia contra los alemanes en el sur de Francia y el que mantuvo el contacto con los aliados a través del comandante inglés Jack Peters y de André Malraux. Se estableció el cuartel general y lugar de reclutamiento en dos ciudades francesas: Foix y Toulouse.

Los maquis fueron tomando posiciones cerca de la frontera. Desde la zona de Pau se trasladaron a las poblaciones de Sainte Engrace y Esterençuby. En total, de los 13 000 españoles que estaban en el maquis francés, unos 4000 se alistaron. Eran guerrilleros de todas las regiones de España.

En las memorias inéditas de Vicente López Tovar, facilitadas por Jesús de Cos, deja bien claro que para él, como para la plana mayor de la división, aquello era una locura:

> Formaron una división, la 204, con guerrilleros de otras unidades y me dijeron que me pusiera al mando para invadir España. Yo dije: ¡Pero estáis locos! Yo estoy en contra, porque no tenemos más que metralletas, algunos morteros del 81 y un antiaéreo, y con eso no podemos oponernos a los cañones y aviones de los franquistas. Quise discutir, pero no me dejaron, me dijeron que si no lo mandaba yo, se la darían a otro y todo el mundo me pidió que lo hiciera yo. No había ninguna posibilidad de éxito, era una operación descabellada y estábamos en contra la mayoría de los oficiales de la guerra de España y todo mi Estado Mayor. Así que lo hice en contra de cualquier táctica militar existente. En vez de atacar para conquistar, era atacar para retirarnos con las menores pérdidas posibles.
>
> Estas manifestaciones mías de protesta se terminaron el 21 de septiembre de 1944, donde se me da la orden por escrito de formar la 204 División de guerrilleros para invadir el Valle de Arán. Al recibir esta orden, yo pensé en lo ocurrido en Cataluña, en Madrid y más tarde la desfachatez de dejarme abandonado en Toulouse, su fuga al extranjero, dejando abandonados a más de 500. 000 refugiados y a su partido sin ninguna directiva ni organización. Los responsables de esto fueron los más altos responsables del partido sin excepción, llegué a pensar que al partido le sigue una maldición. La dictadura de *Mariano* (Ramiro López, enviado de Jesús Monzón) y sus acólitos, el nombramiento del general Luis Fernández, la orden de atacar el Valle de Arán, fue una prueba más de su incompetencia y falta de visión política.

Las primeras oleadas de guerrilleros, dos grupos compuestos por 250 y 400 guerrilleros penetraron por Roncesvalles y el Valle del Roncal (Navarra) entre el 3 y el 7 de octubre de 1944. A los pocos días regresaron a Francia, después de haber sufrido bastantes bajas.

Siempre siguiendo las memorias de López Tovar, éste se muestra muy crítico con la operación, cuyo objetivo era establecer una cabeza de puente en el Valle de Arán e instalar un gobierno republicano provisional. Escribe López Tobar:

> […] Se pensaba establecer un gobierno de la UNE en el Valle… ¿Es posible que fuesen tan imbéciles que pensasen que el general Franco iba a consentir eso…? ¿Y con qué fuerzas íbamos a resistir los ataques del Ejército español? La consigna de avanzar sin objetivo concreto no me gustaba, teniendo en cuenta que el enemigo, siguiendo las enseñanzas de la guerra moderna, no ofrecería gran resistencia para dejarnos llegar lo más lejos posible de la frontera y de esa forma efectuar una maniobra de cercamiento, cerrándonos la salida a Francia. Afortunadamente los generales españoles no habían aprendido nada de la táctica militar desplegada en la Segunda Guerra Mundial y no intentaron esa maniobra, que yo esperaba, con tropas de montaña y paracaidistas.

En cualquier caso, el gobierno español estaba preparado y había reforzado toda la zona, ya que los planes de invasión de España eran un secreto a voces a uno y otro lado de la frontera. El Ejército español desplazó a la zona cerca de 50. 000 hombres dirigidos por los generales Moscardó, Yagüe y Monasterio, y coordinados por el jefe del Estado Mayor García Valiño. Escribe López Tovar:

> Una parte de las fuerzas entraron por el Puente del Rey, sin encontrar resistencia; allí dejé la 7.ª Brigada como reserva y además la orden de defender esa salida en caso de un ataque por sorpresa de los fascistas. Me establecí en Blossot, donde los guardias civiles ofrecieron alguna resistencia, dejaron dos muertos y el resto se replegó a Viella. En las Bordas el combate fue bastante violento, estaban mezclados los guardias civiles y una parte del Ejército, fueron sorprendidos y no querían rendirse, al final las tropas se rindieron, una parte de los guardias civiles pudieron salir y replegarse a Viella, se hicieron un centenar de prisioneros aproximadamente.

A pesar de que falló el flanco izquierdo, que no consiguió sus objetivos, el grueso de las fuerzas penetraron por el valle y llegaron hasta las puertas de Viella. En las cercanías del pueblo leridano estuvieron a punto de capturar al general Moscardó, al que tuvieron a tiro con su coche oficial. En el cerco de Viella capturaron a miembros del Estado Mayor de García Valiño (un teniente coronel, un comandante, un capitán, un teniente, un brigada y varios soldados).

> La táctica era ocupar por sorpresa diferentes objetivos y esperar a que se cumplieran las promesas de sublevación. Entramos con éxito en el Valle de Arán, hasta Viella y me puse a esperar los informes de los enlaces que yo había mandado para ver si se producía el levantamiento que el partido nos había prometido.

La realidad, como ya sospechaban muchos, iba a resultar muy alejada de los deseos de la dirección del PCE que había montado la operación.

> Muchos de los objetivos de las fuerzas que operaban en el exterior del Valle no se cumplieron y una gran parte de estos grupos se incorporaron al Valle de Arán. El tiempo fue malísimo, cayó una gran nevada, algo impresionante, y no estábamos equipados para ello. Esto seguramente influyó en el comportamiento de algunas unidades […] Me aproximé hasta las puertas de Viella por la carretera y me recibieron con algunos disparos, pero sin intensidad, eso reforzaba mi opinión de que lo que los franquistas querían es que ocupásemos Viella, obligándonos a combatir allí, para cortamos la retirada. […] Los oficiales del Estado Mayor me comunican el desplazamiento de tropas españolas con artillería. Yo me figuro que los generales Yagüe y Moscardó no estaban contentos conmigo al ver que no me metí en el pozo de Viella con todas mis fuerzas. […] Los fatídicos *Mariano* y Fernández volvieron a insistir, les interesaba una operación de prestigio, pero yo tenía la misión de salvar la vida de todos aquéllos que habían depositado su confianza en mí.

Se había ordenado que en las ocupaciones de los pueblos cualquier elemento que resultara sospechoso fuese hecho prisionero, pero que se respetase a la población civil, se evitasen persecuciones políticas y que sacerdotes e iglesias debían gozar de protección.

Uno de los combatientes anarquistas que entraron en el Valle de Arán fue Antonio Téllez Solá, que con el tiempo, escribiría la historia de la guerrilla libertaria en España:

> No se produjo levantamiento en España y llegaron camiones llenos de soldados, así que nos fuimos retirando poco a poco, combatiendo para proteger la retirada. Sabíamos que estaba Moscardó con un Ejército esperando a ver si pasábamos el túnel de Viella. Era una trampa.

Sin embargo, el Ejército español, que esperaba un ataque, había sido parcialmente sorprendido. Tardó varios días en movilizar la artillería y las unidades desplegadas, salvo un tambor de regulares, no pusieron mucho empeño en el combate, fuera por el frío o por las dificultades de los parajes por los que se movían.

El 28 de octubre, Vicente López Tovar dio la orden de empezar la evacuación a partir de las doce de la noche, ya que las brigadas empezaban a ser hostigadas por la artillería franquista. Ese mismo día llegó la plana mayor del PCE, incluido Santiago Carrillo, al que Tovar conocía y con el que consiguió hablar a solas.

> Le manifesté la barbaridad que suponía enfrentarnos con un Ejército regular, valiéndose de mentiras, tanto del partido como de la Agrupación: le indiqué que estábamos siendo atacados por la artillería en el sector de Viella, pero no le comuniqué que ya estaba dada la orden de evacuación. Yo no sabía todavía en qué plan venía. Mi negativa a cumplir las órdenes del partido me preocupaba y para convencerle le hice ver dónde estaba el enemigo y que teníamos el riesgo de salir combatiendo con las consiguientes pérdidas. Me preguntó cuánto tiempo necesitaba para evacuar. Le respondí: «Si estáis de acuerdo, yo me ocupo de ello». Me dio su aprobación y se marchó, sin saber que la orden ya estaba dada […] La propaganda de Santiago Carrillo atribuyéndose la responsabilidad de la retirada del Valle de Arán fue una maniobra para recuperar militantes. Carrillo no tuvo nada que ver con la operación.

Gracias a las previsiones de López Tovar, el fracaso de la «Reconquista de España», que pudo significar grandes pérdidas humanas, se saldó con un exiguo balance de bajas. De todas maneras, las diversas fuentes no se ponen de acuerdo en lo que respecta a las cifras. Cotejando datos de unos y otros, entre ellos el libro de Daniel Arasa *Años 40: los maquis y el PCE*, se puede calcular que la invasión pirenaica le costó al Ejército español unos 100 muertos, más de 200 heridos y 300 prisioneros —incluidos algunos civiles —, trasladados a Francia y devueltos más tarde por las autoridades francesas. En cuanto a los guerrilleros, los muertos fueron unos 200 en todos los Pirineos. No hay datos totales sobre heridos, sólo el número de 30 graves evacuados a Francia, 800 capturados —una veintena serían fusilados —, y 200 infiltrados en la Península.

> Al entrar en Francia después del episodio del Valle de Arán y mi sublevación contra *Mariano* y los demás dirigentes del partido no me fiaba de nadie, aparte de aquéllos que me apoyaron en los momentos difíciles. Procuraba no encontrarme aislado en ningún momento y estaba siempre armado […] Como al salir del Valle estábamos en posesión de armas que nos habíamos negado a entregar, el Gobierno francés nos declaró Batallones de Seguridad. Formábamos parte del Ejército francés, cobrando un pequeño sueldo. Esto arreglaba a todo el mundo, pues la guerra no se había terminado todavía y no se encontraba trabajo. […]

> Tengo que añadir que los efectivos de los que se titulaban guerrilleros habían aumentado más del 50% después de la liberación de Toulouss. Tenían su plaza en las nóminas todos aquéllos que llegaban de América y del mundo entero, fieles partidarios del dúo Dolores-Carrillo. Esto duró hasta mayo de 1945, fecha en que se disolvieron los batallones, obligándonos a entregar las armas y demás material, que era lo que le interesaba al Gobierno francés. Por esta causa comenzó para nosotros un verdadero purgatorio, porque siendo ellos conscientes de que teníamos armas escondidas nos hacían la vida imposible con registros y detenciones.

Las consecuencias de la fracasada invasión fueron, por una parte, el reforzamiento del régimen franquista, y por otra, las purgas dentro del PCE con la caída en desgracia de Jesús Monzón y la subida de Santiago Carrillo. Franco y la alta cúpula militar sacaron también sus conclusiones: el Ejército no servía para combatir a los maquis. A partir de ese momento, de la represión guerrillera se encargaría la Guardia Civil.

A pesar del fracaso de la invasión pirenaica, algunos grupos de guerrilleros no quisieron regresar a Francia —cosa que sí hizo la mayoría, desilusionados por la resistencia encontrada y el engaño de muchas de las informaciones de la UNE que les aseguraban ayuda de la población y puntos de apoyo— y lograron colarse entre la tupida malla de soldados, policías y guardias civiles hacia el interior de la Península. Allí dieron apoyo a las guerrillas existentes y crearon otras nuevas donde no existían, como en el Levante. Los «maquis» llegaron a Santander, Asturias, Bajo Aragón, Maestrazgo, serranía de Cuenca, Guadarrama, Extremadura y Sierra Morena.

Los hombres que reforzaron las agrupaciones guerrilleras del interior tenían entrenamiento militar, eran resistentes y experimentados, portaban armamento moderno y estaban adiestrados para usar explosivos plásticos de gran potencia. Tanto las armas como los explosivos se los habían proporcionado con profusión los aliados.

Las armas que lograron pasar eran, desde luego, más adecuadas para la lucha de guerrillas que los viejos máuseres de la Guerra Civil. La más común era la pistola ametralladora británica Sten, de tiro rápido, que usaba munición de 9 mm. También abundaban pistolas americanas Cok y subfusiles Thompson, un arma pesada pero efectiva. Decían que un disparo de la Thompson en el monte sonaba como un cañonazo. Algunos tenían

carabinas americanas Rock-011 y unos pocos fusiles ametralladores franceses Maxim's. Las metralletas eran plegables, se podían esconder bien y para los asaltos eran las armas por excelencia. También llevaban bombas de mano inglesas y americanas.

Además de disponer del armamento más moderno y de estar bien entrenados, los maquis que consiguieron infiltrarse tenían una moral alta debido a las victorias contra los nazis y el convencimiento de la segura caída, tarde o temprano, de Franco, como sus aliados Hitler y Mussolini. Entre los guerrilleros de las diversas agrupaciones a las que llegaron se les llamaba «los diplomados» por su experiencia táctica y logística, a lo que se sumaban sus fuertes convicciones ideológicas, ya fueran anarquistas, socialistas o comunistas. Evidentemente hubo un antes y un después tras la invasión del Valle de Arán. Los maquis, que en número de unos 200 reforzaron el movimiento guerrillero en España, le dieron moral de combate, cohesión, operatividad y llegaron en un momento crucial. Lamentablemente, todo lo que suponían que iba a pasar no pasó y ni hubo intervención aliada ni el país se sublevó, a pesar de lo cual la inmensa mayoría de estos maquis aguantaron hasta el final, muriendo en la mayoría de los casos, sin pensar jamás en volver a Francia.

La prensa española, que no se hizo eco de la invasión del Valle de Arán en los primeros días, sí informó, aunque de una forma escueta, de la derrota de los maquis y de su regreso a Francia.

Mientras al otro lado de la frontera este fracaso y la situación política eran el tema central de casi todas las conversaciones, en los cafés españoles el tema de tertulia era otro. Se hablaba del mexicano Carlos Arruza, una joven estrella del toreo que subía con fuerza y que le hacía sombra al serio *Manolete*. Aparte de eso los salarios, de 10 a 12 pesetas diarias, no llegaban jamás a cubrir las necesidades de una familia normal. Se comían patatas, y sopas de cualquier verdura. El pan era moreno o amarillento, un kilo de aceite costaba 100 pesetas; un kilo de alubias, 18, la carne ni se olía, si acaso el que podía criar un pollo u otro animal doméstico para comerlo el día de Navidad. Los que tenían aparato de radio vivían pendientes de las radionovelas y de un nuevo concurso que ese mismo año había empezado a emitir Radio Nacional en Barcelona: «¿Lo toma o lo deja?».

Esa realidad fue la que se encontró Pons Prades en su segundo viaje a España. Esta vez venía con un claro objetivo: acabar con el dictador.

Después del desastre del Valle de Arán la idea del atentado a Franco fue germinando. La segunda vez llegué el 14 de diciembre de 1945 ya con la idea del atentado. Entré por Andorra, y me moví por Barcelona, Valencia y Madrid. De allí en vez de ir a Asturias fui a Zaragoza, donde había bastante gente, pero no estaba dispuesta al atentado. Opinaban que tanto si se conseguía como si fracasaba habría una represión tremenda contra los presos de las cárceles. Yo les conté lo que habíamos hecho en Francia en las cárceles, desde dentro y desde fuera para sacar a los presos políticos. Se abrieron siete penales. Eso lo hizo la guerrilla española con un plan que se llamó plan Salamandra. Pero no se podía contar con la gente de aquí ni como apoyo para esta cuestión del atentado.

No podíamos hacer la guerra de tú a tú, no nos quedaba más que el atentado, ya que Franco se sostenía. Dionisio Ridruejo me dijo: «No esperéis nada de ningún general porque Franco ha puesto todo de mierda, de sangre, hasta aquí» —Pons Prades se señala el cuello —. Eso me lo dijo en 1962, en París. La muerte de Franco tenía un precio. En España, en esa época, todo era cuestión de dinero. Podías pedir el cadáver de Franco y te lo servían en celofán. Pero había que pagarlo, y el precio era muy alto. Por eso pensamos en el atentado. La providencia estaba al lado de Franco porque si no, no habría sobrevivido. Y también la verdad es que los atentados fracasaron porque se organizaban con prisas y con gente poco preparada.

Cuando Pons Prades volvía a Francia para informar de la falta de apoyo en el interior de España, fue cuando le cogieron en los Pirineos.

Me detuvo una patrulla del Ejército, si llega a ser la Guardia Civil no lo cuento. Fui de interrogatorio en interrogatorio. Cuando me iban a pasar de la policía militar a la brigada político-social de Barcelona, caí en manos de un juez de Sevilla. En el papel de entrega del detenido de la Guardia Civil no decía qué clase de detenido era yo, sólo «detenido por intentar pasar de forma clandestina la frontera», no decía siquiera en qué dirección. Así que creyeron que entraba en vez de salir. De manera que tuve la suerte de que me pusieron en libertad provisional.

Viajando en primera no te pedían la documentación. Mira qué mentalidad la de la Policía. En los hoteles de tres estrellas te daban la ficha y la hacías tú. No dejabas tu documento como en los hoteles inferiores, que no te lo devolvían hasta que te ibas. Yo tenía dinero y por eso no me cogieron, podía pagar estas cosas y no viajar como un pobre desgraciado para que me cogieran en un tren en tercera.

Lo más importante de las guerrillas españolas fue que permitieron a la gente que había empezado la aventura de 1936 ir hasta el final. Más no podíamos hacer. La masa juvenil que vino desde Francia era libertaria y comunista, fundamentalmente. Fuimos hasta el final. Hay guerrilleros que se pegaron un tiro o que se envenenaron, como gente de la guerrilla urbana que llevaba cianuro. Porque cuando te cogían qué ibas a esperar. ¿La tortura? Se tomaban el cianuro, eran cápsulas que algunos llevaban dentro de la capucha de

la estilográfica. Así se mataron tres o cuatro libertarios. Sin tenerlo programado, todos habían captado las mismas ondas que les hacía hacer ciertas cosas y no otras. Hubo gente que al ver que esto se eternizaba dijo que «para sobrevivir vamos a tener que robar, atracar y hasta matar, y nosotros no nos hemos ido a la montaña para atracar y matar, así que, ¿qué hacemos?». Y se disuelven y se van a Francia. A unos los matan por el camino, otros llegan y hay quienes al llegar mueren al poco «de tristeza», como el *Yatero* de Granada, de pensar en todos los hombres que habían luchado y muerto en España y que no había servido para nada. Él había sido jefe guerrillero y seguía vivo mientras todos sus hombres habían muerto. No lo resistió.

Cataluña: la resistencia urbana de los libertarios.

Cuatro meses después de la derrota republicana, en julio de 1939, llegaban a Barcelona los primeros grupos de resistencia armada contra el franquismo, organizados desde Francia por el anarquista aragonés Francisco Ponzán. A lo largo de los años siguientes, en plena Segunda Guerra Mundial, Ponzán y sus compañeros libertarios crearon un servicio de evasión para los aliados, que se integró en la red Pat O'Reilly. Ponzán fue detenido por la Gestapo y fusilado en Francia, cuando los alemanes comenzaron su retirada.

Para Eduardo Pons Prades, la guerrilla es similar en todos los sitios hasta 1943-1944 porque es gente que ha huido:

Luego los que tienen más conciencia política y social se acaban organizando en grupos que viven en la montaña y que tienen que comer y por eso cometen algún atraco. El campo era libertario y socialista. En las zonas rurales no había comunismo. Cuando se acerca el final de la Segunda Guerra Mundial, con la toma de Stalingrado y el desembarco aliado, la gente empieza a pensar que quizá los alemanes no ganen la guerra y algunos que estaban amenazados se van a la montaña. Esta gente sí tiene una conciencia política y a partir de ahí toma un aire diferente la guerrilla según los sitios. Socialista o comunista por regla general. La excepción es la guerrilla libertaria, los seis grupos de Wenceslao Giménez, llamado *Los Maños*, el *Cubano, Caraquemada*, Massana, Facerías y Sabaté.

A partir de 1940 se extiende la guerrilla libertaria en Cataluña. Allí se dio una peculiaridad que —salvo Madrid en una época, con los «cazadores de la ciudad»— no tuvo el resto de España: la guerrilla urbana, que complementa un movimiento de resistencia que se desarrolla en el mundo rural catalán. En esta división entre rurales y urbanos habría que situar en el primer grupo a Ramón Vila, *Caraquemada* —el *capitán Raymon* en la Resistencia francesa—, y a Marcellí Massana. Conocían muy bien los bosques y los escondrijos, y apoyaron puntualmente acciones de sus camaradas en la ciudad. En lo que respecta a los urbanos, los más importantes fueron Josep Lluís Facerías y Quico Sabaté. El segundo se movía sin dificultad por la ciudad y los pueblos cercanos. Realizaban sabotajes, atentados y atracos, pero ninguno de ellos se quedó con el botín. En más de una ocasión Sabaté dio el fruto de sus atracos a los necesitados. Otra vez devolvió a un tendero el dinero que le había prestado multiplicado por cien. El dinero servía para ayudar a los familiares de los presos y para las acciones de propaganda. Para muchos de los escritores que se ocuparon de su trayectoria, como Pons Prades, fueron los últimos románticos de una guerrilla que no tenía nada de romántica.

> Massana algunas veces baja con su grupo a ayudar a Sabaté. Sobre todo dinamita postes de alta tensión y atraca a los pagadores de las minas. El grupo del *Cubano* es el primero que desaparece, los matan a todos. Luego desaparecen pronto el de Facerías y el de *Los Maños*. El que más dura es el grupo de Sabaté. Pancho Massana tiene que dejarlo por enfermedad, un problema cardiaco, de corazón, es el único que no muere asesinado.
>
> Pancho Massana incluso pagaba cafés a los guardias civiles. O les retaba y les decía que iba a estar en un cine, a ver si le detenían. Era muy conocido y muy querido, había sido dirigente sindicalista muy joven y pagaba muy bien a la gente que le ayudaba. Massana me dijo a mí: «yo no vengo a España a matar guardias civiles, son tan desgraciados como nosotros. Yo venía a hacer algo y después de hacerlo me iba. Evitaba los encuentros». Tenía olfato para detectar a la Guardia Civil, gracias a eso no le mataron en muchas ocasiones. Cuando la gente está muy castigada, es difícil que actúe fríamente como él. Tuvo amigos a los que aplicaron la ley de fugas.

Pons Prades cuenta que esos grupos actuaban a pesar de que los dirigentes de la CNT desaprobaban la lucha guerrillera. Decían que no conducía a ninguna parte, y creían que las Naciones Unidas solucionarían las cosas:

Pero aquí muchos de la CNT organizados clandestinamente no hacían ni caso de los dirigentes. En las casas donde había gente que militaba en la CNT continuaban ayudando a Sabaté, a Facerías y a quien se presentara. Las mujeres hacían de enlace de una casa a otra. Te pongo un ejemplo, el caso de Paquita, la mujer de Francisco Marín Nieto, un conocido militante. Esta mujer, en febrero de 1946 bajó con dos bombas de mano en un capazo porque desde el balcón vio que en un café de la calle de la Cera donde estaban su marido y unos compañeros de la CNT había entrado la Policía secreta. Estaban con las manos en alto, algunos esposados, así que metió las bombas en la bolsa de la compra y entró en el bar. Al preguntarle la Policía ¿dónde va?, ella dijo «a esto» y tiró las bombas. Ella murió —otra versión dice que la mató la Policía inmediatamente después—, su marido herido grave, así como un inspector de Policía, otra gente murió, en fin, esa mujer seguramente nunca soñó con tirar bombas de mano. Aún se conserva el boquete en el café. Cinco anarquistas, entre ellos el marido de Paquita, fueron fusilados.

«Para arreglar lo de los tranvías, llamad a Facerías, contra el requeté, a Quico Sabaté».

Aunque no tuvieron nada que ver con la famosa huelga de los tranvías de Barcelona, en 1951, los nombres de los dos libertarios estaban en las mentes y las bocas de toda la ciudad, hasta el punto que la coplilla y los panfletos con el lema se hicieron muy populares en aquellos días.

Cuando la noticia de la muerte de Francisco Sabaté, *Quico*, ocurrida en Sant Celoni el 5 de enero de 1960, llegó a Barcelona, la gente no lo creía. Varias veces las autoridades pensaron que habían acabado con su grupo y siempre reaparecía. ¿Por qué ahora iba a ser diferente? Francisco Sabaté era ya una leyenda y las leyendas no mueren. Como *El Empecinado* o Durruti, Francisco Sabaté formaba parte de ese imaginario popular lleno de justicieros. Su muerte se resaltó durante varios días en la prensa internacional, que destacaba las asombrosas peripecias de los últimos días de su vida y su biografía rebelde.

Más que su pensamiento, lo destacable en Quico Sabaté es su vida y la manera en que murió. Como si fuera el representante de un tiempo pasado y definitivamente perdido, Quico Sabaté sabía que ya no tenía cabida. Pero él tenía una cuenta pendiente con la dictadura que le había matado a sus dos

hermanos en 1950 —Josep, tras un tiroteo, y Manuel, fusilado—. Él, por su parte, se cobró su tributo y liquidó a seis personas vinculadas con el régimen de Franco. No sentía compasión al apretar el gatillo contra sus enemigos declarados. Entre su causa y su familia, tampoco dudó. Lo dio todo por la primera, hasta la vida y no supo ver que la sociedad española había cambiado, y que la lucha política tomaba otros rumbos.

El mejor libro sobre Quico Sabaté es el de su amigo y compañero Antonio Téllez Solá *Sabaté: guerrilla urbana en España (1945-1960)*. Téllez reconstruyó la vida y la muerte del guerrillero anarquista. Recientemente Pilar Eyre novela también la peripecia vital de Sabaté en *Quico Sabaté, el último guerrillero*.

El sello de la rebeldía contra toda forma de autoritarismo caracteriza desde el principio la vida de Sabaté. Se había afiliado a la CNT antes de proclamarse la Segunda República y un año después constituyó con otros jóvenes un grupo de acción llamado *Los Novatos*, de la Federación Local de la FAI. Al declararse la Guerra Civil, junto con su hermano, parte al frente de Aragón con *Los Aguiluchos*, la primera columna organizada por la CNT-FAI. En enero de 1938 liquidó a un comisario político estalinista que había llevado a la muerte con premeditación a una compañía confederal. Tras esta acción huyó a Barcelona, donde fue detenido meses más tarde por el Servicio de Información Militar Republicana. Se fugó de la cárcel de Vic y se incorporó a la 26 División (la Columna Durruti), participando en la desesperada resistencia del Montsec.

La guerra ya estaba perdida. El 10 de febrero de 1939, las fuerzas de la 26 División penetraron en Francia y Sabaté, con sus compañeros anarquistas, fue internado en el campo de Vernet d'Ariége. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Sabaté se unió al maquis. Tras la victoria aliada, en 1945 inició sus actividades en España liberando a un grupo de presos en Barcelona. Otra de sus primeras misiones fue la «expropiación» de dinero y artículos de valor a los grandes hombres de negocios locales. Tras el robo, los «visitados» recibían una nota como la siguiente, que se recibió en casa de Manuel Garriga, un acaudalado propietario de unos grandes almacenes:

> No somos ladrones, somos resistentes libertarios. Lo que hemos tomado justamente ayudará en una parte muy pequeña a alimentar a los niños huérfanos y muertos de hambre de los antifascistas que usted y los dé su clase han fusilado. Somos gente que nunca mendigaremos lo que es nuestro. Siempre que tengamos fuerzas para hacerlo pelearemos por la libertad de la clase obrera española. Por lo que respecta a usted, Garriga, aunque usted es un asesino y un ladrón, no le pasará nada, porque como libertarios apreciamos el valor de la vida humana, algo que usted nunca entenderá.

En marzo de 1947 se creó el Movimiento Libertario de Resistencia (MLR). El MLR quería ser la rama militar del Movimiento Libertario. A pesar de la oposición de la CNT, el MLR entró en acción y eliminó al exsindicalista Melís, que se había convertido en el brazo derecho del comisario y jefe de la Brigada Político-Social de Barcelona, Eduardo Quíntela, contra el que también atentaron. Junto con el grupo de acción, *Los Maños*, Sabaté intentó matarlo ametrallando su coche pero no lo logró, y en su lugar cayeron dos destacados falangistas. Sabaté fue asimismo una obsesión para el policía. Durante una época Quintela dormía en la comisaría y se alimentaba de puros y bocadillos. Cuando ya retirado, se enteró de que Sabaté estaba cercado en Banyoles, acudió raudo desde Galicia para participar en la cacería con su perro «Cazador de Sangre».

Ese duelo es típico de una gran narración. Pero es que la vida de Quico Sabaté es más propia de la historia de un *thriller* o de una novela negra, muy alejadas de las de Corín Tellado, las más populares en la España de entonces.

En 1952, cuando el PCE ordena la evacuación total de sus guerrillas, los anarquistas catalanes siguen en sus trece. El 14 de marzo de 1952 mueren ejecutados cinco guerrilleros anarquistas en Barcelona, encabezados por Pedro Adrover, *Yayo*. Tres años después, el 29 de abril de 1955, Quico Sabaté crea en Barcelona los Grupos Anarcosindicalistas, junto con algunos compañeros de acción del Movimiento Libertario Español. Estaban decididos a actuar bajo su propia responsabilidad. De hecho, estos grupos fueron inmediatamente desautorizados por el MLE-CNT en Francia. Sus objetivos eran crear bases y grupos de resistencia para combatir el franquismo y generalizar las acciones cuando fuera posible.

No era el único anarquista que se enfrentaba al sistema. También lo hacía su amigo el guerrillero anarquista Josep Lluís Facerías. Otra vida de novela. Facerías había nacido en 1920. Desde muy joven había trabajado en restaurantes y hoteles caros de una ciudad que si por un lado vivía el esplendor de los años veinte, por otro registraba las violentas convulsiones sociales de la guerra entre anarquistas y patronos. Debido a su trabajo tuvo siempre una corrección de modales y un trato exquisitos. En 1936 estaba afiliado al sindicato de la madera de la CNT y cuando llegó la Guerra Civil se enroló voluntario en la columna Ascaso para ir al frente aragonés, donde cayó prisionero en los últimos combates. En 1939 su compañera y su hija, camino del exilio en Francia, desaparecieron para siempre. Es posible que murieran en los bombardeos de la aviación franquista sobre las indefensas columnas de civiles que marchaban por las carreteras hacia la frontera francesa. Más tarde, cuando en 1945 salió en libertad de los campos de concentración y de los batallones de trabajo que había recorrido por toda España, las estuvo buscando inútilmente durante años. Gracias a su hermano encontró trabajo como camarero y cajero en el lujoso y modernista café de la Rotonda, al pie del tranvía que conduce al Tibidabo. Compaginaba su ocupación laboral con sus actividades clandestinas. Su sobrenombre acentuaba su carácter serio, elegante y de una corrección extrema: en la clandestinidad, Facerías era *Petronio*.

Para él, la corrupción de la clase que mandaba era un insulto a los trabajadores. Los jerarcas hacían una ostentación impúdica de riquezas, derroche y bajeza moral en una España hundida, arruinada, en manos de especuladores, estraperlistas y gente sin escrúpulos que medraba a la sombra de las nuevas autoridades del régimen. Frente a la pobreza de la mayoría de la población, ciudades como Madrid y Barcelona tenían una intensa vida social y los prohombres que hacían fe pública de catolicismo iban los fines de semana a los *meublés* o casas de citas, visitaban los burdeles, y las salas de fiestas, donde la gente bailaba el bayó y el *twist*, los ritmos de moda.

Facerías, bien vestido y montado en coches caros que con su grupo robaba para la ocasión, dio varios atracos a estos *meublés*, como el «Pedralbes» y el mítico «La Casita Blanca». Esos atracos, y otros que

realizaban permitían sostener la estructura clandestina de los resistentes libertarios y la tirada de propaganda, una obsesión de los anarquistas. También a Sabaté y su grupo los atracos que realizaban les daban la posibilidad de disponer de propaganda, que se repartía por toda Barcelona.

En esa época, los sabotajes y atracos sucedidos en Barcelona se los atribuían a Quico Sabaté y a su grupo, aunque hubiesen ocurrido al mismo tiempo en dos sitios diferentes. La Policía le consideraba capaz de hacerlo. Ya era el enemigo público n.º 1, con todo lo que ello conlleva, de admiración y al mismo tiempo de satanización. La muerte de José Luís Facerías, acribillado en una emboscada en el Paseo Verdún de Barcelona el 30 de agosto de 1957, le hizo ver que sus días estaban contados y que tarde o temprano caería. La policía francesa, a la que había dejado en ridículo, no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Acusado de tenencia ilícita de armas, Sabaté fue detenido en Céret (Francia) el 12 de noviembre, cerca de dos meses y medio después de la muerte de Facerías. En el país vecino fue sometido a una estrecha vigilancia. Por otra parte, en el terreno político, Sabaté tenía en contra a la propia CNT en el exilio, que criticaba con dureza a los Grupos Anarcosindicalistas que él había organizado y les consideraba responsables de la represión que se había desencadenado en Cataluña por sus actuaciones.

Sabaté sabía que estaba condenado a muerte. Ocurriría un día u otro. Antes de entrar por última vez en España, en diciembre de 1959, se despidió de sus amigos: «Un fuerte abrazo a todos. Gracias y hasta la próxima, si nos volvemos a ver».

Avisada de sus movimientos por la gendarmería francesa, la Guardia Civil le esperaba como quien espera que un conejo se meta en la trampa. Habían peinado la zona desde la frontera hasta Barcelona. Tenían apostaderos y vigilancia en todos los montes, caminos y cruces de carretera, además de los pueblos. Por si fuera poco, había acantonadas tropas de refuerzo. La región era recorrida por patrullas intensamente. No pasó mucho tiempo antes de que el grupo de Sabaté y sus cuatro compañeros fueran localizados en las márgenes del río Manol, el 30 de diciembre de 1959. Siguieron su pista durante los días siguientes, hasta que los localizaron en el caserío Más Ciará, entre Banyoles y Gerona. Una descarga

sorprendió a los guerrilleros en la puerta. Uno de ellos murió en el acto y Sabaté resultó herido de dos disparos en la pierna. El cerco de la Guardia Civil en la masía, con más de cien hombres, dejaba poco lugar para la duda sobre el resultado del combate. Era muy difícil que salieran vivos. Aún Quico Sabaté se resistiría como un león acorralado.

Al llegar la noche, el grupo salió a pecho descubierto de la masía jugándose el todo por el todo. Allí les esperaba la muerte. Todos los miembros del grupo fueron cayendo sin vida. Quico Sabaté, que se había inyectado morfina para aguantar el dolor de sus heridas, audaz, como siempre, salió a rastras, sin correr, en silencio. Fue avanzando sigilosamente metro a metro hasta los primeros matorrales, donde los guardias civiles estaban agazapados. Inmóvil, oyó que alguien se dirigía hacia él gateando y diciendo por lo bajo: «No tiréis, que soy el teniente… No tiréis, que soy el teniente…».

El teniente de la Guardia Civil se llamaba Francisco Fuentes, y tuvo la mala suerte de encontrarse cara a cara con Quico. Éste, a quemarropa, le disparó un tiro que le mató en el acto. Los demás guardias se quedaron desconcertados. Sabaté, con astucia, avanzó en la dirección de donde venía el teniente repitiendo sus mismas palabras: «No tiréis, que soy el teniente… No tiréis, que soy el teniente…».

Así logró franquear las líneas del cerco y desaparecer en la noche. Los balazos que había recibido no eran mortales pero le debilitaba la pérdida de sangre. Su última esperanza era llegar hasta Barcelona. No lo consiguió. Logró tomar un tren por asalto, y pistola en mano amenazó al maquinista. Se tiró del tren antes de que entrara en la estación de Sant Celoní en la falda del Montseny. Buscaba desesperadamente un médico. Pero todas las fuerzas policiales —más de 300 personas— estaban en alerta y la Guardia Civil y el somatén le seguían de cerca. La persecución acabó en una de las calles de Sant Celoní, en el carrer de Santa Tecla. Exhausto por el hambre, la sed, la pérdida de sangre, y el esfuerzo sobrehumano, fue abatido por el fuego cruzado de sus perseguidores. El que lo mató se llamaba Abel Rocha y era miembro de Falange y del somatén. Lo enterraron extramuros, fuera de la tierra consagrada, en el espacio reservado a los ateos, suicidas, apóstatas, masones y demás enemigos de la fe.

Hoy, una placa en la calle donde murió recuerda la memoria de Quico Sabaté, militante de la CNT, guerrillero libertario, quizá el más romántico de los resistentes a la dictadura y una pesadilla para las fuerzas policiales. Cayó en la helada mañana del 5 de enero de 1960, víspera de los Reyes Magos, cuando comenzaban a verse los primeros Seat 600 y el país se preparaba para el *boom* de la construcción, el desarrollismo y más copas de Europa del Real Madrid. Ese año Marisol, descubierta por Goyanes, fue la revelación con *Un rayo de luz*. Sin pretenderlo, era, quizá, una metáfora sobre algo que alguna vez tendría que suceder en España.

La guerrilla y sus miles de colaboradores.

Ese día llegó. Después de la muerte de Franco, Eduardo Pons Prades recorrió millares de kilómetros por toda España, durante dos años, entrevistando a cientos de personas que habían tenido relación con las guerrillas. Ya fueran guerrilleros, enlaces o policías y guardias civiles. Le pregunto por aquel viaje y por aquel tiempo, y, sobre todo, por la red que protegía a los guerrilleros:

> Más que enlaces, a mí me gusta hablar de colaboradores de la guerrilla. Colaboradores es un término muy amplio. Había muchísimos, sin ellos no se hubiera aguantado tanto, imposible sobre todo en la primera época; después, cuando llegan los comunistas, ya es más comprensible con su organización, ¿eh?, la guerrilla ya hace una selección de secuestros, de intimidación, de impuestos revolucionarios.

Uno de los elementos que más contribuyó a la eliminación de las guerrillas fueron las llamadas contrapartidas. Pons Prades hace una lectura curiosa de este hecho:

> Si crean la contrapartida es porque no se fían mucho de la Guardia Civil. Las contrapartidas desacreditaban a los guerrilleros violando, robando. Incluso incluyen en las contrapartidas a algunos presos de derecho común. Conocí a un sargento de la Guardia Civil jubilado en Madrid y me dijo: «Joder, nos jugábamos la vida por 70 duros». En

Galicia había un pacto entre los guardias civiles y ellos para no tirarse. Cuando iban los guardias civiles hablaban en voz alta, así sabían que estaban allí y no tiraban y, además, no iban dónde sabían que estaban los guerrilleros. Este sargento de la Guardia Civil me dijo que «siendo yo cabo me llegó un sargento joven de la academia y lo pusieron de jefe de destacamento diciendo que él había venido a acabar con la guerrilla. El caso es que salimos de patrulla el sargento, el cabo y tres o cuatro números, de pronto el sargento dice: "vamos por ahí", y yo respondo: "por ahí no podemos", "¿por qué no?", "porque por ahí encontraremos a los de la sierra". "Perfecto, a eso hemos venido, a combatir…". "No combatiremos porque cuando pasemos por ahí no quedará ni uno de nosotros vivo, estamos batidos". El cabo amenazó con mandar un informe, el resto de los guardias no quiso ir tampoco. Cuando íbamos llegando al pueblo, me voy a hablar con el sargento y le digo: "Mire, le voy a dar un consejo y usted haga lo que quiera. Usted haga el informe pero los de la sierra se van a enterar y usted no dura 72 horas". Lo dije con tanta convicción que no hubo informe y cuando salíamos de patrulla el sargento preguntaba por dónde podíamos ir».

Había contactos entre unos y otros. Ejemplos como el anterior o el que le contó Eduardo Adolfo Lucas Reguilón, *Severo Aubel de la Paz*, eran hasta cierto punto, comunes:

En la serranía de Gredos, la pobre mujer de un guardia civil que tenía un par de hijos no llegaba nunca a fin de mes y tenía que comprar de fiado. Venían guardias civiles de fuera para hacer una batida importante y la mujer del guardia iba al colmado y decía: «Tanto de esto y de lo otro», entonces le preguntaban si iba a preparar un banquete y ella decía: «No, es para bocadillos para mi marido y los guardias que han venido para hacer mañana una batida». Ella lo decía sabiendo que tal ocual sobrino saldría corriendo para avisar a los de la sierra. Así estaba la cosa.

Lo más importante de los enlaces era la parte moral, saber que si pedías algodón o yodo llegarían el algodón y el yodo y las vendas. Eso era impagable. Kilómetros y kilómetros a pie, muchas horas de marcha por el campo, más de siete, pues por las carreteras podías encontrarte con un control. Y como no podías comprar toneladas, pues un día iba uno y otro día iba una hermana a comprar y al cabo de seis días bajaba un tercero a comprar. Claro que la Guardia Civil se infiltraba y había delatores.

En Francia, la guerrilla estaba muy bien organizada militarmente desde el principio y era difícil que hubiera infiltrados. Los españoles en Francia, por ejemplo, teníamos un grupo a mil metros, en una loma. A quinientos metros estaba un grupo de carboneros y si alguien iba diciendo que quería unirse al maquis le paraban primero los carboneros y se informaban de quién era. Pero aquí no, aquí no había eso y pudo haber muchos más infiltrados ¿por qué no los hubo? Pues por las contrapartidas. Las contrapartidas cazaban gente que era sospechosa pero que no eran enlaces. Los enlaces de verdad de la guerrilla no eran fáciles de cazar. Estuve en un pueblo de la provincia de Málaga, Alora, ese pueblo se quedó sin perros cortijeros, la Guardia Civil de las contrapartidas los colgaban de un alambre. Me contaron por qué: fue el caso de un cortijo donde bajaba la guerrilla a cenar y dormir. Un día estando cenando los perros empezaron a ladrar, venía la Guardia Civil y

decía la gente «¿cómo pueden aullar si vienen de paisano?», bueno pues lo olían. La guerrilla corrió para arriba al desván y los dos perros se colocaron al lado de la escalera. Los guerrilleros, cuando llegaban, les daban un terrón de azúcar o lo que fuera. Si a alguno de la contrapartida le hubiese dado por subir las escaleras, se lo comen. Los perros sabían quiénes eran los amigos y los enemigos. Hubo cortijos en que la gente se largó. Pensaron «han empezado con los perros y detrás vamos nosotros».

Los auténticos enlaces son pocos porque saben de qué va la cosa. Los 20 000 supuestos enlaces que caen no son en realidad enlaces. Puede haber entre 1000 y 1500, una décima parte. El resto es gente que a lo mejor han ido con los guerrilleros pero han oído decir que pagan bien y a lo mejor a quienes les ponen de comer es a la contrapartida, pensando que son guerrilleros y después: «A ver, ¿dónde están los guerrilleros que vienen aquí a comer?». Seguramente ni los conocen.

El paso del tiempo iba desmoralizando a los enlaces; lo raro es que no pasara antes. Aguantaron hasta el final, hasta que no pudieron más. La mayoría de los enlaces eran gente como los guerrilleros que rondaba los 30 años y para arriba, y que ahora ya están muertos todos. Yo soy sobreviviente porque tenía entonces 20 años, era joven, ahora tengo 81. Ha pasado ya más de medio siglo y alguna que otra guerra.

José Gros, el viejo comunista: tres guerras y una sola causa.

Yo pienso que para la Humanidad y la clase obrera, no solamente española sino del mundo entero, la Revolución de Octubre de 1917 ha aportado una serie de mejoras; con el triunfo de la Segunda Guerra Mundial, hubo también un auge de la liberación de muchos pueblos, y a raíz de esta gran victoria después ha venido la guerra fría, pero esto ya ha sido otra cosa. Y después la actitud que han tenido algunos dirigentes soviéticos tampoco ha sido la mejor. En ese sentido, no es muy grato ver cómo están las cosas ahora, sobre todo después de lo que hemos luchado, pero no voy a arrepentirme jamás de lo que he hecho por el pueblo y la democracia en España, como todos los buenos comunistas.

En la sede central del PCE en Madrid converso con un viejo luchador. Si en este libro desfilan vidas de novela, una de ellas es la de José Gros Camisó. Este hombre, que nació en 1913 y que a sus años no ha dejado el tabaco ni el acento catalán, hizo varias guerras y sobrevivió a todas. En la Guerra Civil fue capitán del XIV Cuerpo de Guerrilleros y formó parte de la 27 División del Ejército popular. Abandonó España con la derrota de la

República y al mes salía en barco desde Francia hacia la Unión Soviética con hombres tan conocidos como Togliatti, Comorera y el jefe de la Aviación republicana, Hidalgo de Cisneros. Vivió con setecientos españoles en Jarkov, pero estaba ya en Moscú cuando se produjo la invasión alemana en la Segunda Guerra Mundial. José Gros fue el único español que participó en una unidad de destrucción defendiendo la capital soviética. Rechazados los alemanes, y debido a su conocimiento y manejo de las motos, sirvió como motorista de enlace. Posteriormente se incorporó a un regimiento de guerrilleros, que realizó labores de sabotaje e información detrás de las líneas enemigas. Fue lanzado en paracaídas en Bielorrusia, junto con varias unidades. Participó en encuentros con nacionalistas ucranianos —al servicio de los alemanes— con los que hicieron pactos de entrega de prisioneros. Tiene todas las máximas condecoraciones de la extinta URSS. En el año 1945 *Pasionaria* le encargó viajar hasta Francia para unirse a la lucha guerrillera en España. Cruzó media Europa —se encontró en el camino con los guerrilleros que habían matado a Mussolini— y realizó desde Francia las labores que le encomendó el partido. Todo esto y muchas cosas más me las contó en una larga entrevista para un documental en la sede madrileña del PCE. Regresó a España acompañando a Carrillo en 1977, aunque antes había estado en otras muchas ocasiones en España. Hasta dieciséis veces entre 1947 y 1949, sobre todo en Cataluña. En 1952 viajó a las sierras de Aragón y de Levante para contactar con la guerrilla. Nunca tuvo un percance ni un incidente en su vida en la clandestinidad. Para ser un comunista convencido, hay que pensar que tenía un buen ángel de la guarda.

Se ríe cuando se lo comento. Quizá, añado, la red de apoyos para el paso de las montañas era muy buena. Me contestó:

> Sobre todo en la zona catalana más que en Navarra y el País Vasco. En general, al catalán si no le molestabas no decía nada, por eso andábamos con cuidado para no pisar los sembrados. Algunos nos vendían comida, y en otras casas, cuando pasábamos con la guerrilla, encontrábamos voluntarios. Yo tuve suerte, pero hubo muchos camaradas que murieron en la montaña.

Esas incursiones estaban llenas de anécdotas. José Gros recuerda una sobre la comida:

> En una ocasión, después de subir a la base sobre Manlleu y desenterrar la comida, descubrimos que un jamón estaba podrido. Los camaradas querían comerlo, pero yo les dije que no, que era mejor pasar hambre que morir en la montaña, porque aquello tenía muy mala pinta. Como insistieron, me saqué la minga y meé el jamón. Así se acabó la disputa. Eran situaciones difíciles en las que había que actuar con rapidez.

No echa de menos aquellos tiempos, ni aquellas marchas por la montaña: «No íbamos a divertirnos. Teníamos un trabajo muy serio, detrás había mucha gente de todo el partido».

Prats de Molló era el último pueblo francés. Luego estaba la frontera, en el Coll d'Ares, de 1610 metros de altitud. En una cabaña, varios miembros del partido se encargaban de tener todo a punto, pertrechos, alimentos y armamento. Alguna vez también una estación de radio: receptor, transmisor, dinamo, tres baterías.

José Gros, vestido con ropa de montaña, armas —una metralleta, una pistola, dos granadas de mano— y macuto con comida para una semana, entraba clandestinamente por los Pirineos orientales. En total, unos cuarenta kilos de peso a la espalda. La ruta comenzaba de noche, para evitar ser detectados por la Guardia Civil y sus perros adiestrados. Siempre se dormía de día, sin hacer fuego, en sacos de plumas los más afortunados y los demás en simples mantas con el macuto como cabecera. Sin poder fumar. El mayor peligro era siempre vadear los ríos. Más de un guerrillero murió ahogado al cruzar las corrientes de agua. Pero no se podían utilizar los puentes, siempre vigilados.

De monte en monte, atravesando la carretera con cuidado por las patrullas fronterizas, desde unos campos de rastrojos se veía a la izquierda Campodrón y siguiendo el camino y evitando las casas, Molió, el primer pueblo después de pasar la frontera. Gros recuerda el primer viaje que hizo en 1946:

> Era la primera vez, desde el mes de febrero de 1939, que yo dormía en mi Cataluña querida. Sentía al respirar como algo mío. Desde el lugar donde habíamos pasado el día

observé el panorama: frente a nosotros, un gran barranco y una montaña, tan alta como la anterior. A la izquierda, después un barranco, una serie de montes muy altos. Era Cataluña.

José Gros resumió aquellas marchas por las montañas, aquellos viajes, en un libro que publicó en 1977, cuando ya se había muerto el dictador: *Abriendo camino. Relatos de un guerrillero comunista español*.

Había varias rutas para entrar en España, por lo general más largas, en la misma Cataluña, en Aragón, Navarra y el País Vasco. El PCE y la CNT tenían sus propios guías, sus pasadores, y sus propios caminos. La seguridad, sumada a la rapidez, era la causa por la que se transitaba por lugares peligrosos, difíciles barrancos donde no se podía ni descansar, vislumbrando en la oscuridad los obstáculos en un camino que a fuerza de pasarlo, los guías se sabían casi de memoria. Cuenta en su libro Gros:

Cogió su palo y tanteó con la punta la senda de nuestra derecha. Después me llamó y dijo: «Toca con el palo». Lo hice y noté que tanteaba el aire. El camarada tomó una piedra, la dejó caer y tardó unos segundos en llegar al fondo. Me dijo: «Ten cuidado cuando pases por este sitio, sobre todo con algún camarada, pues la mayoría no están acostumbrados a la montaña». Continuamos cuesta arriba en la oscuridad más completa.

Tras cinco días o más si era en verano, aparecía Barcelona, el final de la ruta. Una parada antes de entrar servía para enterrar las armas, la comida y la ropa de montaña en distintas bases de la zona de Torelló, cerca de Manlleu. Los guías y los guerrilleros que llegaban desde Francia se vestían, se aseaban y se peinaban pulcramente, intentando quitarse el olor de la montaña. Así entraban en Barcelona, la ciudad de los prodigios:

En el primer viaje que hice yo a España, en octubre de 1946, pasé unos diez días en Barcelona y me di cuenta que el pueblo español no quería otra vez una Guerra Civil. La guerra la paga el pueblo siempre. Vi una represión y una miseria muy grandes. Cuando volví a Francia y llegué a la dirección del partido, me entrevisté con Claudín, que estaba al frente en aquel momento del partido, porque Santiago Carrillo estaba en la Unión Soviética. Al explicarle el viaje, y la mentalidad que vi en el pueblo español y lo que yo pensaba, que teníamos franquismo por muchos años, lo tomó como que yo había tomado miedo y estaba desmoralizado. No, ni mucho menos, siempre fui un luchador. Pero me daba cuenta de lo que estaba pasando, tenía ojos y oídos.

Había que cambiar de táctica y estrategia. Los tiempos habían cambiado y había que enseñar otras formas de lucha política y dejar al lado la solución militar:

> Después de los años que he luchado, yo puedo decir que he llevado quince años la metralleta en la mano, llegó el momento en que tuvimos que dejar la lucha, cuando la reconstrucción nacional, y a mí no me costó. Yo jamás he entrado a España, a ninguna ciudad con una pistola. He llevado armamento para defenderme en la montaña, pero al entrar después clandestinamente, con coche o con avión o con el tren, para venir aquí, nunca he llevado una pistola encima de mí, jamás. Y me acostumbré muy rápido.

4. Centro y Extremadura:

Jaque Mate a la Guerrilla.

José Manzanero Marín, luchador y ajedrecista

«Por dónde pasa Manzanero siempre hay un ajedrez». El comandante de la Guardia Civil miraba el tablero con las piezas colocadas en una partida aplazada sin fecha. El ajedrez era propiedad de José Manzanero Marín, el jefe de la agrupación guerrillera de los Montes de Toledo, Ciudad Real y Badajoz. «Ya me gustaría echar con él una partida, a ver quién ganaba», siguió el comandante. «¿Y no le parece a usted que está echando la partida con él desde hace mucho tiempo, en el monte?», le respondió la mujer de aquella casa, propiedad de familiares de Manzanero.

En efecto, aquella mujer no se equivocaba. El juego, desde hacía varios años, estaba en tablas, aunque al final quien ganó, y con ello su libertad y su vida, fue José Manzanero, el que hoy me cuenta la historia. Una historia que resume en realidad la trayectoria de las guerrillas del Centro de España y Extremadura: una partida en la que las fuerzas del régimen partían con ventaja. Y en la que un solo fallo, un solo movimiento en falso, podía significar perderlo todo.

> La primera norma de cualquier jugador es no menospreciar al adversario. Nuestra lucha además no era un juego. No combatíamos contra un Ejército extranjero, aunque el franquismo trabajara para los nazis en aquellos años de guerra. La Guardia Civil que nos

combatía, los falangistas, el Ejército, eran españoles y el pueblo que nos tenía que apoyar no los percibía como extranjeros. No era lo mismo que el maquis francés contra los alemanes. La partida la teníamos perdida, militar y políticamente. La guerrilla sólo justificaba entonces la posición de Santiago Carrillo.

«¿Por qué sigue aquí? ¿Por qué no se va ya a Francia y abandona? Lo único que va a conseguir es que le maten. Lo mejor es que se vayan él y los que le acompañan», aconsejó el comandante mirando el tablero. «Está en jaque y como continúe, será mate».

De una u otra manera, era lo mismo que desde hacía tiempo le venían diciendo a Manzanero enlaces y familiares.

Las masas tienen un gran instinto, aunque sea inconsciente. Percibían como clase que habíamos perdido la batalla, que la República, si volvía, sería dentro de muchos años. Por eso, en los últimos tiempos, veíamos cómo les costaba a los enlaces confiar en la lucha, arriesgarse por nosotros. Normal, se jugaban la vida y ya no le veían salida a la situación. Yo lo veía también, lo tocaba con las manos.

El problema, para Manzanero, venía de atrás, de los últimos meses de la Guerra Civil.

Cuando vimos que todo estaba perdido en la guerra, debimos empezar a organizar la resistencia; había armas que se podían haber ocultado, teníamos organización, y podríamos haber resistido en las montañas si se hubiera planeado con tiempo la operación. Teníamos que haber dejado una armadura guerrillera y así Franco hubiera tenido que poner un soldado o un falangista cada diez metros. Habríamos resistido hasta la Segunda Guerra Mundial y habríamos tenido la posibilidad de echar al dictador. Pero en el partido, que era el único que podía hacerlo, no estaban ya las personas que como José Díaz, podían haber realizado esa labor. Porque montar y dirigir adecuadamente una guerrilla es mucho más complicado que hacer una guerra de frentes, como fue nuestra Guerra Civil. Es mucho más complejo, en la guerrilla hay que estar improvisando siempre, la gente que lucha tiene que ser una gente especial, no valen tantos militares de carrera.

Este veterano luchador bien lo sabe. José Manzanero Marín nació el 29 de diciembre de 1911 en Villa de don Fadrique (Toledo), hijo de obreros agrícolas y pastores. Desde los seis años conoció lo que era el duro trabajo de la España de aquel entonces. Cuidó ovejas, fue a la escuela primaria, trabajó como albañil, jornalero y dependiente en una bodega. Ingresó con 17 años en las Juventudes Comunistas y luego en el PCE. Sus actividades a

favor de la República hicieron que fuera despedido y tuviera que salir del pueblo. En 1932 participó en la huelga de segadores, que pedían igual salario para hombres y mujeres. Sufrió dos procesos y le condenaron a 21 años por insurrección armada y ataque a la fuerza pública, cosas que no eran ciertas. Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, fue amnistiado y puesto en libertad. Cuando estalló la sublevación de Franco, participó en la defensa de las instituciones legales de la República en puestos de responsabilidad. Estuvo en el frente sur de Madrid, luego en la comisión político-militar de Chinchón para elevar la moral de las tropas en la batalla del Jarama. Después de esta batalla fue enviado a Extremadura para participar en la creación de la 200 División de Guerrilleros y como delegado social de Reforma Agraria. Fue elegido secretario del PCE de Extremadura. Al final de la guerra intentó huir por Alicante, donde le detuvieron las tropas italianas. Reclamado por los falangistas de su pueblo, lo trasladaron a la cárcel feudal de Quintanar de la Orden, donde lo torturaron con saña.

> La noche antes de que me fusilaran, el 10 de noviembre de 1939, junto con un centenar de presos, me bajaron a una celda. Allí estábamos catorce en capilla. Me dicen: «Manzanero, ¿qué hacemos?». Yo dije: «Haced una esquela de cada uno dirigida a las familias y luego intentar escapar, y si no podemos, cuando abran los cerrojos para que nos fusilen, luchar hasta que nos maten. Siempre hay dignidad en una muerte así, pero que no nos maten como a corderos». Así que con una cuchara afilada fuimos sacando las piedras de aquella cárcel. Para que no nos oyeran poníamos las mantas y las colchonetas que nos habían dado nuestras familias. Un centinela pasaba en su ronda por la puerta. Así, poco a poco, fuimos haciendo un agujero de 45 centímetros. Yo era el más grueso, por constitución, de los compañeros, así que salí el penúltimo, para que el último me ayudara si me trababa. Mientras siete estaban saltando por una parte, los seis restantes salimos por la puerta principal, en cuanto vimos que el centinela daba la vuelta. Cuando ya nos dio el alto habíamos desaparecido. Era una noche oscura, que ayudaba, diluviaba a cántaros. Ganamos las afueras, la estación y cruzamos el río Ziguela, entre dos puentes, a nado.

Los fugados se dividieron en grupos, y Manzanero y otros dos se ocultaron en una torca, un hueco a la orilla del río excavado por el agua y que era a menudo aprovechado por las zorras y otros animales. Estaban muy cerca del pueblo, en un espacio minúsculo entre el cauce y la tierra. Varias veces los perseguidores, que batían el monte, pasaron por encima,

pero no los descubrieron. Sus huellas las había borrado la lluvia. José Manzanero, que estaba descalzo, junto con su amigo Julián Muñoz, aguantaron un día entero sin comer, en un estado lamentable y casi sin ropa. Pensaban dirigirse a los Montes de Toledo, hacia la sierra de Urda, pero, mientras tanto, al día siguiente se escondieron en un agujero parecido. Esta vez fueron localizados por una partida de falangistas a caballo. «Hay que salir y jugársela en el cuerpo a cuerpo», dijo Manzanero. Dicho y hecho. Los falangistas se vieron sorprendidos. José Manzanero recibió un tiro en el brazo pero los dos fugados consiguieron su propósito. Les quitaron las armas y los caballos y se dieron a la fuga.

> El mío era un caballo blanco. Huimos a través del lago de Villafranca de los Caballeros, el único punto que no estaba vigilado. A veces, cuando los caballos no hacían pie, a nado. Alcanzamos la montaña al amanecer. Subimos un poco, hasta que pudieron los caballos y luego los dejamos acostados, volvimos en una contramarcha sobre nuestros pasos y nos ocultamos. Así nuestros perseguidores no nos descubrieron. Estuvimos todo el día escondidos y por la noche, la noche era nuestra, empezamos a caminar y nos encontramos una pareja de viejos carboneros cuyos hijos habían luchado por la República. Yo llevaba ya fiebre y estaba muy mal. La mujer me cortó el jersey con la sangre ya seca y me curó con un poco con alcohol. Luego nos dieron de comer unas sopas de pan. Así empezó mi vida en el monte.

Con gran emoción, los dos evadidos de la muerte encontraron primero al *Arricusqui*, otro huido de gran puntería que tenía dos fusiles y luego a una partida entre los cuales se encontraban *El Rubio de Navahermosa* y *el Chato de la Puebla*, que había sido teniente en una unidad de guerrilleros en la Guerra Civil:

> Nuestra presencia guerrillera en el Sistema Central de los Montes de Toledo, Ciudad Real y Badajoz, se caracterizó en el orden militar por una táctica defensiva. Sin embargo, dimos varios asaltos a falangistas, a la venta de La Buvilla, al coto de la Boca de la Torre, donde estaban los concejales del ayuntamiento de Retuerta. Conseguimos cargar muchas mulas con víveres, armas y municiones. Pero a pesar de los éxitos iniciales y que paramos un poco la represión en la zona, la conclusión que yo saqué, junto con los demás compañeros, era que si no recibíamos ayuda, en material de guerra principalmente y en hombres, los que nos habíamos echado al monte desapareceríamos en un plazo de ocho o diez años a lo sumo.

En ese momento tuvieron hasta 35 incorporaciones, pero no había armas ni municiones para todos y los recién llegados tuvieron que volver al llano. La partida, que era de nueve personas, se fraccionó, y seis, entre los que estaba Manzanero, decidieron intentar llegar a Francia. El día 25 de marzo de 1940 se deslizaron desde las montañas de Navalhermosa a través del río Tajo. De la Oretana a la Carpetovetónica. Cruzaron cerca de Toledo por las trincheras del frente en la Guerra Civil, la Puebla de Montalbán, el río Alberche y llegaron a las proximidades de San Martín de Valdeiglesias. Cuando ya se encontraban en tierras de Guadalajara, tras haber sostenido diversos choques con las fuerzas represivas —pusieron en fuga en un valle del Guadarrama a treinta falangistas después de hacerles tres bajas— un dispositivo especial del Ministerio de la Gobernación se puso en marcha para atraparlos.

La partida pasó Sigüenza y llegó hasta Soria. Todos los peligros que habían sufrido no fueron nada ante el capricho de uno de los guerrilleros que era un poco glotón y al que se le antojó encargar un queso.

> Para ser un buen guerrillero hay que tener un espíritu de sacrifico y de privación a toda prueba, hay que ser muy astuto y no cometer errores infantiles. Los compañeros estaban con la moral muy alta por haber salido con Bien de todos los momentos de peligro y tres, a pesar de mis advertencias, fueron a ver a una cabrera que no conocían y encargaron un queso para ir a recogerlo al día siguiente. No hubo manera de hacerles razonar.

A la mañana siguiente, al ir a la cabreriza, el lugar estaba infestado de guardias, falangistas y somatenes. Uno de los guerrilleros murió en el tiroteo. Manzanero y los otros tres miembros de la partida que se habían mantenido a distancia, tuvieron que abrir fuego para proteger a sus compañeros. Todos, al final, fueron cercados en unos matorrales. La Guardia Civil, acosada por los falangistas —los emboscados oían las voces y los gritos—, tuvo que dar una batida. Cada diez metros avanzaban peinando el monte.

> Era imposible escapar a aquella malla de guardias civiles; el monte era bajo y relativamente claro, no podíamos salir del gran cerco porque los fascistas lo habían rodeado. Preferimos quedar apostados sobre las pequeñas matas pegados a la tierra, con el

fin de romper el cerco de los guardias que avanzaban hacia nosotros tirándoles a quemarropa a los dos o tres más próximos con el fin de masacrarlos si no había otra solución, eso nos permitiría deslizamos doscientos metros hacia la parte de la sierra ya batida por las fuerzas enemigas y esperar la noche.

Dos guardias civiles estaban ya a corta distancia de nosotros. Con la mira de nuestros fusiles seguíamos el vientre de los dos guardias con el fin de hacer el blanco más seguro posible. Los civiles, al vernos apuntándoles, no hicieron el más mínimo movimiento con sus manos y sí, en cambio, como movidos por el mismo pensamiento, nos arquearon, uno por el norte y otro por el sur, sin que sus compañeros se diesen cuenta. Nosotros no les tiramos, evitando el choque y los dos guardias no dijeron nada por el temor a sus jefes, que les hubieran juzgado. Cuando se hizo de noche recuperamos a uno de nuestros compañeros y nos escabullimos.

Lo ocurrido hizo que no pudieran avanzar más. Decidieron hacer una contramarcha y volver a los Montes de Toledo, más o menos por el mismo camino. Mientras París era tomado por los nazis, Manzanero y los demás guerrilleros llegaban al punto de partida. Mí se asearon después de tres meses sin poder lavarse, lavar la ropa ni cambiarse de ropa interior. «Estábamos plagados de miseria. La higiene nos era tan necesaria como el descanso y no podíamos tener la una sin la otra».

En los años siguientes, la guerrilla de los Montes de Toledo sobrevivió con pequeños golpes y gracias a la ayuda de los enlaces. El problema seguía siendo el mismo, la falta de material. Manzanero elaboró un plan para que el PCE les ayudara de forma efectiva, con armas automáticas ligeras, radios emisores transmisores, explosivos para volar los puentes, etc.

Cada hombre que nos llegaba huido nos veíamos obligados a armarlo arrancándole las armas al enemigo, falangistas y guardias civiles, así como a vestirlo y calzarlo. En estos andurriales, cuando los hombres tienen, como los otros de enfrente, un buen fusil entre las manos, se suelen igualar más o menos los cerros y los barrancos. Quitar las armas de las manos de nuestros enemigos no era fácil ni cómodo.

El curso de la Guerra Mundial empezaba a ser desfavorable para las fuerzas del Eje. Manzanero, en esa época, pasó solo en la montaña más de catorce meses. El partido le propuso que se ocultara en Madrid. Una parte de sus compañeros había huido a Portugal, otros habían muerto en enfrentamientos con la Guardia Civil y los demás se habían pegado al

terreno en los pueblos para camuflarse y soportar la represión. Manzanero recibió la orden de ir a un encuentro en el puerto de San Vicente, donde se reunieron las agrupaciones de Córdoba, sierra de Gredos, Badajoz y Toledo. Allí, en 1945, fue reelegido jefe de la Agrupación Guerrillera de los Montes de Toledo, Ciudad Real y Badajoz. Como jefe del Estado Mayor se nombró al *comandante Honorio*: «Yo traté de conservar a la gente con vida. No tenía sentido matar cuatro guardias civiles aquí o allá. Es lo que escribí en un capítulo de mi libro *Páginas para la Historia*. Necesitábamos una ayuda que nunca tuvimos».

Una de las primeras misiones que encargó Manzanero a un enlace fue avisar a la dirección de Madrid para tener una reunión. Al encuentro acudió Agustín Zoroa, que había hecho la resistencia en Francia y que después de ser secretario militar del PCE ocuparía la jefatura del Ejército Nacional Guerrillero. Llegó en tren, y Manzanero, con siete guerrilleros, le esperó a cien metros de la estación de Yébenes. Desde allí fueron a un rancho, donde tuvieron una larga reunión. Lo que pedían eran armas automáticas y municiones.

> Era un buen comunista. Nos preguntó qué ayuda habíamos recibido y le dijimos que tan sólo las 1000 pesetas que nos había traído y un guerrillero que había llegado de la resistencia francesa. Se llevó mi informe. Estaba de acuerdo en todo con nosotros en lo que había que hacer. Nunca tuvimos más noticias. Unos meses más tarde, a finales de 1945, dimos por disuelta la agrupación, de común acuerdo. Estábamos convencidos de que seguíamos abandonados a nuestra propia suerte y que nada ni nadie nos ayudaría.

Unos se fueron al extranjero, otros hacia diferentes pueblos o ciudades y algunos se incorporaron a otros grupos guerrilleros. Manzanero se ocultó en casas de enlaces de Villa de don Fadrique, su pueblo natal. Entre éstas estaba también la casa de la que sería su mujer, Dionisia Castillo. Las fuerzas represivas notaron al cabo de los meses que no había actividad en los montes y comenzaron las batidas en los pueblos, intentando infiltrarse en las organizaciones clandestinas. Manzanero llegó incluso a hablar con un policía que se hacía pasar por miembro del partido, al que despistó. Pero en un registro rutinario de una casa de la familia de su mujer, una pareja de

policías le descubrió. Él tuvo que salir a tiros, con su fusil checoslovaco, disparando balas explosivas por encima de la cabeza de sus enemigos.

> Siempre tuve cuidado en no matar a gente innecesariamente. No quería además que cayeran represalias sobre mi familia y amigos enlaces. Conseguí escapar en el tiroteo, así como mi mujer, que saltó la tapia. Desde ese momento no estuve tranquilo y cambiaba de casa cada pocos días, a veces en pleno día, camuflando mi fusil con gavillas de sarmientos o leña. Una vez me salvó mi hermana, la más pequeña. La llamábamos «el enlace de la miseria» porque no había crecido del hambre que había pasado, tenía 13 años y no despegaba del suelo. Era la más pequeña y la menos vigilada de nuestra familia. Vino a decirme que venían a registrar la casa donde estaba y escapé por minutos.

Protegido por enlaces fieles y familiares, Manzanero sobrevivió todos esos años, hasta que consiguió enlazar con Madrid y salir a la capital junto con su mujer. Desde allí organizaron el viaje en coche hasta San Sebastián, con unos amigos. El 18 de septiembre cruzaron la frontera.

Antes, bien vestidos y cantando como si hubieran ido de fiesta a una aldea, habían pasado por un destacamento de fuerzas franquistas. Con la ayuda de guías y después de más de doce horas de marcha, al fin estaban libres.

> Habíamos sacrificado todo. Cuando llegamos a Francia, ni el PCE quiso recibirme. Fue indigno. Entregué un informe y luego me organicé con mi mujer para trabajar y vivir todos estos años con dignidad, la que no tuvieron los de la dirección del partido, con Carrillo a la cabeza. La política de Santiago Carrillo llevó a la muerte a mucha gente, a miles de camaradas que dieron la vida por el partido, y demostró no sólo su incapacidad, sino sobre todo su deslealtad, que es algo peor. Sacrificó a la gente para mantenerse y cuando ya no interesó, los dejó abandonados a su suerte.

Gerardo Antón, Pinto, el guerrillero más antiguo.

En Cáceres, la guerrilla empieza a organizarse en el último trimestre de 1944. A la cabeza de esta organización está el comandante Carlos, también

está *El Francés, Tronchón*, Mario de Rosa que era maestro de escuela en Madrid y se había escapado de la cárcel de Alcalá de Henares. Todo se organiza en una reunión en Gredos. Hay una canción que dice:

> En los Montes de Toledo, Cáceres y Badajoz
> Con los viejos guerrilleros se formó la primera agrupación
> Con *Colinas* y *El Francés*, con *Quincoces* y el *Carrillo*
> Con Carlos a la cabeza y el terror del enemigo.

Bueno, pues se forman tres divisiones, la doce, la trece y la catorce. De la 12 es responsable *El Francés*, de la 13 es *Chaquetalarga o Carrillo* y de la 14 es *Quincoces*. El responsable de propaganda es Agustín Fraile, *Padilla*, natural de Cáceres y maestro de escuela en Madrid. A este *Padilla* lo cogieron los italianos en Alicante. Estuvo en la cárcel pocos años porque un camarada del partido influyó mucho sobre su padre, que era comandante jurídico del Ejército franquista. Cuando salió de la cárcel se fue a Cáceres, donde tenía un hermano en un pueblo cerca de la capital. Cuando se organizó la guerrilla en 1944 él, que seguía en contacto con el partido se incorporó a la guerrilla.

El que me cuenta todo esto, con memoria y palabra inagotables, es Gerardo Antón Garrido, *Pinto*, el guerrillero antifranquista más veterano de los que viven en la actualidad. Con *Pinto* y otros viejos guerrilleros he hecho viajes a varios lugares de España donde se han producido encuentros y jornadas guerrilleras. Siempre acompañado de su bota de vino y su bandera republicana, *Pinto* parece estar tan activo como cuando actuaba en la sierra, con esos ojos brillantes, como ascuas, prestos a recitar poesías e himnos revolucionarios.

Gerardo nació en 1917 en Aceituna (Cáceres). De niño fue pastor y se afilió pronto al Partido Comunista. Huyó al comienzo de la Guerra Civil, fue capturado y se libró del fusilamiento gracias a los esposos de sus primas, que eran falangistas, aunque le destinaron a un batallón disciplinario. Le incorporaron a filas con las tropas franquistas en 1937 y le destinaron al Servicio Sanitario para que no se pasara al enemigo. En la posguerra, de 1945 al 1948, fue jefe de guerrilla de la 12.ª División de la 1.ª Agrupación de Guerrilleros de Extremadura, en la zona norte de Cáceres.

> No me sumé a la guerrilla porque fuera un huido sino porque quería luchar. Hice primero labores de enlace y organicé en los pueblos a la gente que estaba dispuesta a ayudarnos.

Pinto, que vivía como podía del estraperlo, por la zona de La Vera y Plasencia, estaba fascinado con *El Francés*. Lo buscó por el monte hasta dar con él y se ofreció para ingresar en la guerrilla. Pero antes *El Francés* le dijo que tenía que organizar una red de enlaces. Así que durante ocho meses, entre octubre de 1944 y mayo de 1945, *Pinto* estuvo muy activo.

> Después de la reunión con *El Francés* recibí la misión de organizar enlaces y puntos de apoyo en toda la comarca de La Vera, hasta la sierra de Gata y Portugal. Todo lo hice a pie, hasta que me descubrieron y tuve que incorporarme a la guerrilla. Mi primera misión fue hacer un viaje a Madrid, solo, para traer una multicopista. Lo hice en tren, con salvoconducto falso. Llegué a Tirso de Molina, donde me la entregaron, y volví.

La multicopista se utilizaba para la propaganda, imprimir el boletín *El guerrillero Extremeño* y para las octavillas que explicaban la política de Unión Nacional:

> Cada uno tenía su misión, que era sobre todo hacer mucha campaña, mucha propaganda con los campesinos, en los pueblos, hacer puntos de apoyo para que la guerrilla tuviera subsistencia. Uno de nuestros colaboradores era un millonario. Se llamaba Lanero; tenía cinco dehesas en Plasencia que puso a nuestra disposición. También había que coger dinero y este dinero, que servía para que pudiéramos vivir, si era posible se lo quitábamos a los que se enriquecieron a costa de otros, a los falangistas y sus familiares, a los ricos. Para ello realizábamos secuestros. Les cogíamos un familiar, un hijo o uno de los más queridos de la familia y les pedíamos el dinero que sabíamos que podíamos sacar. Se les citaba en un sitio determinado y se les decía que allí debían llevar el dinero, cincuenta mil, sesenta mil pesetas. Así era la cuestión económica y luego también tomábamos pueblos y asaltábamos algún cuartel de la Guardia Civil.

Uno de esos asaltos famosos fue el de Mesas de Ibor, en la provincia de Cáceres, el 17 de abril de 1945. Unos cuarenta guerrilleros de *El Francés y Chaquetalarga* ocuparon el pueblo y desarmaron a los guardias. El teniente coronel Gómez Cantos, en represalia porque consideró unos cobardes a los guardias civiles, los fusiló en la plaza del pueblo. Sólo hizo una excepción

con uno de los números que se defendió en el asalto al cuartel y a consecuencia de las heridas murió más tarde en el hospital de Cáceres. Gómez Cantos fue destituido, pero no por fusilar a los guardias civiles. El motivo fue que éstos pidieron confesarse y se lo denegó, con lo cual la Iglesia tomó cartas en el asunto.

> En una ocasión, el 6 de noviembre de 1946, entramos en el pueblo de Jarilla a buscar a tres individuos para ajusticiarlos. No me da corte decirlo. Eran unos asesinos. Uno de ellos era el alcalde, Clemente Castañares, y otro un matón falangista que se llamaba Marcial Serrano. Durante los primeros tiempos del Alzamiento y la Guerra Civil partidas de falangistas tiraron muchos republicanos al río Tajo. Este falangista se enorgullecía de haber participado en esos asesinatos y decía que había tirado por los puentes a más de cincuenta republicanos. Bueno, pues fuimos a por este fulano y a por otros, les sacamos de sus casas. Me acompañaban dos compañeros. Los hijos de un enlace que teníamos nos llevaron a la casa del alcalde, que no estaba. Allí estaban cuatro mujeres, las encerramos dentro, y a una la obligamos a que nos llevara a casa del matón, y le detuvimos. Cuando bajábamos por la calle, llegó su hermano con una pistola, y un camarada le pegó un tiro y le dejó en el sitio. Al alcalde, otros le habían cogido en una taberna. Al fanfarrón falangista y al alcalde los ajusticiamos en el centro del pueblo de Jarilla. Colocamos una bandera republicana en el campanario de la iglesia. Concentramos a ochenta personas en la plaza y allí *Padilla* dio un mitin; se explicaron a todo el mundo nuestras acciones. Estuvimos unas tres horas, cogimos varios jamones y unas 70. 000 pesetas a los caciques del pueblo. También los desarmamos, cogimos fusiles y pistolas y nos fuimos. Éramos trece y nos repartimos al marchar en dos grupos. Nos fuimos a Las Hurdes y allí ajusticiamos al jefe de Falange de la comarca de aquel pueblo, que ahora se llama Caminomorisco y antes se llamaba Las Calabazas. Se ajustició también al secretario, que era un chivato y también hicimos una emboscada a la Guardia Civil. Todas estas cosas las hicimos en muy poco tiempo, tres o cuatro días.

Pero no todo les iba a salir tan bien. Julio Navas, *Fabián*, el jefe de la División que había sustituido a *El Francés* cuando murió éste, llevó a Madrid el dinero fruto de los atracos y los secuestros para entregarlo al partido. Mientras tanto, la partida de *Pinto* esperó. Gerardo recuerda aquél del 21 de noviembre, en la espera del nuevo jefe.

> Habíamos amanecido al pie de una sierra, y los demás decían de quedarnos allí, aunque yo era partidario de internarme. Los demás pensaban que estaban en la antesala de la República, y se habían relajado un poco con los éxitos que habíamos tenido. Estaba lloviendo y cometieron un error garrafal, que fue encender fuego para secarse. Yo estaba muy nervioso y alerta, y me puse a vigilar. Luego vino otro a relevarme, para comer. No habían pasado cinco minutos cuando dio la alarma «¡Una patrulla de los móviles!». Empezaron a tirar desde abajo. Yo me protegí detrás de un alcornoque y contestaba el

fuego. Los tenía a raya, aunque algunos habían subido hasta unas piedras a mi izquierda y me llovían las balas alrededor. Los compañeros habían recogido mientras tanto el campamento y escapaban monte arriba. *Periñán*, el compañero que se había obstinado en quedarse y que había dado la alarma, estaba cerca de mí, un poco más arriba. Yo estaba agazapado, pegué cuatro saltos hasta un matorral, me dieron un tiro en el dedo y otros me dieron en la gorra, pero afortunadamente sólo me rozaron. Los civiles estaban nerviosos, porque yo les había mantenido a raya y veían que si seguía la refriega alguno iba a caer también. De todas maneras, yo era el que estaba peor, esperaba que subieran a por mí y no tenía escapatoria. El dedo lo tenía colgando, y me manaba sangre, que tapé como pude. El rastro lo vieron y los guardias decían al sargento: va herido, estará cerca, en las matas. Pero el sargento ponía la excusa de que tenía el traje nuevo y lo iba a estropear y al final no entraron en el matorral, que fue lo que me salvó.

Al rato, oigo la voz del *Periñán*, que estaba herido llamándome y diciendo que no le abandonara. Pero yo no podía hacer nada. Viendo que no tenía escapatoria, cumplió con el código guerrillero y se pegó un tiro. Gracias a eso los guardias se olvidaron de mí. Fueron a recoger el cadáver. Yo esperé a que se hiciera de noche y salí y me junté con los compañeros. Los guardias civiles de noche no se atrevían tanto, como no fueran la contrapartida y estuvieran en un apostadero. Todo lo podíamos haber evitado si se hubieran cumplido las normas.

Un descuido en las normas de seguridad podía suponer un desastre. Normalmente, los guerrilleros tenían un conocimiento exhaustivo de su sector, ya que solían ser naturales de los lugares. En el caso de que no fuera así, la primera obligación era conocer los ríos, las fuentes, los caminos, las carreteras, postes y centrales eléctricas, teléfonos, ferrocarriles, estaciones, número de cuarteles de la Guardia Civil, Ejército y Policía, con el número de efectivos de que disponían. La información era básica, tanto para su seguridad como para realizar sus acciones. En estos pagos, sabían también dónde estaban las majadas en las que se guardaba el ganado por la noche. No hay que olvidar que los guerrilleros compartían la sierra, entre otras alimañas menores, con los lobos, muy activos en algunos de esos años del hambre, donde el clima parecía haberse conjurado con la desgracia de España.

Para dormir, cada partida controlaba, asimismo, una serie de chozos de pastores, no siempre habitados. Cuando no podían guarecerse allí, lo normal es que durmieran bajo una lona tendida entre varios árboles, a modo de tienda de campaña. Mientras, el denominado Estado Mayor o Plana Mayor, establecía su puesto de mando en algún pico aislado, desde donde podían dominar un amplio territorio con prismáticos. Las bases de cada guerrilla

cambiaban cada cierto tiempo. Entre las normas de seguridad que cada jefe de guerrilla inculcaba a sus hombres estaba la de no hacer sendas en las proximidades de los campamentos. Para entrar y salir siempre debía pisarse terreno duro. También se colocaban señales que indicaban peligro o que el campamento había sido tomado o visitado por la Guardia Civil.

En el *Manual guerrillero*, que se puede consultar en los archivos históricos del PCE, se señala que se debía cocinar de noche, y siempre en el hueco de unas rocas, donde no saliera el humo, haciéndolo con leña muy seca, sin corteza, y poco a poco, en forma de cono. La basura se enterraba y en cuanto a las necesidades corporales, se especificaba incluso que los papeles utilizados se tapasen con una piedra o que se quemaran, pero nunca se utilizasen sobres que llevasen direcciones.

Hombres de campo, los guerrilleros se orientaban perfectamente por la noche, cuando se hacían las marchas. Al llegar el amanecer, los guerrilleros se ocultaban. Si el terreno por el que transitaban no era duro y por consiguiente podían marcarse las pisadas, la marcha acababa dos o tres horas antes del amanecer, para que el rocío no señalase las huellas. Los objetivos se atacaban al anochecer, para tener horas por delante y poder alejarse de la inevitable batida que harían al día siguiente las fuerzas de la Guardia Civil.

Para comunicarse con los enlaces y las demás partidas, se utilizaban las llamadas estafetas, normalmente en huecos de árboles, hendiduras en las rocas, o en el hueco de la pared de una choza abandonada. Allí, dentro de latas o botes, para protegerlas de la intemperie, se dejaban las consignas, las comunicaciones, la propaganda o las cartas. A las estafetas, dada la importancia de la información que contenían, sólo llegaban los hombres de más confianza. Estaba rigurosamente prohibido que las conocieran los últimos incorporados a la sierra o aquéllos que generaran desconfianza.

En lo que respecta a las comunicaciones escritas con el Estado Mayor de la guerrilla, radicado en Madrid, se seguían unas claves. En un documento hallado por la Guardia Civil en un campamento de Cáceres en enero de 1946, las ametralladoras son «cabras»; los fusiles ametralladores, «corderos»; los subfusiles, «pavos»; los fusiles, «cerdos»; las municiones, «pienso»; la agrupación, «finca»; la división, «huerta»; los enlaces, «casa»;

la guerrilla, «bancal». Y se pone un ejemplo: «Si tuviéramos que ponernos de acuerdo sobre municiones diríamos "necesito pienso para cuatro cerdos y tres mulos"».

Las contraseñas de identificación entre guerrilleros consistían al principio en sonidos al chocar dos piedras, pero al final se impuso también el canto del búho, más difícil de imitar por la Guardia Civil o las contrapartidas.

Luego, además, estaban las situaciones imprevistas, a veces graves, que había que solucionar con rapidez. Cuando Gerardo Antón, *Pinto*, escapó del tiroteo, necesitaba una urgente sutura si no quería que se gangrenara el dedo y no tuvo más remedio que acudir a un médico.

Ésta es la narración de *Pinto*:

> En un pueblo llamado Torrejoncillo había un médico madrileño de izquierdas que estaba allí desterrado. Le habían fusilado a su mujer en la guerra. Fui a que me cortara el dedo y acudí con varios miembros de la partida al atardecer del día siguiente. Busqué la consulta del médico, esperé mi turno como cualquiera, mientras los demás vigilaban fuera escondidos, y le mostré la herida, diciendo que me la había hecho en el campo. Al ver el dedo, el médico se asustó. Comprendió lo que había pasado y se quedó blanco. Le dije entonces que era guerrillero y que quería que me operara. Salió un momento y al volver me dijo: «Lo siento, tengo mucho miedo. Con las torturas que he sufrido, si se enteran de esto, me meten en la cárcel para toda la vida o me fusilan. Te lo desinfectaré, te doy de todo, pero no te puedo operar». Me curó, y cuando me fui, le dije: «Desde luego, con ésta valentía no terminamos con Franco».

Pinto, con el resto de su guerrilla, pasó la Nochebuena y la Nochevieja en una casa en Monroy, al norte de Cáceres. Pero al poco, mientras estaban abriendo camino y casas de nuevos enlaces en los pueblos de la zona, la partida sufrió un descalabro casi por las mismas causas del anterior.

> En la noche del 12 de enero, llovía mucho y se empeñaron en hacer fuego en lo alto de la sierra, entre dos cortijos en lo alto de una zona pelada. Yo me opuse y no dormí, con la preocupación. Me imaginaba lo peor que los guardias peinaban la zona y no me equivoqué. Por la mañana había niebla baja, y no se veía. Hacia las diez de la mañana oigo voces que no tenían acento campesino. Aunque advertí a los demás, no me hicieron caso. Me relevaron en la vigilancia y al poco rato, la misma cantinela «¡Los móviles están aquí!». Esta vez la lluvia de balas iba acompañada de bombas de mano. Avanzaban muy abiertos, haciendo el cerco. Los demás corrieron, yo me pegué al terreno en un trozo de monte más

espeso. Un poco más arriba estaba *El Tranquilo*. Entonces veo a dos guardias que se acercan revisando el monte y desde un regato les disparé. Al momento se lió otra lluvia de balas y de bombas de mano que parecían morterazos. En medio de todo esto oigo al *Tranquilo* que da voces «no tiréis, no tiréis, que me entrego». Le ordenaron que saliera dando palmas. Lo primero que hizo fue delatar mi presencia, diciendo que «*Pinto* está aquí cerca». Empiezan a llamarme los guardias y *El Tranquilo*, y yo decía para mí, «ya verás si te pones a tiro». Como no salía, comenzaron a buscarme, hasta que tuve que disparar y herí a uno. El teniente debió pensar que antes de que me cogieran iba a caer alguno más, y dijo: «No os acerquéis más, bombas y bombas y mañana lo encontraremos reventado». Menos mal que las tiraban a una madroñera a unos metros por encima. No sé cómo pude salir de ese infierno, pero llegó la noche y salí arrastrándome y llegué a la base de la colina. Los guardias habían hecho lumbre. Los tuve a tiro, a pocos metros, pero sólo me quedaba la bala que había dejado para mí, antes de que cayera vivo en sus manos. Por eso no les hice más bajas.

Las tres divisiones de la agrupación guerrillera de Cáceres que contaba cada una de ellas con una media de cuarenta hombres fueron menguando de efectivos por las deserciones y los combates en el monte con la Guardia Civil. El primero de los que desertó, en 1945, fue *El Lobo* y organizó un verdadero desastre. Sigue *Pinto*:

El Lobo estaba en un campamento cerca de Rebolledo, un pueblo de la provincia de Badajoz, en la sierra de Gata al lado de un pueblo que se llama Cadalso, donde había muy buenos puntos de apoyo. Los guerrilleros teníamos la costumbre de ir a por agua y a refrescarnos por la noche, uno cada vez. Un anochecer, va *El Lobo* con su toalla y la cantimplora a por agua y no regresa. Miran en la fuente sus compañeros y encuentran la toalla y la cantimplora. Eso quería decir que allí no se podían quedar más tiempo, se largaron rápido. Parece ser que este hombre cogió un autobús para ir a Cáceres. Se fue a un prostíbulo y luego llamó a la Policía. Se puso a su servicio y delató a unas ciento y pico personas, que, por supuesto, fueron a la cárcel. También delató posiciones nuestras y en una de ésas fueron heridos dos compañeros.

El principio del fin: la muerte de El Francés.

El día antes de su muerte, *El Francés* se despedía de algunos de sus hombres con la sonrisa en la boca y el puño en alto. Todos tenían un mal

pálpito, pero el jefe guerrillero se había empeñado. Quería reagrupar a sus hombres porque temía que se avecinaban tiempos muy duros.

Pedro José Marquino Monge, hijo de padres jornaleros, había nacido en Hinojosa del Duque (Córdoba) el día 29 de junio de 1913. Desde los primeros momentos de la Guerra Civil se había incorporado a las columnas comunistas en defensa de la República. Gran parte de la guerra estuvo en el Frente de Madrid, siendo ascendido al grado de teniente por méritos de guerra. Al finalizar la guerra regresó a su pueblo natal, Hinojosa del Duque (Córdoba), ingresando inmediatamente en la cárcel local, un antiguo convento de carmelitas, de donde se fugó el 19 de septiembre de 1940. Nunca más pudo ver a sus familiares.

Fue uno de los más famosos guerrilleros que combatió al franquismo de la posguerra desde las sierras cacereñas. Tenía dotes de mando y organización, lo que reconocía la propia Guardia Civil, para quien era el «enemigo público n.º 1», sobre todo después de los sucesos de Mesas de Ibor. En su busca se afanaron todas las fuerzas de la represión franquista. Poco a poco se fue cerrando el círculo en torno al jefe guerrillero, que cometió un error infantil que le costó la vida.

Pinto, aún se emociona cuando habla de *El Francés*. Sus ojos se vuelven acuosos, la garganta se le queda seca y tiene que enjugar las lágrimas. Le ocurre siempre que habla del que fuera su jefe y amigo:

> En abril de 1946 desertó uno que estaba en la guerrilla. Este desertor conocía puntos de encuentro nuestros y estafetas, como la del pueblo de Serradilla, donde teníamos muchos enlaces. Estábamos ya en julio, habían pasado cuatro meses desde la deserción de este hombre y *El Francés* creyó que la estafeta ya no iba a estar vigilada después de tanto tiempo. Todos los demás nos opusimos pero él tenía tantos deseos de tomar contacto con el resto de los guerrilleros que pudo con nuestra oposición.
>
> El 30 de julio otro compañero y yo fuimos a una misión por la parte de la sierra de Gata. Nos despedimos de él, le abrazamos y le dijimos «*Francés*, no te acerques allí». Pero no nos hizo caso y se dirigió a la estafeta en compañía de *El Relojero*. Estando a 200 metros se oyó una descarga de fusil *naranjero*. Allí cayó. Tenía un tiro en la sien y eso era raro, porque lo que hacían era tirar a las piernas para cogernos vivos y hacemos hablar. Estaba tan convencido de que a él vivo no lo cogerían que sospechamos que fue capaz de quitarse la vida con un tiro en la sien. Igual que *Padilla*, el maestro de escuela.

Aún existen dudas sobre quién lo delató, pero parece que el autor de la denuncia recibió 30 000 pesetas, una fortuna para la época.

La versión popular que circula por Serradilla —un típico pueblo extremeño blanco y de aire limpio y fresco— es que en la refriega *El Francés* fue herido de una ráfaga y, al no poder moverse, pidió auxilio a los guardias civiles, indicándoles que se entregaba, pero los guardias civiles no se fiaron y sólo se acercaron con las primeras luces. *El Francés* estaba muerto, desangrado, con una metralleta montada y en posición de disparo en sus manos, tal vez para vaciarla sobre los guardias que se acercaran, tal vez porque se había disparado él mismo. En aquel amanecer, que el jefe guerrillero no llegó ya a ver, su cuerpo inerte fue trasladado al cementerio del pueblo a lomos de un mulo de una de las fincas cercanas. Tenía 33 años. Fue sepultado por Simón, el pregonero y enterrador, tan sólo envuelto en una sábana.

Pinto visitó el cementerio el 13 de noviembre de 2001. Junto con los que le acompañaban, amigos de la Asociación Guerra y Exilio (AGE), y miembros de la asociación local Tierra Viva, le dieron un sencillo y sentido homenaje y colocaron una placa conmemorativa con la siguiente leyenda:

Aquí yace
PEDRO JOSÉ MARQUINO MONGE
Guerrillero antifranquista (29/6/1913-31/7/1946)

«Mañana cuando yo muera
no me vayáis a llorar
ni me busquéis bajo tierra
soy viento de libertad»

El año 1946 fue una fecha clave. Ese año resultó trágico para la actividad guerrillera de la zona. A la muerte de *El Francés* le siguieron las de Jesús Bayón González, *comandante Carlos*, jefe de la 1.ª Agrupación Guerrillera Extremadura-Centro, y Manuel Tabernero Antona, *Lyon*, jefe de Estado Mayor de la agrupación y responsable de la agrupación de Gredos. Los dos se suicidaron según ordenaba el código guerrillero, para no caer en

manos de la dictadura. Ocurrió en una huerta de Talavera de la Reina (Toledo), donde habían acudido para celebrar una reunión en septiembre de 1946. Era el principio del fin para la agrupación de Extremadura-Centro. Para el historiador Francisco Moreno, éste fue un caso de valentía extraordinaria, uno más de los muchos que se registraron.

> Había una norma guerrillera que decía que ningún guerrillero ni jefe guerrillero debía caer vivo en manos del enemigo. Porque todo guerrillero o enlace que caía hablaba, era imposible no hablar. Eso originaba la caída sobre todo de enlaces. El único miedo de la guerrilla era que alguien cayera prisionero y no lo supieran porque entonces los pillaban. Así que en cuanto caía alguno vivo, la guerrilla lo primero que hacía era abandonar el campamento y los lugares que el preso podía conocer. Además de los jefes de la agrupación de Gredos y de Cáceres en el desastre de Talavera, otro caso es el de *El Ligero* en Cáceres. Herido en una pierna, esperó durante media hora a los compañeros para ver si lo podían sacar de allí y al ver que no venía nadie, antes de que amaneciera, se suicidó. En medio de la noche sonó un disparo y por la mañana se lo encontraron. Hay muchos casos como éstos en la guerrilla. La guerrilla es una historia de héroes y de villanos.

Dos años después de la muerte de *El Francés*, de *Lyon* y de *Carlos*, las partidas guerrilleras habían sido diezmadas o dispersadas. *Pinto* vivió esos últimos momentos:

> En 1948 éramos ya sólo cuatro guerrilleros y estábamos refugiados en un cortijo de Salamanca. Mandamos una mujer enlace a Madrid, al partido, para ver si nos podían ayudar a salir, pero la respuesta que trajo es que allí no estaban mejor y que cada uno hiciera lo que pudiera. Decidimos entonces pasar a Portugal con la ayuda de un contrabandista.

Pretendieron alcanzar la oficina del comité de refugiados de la ONU, en Lisboa, para su evacuación a Venezuela, pero fueron detenidos por la PIDE, la Policía secreta portuguesa.

> Cuando íbamos por las calles lisboetas, después de todo lo que habíamos pasado, y nos detiene la Policía, yo creí que todo se nos venía abajo. Pero siempre me había quedado ánimo. Así que le dije bajito al que venía conmigo, hay que intentar escapar, nos revolvimos y en una zona donde pasaba gente empujamos a los policías y nos escapamos. Varios meses después de haber salido de Extremadura volvíamos al mismo sitio. Pero esta vez lo intentamos de otra forma. Enterramos las armas —sólo nos quedamos con una

pistola cada uno— y cruzamos España para refugiarnos en Francia. Allí he estado todos estos años. He seguido militando en el PCE. En agosto de 1977, con la democracia, volví a Cáceres.

La última confesión de *Pinto* tiene tonos agridulces:

La experiencia que me quedó es que fuimos al fracaso. Nosotros cometimos fallos, podíamos haber salvado vidas si no hubiéramos cometido errores. Esa experiencia me ha estado remordiendo, pero creo que fue una lucha revolucionaria contra el franquismo que dio sus frutos más tarde.

Quincoces, un socialista de los de antes.

La huida de las cárceles antes de los fusilamientos o de las muertes provocadas por las torturas fue una constante en las regiones del Centro y de Extremadura. Los que tuvieron suerte y lograron escapar no les quedó más remedio que internarse en los montes y las sierras para salvar la vida. La organización en guerrillas vino después, como consecuencia lógica. El caso de Jesús Gómez Recio, *Quincoces*, y su hermano Saturio, *Quijote*, es ilustrativo. Jesús Gómez Recio a los 30 años era un pequeño ganadero, comerciante y tabernero de militancia socialista que había sido alcalde durante la República y que durante la Guerra Civil evitó las represalias contra los derechistas en el pueblo. No hubo, pues, derramamiento de sangre. Se había establecido, un poco antes de la contienda, en las proximidades del pantano de Cíjara, donde tenía un colmado y un bar, así como un pequeño rebaño de vacas y cabras. «Fiaba a la gente, y como entonces se cobraba por quincenas, cuando estalló la guerra todo el mundo dejó a deber lo de la segunda quincena. ¿Qué ibas a hacer? La gente se fue al frente y no pagó. Pero eso no era nada, lo peor vino al final de la guerra». Filomena Gómez, hija de *Quincoces*, no perdona ni olvida todo lo que pasó

desde entonces. La visito en Aldeanueva de San Bartolomé (Toledo), el pueblo de España que dio más hombres a la guerrilla, una treintena.

> Mi familia no tenía necesidad. Todo lo que hizo mi padre fue por los pobres. Podía estar con los ricos del pueblo. De hecho, jugaba con ellos en el casino, me acuerdo cuando venía de allí y echaba los billetes que había ganado al delantal de mi madre. Todo iba para el que no tenía. Los ricos quisieron que se pasara a su bando, pero él era un auténtico socialista. Cuando entraron los nacionales nos quitaron todo, casa, rebaño, tienda. Nos maltrataron a toda la familia. A mi padre y a mi tío les metieron en las escuelas que hacían de cárcel. Y allí les metían unas palizas de muerte todas las noches, dependiendo del capricho de los falangistas. Mi madre y yo les llevábamos mantas para que se forraran el cuerpo y los latigazos y los golpes les hicieran menos daño. Sabíamos que de un momento a otro les iban a matar.

El 30 de junio de 1940, junto con dos compañeros más, los hermanos Gómez Recio escapan de la cárcel de su pueblo, Aldeanueva. Los primeros tiempos fueron muy duros. Los hijos de *Quincoces* y su mujer, Isabel Román, les ayudaron. Desde la cercana sierra de Mohedas de la Jara, donde se habían refugiado, bajaban a una casilla en un olivar, cerca del pueblo. Allí llegaba unas horas antes Isabel con alguno de sus hijos, normalmente los lunes, los sábados o domingos. Un hijo de *Quincoces* ponía una tela blanca como contraseña en el portalón y cuando sentía pasos decía la contraseña, que era «Manuel». Los demás respondían «Juan» y así se metían en la casa. «Durante los primeros tiempos ellos vivieron de la comida que les llevábamos, pero cada vez se puso más difícil y no les quedó más remedio que ponerse a robar».

El miedo de que los vecinos les delataran puso fin a las visitas que él hacía a su casa. Las autoridades empezaron a cercar a la familia.

> Teníamos que presentarnos hasta tres veces en el cuartel. Por la mañana, a mediodía y por la noche. No nos dejaban vivir. Pero a pesar de todo nos las ingeniábamos para ayudarles y llevarles hatillos de comida. Cada vez que hacían algo en la sierra o cerca del pueblo, nos detenían a todos y nos soltaban a los tres días. Así que mi padre, cansado, dijo a mis hermanos que se fueran con él a la sierra. Se marcharon cuatro, pero los dos mellizos volvieron al poco. Los otros dos se quedaron con él y con mi tío.

Los dos hijos fueron Juan Gómez Román, *Salamanca*, y Eugenio, al que pusieron *Motorista*, por sus continuos viajes de contacto con la dirección de la guerrilla que estaba en Madrid. *Quincoces*, un hombre con personalidad de líder, aglutinó a los huidos y les dio la moral y la dignidad que necesitaban para organizarse en guerrillas con los pocos medios de los que disponían. Sus bases, al principio, estaban en unas cuevas de las sierras de Guadalupe y Altamira y su zona de actuación fue el oeste de la provincia de Toledo y el sudeste de Cáceres, con alguna presencia en Anchuras (Ciudad Real). Su actividad se centraba en pequeños hurtos para conseguir comida, asaltos para hacerse con armas y municiones, y algún secuestro. Aunque hubo bajas, éstas se reponían con la incorporación de enlaces quemados. Entre 1944-1945, cuando se organizan ya en agrupación guerrillera, la partida tenía 27 hombres.

Aunque *Quincoces* tenía más dotes de mando, al final la jefatura militar superior de la 1.ª Agrupación Guerrillera de Extremadura-Centro se le dio a Jesús Bayón González, *Carlos*, auxiliado por Dionisio Tellado Vázquez, *Mario de Rosa*, y *Quincoces*, que además fue nombrado jefe de la 14 División. Como segundo jefe se designó a su hermano Saturio, *Quijote*, que en esos momentos tenía 48 años. Siguieron organizando robos para procurarse víveres y algunos secuestros. La victoria de los aliados, en 1945, hizo que una veintena de jóvenes se incorporaran a sus filas. Eran jóvenes no muy politizados que desertaron pronto, dando lugar a que cayeran muchos enlaces.

Mientras la familia de *Quincoces* sufría continuos registros y detenciones, la partida del líder guerrillero, en unión a veces de la de *Chaquetalarga*, secuestraba y asesinaba a falangistas que se habían destacado en la represión y muerte de republicanos después de la Guerra Civil. El declive de la guerrilla comenzó en 1945, con el asalto de la Guardia Civil al campamento del Obispillo, donde mataron a tres guerrilleros y capturaron a cinco, tres de los cuales se convirtieron en delatores y miembros de las contrapartidas. Este oscuro procedimiento fue desarrollado por el teniente coronel Eugenio Limia, y le daría buenos resultados.

En 1946, *Quincoces* veía cómo había decaído la moral entre los guerrilleros restantes. Su hijo Juan Gómez Román, *Calé* (o *Salamanca*), fue abatido por una contrapartida que dirigía el cazador de guerrilleros Ruano, un activo perseguidor de la guerrilla que moriría más tarde en otro enfrentamiento a manos de un guerrillero moribundo cuando el sargento se disponía a rematarle. *Quincoces*, destrozado por la muerte de su hijo y de un sobrino, *Petroski*, que mandaba la agrupación de Gredos, intentó con los supervivientes ganar la frontera portuguesa y llegar a Lisboa, pero los férreos controles de la Policía salazarista se lo impidieron. Para poder subsistir y aguantar sobre el terreno, *Quincoces* y su hermano *Quijote* realizaron algunos secuestros, por los que obtuvieron hasta 50. 000 pesetas, una cifra importante para la época.

Los viejos guerrilleros, sabedores de que sólo les esperaba la muerte, se defendieron como lobos acosados al tiempo que planeaban una incierta huida a Francia. *Quijote* murió en un enfrentamiento con una contrapartida. Otro hijo de *Quincoces, Motorista*, fue detenido junto con otro guerrillero, Crescencio Sánchez, *Valle*, en un tren que iba para Madrid. *Valle*, tras los métodos que le aplicaron, delató a un enlace de Valdelacasa del Tajo, y confesó que tenía una cita con *Quincoces* y Francisco Blas Romero, *Soria*, ya que abandonaban la lucha y se iban a Francia ese mismo día. Este enlace, Eduardo Blas Romero, *Manco*, era hermano de *Soria* y se negó en todo momento a colaborar en la trampa que la Guardia Civil montó en el lugar de la cita, en la Garganta de la Ciega, en la sierra de Altamira, pero fue llevado allí a punta de pistola.

El 27 de octubre de 1946, los guerrilleros, al reconocer al enlace, bajaron y fueron acribillados. Según el atestado de la Guardia Civil, tenían un verdadero arsenal, con un fusil máuser, uno checo, una pistola ametralladora, una pistola de ocho balas y una bomba de mano. «Todo mentira —dice su hija Filomena—, iban a irse a Francia y habían enterrado las armas. Les cogieron a los tres y les mataron por la espalda». Al enlace le mataron a sangre fría unas horas después. Ninguno tuvo la oportunidad de defenderse. La tragedia para la familia *Quincoces* se completaría con el fusilamiento del hijo Eugenio Gómez, junto con el enlace que los esperaba

en Madrid para preparar la huida a Francia. La de *Quincoces* es una de las muchas familias que sufrieron las garras de la represión.

La vida cotidiana de los antifascistas perseguidos.

La familia y las amistades más cercanas son los primeros apoyos de los que huyen en los años 1939 y 1940. Durante un largo tiempo, los fugados no dan atracos porque la familia les procura el alimento. El historiador Francisco Moreno ha estudiado durante años este fenómeno en la zona Centro y Extremadura. «Los parientes les van dejando comida en determinados lugares e incluso ellos hacen visitas a la casa por la noche. Cuando esto se descubre, las familias son vigiladas, detenidas, perseguidas y se organiza una represión enorme y de extrema crueldad contra ellas. Unos sufren esta represión en silencio y otros se ven obligados a huir al monte. Escapan familias enteras, como la de los Jocos en Cáceres, formada por tres hijos que sobrevivieron y el padre, que murió en un ataque en el año 1945».

Hubo guerrilleros que lo arriesgaron todo porque ansiaban abrazar a su familia: Adriano, *El Cocido*, quería ver a su sobrino que vivía en Belarcázar, y *El Largo* o *El Gitano*, a sus hermanos. Se citaron en el cortijo «Azoquecos» de Cabeza del Buey, Badajoz, cogieron una oveja para tener qué comer durante los días que iban a estar juntos, les daba cobijo el guarda del cortijo, que era su enlace. Pero alguien denunció que había desaparecido la oveja y la Guardia Civil, siguiendo la pista, llegó al cortijo y a media mañana entró, cuando estaban las dos familias reunidas con los de la sierra. La mujer del guarda intentó disimular y quiso servirles café a los guardias en la puerta para que no pasaran, mientras los otros se escondían en las habitaciones. Pero el cabo entró y buscó por los cobertizos. Cuando llegó donde estaba la guerrilla, le dispararon a bocajarro y lo mataron. Los guardias que iban con él empezaron a disparar y se organizó el tiroteo. Los guerrilleros lograron salir a rastras por la puerta de la vivienda y ponerse a salvo. Con ellos se fue a la sierra el sobrino de *El Cocido*, Félix, que aún

vive en Francia. A los dos hermanos de *El Largo* la Guardia Civil los ejecutó en el cortijo.

También cuenta Francisco Moreno cómo en Campillo de la Jara, Toledo, se tuvo que ir el padre de una familia, llamado Félix, con dos hijos —uno tenía nueve años— y una hija, la célebre *Golondrina*. Toda la familia acabó muriendo en la sierra, incluida la *Golondrina*, cuando ya iban camino de Francia, en el año 1950, los traicionó un enlace en el pueblo de Minas de Santa Quiteria, en Toledo. Iban desde Badajoz y pararon para que este hombre les prestara la última ayuda. El enlace les dio un veneno, y, ya moribundos, los remató la Guardia Civil.

Francisco Moreno afirma que tragedias de este tipo, en gran parte de las cuales las víctimas no habían cometido delito alguno, fueron muy abundantes. Familias enteras se lo jugaron todo por ayudar a los de la sierra, como la familia de los Nevado en Villanueva de Córdoba. Alfonso Nevado vino en el año 1945 de Francia con misiones del PCE. A primeros de 1946 se dio a conocer en la finca donde trabajaba su padre, llamada La Loma de la Higuera. Allí vio a su familia varias veces, que le ayudaba, pero llegó un rumor a la Guardia Civil, que siempre acababa por saber de este tipo de contactos. Así que al enterarse de que Nevado estaba por allí detuvieron a toda la familia: abuelos, padres, sobrinos, hijos, a los que hay que sumar otra redada que hicieron en el pueblo de Villanueva de Córdoba. En total, más de treinta personas, a las que golpearon brutalmente y pelaron al cero. Les hicieron caminar en una comitiva espantosa hacia la estación y los tuvieron un año presos en Córdoba a la espera de juicio. Al final, las penas que les impusieron fueron inferiores a un año, pero habían dejado las fincas abandonadas, el campo arruinado, el hogar perdido. Sembraron el terror en el pueblo sólo porque Nevado se había presentado a su familia. Así infinidad de casos.

Para Francisco Moreno, como para el también historiador Benito Díaz, que ha investigado la 1.ª Agrupación Guerrillera de Extremadura-Centro, los enlaces empiezan a fallar por el terror y la represión más que por la desesperanza. Lo terrible en la vida cotidiana del campo era el terror. En cuanto se sospechaba que alguien ayudaba a los guerrilleros, lo primero que

hacían, aparte de darles unas palizas de muerte, era obligarles a presentarse en el cuartel diariamente.

> Eso, con una finca que está a 15 kilómetros del pueblo, que sólo se podía hacer el camino andando o a lomos de mula, significa que tenían que emplear el día entero en ir a presentarse, con lo cual abandonaron la finca. La represión les llevó al boicot económico, a la represión laboral, a la imposibilidad de ganarse la vida. A la gente de esta España rural y profunda que salía a buscar setas, espárragos trigueros, bellotas o a cazar, cuando no había nada para comer, el hecho de prohibirles circular por el campo o tenerse que presentar cada día en el cuartel les hizo acobardarse. Si además entraba por medio una muerte, la aplicación de ley de fugas, la gente acababa por paralizarse. Pero a pesar de ello el apoyo a la guerrilla nunca desapareció, aunque se hizo cada vez menor. Sí que creció la desesperanza pero no fue un factor desencadenante. Fue el terror, la tortura, las palizas, la pobreza…

La vida cotidiana del enlace exigía un esfuerzo enorme. En principio eran familias del campo, aunque después hubo enlaces también en los pueblos. Solían ser caseros que estaban al cargo de un cortijo cuyo dueño iba poco por allí. Estos caseros eran el soporte en la zona Centro-Sur. El hombre iba al pueblo y se enteraba de lo que pasaba, compraba tabaco y otras cosas. La mujer preparaba comida o lavaba la ropa de los guerrilleros. Si había que comprar muchos víveres, era la encargada de coger el burro e irse a un pueblo diferente para no levantar sospechas. Los niños de corta edad andaban por los alrededores del cortijo y eran unos buenos cómplices que vigilaban los caminos. En la Fresnadilla, término de Marmolejo, que frecuentaba la partida de *Los Jubiles*, compraron unos pavos y pusieron a los niños de los caseros a cuidarlos. Los niños veían cuándo venía la Guardia Civil y avisaban a la casa.

Eran años de hambre y las familias de los enlaces participaban también en el fruto de los golpes económicos de la guerrilla. Los guerrilleros les daban parte del dinero del atraco o del rescate. La filosofía de la guerrilla era pagar lo que les facilitaban, así que estos enlaces normalmente tenían una compensación económica que les permitía vivir mejor dentro de la pobreza. «Hubo un interés compartido, pero no siempre, porque también hubo enlaces politizados, enérgicos y valientes que lo hicieron por fidelidad a la causa», resume Francisco Moreno. Es un mundo muy complejo. Otras

cosas que hay que tener en cuenta son los amoríos y los líos de faldas, en algunos casos con un desenlace trágico. Hay casos como el de *Chaparro*, en el pueblo de Huelma, en Jaén. Este guerrillero se enamoró de la casera del cortijo «Nicolasa», que se llamaba Magdalena Aranda, engañando al esposo. Aquella mujer se enamoró perdidamente del guerrillero y acabaron ahorcando al marido. Simularon un suicidio, pero aquello se sospechó y la Guardia Civil acabó poniendo cerco al cortijo. El guerrillero se había hecho un zulo y no lo descubrieron hasta que una noche salió a tomar el fresco y lo mataron a tiros. Ella salió queriendo protegerlo y allí mismo la mataron también.

Hubo bastantes amores entre guerrilleros y caseras e hijas de caseros. En Puertollano (Ciudad Real) se expulsó a un guerrillero de apodo *Lavija* por haber dejado embarazada a la casera siendo el marido un viejo militante del partido de toda la vida y un enlace extraordinario. El jefe de la división, absolutamente indignado por aquella humillación, le expulsó. Él exigió dinero y estuvieron a punto de liarse a tiros en la casa donde estaban recluidos. Le dieron menos dinero de lo que pedía para marcharse a Madrid. Él se vino pero se trajo a la casera de amante. Murió en noviembre de 1946 en un tiroteo con la Guardia Civil y con un amor conflictivo de por medio.

Francisco Blancas Pino: la capacidad de sobrevivir.

Cuando Francisco Blancas Pino, *Veneno*, llegó a su pueblo, Ademuz, en Córdoba, cuarenta años después de haber salido, no conocía a nadie y nadie lo conocía a él. La guerra, primero; la cárcel, la lucha de guerrillas, después, y el exilio en Francia le habían convertido en un extranjero. Su vida es un ejemplo de la de otros muchos guerrilleros. Al menos, de los que se salvaron.

Cuando acabó la Guerra Civil fue hecho prisionero en Barcelona; desde allí le trajeron a su provincia natal, donde fue condenado el 20 de enero de 1940 a la pena de muerte. Conmutada la pena, pasó por muchas prisiones: Pamplona, Burgos, Astorga, Santiago de Compostela. Trabajó asimismo

como prisionero en el Alcázar de Toledo. Su suerte comenzó a cambiar cuando le trasladaron a la colonia penitenciaria de Talavera de la Reina. Allí tenían que construir un canal en el río Alberche, dentro de los planes de regadíos de las cuencas de ese río y del Tajo.

Una noche se fugó con otros dos penados y huyeron a la sierra. Un tío de los compañeros que se fugaron con él estaba en contacto con los guerrilleros. Así comenzó su vida en la guerrilla, en diciembre de 1944. Primero en Cáceres, luego en Ciudad Real y Toledo.

Llegó a ser jefe de una guerrilla en la 13 División, el único que quedó después de que *Chaquetalarga*, el jefe de la división, huyera a Francia, dejando la actividad guerrillera. Tras esta salida, *Veneno* dejó atrás los Montes de Toledo, donde se había cebado la represión, y se trasladó a las sierras de Ciudad Real. Allí se integró en la 23 División, dirigiendo una guerrilla de ocho personas que actuaban en un área entre las provincias de Toledo, Ciudad Real y Badajoz. La voladura de la línea férrea Madrid-Badajoz, el 2 de enero de 1947, fue una de sus primeras acciones. Un mes después mataron al secretario del ayuntamiento de Poblete y comenzaron una época de robos y secuestros.

Entrevisto a *Veneno* en su tierra cordobesa, en una mañana de niebla que difumina los contornos de los olivos y las tapias de los cortijos. En ese paisaje difuso, su palabra parece llegar de aquel tiempo lejano. Hoy Francisco Blancas Pino es un hombre de pelo blanco y pañuelo al cuello. Con su voz queda y con reflejos del francés, me relata su época guerrillera:

> Lo más fuerte eran los encuentros que teníamos con la Guardia Civil y cuando nos encontrábamos cercados. Una vez, al lado de Piedrabuena, la Guardia Civil cogió a dos guerrilleros que delataron dónde estábamos y al amanecer en el monte estábamos cercados. Pudimos salir con vida después de un gran tiroteo.

Siguió la vida azarosa de la partida con algún secuestro fallido, y la guerrilla dirigida por *Veneno* pasó un período de letargo, del que no les quedó más remedio que salir por mera supervivencia, realizando algunos robos y secuestros en lugares muy distantes unos de otros, para despistar a

la Guardia Civil. Llegaron a obtener rescates de hasta 30. 000 pesetas. Esto es lo que me cuenta *Veneno*:

> Para comprar comida y lo que nos hacía falta en la guerrilla, teníamos que dar golpes económicos. Los enlaces nos avisaban y nos informaban de quién tenía dinero: «Ha venido a su cortijo un tío con dinero, un rico…», lo vigilábamos y tratábamos de cogerlo, unas veces podíamos y otras no. De todos los casos sólo a uno tuvimos que ejecutar porque los familiares se negaban a traer el dinero. La razón para ejecutarlo era que si lo dejábamos marchar sin pagar, entonces nadie pagaría y el dinero nos servía para comida, ropa, para ayudar a los enlaces en su labor para informar. Teníamos que sufragar los gastos de los enlaces, cuando perdían una o dos jornadas de trabajo o más porque tenían que desplazarse aquí y allí… Eso les costaba a ellos mucho dinero y problemas.

Un contratiempo que marcaría a *Veneno* ocurrió el 23 de abril de 1953. Al intentar robar en la casa «Salinas», de Piedrabuena, los colonos se defendieron a tiros:

> Llevábamos dos días sin comer, nos acercamos a una casa para hacer un suministro, pero la persona que estaba en ella no quiso abrir. Yo con mi fusil rompí los cristales de la ventana, quería forzarle a salir pero no salió y lo que hizo fue dispararme con su escopeta. Me llevó los dedos de la mano derecha. Eso fue terrible porque los huesos que quedaban me los tuvieron que cortar con una tenaza, y los restos de carne, con una navaja y una hoja de afeitar. Y sin anestesia de ningún tipo. Sólo teníamos la asistencia sanitaria que nos proporcionábamos nosotros. Llevábamos una pequeña bolsa de cura, que contenía lo mínimo, alcohol y una venda o dos, pero cuando teníamos una herida de verdad, grave, teníamos que coger hierbas, tomillo, romero, para poder curarnos con baños de plantas, baños de agua caliente con sal, emplastos de hierbas, ésos eran nuestros medicamentos, no teníamos otros. No podíamos ir a casa de ningún médico porque no estaban nunca a nuestra disposición.

Francisco me muestra su mano mutilada. Ese hecho jugó más tarde otro papel en su vida. Pero eso aún no lo sabía. Por esa época su guerrilla, con sólo cinco miembros, estaba ya a la defensiva. Ni siquiera ejecutaba represalias como había hecho durante los años 1947 y 1948 cuando eran nueve. Lo que hicieron entonces fue pegarse al terreno, buscar la manera más segura de sobrevivir y no hacer nada que les pudiera poner en aprietos. Porque las cosas se iban complicando. En junio de 1954 se entregó a la Guardia Civil un guerrillero enfermo de su partida. La dura vida en la

guerrilla le había provocado una úlcera de estómago, sangraba y tenía fuertes hemorragias. El guerrillero desveló el misterio de la pervivencia de la partida del *Veneno*, durante los seis años en Los que las fuerzas gubernativas de Ciudad Real fueron incapaces de dar con su escondite. Durante cuatro años estuvieron ocultos como topos en una casa de unos enlaces de Cañamero (Cáceres) de la que sólo salían de noche para dar golpes económicos, en Ciudad Real o Toledo, lo más alejados posible de su refugio.

La Guardia Civil mantuvo un férreo control de la zona, pero *Veneno*, con el resto de la partida —otros tres— había logrado refugiarse ya en la casa de unos familiares en Valencia de Alia (Cáceres). Al año, el cerco se relajó un poco. Entonces, en junio de 1955, cuando en La Mancha los trigales estaban crecidos y la altura de las espigas protegía su lento caminar, lograron escapar a Francia. Además de *Veneno*, la partida la componían *Viriato, Parachuta* y *El hijo del eléctrico*.

Recuerda *Veneno*:

> Nos quedamos solos y abandonados de todos, del partido, de los enlaces que habían caído por delaciones, así que tuvimos que marchar a Francia. Aprovechamos los trigales altos para camuflarnos. De los Montes de Toledo salimos caminando y llegamos a la frontera francesa después de cuarenta días de marcha. Nosotros creíamos que cuando llegáramos a Francia por fin descansaríamos y estaríamos tranquilos, pero nos encontramos con que nos querían meter en la Legión y tuvimos un montón de problemas con la Policía francesa, tuvimos que defendernos otra vez.

Francisco Blancas Pino estuvo a punto de acabar en la Legión extranjera, pero le salvó la falta de los dos dedos de la mano derecha. Paradójicamente, la herida que tanto le hizo sufrir en España, le libró en Francia de ser destinado a Indochina.

Hoy día, afincado en el país vecino, regresa a España de vez en cuando, para ver a su familia y algunos pocos amigos. *Veneno* no se arrepiente de nada y si tuviera que comenzar otra vez, lo haría de nuevo.

> Nosotros éramos tres hermanos y una hermana que aún vive. De mis hermanos, uno murió en la guerra y los dos que quedamos nos encontramos en la cárcel en 1939. Mi hermano y yo estuvimos condenados a muerte, yo pasé en la cárcel casi seis años hasta que

me escapé. Mi madre tuvo que irse del pueblo porque estaba perseguida y hasta sus últimos años permaneció escondida, viviendo en la clandestinidad. No tengo vergüenza de haber sido un luchador contra el franquismo, asumo lo que hice. De todas formas, los cuatro guerrilleros que salimos de los Montes de Toledo huyendo, lo hicimos pensando que nuestra lucha no había servido para nada, que no habían valido para nada los compañeros muertos y nuestras vidas las habíamos arriesgado inútilmente. Ése era nuestro sentimiento de fracaso, pero no porque nosotros estuviéramos asqueados de la lucha o cansados de luchar, no, lo que empezábamos a ver era que nuestro sacrificio ya no servía. Estábamos solos.

Los tres marzos de Honorio Molina Merino, comandante Honorio.

En Villarta de los Montes, un pueblo pobre de Badajoz, en la llamada Siberia extremeña, apenas se notó el paso de la Guerra Civil. Además de salvar a los derechistas de su propio pueblo —a los que dejó escapar o camufló en casas de otros vecinos—, el alcalde elegido por el Frente Popular, Julián Molina Acedo, un pequeño ganadero, llegó a evitar incluso el fusilamiento de los de Villanueva de la Serena cuando éstos fueron llevados a Villarta por los milicianos. Decía que mientras él permaneciera en el pueblo no se cometería ningún asesinato. Acabada la guerra, estos hombres acudieron a Villarta para agradecer y salvar la vida de aquel alcalde que los protegió, ya que sabían las represalias sangrientas que se estaban produciendo en todos aquellos pueblos de la provincia de Badajoz. Pero ya era demasiado tarde. El alcalde, junto con 23 personas más, había caído asesinado en el campo a manos de los *Escopeteros del Alba*.

Aquella espantosa matanza fue responsabilidad directa del nuevo alcalde franquista, Carlos de Rivas Molina, que ya había sido alcalde durante el llamado bienio negro de la República. Tras la llegada del Ejército de Franco, lo primero que hizo fue subirse a un balcón y lanzar una terrible amenaza: «Hemos tenido los cojones de ganar la guerra, ahora los debemos

tener para hacer una limpia». Desgraciadamente, aquella infame amenaza se cumplió el 16 de mayo de 1939.

Ese día, mes y medio después de finalizada la contienda, Julián Molina, junto con sus hermanos Aurelio y Lisardo Molina y veinte personas más, fueron fusilados en la llamada Hoya de Fernando, en las cercanías del pueblo. Algunas de las muertes están inscritas en el registro de defunciones de Villarta como «consecuencia de la guerra». Las víctimas habían sido encerradas en una cochera. En una noche de juerga y vino por parte de los falangistas locales, y con la excusa de llevarlos a juicio a Herrera del Duque, montaron a una primera tanda en un camión, comenzando así el camino del no retorno. A unos dos kilómetros del pueblo fueron apeados y acribillados con las manos atadas a la espalda. Otros once que quedaban en la cochera les subieron al camión y les llevaron a la carretera. A cien metros de las primeras ejecuciones les asesinaron a tiros. Al alcalde Julián Molina, antes de matarle, le amputaron sus órganos genitales y se los colgaron al cuello. Aún quedaban más detenidos en las cocheras, pero el destino les deparó mejor suerte. El amanecer se les echó encima y un capitán de la Legión que se encontraba acantonado en el pueblo, enterado de lo que estaba sucediendo, detuvo aquellos asesinatos.

Los cuerpos de las víctimas permanecieron a la intemperie en el lugar donde habían sido fusilados, sirviendo de comida para las alimañas, sin que se permitiera a los familiares que fueran a enterrarlos. Hasta que un mando militar, horrorizado, ordenó el entierro de los restos que aún permanecían en el lugar del crimen. Sin embargo, los falangistas impidieron que se pusiera en el lugar una cruz de madera. Hasta 1981, gracias a la colaboración del alcalde de UCD, los restos no fueron desenterrados del fatídico paraje y llevados a un panteón común en el cementerio municipal.

Para entender por qué Honorio Molina Merino, *comandante Honorio*, se echó al monte, hay que conocer esta terrible historia. Honorio era uno de los hijos del alcalde Julián Molina y había nacido el 16 de marzo de 1918 en Villarta de los Montes. Su padre lo envió a estudiar a Ciudad Real, colocándose una vez que llegó al pueblo —donde abundaban las caballerías — como aprendiz de herrador. Honorio perteneció a las últimas quintas que se incorporaron a la guerra, pero no llegó a entrar en combate. Cuando

acabó la contienda, fue internado en el campo de concentración de Cíjara, como muchos de los soldados republicanos del frente de Extremadura y de allí le condujeron a Castuera, donde supo de la terrible noticia del asesinato de su padre. Un competidor en el negocio de la herrería le denunció falsamente y Honorio fue trasladado a la prisión-convento de Herrera del Duque para ser juzgado. En la cárcel, uno de los encargados, que era de izquierdas, le dijo que iba a ser fusilado tras el juicio, que se celebraría al día siguiente.

En la madrugada del 12 de marzo de 1940, Honorio Molina se fugó en compañía de Joaquín Ventas Cita, *Chaquetalarga* —el que luego sería jefe de la 13 División— y Juan Aldama Estruen, *Patato*, de Fuenlabrada de los Montes. En una noche en la que llovía a cántaros, hicieron un agujero y se fugaron por las cloacas. Después de correr varias horas, llegaron a Fuenlabrada de los Montes y para quitarse la porquería que llevaban encima, se bañaron desnudos en el pilón. Cogieron ropa nueva en la casa de *Chaquetalarga* y desaparecieron en la sierra. Vestidos, vueltos a nacer, comenzaron su vida de fugados. Ése fue el segundo marzo decisivo en la vida de Honorio.

El tercero sería el de su muerte, el 12 de marzo de 1949, en la Solana del Carrizal. Entonces tenía 31 años. En esos nueve años de libertad en la guerrilla, sucedieron muchas cosas. Los pocos familiares directos que tenía, murieron. En esos primeros tiempos, Honorio incluso había visitado su pueblo en alguna ocasión, como cuando estuvo en un baile, en las afueras del pueblo con otros huidos. A consecuencia de esta visita y de su vinculación con algunos vecinos del pueblo, fueron detenidas varias personas. Su hermana, Leonor Molina, falleció a consecuencia de los malos tratos sufridos durante la detención. Su madre, Marciana Merino, murió en la cárcel de Mérida por una infección, cuando se encontraba en el pabellón de las condenadas a muerte.

Sólo quedó su sobrina Eloísa, que, a su vez, había perdido a todos los suyos y se vio abocada al hambre y a una pobreza extrema y continua.

> Nadie me quería, porque les comprometía. Suponían que mi tío Honorio vendría a verme alguna vez y allí estaban al acecho. Me preguntaban si lo había visto, y yo les decía que no. Sólo lo vi cuando se fue a la sierra, yo tenía 12 años, me abrazó y me alzó del suelo

con sus brazos. Me había quedado sin abuelo, asesinado con los 23 del pueblo, sin madre ni padre —murió en la guerra—, sin tíos. Sólo le tenía a él y también lo perdí.

El *comandante Honorio* intentó no dejarla desprotegida. Mandaba dinero para ella con algún enlace: «Toma niña, estos cinco duros me los ha dado tu tío Honorio para ti». Honorio Molina no tenía ideología política, y sólo en la guerrilla se hizo comunista. Fue jefe del Estado Mayor de la Agrupación Guerrillera de los Montes de Toledo, Ciudad Real y Badajoz, pasando, una vez desaparecida ésta, a mandar la 23 División guerrillera de la 2.ª Agrupación de Ciudad Real, cuya dirección ostentaba Ramón Guerreiro Gómez, *Julio*. Durante el primer tiempo de huido, el *comandante Honorio*, con los miembros de su partida, realizó robos para conseguir víveres, atracos y algunos ajusticiamientos de alcaldes. También mató a un guarda forestal de Cabañeros que hizo frente a los guerrilleros. Sin embargo, otra muerte que le achacaron parece que no fue cierta, la del alcalde de Horcajo de los Montes (Ciudad Real). Al alcalde franquista, que tomaba parte en una persecución con la Guardia Civil contra los huidos, se le reventó la escopeta, según han contado posteriormente testigos y vecinos del propio pueblo.

Si recorre uno la zona de Villarta de los Montes, lo más normal es que se encuentre algún pastor con su cayado, su sombrero y su zurrón, cuidando de las cabras. Una imagen que, salvando las distancias, es la misma que hace sesenta años. Uno de estos pastores de la sierra de La Lobera es Emiliano Millán.

Emiliano estuvo con los guerrilleros en bastantes ocasiones. Sus padres eran familiares de Honorio. Su abuelo Lisardo Molina, hermano del padre de Honorio, murió fusilado también en la matanza de los 23. Emiliano era un fácil contacto para las partidas, puesto que tenían la seguridad de que no serían delatados, y aprovechaban para aprovisionarse de carne, leche y aquello que les pudieran facilitar, pagando siempre. «Al principio chocaban siempre dos piedras como contraseña. Más tarde, hacían el canto del búho».

Pero Emiliano no sólo se encontraba con los guerrilleros. También con los de la contrapartida de la guardia civil.

> De vez en cuando se presentaban en nuestra majada los Guardias Civiles disfrazados como si fueran guerrilleros e intentaban sacarnos información, o comprometernos en una ayuda, pero ya los conocíamos y no colaborábamos. Se llevaban nuestra comida y algún animal que otro, por lo que nos veíamos obligados a denunciar el hecho como si hubieran sido los de la sierra.
>
> A los guardias les acompañaban falangistas del pueblo que se tiznaban la cara y se quedaban retrasados cuando llegaban donde estábamos los pastores para que no les reconociéramos. Cada vez que denunciábamos la visita, que lo teníamos que hacer por obligación, podíamos ver de uniforme y tomando la declaración al mismo cabo que se había presentado al frente de la contrapartida.

Estas contrapartidas cometieron todo tipo de tropelías en nombre de los huidos. Según cuenta Emiliano, un buen día, a un pastor de un pueblo vecino le quitaron el zurrón de la comida mientras se encontraba con el ganado. Este pastor se topó con aquéllos que le habían robado en un baile en el pueblo, y les acusó del robo de la mochila. Ellos le respondieron que no sabían de lo que les estaba hablando y salieron del baile. Al día siguiente mataron al pastor, cuyo único delito había sido reconocerles.

Cuenta Emiliano Millán que como los falangistas del pueblo conocían las visitas que Honorio realizaba para ver a sus padres, éstos fueron encerrados en la cárcel de Fuenlabrada de los Montes, donde recibieron unas palizas descomunales.

> No fue eso lo peor, sino que nosotros quedamos solos y desamparados en el monte siendo apenas unos chavalillos. Fuimos a hablar con Felipe Portillo, el falangista, para intentar que los dejara libres, y nos exigió 4000 pesetas. Nos vimos obligados a vender catorce reses para pagarle. Nos dejó en la miseria.

Una de las historias que le contó su primo Honorio cuando se encontraban en el monte, parecía increíble. Cuando estaban a la sombra de una encina, se vieron sorprendidos por una pareja de la Guardia Civil que se encontraba de patrulla por el monte. Les hicieron poner las manos en alto y se vieron perdidos. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando los guardias civiles les pidieron tabaco. Una vez que se aprovisionaron de tabaco, la pareja de la Benemérita se fue por un lado y los huidos por otro. No era la primera vez que esto sucedía. El guerrillero Gabino González Castillo

también se vio sorprendido por la Guardia Civil cuando buscaba leña. Al llegar a un arbusto, salió un número con el fusil y le apuntó diciéndole: «Vete de aquí que te mato». Al verse sorprendido, el guerrillero levantó las manos y se fue echando hacia atrás hasta desaparecer.

La verdad es que la partida del *comandante Honorio* fue la que menos enfrentamientos tuvo con la Guardia Civil. También fue la zona donde la Benemérita tuvo más destacamentos y donde ejerció una mayor vigilancia. En julio de 1946 las divisiones 22 y 23, muy mermadas de efectivos, se fusionaron bajo la jefatura del *comandante Honorio*. Entre 1946 y 1948 realizaron robos para suministrarse, así como atracos y secuestros, pero el declive de la guerrilla era imparable. A lo largo de los meses, algunos guerrilleros se escondieron en Madrid, otros abandonaron y se camuflaron y algunos se entregaron, como el célebre *Pedro el Cruel* —había sido jefe de guerrilla—, que pasó a formar parte de las contrapartidas del teniente coronel Limia y a ser un azote para sus compañeros.

Finalmente, en enero de 1949, sólo quedaban en la sierra José Méndez Jaramago, *Manco de Agudo* —uno de los más sanguinarios—, el *comandante Honorio* y Reyes Sauceda, *Parrala*, que había sido novillero. Eran los únicos supervivientes de una guerrilla que había llegado a contar con cuarenta hombres. Tras un secuestro en el pueblo de Alares de los Montes por el que obtuvieron 20. 000 pesetas, la Guardia Civil descubrió a un enlace que tenía un chozo en la sierra del Carrizal, en el término de Retuerta del Bullaque, donde se refugiaban los guerrilleros. El enlace fue obligado a colaborar con la Guardia Civil bajo amenaza de muerte. Según la versión difundida, tres guardias se colocaron en un apostadero disimulado como leñera y esperaron. La noche del 12 de marzo de 1949 vieron aparecer al *comandante Honorio*. Tras él, llegaron sus dos compañeros. En un momento que el enlace salió del chozo, la Guardia Civil comenzó a disparar. Los guerrilleros dispararon también a la desesperada hiriendo a un guardia hasta que cayeron muertos.

Otra versión, la que se considera cierta entre los vecinos del lugar, cuenta que la muerte de los tres guerrilleros se produjo por envenenamiento en una tasca de las proximidades de los Cortijos. Los guerrilleros tenían costumbre de visitar un bar situado en aquella zona, cuyo propietario servía

de enlace. Para que no les envenenaran, los guerrilleros descorchaban ellos mismos las botellas de vino que se tomaban, no bebiendo de botellas ya empezadas. La Guardia Civil descubrió al enlace y le amenazó, por lo que éste tuvo que colaborar con la contrapartida que le proporcionó botellas de vino envenenadas perfectamente etiquetadas y precintadas. Los tres guerrilleros murieron envenenados y para conseguir la recompensa, los ascensos o las medallas, los guardias decidieron hacer el simulacro del tiroteo con la contrapartida en el chozo de aquel carbonero. Los cuerpos fueron acribillados a tiros una vez muertos.

Trasladados los cadáveres al cementerio antiguo de Retuerta del Bullaque, fueron enterrados los tres juntos sin caja en una fosa común. Aún permanecen allí los restos, conteniendo el secreto de la causa de su muerte.

Dos años llamando a *Gabino* por los montes.

Otro guerrillero de la partida del *comandante Honorio* fue Gabino González Castillo, *Gabino*. En realidad se llamaba Juan Ramón y había nacido en 1917 en Villarta de los Montes. Era jornalero y había pertenecido a las Juventudes Socialistas. De la quinta de 1937, se incorporó a la guerra el 21 de agosto de ese mismo año y sirvió en el frente de Extremadura en la zona de Villanueva de la Serena. Cuando cayó el frente, fue hecho prisionero, mandado a un batallón disciplinario y más tarde a la cárcel de Mérida. La Junta Clasificadora franquista le sometió a juicio y le puso en libertad al comprobar que se había incorporado a la guerra por su quinta y no como voluntario, sin tener ningún suceso de sangre. Fueron las propias hermanas las que pagaron a un transportista de la zona para que le llevara al pueblo. Pero en Villarta ya se había montado el piquete de falangistas a la espera de que regresara para acribillarle a tiros. La familia de *Gabino* pudo advertírselo a tiempo antes de entrar al pueblo y éste prefirió echarse al monte y contactar con los huidos, entre los cuales se encontraba su amigo y vecino Honorio.

«Siempre llevé a mi hermano en mi corazón. Puedo decirlo con orgullo», dice Porfiria, la hermana de Gabino, cuando nos recibe en su casa de Fuenlabrada de los Montes. Debo a Rufino Ayuso, un estudioso de la historia de la guerrilla de la zona, el contacto con las hermanas de Gabino y otras personas. Profiria, una mujer ya octogenaria, tiene una energía juvenil. Siempre llevó escondida en sus senos la foto de su hermano y una postal con una alegoría de la República —una mujer empuñando una bandera— que éste le había enviado. Nunca pudieron encontrársela. Hoy me enseña la foto y la postal coloreada, guardadas celosamente en un álbum familiar.

> No todo el mundo tenía una postal como ésta. Para mí era un tesoro. En ella dice «Llevas oro, llevas sangre, en el fondo de tu alma…», me la aprendí de memoria. Yo no sé leer ni escribir, las cosas como son. Pero la República y mi hermano estaban ahí, en el lado donde latía mi corazón.

Gabino, jefe de guerrilla en la partida de Honorio, tuvo fama de valiente. Perdió un dedo de la mano derecha en un enfrentamiento en la sierra de la Palomera, en Puebla de Don Rodrigo. Los guerrilleros fueron cercados en un chozo. Se entabló un tiroteo y al salir, los guerrilleros iban a abandonar un par de jamones. «Estos hijoputas no se comen los jamones», dijo *Gabino* plantando cara a los guardias. Recibió un tiro en la culata del fusil que le amputó uno de sus dedos y la primera falange del otro, siendo operado en el hospital de Ciudad Real con documentación falsa.

Varias veces estuvieron con él sus hermanas. En los primeros tiempos, *Gabino* entró en su propia casa para poder ver a su familia, que se quedaba asombrada. Le abrazaban con una inmensa alegría, temiendo siempre que fuera la última vez. Toda la curiosidad de las hermanas era poder ver el dedo que *Gabino* había perdido en el combate: «Otras veces nos decía dónde estaba y entonces íbamos a verle. Iba más rápida y derecha que una vara verde. Mi hermano era lo mejor para mí. Le llevaba vendas, comida, lo que hiciera falta. Me importaba muy poco el peligro».

Al despedirse en uno de aquellos fugaces encuentros, Gabino cogió a su hermana de los hombros y la atrajo hacia sí para abrazarla. De repente se

había dado cuenta que aquella chiquilla se había convertido en una mujer, guapa y hermosa, a la que no iba a poder defender.

> Era una noche de luna llena. Me miró y me dijo entre lágrimas que aquello no era vida, que se iba a meter dos tiros. Yo le contesté que suicidarse era de cobardes y que si tenía que morir lo hiciera llevándose por medio a aquellas personas que nos habían sumido en la miseria. «Si tenemos que morir todos, *Gabino*, será que así viene la vida», le dije. Nunca tuve miedo, ni de la vida ni de la muerte. Pero de mí nadie iba a sacar ni una palabra.

Los que sufrieron las consecuencias de aquella guerra irregular y sucia fueron, sobre todo, los familiares. El padre de *Gabino*, Benito González Morgades, pasó durante ocho años por diferentes cárceles franquistas, entre ellas las del Dueso y Puerto de Santa María. La hermana de Gabino, Blasa González Castillo, estuvo un mes en la cárcel de Fuenlabrada de los Montes y tres meses más en la de Castuera. Y Profiria González Castillo, la otra hermana, entregó dos años y cuatro meses de su vida por diferentes cárceles de Badajoz. Tres veces entró y salió de las cárceles franquistas. La primera vez la llevaron a la cárcel de Fuenlabrada de los Montes, donde la raparon al cero. Junto con su madre —que sufrió ocho meses de prisión— y Marciana Merino, madre del *comandante Honorio*, fue encerrada en el pabellón de las condenadas a muerte de la cárcel de Mérida.

Después de la cárcel, Blasa fue obligada durante dos años por el alcalde de Villarta a recorrer todos los montes de la comarca gritando el nombre de su hermano para convencerle de que se entregara. Sabía que si su hermano lo hacía no duraría mucho vivo:

> Nos decían que los fugaos estaban en tal sitio y a nosotras nos llevaban para allá. Veíamos que habían estado allí anteriormente, pero de ellos ni rastro. Cada vez que tuvimos contacto con los huidos fueron ellos los que nos encontraban, nunca al contrario.

En una de estas incursiones en la sierra, sus voces alteraron la celebración de una montería.

> Un militar que estaba allí, ante mi sorpresa me hizo señales para que me acercara y me preguntó por qué voceaba ese nombre. Yo le expliqué al militar los motivos. El militar

ordenó que me fuera a una casa y que me dieran de comer. «Muchos hombres no serían capaces de hacer lo que usted está haciendo. Si la obligan a volver al monte, yo mismo le pegaré cinco tiros a quien se lo mande», así me dijo.

No fue la única vez que las propias autoridades franquistas intercedieron por ellas. Aprovechando la visita que el gobernador civil de Badajoz realizó a uno de los pueblos de la comarca, Blasa se subió al atril desde el cual tenía que leer el discurso, se arrodilló y comenzó a contarle todo el sufrimiento que les estaban haciendo pasar por el hecho de tener un hermano huido en la sierra. Blasa enseñó sus manos heridas y llenas de callos al gobernador, diciéndole que había gente que las acusaba de que el dinero que tenían se lo mandaba su hermano. El gobernador, conmovido, confeccionó un salvoconducto que les permitía moverse libremente sin miedo a ser castigadas. Gracias a eso pudieron trabajar de sirvientas en casas de hacendados. Dice Profiria:

La gente no nos ayudaba porque decían que les comprometíamos. Nos sacaban un pedazo de pan, a escondidas, como si se lo echaran a los perros. El miedo podía con ellos. Nadie sabe lo que hemos pasado. Nuestras desgracias no tenían número ni fin.

Estando Blasa y Profiria en el Hotel Europa de Cáceres, que hacía las veces de prisión y de acuartelamiento de la Guardia Civil, vieron cómo se entregaban tres guerrilleros al coronel Gómez Cantos.

Los guerrilleros salieron de la parte trasera de un coche, con las armas que tenían en la sierra. Delante de nosotras fueron interrogados y les ofrecieron formar parte de las contrapartidas antiguerrilleras. Uno de los guerrilleros dijo que él se había entregado para salvar su vida, pero que jamás levantaría su fusil contra los que habían sido sus compañeros. No sabemos qué fue de ellos, pero sí podemos decir que Gómez Cantos, con todo lo que fuera y realizara en aquellos pueblos de Extremadura, fue un hombre de palabra que respetó la vida a quien se entregó haciendo caso de sus proclamas. A nosotras nadie nos tocó un pelo porque él dijo que al primero que nos pusiera la mano encima lo fusilaba. El que sí fue un criminal, y no nos cansaremos de decirlo, fue el capitán Federico Chacón Cuesta.

Su hermano *Gabino* era muy amigo del *comandante Honorio*, y uno de sus mejores hombres. Cuando murió, su pérdida fue un duro golpe para el líder guerrillero.

> Cuando murió mi hermano, a través de un enlace, Honorio nos mandó una carta explicándonos todo, pero esta carta fue destruida después de haberla tenido escondida durante mucho tiempo.

Según las hermanas, la muerte de *Gabino* se produjo por la traición de un enlace del pueblo de Los Cortijos. Los guerrilleros tenían una reunión en la finca. La contraseña era una sábana tendida en uno de los balcones, lo que significaba vía libre, y al verla, pasaron. La contrapartida de la Guardia Civil estaba esperándoles. Los guerrilleros apenas tuvieron tiempo de reaccionar y de responder a los disparos. *Gabino* recibió un tiro que le atravesó la barriga de uno a otro lado. Tras verse herido de muerte, comunicó a los miembros de su partida que por él ya nada se podía hacer, que se quedaría agazapado cubriéndoles la retirada. Que lo dieran por muerto en el momento que oyeran un disparo solitario, como así sucedió. Además de *Gabino*, murió otro guerrillero apodado *Barbero*. Sus cuerpos fueron trasladados hasta el pueblo toledano de Los Yébenes, donde fueron enterrados.

La doble muerte del teniente *Chavito*.

Otro guerrillero que permanece en la memoria de las gentes de Villarta de los Montes y que perteneció a la partida del *comandante Honorio* fue Casimiro Chaves Romero, *Chavito*, nacido en 1908. Junto a otras dos personas, cometió antes de la guerra un atraco al Banco de España, en Madrid, llevándose varios millones de pesetas. Pero fueron detenidos debido a la delación de la novia de uno de ellos. *Chavito* se encontraba en la cárcel cuando empezó la guerra, momento en que recobró la libertad y se integró en las milicias republicanas, donde llegó al grado de teniente.

Afiliado a las Juventudes Socialistas, fue él quien en un primer momento tomó el mando de aquella primera partida de huidos. Ante el abandono del exterior y el fracaso de las guerrillas, fingió su muerte para que le dejaran de buscar en el monte. Hizo circular la versión de que había muerto por accidente al dispararse su arma cuando golpeaba la puerta de una majada de pastores. Llegó hasta simular su enterramiento, con una tumba cubierta de piedras.

Después, se trasladó a un pueblo de Guadalajara, donde con documentación falsa, comenzó una vida normal.

Pero la muerte, a la que había esquivado en el monte con forma de bala, le salió al paso cuando circulaba en su motocicleta. Después de un accidente de tráfico y antes de morir, confesó su verdadera identidad.

A Víctor Ramos, casado con Eloísa Trigueros, la sobrina del *comandante Honorio*, los ojos se le ponen tristes cuando habla de aquel tiempo. Él fue testigo del asesinato a sangre fría y delante de todo el pueblo del hermano de *Chavito* por parte de los falangistas y la Guardia Civil. El origen de la tragedia fue la muerte de dos pobres soldados que regresaban a su acuartelamiento en Villarta después de haber disfrutado de un permiso. Los soldados se sentaron a descansar debajo de una encina a diez kilómetros del pueblo, con tan mala suerte de que pasó por allí una patrulla a caballo de la Guardia Civil cuya presencia les sobresaltó. Al encontrarse en una zona de huidos, y viendo dos personas debajo de una encina que se levantaban apresuradamente ante su presencia, los miembros del Instituto Armado abrieron fuego sobre ambos y los mataron. Una vez que se percataron del terrible error, echaron la culpa de las muertes a los de la sierra. Un carbonero que se encontraba trabajando en una casa próxima se asomó al oír los tiros y vio lo ocurrido. El carbonero Crisóstomo Becerra, que había sido teniente de milicias en el Ejército republicano, fue llevado a Fuenlabrada de los Montes, donde, tras ser torturado, murió fusilado. De esta forma, absolutamente inhumana, la Guardia Civil eliminó a un testigo de la muerte de aquellos soldados que, además, era «rojo». Pero la saña de los represores fue aún más aterradora.

El único delito de Manolo Chaves, como el de otros familiares de los guerrilleros, fue tener un hermano en la sierra. Con el pretexto de la muerte

de los soldados fue detenido. Manolo Chaves Romero era el porquerizo de todos los cochinos de Villarta. El capitán de la Benemérita Federico Chacón quiso hacer recaer un «castigo ejemplar» sobre las familias de los huidos que escarmentase a todo el pueblo. El 4 de octubre de 1941 detuvo y condujo a Manolo Chaves, con las manos atadas a la espalda, hasta «El Chorro», una fuente al lado de la iglesia. Víctor Ramos, como todos los del pueblo, fue concentrado allí por los números de la Guardia Civil a golpe de culata. Un grupo de individuos a los que sus uniformes caracterizaban como falangistas esperaban, para ejercer con toda impunidad su siniestro papel de verdugos.

> Yo actué como monaguillo. El pobre Manolo entró un momento en la iglesia. El cura le preguntó si quería confesar, a lo que respondió que sí. Una vez confesado, fue sacado de nuevo y cerca de la fuente le dispararon varias descargas por la espalda. Cayó al suelo, siendo rematado con el tiro de gracia. Las últimas palabras que Manolo Chaves escuchó de los falangistas fueron: «Echa a andar, que te vas a Rusia».

Antes de que lo mataran, Manolo Chaves le dijo a una de sus tías —que fue obligada a presenciar el asesinato como todo el pueblo— que cuidase de sus hijos, ya que a él lo iban a matar sin ninguna culpa. Ese asesinato, como otros, fue instigado por los falangistas y caciques del pueblo, con Felipe Portillo a la cabeza. Una vez que Manolo Chaves se encontraba muerto en el suelo, fue el propio capitán Chacón quien se acercó al denunciante de aquel infeliz porquero y le dijo: «Vete de mi vista, bandido, que me has hecho asesinar a un santo». Según consta en el registro de defunciones del ayuntamiento, Manuel Chaves falleció a consecuencia de «hemorragia interna». En la España de la posguerra, que estrenaba con gran alarde propagandístico el seguro de enfermedad, se dieron epidemias en bastantes zonas de esas «hemorragias internas», a las que cualquier tribunal del mundo habría calificado de simples asesinatos, realizados con la cobardía de la impunidad.

Severo Eubel de la Paz: la guerrilla de la metáfora.

Adolfo Lucas Reguilón García comenzó a preparar su pintoresca y guerrilla en el verano de 1943, cuando en la radio diariamente se oía *Lili Marlen* y todo el mundo especulaba aún con la victoria del Eje. Reguilón había nacido en 1911 en el pueblo madrileño de Villa del Prado, en el seno de una familia de campesinos. Estudió magisterio y conocía bien la sierra de San Vicente —había sido maestro en uno de sus pueblos—, uno de los lugares donde su guerrilla, el sector «M» (Mirlo), desarrolló sus acciones, junto con Gredos y las sierras abulense y madrileña. Una guerrilla que acabaría independizándose de la Agrupación de Guerrilleros de Extremadura-Centro con el nombre de «Agrupación Guadarrama» y que actuó en pueblos como Guadalix de la Sierra, El Escorial, Collado Mediano, Manzanares el Real o Galapagar.

Reguilón había ingresado en el PCE en 1936. Durante la Guerra Civil ocupó el cargo de comisario de Sanidad en Levante. Allí le pilló el final de la guerra. En la huida, dejó su puesto en el avión a la mujer de Fernando Claudín, que estaba embarazada. Fue internado primero en el campo de Albatera, pero conoció varias cárceles, entre ellas la de Talavera de la Reina, un viejo y destartalado caserón sobre el río Tajo, antigua fábrica de sedas, y por último Toledo. Salió de prisión en primavera de 1943 y en verano ya estaba organizando su grupo guerrillero, en Piedralaves, donde se refugió tras la caída de su cuñado, un dirigente provincial del PCE. Había intentado sin éxito trabajar como maestro dando clases particulares, pero se tuvo que esconder en el pueblo con su mujer, Isabel Villalba.

No desaprovechó el tiempo. Poco a poco, y gracias a unas indudables dotes personales, fue confeccionando una red de enlaces donde figuraban desde viejas ricachonas de derechas hasta exmiembros de la División Azul. Todo lo puso al servicio de la política de Unión Nacional, de la que era un ardiente defensor. Ésa defensa a ultranza de la integración de diferentes sectores, hasta de la derecha moderada, para combatir a Franco, junto con un pacifismo declarado, le acarrearon muchas simpatías y complicidades.

Con el apoyo de los hermanos Manuel y Mariano Gómez Sánchez, *Tabanques*, además de su mujer y una decena de hombres de la comarca, crearon las guerrillas carpetanas en una reunión en el monte Mirlo. Editó

unos «bonos de la resistencia» para no tener que recurrir a los atracos o los secuestros. Con su nombre de guerra, *Severo Eubel de la Paz*, se dedicó más que nada a la acción propagandística, en la que destacó por su ingenio, sus proclamas y sus golpes de efecto. Para repartir los folletos que escribía —algunos autores como Secundino Serrano han hablado de su guerrilla como «la guerrilla de la metáfora»— tenía una pequeña imprenta portátil. A finales de 1944 fue cuando comenzó su breve, pero intensa andadura, que dejó una nota distinta en un panorama de enfrentamiento mortal donde lo que predominaba por una y otra parte era el odio.

El 26 de agosto de 1946, poco antes de que la guerrilla se disolviera, entró en el pueblo de Alameda del Valle y después de ocupar el Ayuntamiento, hacer un mitin y colocar una bandera republicana, obligó al secretario municipal a que anotase en el libro de actas la liberación del pueblo. La Guardia Civil no entendía mucho de poesía y poco después, en un combate, sin duda desigual, mató a los dos hermanos *Tabanques*. Tampoco estuvo bien visto por el PCE, que le condenó a muerte. La sentencia, sin embargo, no pudo ser ejecutada. Según le contó al escritor Eduardo Pons Prades cuando éste le entrevistó para su libro sobre las guerrillas españolas, Reguilón recibió a los enviados del partido, desarmado, y les informó de que estaban rodeados por tres campamentos guerrilleros que les liquidarían si oían un tiro. Su estratagema dio resultado. Sobrevivió a infiltrados de la Policía que, asimismo, querían eliminarle y a tiroteos y persecuciones en el mismo Madrid, junto a su mujer, que le acompañó en la aventura.

Escribió sus andaduras en un libro, *El último guerrillero de España*. En ellas cuenta cómo fue condenado a muerte «ocho o diez veces en rebeldía» como organizador de la Unión Nacional y de la resistencia guerrillera en el centro durante cuatro años. En 1947, cuando la lucha fue insostenible, se retiró a un pueblo de Lugo, donde trabajó ocho años como maestro. Allí fue detenido en 1956 y condenado a muerte al año siguiente. Le fue conmutada la pena y permaneció en la prisión de Burgos hasta marzo de 1972. En total, según él mismo escribe en su *Diario de un condenado a muerte* —realizado en las dos veces que estuvo esperando su fusilamiento—, un total de veinte años de cautiverio, más de doce en la clandestinidad con nombres supuestos

y unas diez penas capitales. Una de las perlas de sus campañas de propaganda fue cierta octavilla fechada en noviembre de 1945, con la que sembró las sierras de Guadarrama y Gredos. Todo un ejemplo de guerra psicológica. Lástima que nadie se la creyera. Decía así:

PACTO DE NO-AGRESIÓN ENTRE LOS GUERRILLEROS
DE LA UNIÓN NACIONAL Y LA GUARDIA CIVIL.

Derrotado el fascismo en el mundo entero, y para evitar nuevos lutos a España, nuestra querida Madre común, sendas representaciones de ambas partes hemos establecido lo siguiente:

ACUERDO

Artículo 1.º—. Obligaciones mutuas: a) No atacarse; b) rehuir o disimular la presencia contraria; c) darse el «alto» sin hacer fuego, dejando libre la salida; d) si algún mando presente obligase a disparar, hacerlo al aire; e) dispensarse trato de hermanos; f) no tenderse emboscadas.

Artículo 2.º—. Obligaciones Guerrilleras. —1. No intentar el desarme de ningún guardia leal. —2. No aprovecharse de sus ventajas tácticas para el ataque a patrullas aisladas de servicio a pie o en automóvil. —3. Admitir en las guerrillas con el grado inmediato superior a los guardias o mandos que se consideren en peligro a consecuencia de su patriotismo. —4. Caminar a campo traviesa.

Artículo 3.º—. Obligaciones de la Guardia Civil. —1. Simular el servicio, cumpliéndolo al revés o retardándolo. —2. Castigar o molestar a los espías antiguerrilleros. —3. Ayudar secretamente a los patriotas en peligro. —4. Caminar siempre por rutas usadas. —5. El día de la liberación, detener a los criminales de guerra y acatar a las Juntas Locales de Unión Nacional.

Artículo 4.º—. Considerando que la Guardia Civil obró siempre en virtud de órdenes superiores, quedan borrados los antecedentes desfavorables; pero los contraventores de este

Pacto (que se comunicará a todos) serán castigados personal e inexorablemente.

En la Carpeto-Vetónica, a 1.º de noviembre de 1945. —Por la zona «M» (guerrillera): «Padilla». —Monte. —Eubel. —Por la Guardia Civil: Guardia R. G. (L-194). —sargento T. G. (L-320). —comandante S. M. (L-320). —Todos rubricados.

¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA LA PAZ!

5. Por las sierras de Andalucía:

La «guerra chica».

A Jose Murillo le sorprendió un día su nieto de seis años: «¿Abuelo, que era la guerra chica? La abuela dice que luchaste en una guerra chica…».

José Murillo, nacido el 9 de abril de 1924 en el Viso de los Pedroches, Córdoba, es quizá el único jefe de guerrilla de Andalucía que está vivo y que puede *contar su* «guerra chica». Cuando salió de la cárcel de Burgos, el 20 de abril de 1963, José Murillo había pasado en prisión catorce de sus casi cuarenta años de edad por el delito de ser luchador antifranquista. De aquellos años le quedaron cinco balas que nadie pudo extraerle del hombro derecho y que le acompañarán toda su vida. Esas balas, y el tiempo de lucha en la sierra eran todo su patrimonio. Pero no se amilanó. La vida fue siempre difícil para este hombre que en la guerrilla recibió el nombre de *comandante Ríos*. Su vida constituyó una lucha, una constante historia de pérdidas, algo que forja el carácter de los supervivientes. José Murillo tenía 12 años cuando estalló la Guerra Civil española, 15 cuando terminó y 17 cuando se unió a los guerrilleros que se escondían en Sierra Morena.

Andalucía fue de las primeras zonas de España donde triunfó la rebelión de las tropas de Franco. Los primeros «huidos» intentaron sobrevivir ocultándose en las montañas. Mientras que en otras zonas, sobre todo del norte, se les conocería como «Los del Monte», en Andalucía se les llamaría «Los de la Sierra». En ambos casos, sin nombrarlos, con el mismo verdadero y honorable significado: «Los últimos soldados de la República»,

frente a los términos usuales de la dictadura de «bandoleros», «forajidos» o «bandidos».

Acompañé a José Murillo en una visita al pueblo que le vio nacer, El Viso de los Pedroches, en Córdoba. En aquellos días, Murillo recibía el homenaje de sus paisanos que le nombraron hijo predilecto. Hoy el *comandante Ríos* es un hombre reconocido al que saluda mucha gente. Como los vecinos de la calle donde tuvo su casa: «Yo nací en el n.º 80 de esta calle —me señala la casa—. Hasta los 17 años estuve aquí. Cuando terminó la guerra fue cuando comenzó la mía».

Cuando la Guerra Civil acabó, los españoles que regresaron del frente republicano no lo tuvieron fácil. El padre de José Murillo fue uno de los españoles que tuvo que soportar la persecución de los falangistas y las amenazas de la Guardia Civil. Recuerda José:

> A mi padre lo andaban persiguiendo porque había sido simpatizante de la UGT y visitaba la casa del pueblo durante la República. Al regresar mi padre de la guerra aún estaba saludándonos cuando vinieron a quitarnos los animales y la casa, en unas horas tuvimos que irnos.

Así empezó el calvario de esta familia que vivía de las labores del campo y la ganadería. La presión a la que fueron sometidos obligó al padre de José a trabajar fuera del pueblo. Encontró un empleo como encargado de una finca, pero los problemas no tardaron en aparecer. Noches en el calabozo, humillaciones y amenazas constantes de falangistas y Guardia Civil.

> Mi padre, aconsejado por el jefe de Falange de este pueblo —que era más o menos amigo—, decidió huir a las montañas donde había miles de hombres refugiados, aunque no se puede hablar en aquel momento de guerrillas organizadas. Pero le dijo también, «Murillo, tú te quitas de en medio, pero este chaval que tiene 17 años es el que va a pagar las consecuencias y las represalias» y mi padre contestó al jefe de Falange: «A mi hijo no lo matan de rodillas, mi hijo va con su padre a defender su vida».

Su padre se lo planteó así a Murillo y éste no dudó en acompañarlo al monte. Juntos iniciaron así su vida en la guerrilla. Murillo retoma el hilo del

relato:

> Si no nos avisan de que nos escapáramos, no lo habríamos contado. Con esas cosas no se podía jugar porque no se andaban con chiquitas. Así que me fui con mi padre, nos despedimos de la madre y los hermanos. Vi a mi madre tan triste que no fui capaz de darle un beso, salí corriendo. Dicen que hay que olvidar, pero ¿cómo se puede olvidar si a mi padre le costó la vida, si mi madre estuvo cinco años en la cárcel con una niña de meses como represalia por nuestra huida, mis hermanos andaban medio desnudos comidos por la pobreza y la sarna? ¿Cómo puedo olvidar que yo tuve que abandonar mi pueblo con 17 años, que he tenido que soportar dos penas de muerte, quince años de cárcel y el sufrimiento? No quiero que el mundo entero lo olvide. Yo no había cometido ningún delito. Subimos a la sierra y tuvimos suerte porque al día siguiente nos dio el alto a un grupo de hombres. Nos preguntaron qué hacíamos por ahí y después de que mi padre les contara su historia, nos permitieron unirnos a ellos.

Murillo recuerda su juventud guerrillera sin nostalgia, como algo que no pudo ser de otra forma. Corría el año 1941 y en los montes de Sierra Morena actuaban varios grupos de guerrilleros.

> Al principio fue muy duro acostumbrarnos a aquella vida. Dedicábamos la mayor parte del tiempo a tratar de sobrevivir, buscando comida y esquivando las batidas de la Guardia Civil. Teníamos que cambiar nuestros campamentos constantemente para evitar ser descubiertos. Pasábamos el invierno en grandes chozas, reunidos con otros grupos con los que teníamos cierta confianza. Nunca decíamos nuestros verdaderos nombres, ni de dónde veníamos, para proteger a nuestra familia.

Desde que se echó al monte, sólo vio a su madre en una ocasión. La siguiente fue muchos años después.

> Me enteré de que mi madre había salido de la cárcel y bajé al pueblo. Pasé dos horas con ella y con mis hermanos. Mi padre en cambio fue herido en un enfrentamiento con la Policía, y detenido. Según la Policía fascista, se ahorcó en su celda en 1944, aunque nunca me he creído la versión de su muerte.
>
> Estando en las montañas yo aprendí a ser guerrillero, lo llevo con orgullo. Parece que eso no es nada, pero hay que saber ser guerrillero para crear la guerrilla que nosotros organizamos contra la dictadura de Franco. Había que hacer comprender a estos campesinos andaluces por qué les pedías las cosas. Entonces ellos entendían y te daban lo que tenían. Eran nobles.

Un año después de entrar en la tercera agrupación guerrillera de Sierra Morena, Murillo, con 18 años, se puso al frente de la tercera guerrilla. Operaba por Córdoba, Badajoz y en Sevilla, un perímetro que iba desde Cazalla de la Sierra hasta Constantina. Enseguida le vino el apodo de *comandante Ríos*.

Cuando llegábamos de noche a un río había que saber por dónde vadearlo. Yo me fijaba en las cosas, tomaba referencias. Para cruzar un río hay que buscar una zona donde esté el agua serena y meter un palo para ver si por abajo el agua va también serena o no. Yo nací en el campo y sabía estas cosas. Esto era importantísimo para no caerse en el agua y cruzar los ríos sin peligro. Dos miembros de la guerrilla murieron por congestión al enfermar por cruzar el río Guadalmez con agua helada.

La ocasión en que me pusieron *Ríos* de verdad fue una noche en la que atravesamos un río muy peligroso en Sierra Morena. Lo fundamental era encontrar el paso donde la corriente fuera serena. Y eso se nota muy bien observando la corriente, la maniobra que el agua va haciendo. Antes de meterme, les decía miradme y por donde yo vaya, seguidme. No nos quitábamos las botas para cruzar porque era muy peligroso, ¿quién sabe? Al otro lado podía estar la Guardia Civil esperándonos y si estábamos descalzos no podíamos correr. Las pistolas y la munición nos las echábamos al hombro para que no se mojaran. Pero esa noche un compañero no se dio cuenta y dejó la pistola en el suelo mientras se preparaba para cruzar el río, el caso es que se le olvidó recogerla en la oscuridad. Cruzamos el río y cuando llevábamos andados más de dos kilómetros paramos a fumar un cigarrillo debajo de la manta, en ese momento se echa las manos a la cabeza, ¡quién sabe por dónde hemos venido para volver a recoger la pistola…! Digo yo: «yo voy por la pistola, vosotros fumar el cigarro». Como tenía la virtud de fijarme en las cosas y tener referencias de los sitios por los que pasaba, de los troncos, de las ramas, no me fue difícil. Crucé el río, cogí la pistola y en vez de echar tres horas pues tardé unos tres cuartos de hora, algo impensable. El asombro. A partir de ahí yo fui *Ríos* para todo el mundo. Lo de *comandante* lo creó la Guardia Civil.

La vida en la sierra no estaba sembrada de acciones, sino de una difícil supervivencia día a día, con anécdotas como la de la pistola.

En la primera época había días que sobraba comida y otros que no comíamos. Los enlaces nos la llevaban y la cocinábamos allí mismo. Como teníamos que cocinar sin humo, lo hacíamos con palos de jara secos, sin corteza, que poníamos haciendo un cono. Eso arde y no echa chispa ninguna. No guisábamos en sartenes, sino en un caldero, sujeto por tres ramas en trípode. En los chozos, en la sierra, había que tener mucho cuidado con la luz, teníamos velas y linternas.

Había veces que comíamos en frío, cuando estábamos en el llano, de día nos subíamos a una encina y comíamos de lo que teníamos en los morrales, fiambre, queso… En la época más organizada de la guerrilla vivíamos en el llano, en las viviendas de los enlaces más que

en la sierra. En verano, en los días de marcha, a pleno sol, no se encontraba agua y no se podía beber la de la cantimplora, le entraba a uno colitis después. Las fuentes y los ríos estaban secos, la sed y el sueño son lo que más quita la vitalidad, la sed es lo peor, no te digo como se quedaba la garganta. Éramos felices cuando nos encontrábamos un cántaro de los segadores oculto entre las gavillas. Teníamos un truco para que no se nos secara la boca, nos metíamos un canto de río, pequeño, como un chicle, para conservar la humedad. Cuando estábamos en los campamentos, se guisaba de noche y se guardaba para el día siguiente, pistos, verduras, potajes.

Cuando salíamos de operaciones comíamos de noche, cuando llegábamos a algún caserío. Antes no se probaba bocado. En esas marchas, si pasábamos por tres o cuatro cortijos, tres o cuatro cafés te tomabas, te sacaban siempre algo de cenar.

En esos cortijos a veces oían la Pirenaica, que les daba ánimos ante lo que se consideraba que era la caída inminente del franquismo. También oían las canciones de la época. Y hacían las suyas propias. Ésta, por ejemplo, circuló por los Montes de Toledo, Extremadura y Sierra Morena. Algunas mujeres la cantaban en los lavaderos de los pueblos, pero, eso sí, con muchas precauciones.

[…] Y estas montañas de rocas peladas
que un día amargo nos dieron calor;
y en sus picachos preñados de rabia,
fusil en mano guardamos con honor.

En la aldea de mi vida
donde yo tengo mi amor
ve y dila que no me olvide
que muy pronto volveré.

En el río han puesto guardia
y los puentes han tomado
qué le importa al guerrillero,
si él siempre los pasa a nado.

Dicen que los guerrilleros tienen
la vida en un hilo
la tengan o no la tengan

guerrillero es mi marido.

La comunicación con los enlaces, o con otras partidas guerrilleras, se hacía a través de las estafetas. Ahí es donde recibían noticias, órdenes, consignas y propaganda. Era un lugar preciso donde los mensajes se dejaban y se recogían metidos en una botella y enterrados.

> Siempre que nos acercábamos a las estafetas lo hacíamos con toda clase de precauciones, porque eran sitios peligrosos donde la Guardia Civil podía estar esperando si la habían descubierto. La estafeta se ponía al lado de un árbol, una roca, de común acuerdo con los enlaces.
>
> Cuando andábamos por la montaña, no dejábamos señales de nuestro paso. A veces había que cruzar un camino polvoriento y no se podían dejar huellas. Entonces andábamos de espaldas o marcábamos las huellas con los zapatos al revés. No nos solíamos meter en barbechos, por lo mismo, porque no se viera la tierra removida. Otra cosa era salir de los cortijos en dirección contraria a la que se iba a tomar y luego, poco a poco, y por separado, nunca juntos, se iba tomando la verdadera dirección. Por la noche íbamos en fila india, con metros de separación y nos tirábamos al suelo si el primero de la fila lo hacía y daba la señal de peligro. No se podía hablar y si alguno tenía tos, todo el tiempo tenía un pañuelo en la boca, para no delatar.

Los guerrilleros fumaban. Como toda España. Ha sido una costumbre de todas las guerras y posguerras. El fumar calma los nervios y el hambre. En la España de los Ideales, o del tabaco de picadura, los guerrilleros tenían problemas a veces para conseguirlo. Así lo expresa el propio Murillo:

> Más de uno se la ha jugado por fumar. Cuando no podían más, iban solos a algún cortijo simulando ir a buscar a un animal perdido y pedían algunos cigarrillos. Luego, a la hora de fumar, de noche estaba prohibido y sobre todo de marcha. No sólo era por la luz, sino por el olor. A veces fumaban dos o tres debajo de una manta.

Una de las acciones en las que participó el *comandante Ríos* fue el secuestro de Manuel Salinas González, el hijo de 12 años de Enrique Salinas Anchelerga, presidente de la Diputación y de la Cámara Agrícola de Córdoba. Unos enlaces de Villaviciosa, carboneros y cazadores, informaron a la guerrilla y el día 2 de septiembre de 1945 varios hombres, dirigidos por *Mario de la Rosa* —Dionisio Tellado Vázquez, el dirigente del PCE que

estaba organizando la tercera agrupación— se presentaron en la finca de descanso de La Aljarilla, a 12 kilómetros de Córdoba.

Concentramos a toda la familia y les explicamos la situación. Enrique Salinas parecía querer pagar, y nos llevamos a su hijo para que todo fuera bien y no hiciera ninguna tontería. La madre insistió en ir con los hijos. Salimos a un lugar no muy lejano, para esperar a que el padre llegara con el dinero. Sin embargo, lo que había hecho éste fue avisar al Ejército y la Guardia Civil y llegaron fuerzas de todas partes, estuvimos a punto de ser copados. Entonces nos fuimos, dejamos en libertad a la mujer y a un hijo y nos llevamos al otro.

Sierra Morena fue tomada por miles de guardias y soldados. Nos libramos de milagro sorteando las patrullas, sin apenas alimentos, unos pocos garbanzos que no podíamos cocer. Pero de repente, por la noche, un cerdo que andaba suelto se metió en nuestro escondite y no lo contó. Allí mismo le acuchillamos rápido, para que no chillara, hicimos un pequeño fuego con cuatro troncos de jara debajo de unas mantas y medio tostamos el cerdo, lo cominos casi crudo, con piel y todo. Tuvimos para varios días, régimen al que se acostumbró nuestro rehén y ya amigo Manolo. «No veas, es como si te tragaras un cepillo», decía él.

En medio de estas batidas, un miembro del somatén y falangista cayó en medio de la partida guerrillera.

Estaba en la persecución y se metió entre nosotros sin darse cuenta. Los compañeros le ahorcaron allí mismo, con un cartel en el que explicaban la acción como un escarmiento. Estuvimos un mes o más en ese asedio, pero al fin nos llegaron noticias de que un tío de Manolo, comandante de artillería, entregaría el rescate. Nosotros tratábamos muy bien a Manolo, le dábamos la mejor comida, lo teníamos limpio, yo dormía con él para que no sufriera ningún peligro, ya que nos interesaba mucho entregarlo sano y salvo, mientras que a los guardias civiles era todo lo contrario. El propio Manolo se dio cuenta de eso y no podía comprender que su padre hubiera mandado a los guardias para matarlo.

Pero el padre ya se había arrepentido de mandar a las fuerzas y quería pagar. Un grupo de guerrilleros cobró el rescate, 75 000 pesetas, entregadas por un comandante de artillería en un lugar de la carretera de Villaviciosa a Córdoba, y dejaron libre a Manolo.

Lo llevamos cerca de la estación de Almodóvar, le regalamos un traje nuevo, que estrenó, y le dimos dinero para que cogiera el tren. Le dijimos que no contara nada hasta

llegar a Córdoba, cosa que cumplió. Él me regaló su pitillera de plástico y me pidió, un recuerdo y como yo no tenía nada, al final se quedó con mi cinturón.

Esas 75 000 pesetas sirvieron para poner en marcha la tercera agrupación guerrillera, la de Córdoba. Una agrupación cuyos años más activos discurrieron entre 1945 y 1947. A partir de ese momento las redes de enlaces comenzaron a ser desmanteladas y la guerrilla empezó a desmoronarse.

Los enlaces se reclutaban entre los campesinos y jornaleros, atendiendo a su pasado y sus referencias. Lo primero que se requería de ellos era información, que servía para los golpes económicos o los secuestros. Había otros cómplices pasivos. Los campesinos y jornaleros, en un noventa por ciento, nunca avisaban a la Guardia Civil.

Cuando ya llevaban un tiempo haciendo servicios, se procuraba que los enlaces se formaran por si algún día eran descubiertos y tenían que incorporarse. Esas incorporaciones sólo se daban en caso de necesidad. La Guardia Civil procuraba infiltrar gente en la guerrilla de esa manera. Murillo vivió un caso. Un contrabandista y traficante de vino se echó a la sierra porque decía que le perseguían los guardias. El individuo, de nombre de guerra *Ismael*, fue sometido a vigilancia, se turnaban Murillo y *Mario de la Rosa*. Un día, en el cortijo «La Alegría» —los guerrilleros le bautizaron así pero se llamaba «El Acebuche»—, donde el *comandante Ríos* tenía la base con su partida, celebraron la festividad de San José, su santo. Estaban comiendo, cuando un guerrillero avisó a *Ríos* que había visto a *Ismael* meterse en el cuarto del armamento. Cuando Murillo, pistola en mano, lo sorprendió, estaba a punto de encender la mecha de un cartucho de dinamita para volarlo todo. Lo que el infiltrado no sabía era que esos petardos, que fabricaban los mismos guerrilleros, tenían un seguro en la mecha de tal manera que si no se quitaba, no se podía encender.

Cuando vio que yo entraba sacó su pistola, pero yo fui más rápido. En el informe que elevé al Estado Mayor de la guerrilla conté lo que había pasado, lo firmaron los caseros del cortijo como testigos y explicamos dónde había sido enterrado. Había que tener mucho cuidado a ese respecto y no fiarse de nadie.

Ese cortijo de «La Alegría» fue la mejor base que tuvo la guerrilla durante más de un año, de 1946 a 1947. Los encargados eran Francisco Caro y cuatro familias muy católicas, sobrinos del arzobispo de Pamplona. Después de que los guerrilleros hicieran cuatro viajes y desde que los caseros se cercioraron que pertenecían de verdad a la guerrilla, se pusieron a su disposición. Era un lugar perfecto del que nunca sospechó la Guardia Civil y que se perdió seis meses después de que Murillo fuera nombrado jefe de batallón y se trasladara a Guadalcanal:

> Salíamos del cortijo muchas noches y les explicábamos nuestra lucha a los campesinos. A veces les ayudábamos a las tareas de la siega o de la finca durante el día, en la era. Ha habido veces que estábamos ayudando y se presentaba la Guardia Civil, dejaban allí en la terracita los fusiles y salían las mujeres del cortijo a ofrecerles agua, o café, a sacarles unas sillas. Ellos jamás sospecharon nada, porque las familias eran muy católicas, muy de derechas, pero si hubieran sabido que en esos momentos estaban a nuestra merced…

Un «señorito» colaborador.

Murillo cuenta las cosas con la parsimonia requerida, con las inflexiones irónicas de quien le gusta contar las cosas bien y con gracia. No en vano es andaluz.

> Yo operaba con mi guerrilla en la zona de Córdoba. Don Manuel Naranjo era el mayor terrateniente de la Granja de Torrehermosa, en dinero, en fincas, en sinvergüenza y en granuja. Un cacique que abusaba de las mujeres jornaleras. El caso es que le tendimos una emboscada y lo cogimos una noche antes de que entrara en su casa. Iba a caballo, intentó coger la pistola que siempre llevaba en la montura pero se lo impedimos. «Atienda a lo que le vamos a decir», le dijimos. «Sabemos que es usted el terrateniente más poderoso, que goza paseando por su finca a caballo, que es para usted una satisfacción dar de comer a la gente que trabaja en su finca. Usted es rico y le pedimos que colabore con la guerrilla porque es usted una persona buena, igual que nosotros que defendemos sus intereses. No le vamos a atosigar pero nos va a ir dando poco a poco, porque la lucha necesita dinero y comida. Le hacemos un vale por lo que nos llevamos de su finca y el día de mañana cuando el gobierno de la República regrese, le recompensará por lo que usted ha gastado en la

lucha guerrillera. No le vamos a pedir treinta ni cuarenta millones, sino mil pesetas o lo que haga falta, cuando lo necesitemos.

»Siempre que me respeten y yo pueda salir con mi jaca por el campo…, acepto», contestó el hombre. Y cumplió. Entonces nos atrevimos a un poco más: «bueno no sería posible que nos hiciera llegar unas cajas de municiones…», a la semana las teníamos de todos los tipos. Nosotros pensábamos, ¿pero este tío dónde se mete para sacar esto?, se lo preguntamos. «Pues de la Guardia Civil, del sargento y del teniente, que son amigos». Así que don Manuel Naranjo colaboraba con la guerrilla al cien por cien. Nos suministraba a mí y a mis seis hombres como estaba estipulado. Hicimos un buen trabajo con los terratenientes, hablábamos con ellos y les convencíamos para que nos ayudaran. Y lo hicieron cuatro o cinco más. Y no sólo con dinero. Cargábamos tres o cuatro mulas con jamones, chorizos, harina, los llevábamos al cortijo de La Alegría. Un cerdo acá, quesos por allá, un pavo, 5. 000 pesetas. Otras veces eran diez, otras veces, dos. Si no te propasabas, colaboraban.

Un 14 de abril, conmemoración de la proclamación de la República, Murillo y varios compañeros fueron a pegar unos carteles a la Granja de Torrehermosa. Hicieron la pegada por la noche y al terminar se metieron en un bar a la salida del pueblo a tomar una cerveza.

Entramos los tres, nos sirven y cuando miramos para el otro extremo de la barra vemos que hay dos guardias civiles —un teniente y un sargento— y un paisano, nos ponemos nerviosos, nos tomamos la cerveza para marcharnos inmediatamente y cuando vamos a pagar nos dice el tabernero que no debemos nada, que nos invitan los señores de la barra. «Bueno, pues póngale de beber a ellos y a nosotros llénenos el vaso». El de paisano era don Manuel Naranjo que dijo: «A ver si nos va a pasar lo que a los gallegos, que te convido que te convido, que salieron borrachos». El asunto es que nos bebimos nuestra cerveza y salimos pitando porque la verdad, no estábamos muy bien hablando con la Guardia Civil tan cerca. Cuando a mí me detuvieron, don Manuel Naranjo ya había muerto.

Pero todavía tuvieron que pasar algunos años. Murillo, memoria viva, cuenta anécdotas de aquella vida azarosa, en la que también jugaba el factor suerte.

Una noche mis compañeros se quedaron atrás fumando un cigarrillo y, mientras, yo me adelanté hasta un cortijo donde nos apoyaban. Teníamos una contraseña con el cortijero, si la ropa estaba tendida en el alambre, no había peligro y podíamos acercarnos; pero si estaba en uno de los palos de donde salía el alambre, no se podía pasar. Vi que había ropa en el palo y retrocedo, pero se abre y se cierra la puerta del caserío y veo gente. Creo que son compañeros que no se han dado cuenta y han colocado la ropa mal, así que grito: «¡Quién

está ahí, aquí *Ríos*!». Entonces se abre la puerta y sale un chorro de hombres que tropiezan unos con otros con las prisas que traían, los fusiles… Yo sigo creyendo que son compañeros y vuelvo a gritar «¡Que soy *Ríos*!». Total, que cuanto más gritaba yo, más corrían ellos. Veo que van detrás del caserío y me percato que es la Guardia Civil, así que regreso a donde estaban mis compañeros fumando un cigarro, retrocedemos para dar un rodeo hasta otro caserío, eran las cuatro de la mañana y allí nos esperaban. Se formó un tiroteo del que nos salvamos atravesando un trigal que tenía las espigas altas.

En la primavera de 1947 la Guardia Civil dio varios golpes importantes a los guerrilleros, lo que les obligó a dirigirse hacia Huelva. Los que pudieron huyeron a Francia, pero ése no fue el caso de Murillo, que tuvo un duro encuentro nocturno con las fuerzas del orden.

Una noche, cuando la guerrilla de Sierra Morena estaba casi desaparecida —yo era entonces jefe de batallón en el 47—, iba con el jefe de otro grupo y con un enlace y nos dieron el alto. Comenzó un tiroteo. Me dieron cinco disparos en el hombro. Caí sin poder disparar, quedé en el suelo tendido. Tuve suerte de que los guardias llevaran fusiles *naranjeros*, porque disparan balas en un mismo punto. Mis compañeros me vieron caer abatido y pensaron que había muerto. Empecé a recobrar el conocimiento cuando todo había pasado. Hice entonces algunas de las señales que teníamos acordadas para reunimos en la oscuridad, pero nadie contestó. «Todo menos caer vivo en manos de la Guardia Civil, tengo que salir de aquí antes de que me cojan», pensaba.

Entonces me arrastré como pude y llegué a una carretera. Salí inmediatamente de ella para no dejar rastros. Con una manta que llevaba anudada me hice una especie de torniquete. Llegué a un riachuelo y me metí por él para que mi rastro de sangre se perdiera, y luego caminé por una montaña. La sangre me empapaba las ropas y me encharcaba las botas. Busqué una cabaña donde recordaba que vivía la familia de un pastor. Al final caí en una maraña de zarzas y perdí otra vez el conocimiento. Había perdido mucha sangre.

Fue el perro del pastor, que al salir con las ovejas me descubrió, por eso me vieron, me llevaron a la choza y me curaron las heridas y la fiebre con hierbas del campo. Me salvaron la vida.

Sobre todo, su particular ángel de la guarda, una de las hijas del pastor, a la que José Murillo llamará siempre *la pastora*, fue la que cuidó de él noche y día y soportó sus delirios febriles. Y la que le dijo a los compañeros de guerrilla, que pasaron por la choza, que Murillo seguía vivo.

Como no podían ir al pueblo a por vendas y medicinas para mí, les decía a los pastores que hirviesen agua con jara y me la aplicaran. Así poco a poco las heridas se me fueron curando.

La asistencia médica era uno de los problemas más graves de los guerrilleros en la sierra. Gripes, resfriados, bronquitis y pulmonías eran muy frecuentes. «Yo tenía resistencia y aguanté la fiebre. La fiebre, cuando nos daba, se pasaba de pie, andando. Pasamos una cosa así después de comer la carne de una vaca brava que habíamos matado en el monte. No sé lo que tendría que a todos los que comimos nos dieron fiebres durante tres días». Sólo disponían de aspirinas y de los remedios caseros que pudieran hacer las mujeres de los cortijos, como cataplasmas, friegas con árnica, etc.

> En cuanto al resto de las enfermedades, a veces se complicaban y si era así, la muerte era casi segura. Recuerdo el caso del *Pelliquero* de Benalcázar. Hacía poco que se había incorporado a la guerrilla, perseguido en su pueblo por pequeños robos. Le dio un dolor de apendicitis y murió, cerca del río Guadalmez, en la sierra de Puerto Mochuelo. Le acercamos a un cortijo y lo enterraron en Alamillo.

El *comandante Ríos* tuvo suerte porque la familia del pastor no lo delató. Lo curaron y luego él cambió de identidad y se hizo pasar por pastor durante casi dos años, mientras se recuperaba de sus graves heridas. Incluso, le integraron en su familia, haciéndole pasar por primo. De esa época data la foto que se hizo en Guadalcanal, en noviembre de 1948. Había ido con la familia al pueblo en las fiestas y un fotógrafo ambulante se la hizo dejándole incluso su propia americana. Le salió tan bien que la puso como otras tantas, en la propaganda de su negocio.

De repente, la vi en los cartones que tenía al lado de la máquina, una de ésas de fuelle, al lado del cuartel de la Guardia Civil. Tuve que ir a verle y decirle que necesitaba esa copia, y aunque puse excusas de que la iba a mandar a una hermana, el fotógrafo debió de sospechar algo. Pero no me delató y quitó la foto, de la que estaba muy orgulloso.

Durante un tiempo, *el comandante Ríos* (ahora el primo Manuel Sánchez) pasó inadvertido en el pueblo, hasta que un compañero en Madrid informó de su presencia en un pueblo de Huelva. La delación le llevó a prisión en 1949. Un año después empezó su particular infierno. Dos años y medio en la cárcel de Sevilla. «En la celda 7 de los condenados a muerte».

La intervención de Eulalio, un amigo de su infancia que era religioso —su nombre en la orden era fray Dionisio del Viso—, le libró de la muerte, pero no de una larga condena. En esa celda, una monja le salvó de la ceguera y de volverse loco.

> Allí teníamos una alimentación penosa, unas sopas de lentejas o garbanzos llenas de bichos, con una pizca de tocino. En mi celda vivía un ratón, y cuando oía el perolo salía, se me subía a la pierna y yo le iba dando los bichitos de las lentejas. Luego le decía, «ahora me toca a mí, yo también tengo que comer», y me miraba con pena. Aquel animal parecía humano. Fue mi compañero en ese tiempo y gracias a ese pequeño ratón pude soportar aquello. Hasta que llegó la monja y aparte de llevarse un buen susto con el animalito, vio que yo estaba tan mal que pidió que me dieran comida de enfermería.

De Sevilla a Madrid y luego a Burgos. Fue juzgado y condenado dos veces a pena de muerte por el mismo delito, algo prohibido según la ley. Con todo, José Murillo se dejó catorce años en las cárceles de Ocaña y Burgos. «Llevo mis cinco balas aún dentro del cuerpo. Cuando quise operarme para sacármelas no pude, y luego que pude, como no eran un peligro, ya no quise».

Poco después de salir se casó con la hermana de un compañero de celda. Con ella se había carteado durante cuatro años y al quedar él en libertad les unía ya una intensa experiencia que han compartido hasta hoy. «En 1964 me casé y después nacieron mis hijos», añade. Hoy su máxima ilusión son sus dos nietos, ésos que le preguntan sobre la «guerra chica». José Murillo pertenece a una generación que lo dio todo soñando con la libertad. Él y su familia, como muchas *otras*, sufrieron persecución por sus ideas. Sus años en el monte y en la cárcel le impidieron cotizar a la seguridad social y hoy sobrevive como puede con una pequeña pensión y al frente de la oficina de la UNEX (Unión Nacional de Excombatientes) en Madrid.

La agrupación de Granada: cara y cruz de José Muñoz Lozano, *comandante Roberto*.

La guerrilla malagueña tuvo una gran organización militar. Contaban con todo lo necesario para su perfecto funcionamiento: los batallones que componían las agrupación, el Estado Mayor, el Reglamento interno, el Himno guerrillero, el aseo personal para las patrullas, el uniforme, la disciplina, la contabilidad y la intendencia. A esto se sumaban otros detalles, como las contraseñas o las medidas de seguridad. Todo se ejecutaba al más puro estilo castrense. Uno de los guerrilleros que lo recuerda bien es el granadino Miguel Padial.

Miguel nació en Alhama de Granada, cerca de Loja. Tenía 17 años cuando acabó la Guerra Civil. La guerra desperdigó a su familia, con su padre en la cárcel condenado a muerte y con varias hermanas pequeñas que su madre tuvo que dejar para que las atendieran en un convento. Se tiró tres años de servicio militar con el Ejército franquista, en Ingenieros, en el Campo de Gibraltar, un tiempo que recuerda aún más mísero que el que pasó en su pueblo, sin trabajo, teniendo que salir al monte para recoger gavillas de leña por 25 céntimos. Al final, probó suerte en Barcelona. Allí estaba trabajando en 1947 cuando entró en contacto con un conocido del pueblo que estaba en la guerrilla. Después de una larga conversación, deslumbrado por lo que el otro le contaba, Miguel decidió incorporarse él también a los que luchaban en la sierra, en su sierra. Primero llegó a Granada y de ahí a las sierras de Loja y la Almijara.

Así describe su actividad:

> Funcionábamos como un Ejército, éramos un Ejército Guerrillero, con mandos y grados, de uniforme teníamos una cazadora, un pantalón de pana, una camisa caqui y una boina. Llevábamos un brazalete con las siglas ENG-AGG (Ejército Nacional Guerrillero, Agrupación Guerrillera de Granada). Nuestra lucha se desarrolló en Granada, y parte de Málaga, Córdoba y Jaén. Nos desplazábamos mucho, éramos una agrupación de 150 personas y se dividía en grupos, cada grupo llevaba un jefe, un teniente o un capitán. El campamento central de la unidad estaba en el cerro Lucero en la sierra de la Almijara.

Miguel Padial estuvo en la guerrilla dos años. En ese tiempo se dedicaron a la propaganda y a la lucha de guerrillas. Se hacían mítines en los pequeños pueblos, y también realizaban asaltos y secuestros.

> La vida era dura en la guerrilla. De día tenías que estar agazapado, que no te viera nadie porque si te veía cualquiera te delataba, y de noche, en marcha, estábamos siempre de un sitio para otro, había que aguantar las inclemencias del tiempo, lloviera, venteara, hiciera frío o calor, un día comías, otro no. Nuestra vida se hacía en el monte y teníamos muchas misiones.

Cuando los guerrilleros llegaban a un punto de apoyo encargaban lo que necesitaban a los enlaces, pagándolo siempre. Algunos enlaces fueron descubiertos y tuvieron que irse a la guerrilla, lo mismo que muchos pastores de la sierra, de los que la Guardia Civil sospechaba que daban apoyo a los guerrilleros dejándoles sus chozos o no denunciando su presencia. A otros enlaces, sólo por la sospecha, los mataban.

> Recuerdo un matrimonio con un hijo mayor, en la sierra de Loja, de un cortijo pequeño. Nosotros, cuando pasábamos, les dejábamos un mensaje en una hoja de papel debajo de una piedra, en una roca. El padre iba todos los días, como si fuera a hacer una necesidad, y cuando veía la lista de cosas que necesitábamos bajaba al pueblo a comprar. Luego, con una contraseña en la misma piedra, nosotros sabíamos que ya lo tenía e íbamos por ello. Bueno, pues a este hombre y a su hijo de 17 años, sólo por sospechas los detuvo un día la Guardia Civil y antes de llegar a Loja les metieron cuatro tiros en unos pinos. Tú piensas cuando subes arriba que eso se va a acabar en más o menos tiempo, pero el tiempo va pasando y sufres muchas calamidades, no estás en tu casa y no estás en una guerra, porque en una guerra tienes abastecimientos de comida que llegan de la retaguardia, pero en la guerrilla no siempre tienes un abastecimiento, tienes que llegar y proporcionártelo tú donde sea. Nunca fuimos bandoleros, pero teníamos que subsistir, así que llegábamos a una fábrica de harina y nos llevábamos de allí diez o veinte sacas de harina; unas veces las pagabas, si tenías dinero, y otras veces te las llevabas como fuera, y garbanzos y judías y de todo…, porque era un Ejército guerrillero que tenía que comer y vestirse, y ¿cómo se viste el Ejército guerrillero? Pues hay que pelar a quien tiene el dinero para poder subsistir. La vida es tremenda.

En el mismo año en el que se incorporó Miguel lo hizo un joven de 18 años de Río de la Miel, en Motril: Enrique Urbano, *Fermín*, que ha contado su historia en libros y documentales. Tras cinco años combatiendo en la guerrilla, junto con otros cinco compañeros del pueblo salió en 1952 para Francia. Eran los últimos guerrilleros de la agrupación de Málaga-Granada. Cuando ésta entró en declive, y se produjeron las caídas masivas y las deserciones, se retiraron a la sierra de Cazorla. Desde allí iniciaron su

marcha a Francia. Sólo llevaban un mapa escolar. Tardaron cien días en llegar, en una marcha plagada de incidentes, episodios peligrosos como el cruce del Ebro, enfrentamientos con guardias civiles y policías, pero al final consiguieron cruzar la frontera.

Enrique Urbano tiene una memoria prodigiosa y recuerda perfectamente aquel tiempo de lucha que le tocó vivir.

> La misión de la guerrilla es el camuflaje. Buscábamos, más que sitios de altura, matas de altura para no ser vistos. El que está de guardia no se pone detrás de la mata, sino al menos a un metro de la misma, y trata de no moverse. Son técnicas guerrilleras. Nosotros sabíamos cuándo había pasado la Guardia Civil observando las matas, los romeros, y viendo si habían sido tronchados y en qué dirección. Es como la hierba, que cuando se pisa se inclina del lado de la marcha. Cuando íbamos al río, procurábamos pasar de piedra en piedra, para evitar que en el barro quedasen huellas de nuestras pisadas. Si el camino era de tierra, el último se colocaba una rama atada a la cintura para que se fueran borrando. Gracias a esas técnicas guerrilleras pudimos atravesar toda España.

Según contaba Enrique Urbano al historiador José Aurelio Romero Navas en el libro *Recuperando la Memoria*, comían principalmente rancho frío.

> Por ejemplo, salíamos de patrulla y llevábamos en el macuto nuestras latas de atún de 5 kilos. Eso para una patrulla de guerrilleros, por lo que tocábamos a medio kilo cada uno. Además comíamos mucha engañifa y poco pan. Cuando estábamos en posición comíamos migas habitualmente, que eran harina de maíz. También se comía puchero con garbanzos y tocino. No era de extrañar que tuviéramos medio kilo de jamón y una mijilla de pan. Además llevábamos cosas que alimentaran mucho y que pesaran poco. El pan era escaso en aquellos tiempos, pero nosotros les dábamos las perras necesarias a los patriotas para que nos amasaran. Así ellos compraban la harina con ese dinero, luego hacían el pan y nos lo llevaban. Nosotros, por ese servicio le dábamos la «soli», la propina. También lo hacíamos con las mujeres que nos lavaban la ropa, por ejemplo una muda pagábamos 5 pesetas, cuando en ese tiempo los jornales estaban a 14 o 15 pesetas. Nuestro grupo lo componían diez guerrilleros y lo que solíamos hacer era que dábamos las mudas a distintas mujeres para así repartir ese dinero entre varios cortijos y así ayudábamos a su economía. También cuando comprábamos cosas en los cortijos se las pagábamos mucho más caro de lo que costaban, para tenerlos contentos.
>
> Luego estaban los que nos hacían los encargos: «Toma ese dinero y nos traes tantos kilos de esto y de lo otro. Pero no lo compres ni el mismo día ni en la misma tienda, y de aquí a una semana o dos pasamos para tal sitio a recogerlos». No le podíamos dar mucho, por ejemplo un billete de cien pesetas. ¿Cuándo habían visto un billete así? Todos estaban en la miseria. También se seleccionaban los encargos, no íbamos a ser tan bestias de

encargar pilas de transistor a quien no tenía aparato de radio. Una vez recogido el encargo le dábamos su propina y ¡hala!, al macuto y a las espaldas. Todas esas compras quedaban justificadas en la contabilidad que se llevaba de una manera muy estricta, con entradas y salidas. Las entradas ya se sabe que era a través de golpes económicos que dábamos.

Los sueldos que recibían los guerrilleros (si había fondos) era de 500 pesetas al mes, es decir, el equivalente a un teniente de la Guardia Civil de la época. Para cobrar tenían preferencia los casados, que se lo enviaban a sus mujeres para que no tuvieran que mendigar. Los solteros se lo gastaban dándoselo a la gente para que se comprara cosas, o lo más que llegaban era a comprarse reloj y pluma estilográfica.

El historiador José Aurelio Romero Navas, que ha estudiado la guerrilla de Málaga y Granada, afirma:

Siempre hubo en la sierra de Málaga y Granada, no menos de doscientos hombres. La mayoría habían subido por aquello de que antes de que caiga preso, me voy al monte. Muchos se dedicaban a hacer calgón o cal, no hacían daño a nadie, a cambio de provisiones de la familia. Luego, la Guardia Civil les hostigó y ellos se agruparon en partidas. Los que llegaron desde África se encontraban con la sorpresa de que la gente les ayudaba pero no se sublevaba con ellos, porque tenían miedo.

En cuanto al armamento, y salvo capturas de los *naranjeros* de la Guardia Civil y diverso material al Ejército, lo cierto es que tenían carencias. Dice Enrique Urbano:

Toda nuestra intendencia iba en el macuto. Mucha de la munición que teníamos se le caía a los soldados que nos buscaban por las sierras. También los patriotas nos compraban el plomo para que luego nosotros lo fundiéramos en una latilla y con una corteza de pino hacíamos las postas y así fabricábamos los cartuchos.

Dentro de la organización militar, con tenientes y capitanes, la disciplina era lo más importante. A veces, después de las acciones, algunos subían por méritos y otros eran degradados. Como en cualquier Ejército, se regían por una justicia militar y expeditiva.

El *comandante Roberto*, como jefe de la agrupación, presidía los llamados «consejos de guerra», que juzgaban tanto a traidores, como a desertores e infiltrados. Y también a los que se dedicaban al bandolerismo. Con ellos la agrupación fue implacable. Los perseguía mucho más que la Guardia Civil, porque no podía permitir que a todos los que estaban en la sierra los metieran en el mismo saco. Los tribunales eran escogidos normalmente entre voluntarios de los diferentes grupos y después de haber oído a todos los que tenían algo que decir, incluido el acusado, al que se le daba la oportunidad de defenderse, señalaban la pena, que podía ser incluso de muerte. Todo por mayoría. Luego *Roberto* podía aliviar la pena o levantarla del todo. Para cumplir las sentencias de muerte se utilizaba una fina cuerda engrasada, pero no se le mataba delante de todos los guerrilleros, sino que se encargaban tres de ejecutar la sentencia. Enrique Urbano vio alguna de estas ejecuciones:

> El nudo corredizo no va por detrás, sino que se le coloca delante, ya que si va por detrás puede respirar hondo, pero por delante cuando se le da el tironazo al llegar al suelo ya va muerto, porque se le ha roto la yugular. Se le sacaba cogido del campamento, uno por delante y dos por detrás y en el momento menos esperado le dan un tirón y cuando cae al suelo ya está muerto.

Miguel Padial nunca presenció la ejecución de un traidor, pero supo de ellas:

> Tu vida dependía de eso, porque si estamos tú y yo y oyes cualquier cosa de que se van a entregar, pues ya sabes… lo mismo lo quitas de en medio, porque a lo mejor se ha cansado de estar aquí, la vida es dura aquí. ¿Ibas a dejar que se entregase a la Guardia Civil para que luego te mataran? ¿Como ocurrió cuando los guardias subieron al cerro Lucero al que no subían ni las cabras monteses?
>
> En el cerro Lucero tuvimos un combate con la Guardia Civil. Había uno que había desertado, *El Almendro*, y confesó el emplazamiento del campamento. Le dieron un uniforme de guardia, una pistola y un fusil y los llevó donde estábamos nosotros. En este cerro por atrás no podía entrar nadie. Por el único camino que podían entrar era por los flancos. Una mañana el centinela oye piedras rodar, había por allí cabras monteses y tira una piedra al campamento, sube un capitán de guardia, y pregunta al centinela: «¿Qué pasa?». «Que se oyen piedras rodar». «¿No serán las monteses?». El capitán se marcha otra vez para abajo y al ratillo el centinela mira por los prismáticos y ve quién era, vuelve a tirar una piedra y sube otra vez el capitán: «¿Qué pasa?». «Que las monteses son de dos patas».

> Era la Guardia Civil. Teníamos una posición muy buena, con tres fusiles ametralladores —que habíamos cogido al Ejército en un enfrentamiento en la sierra de Cázula—, fúsiles individuales y escopetas y desde que amaneció hasta que oscureció, fue un combate tremendo, murieron varios guardias, moros y regulares. Nosotros no tuvimos más que un herido y al oscurecer en fila india nos marchamos por lo alto del monte y allí se quedaron colgadas de un pino doce cabras monteses que habíamos matado el día anterior.

Enrique Urbano también participó en aquel combate. Era un grupo numeroso de guerrilleros porque a *Roberto*, el jefe de la Agrupación Guerrillera de Granada-Málaga, le gustaba celebrar la Navidad rodeado de sus hombres:

> Estábamos 57, tres grupos, el Estado Mayor con el grupo de enlace y la sección de propaganda. Currito de Loja, que fue el que estaba de guardia, fue el que mató al cabo y dos guardias civiles. Allí les tuvimos pegados a la tierra, nadie osaba levantar la cabeza, porque se la volábamos. Hicimos muchas bajas, aunque luego no lo reconocieran. Me tocó estar en la punta de arriba, donde los teníamos absolutamente batidos. Antes de irnos me eché uno de los chivos al macuto. A las dos de la tarde me entraron ganas de comer, sólo llevaba arenques, y entre eso y el gusto amargo que la pólvora te deja en el paladar, en la retirada hacia la sierra de Loja me tiraba sobre los riachuelos. Desde entonces no he vuelto a probar los arenques.

El combate de cerro Lucero, en la sierra de la Almijara, ocurrió el 6 de diciembre de 1948. Fue una de las victorias de la Agrupación Roberto. José Muñoz Lozano, *comandante Roberto*, fue el mago y el artífice del apogeo guerrillero en Granada-Málaga. Había nacido en Ciudad Real, fue dependiente de la perfumería Gal, había sido comisario político en la guerra y combatido en el maquis francés. El PCE lo envió en 1944 al norte, pero no pudo articular ningún grupo en Vizcaya y tras un atraco acabó en Andalucía, donde además de incrementar los efectivos de la guerrilla en más de cien hombres —que reponía sin problemas— organizó una de las redes de enlaces más eficaces de toda España. Consiguió apoyo entre el pueblo, a pesar de que su mensaje era muy político. Debido a la personalidad de su jefe, muy pronto la agrupación se llamó «Agrupación Roberto». Mientras que otras organizaciones comenzaban su declive, allá por finales de 1947, la agrupación malagueña gozaba de buena salud,

debido a los golpes económicos y a las medidas de su jefe. Miguel Padial recuerda su simpatía y sus dotes de mando y organización. «Era un político, un hombre inteligente, preparado, que el partido mandó aquí. Explicaba las cosas, llegaba a la gente y además organizaba bien».

Antes de 1947 en las provincias de Granada y Málaga habían funcionado partidas dirigidas por Juan Francisco Medina, *Yatero*, o los famosos hermanos Quero. Sin embargo, fue la llegada de dirigentes del PCE, como Ramiro Fuentes Ochoa, Francisco Rodríguez Sevilla, José Luis Merediz Víctores, *Tarbes*, o Ramón Vías Fernández, la que impulsó la organización de la guerrilla. Vías fue el primer encargado de aglutinar la resistencia en la provincia de Málaga. Con once compañeros, había desembarcado en la playa de la Herradura (Granada) en una pequeña embarcación procedente de Orán. Auxiliado por guerrilleros comunistas, Vías creó el 6.º Batallón y editó el boletín *Por la República*, pero cayó a los seis meses. En noviembre de 1945 fue detenido.

La muerte de Ramón Vías fue clave para la ascensión del *comandante Roberto*. A pesar de estar machacado por las torturas, enfermo, Vías Fernández —elevado después a la categoría de mártir comunista— participó junto con otros veinticinco presos en la fuga de la cárcel de Málaga. Entre los fugados había policías infiltrados. Vías, con los pies muy dañados, se refugió en una casa de la ciudad de Málaga, donde permaneció un mes. El PCE quiso sacarlo hacia la sierra, pero los encargados de realizar la operación —Alfredo Cabello Gómez-Acebo y José Muñoz Lozano, *Roberto*— no pudieron hacerlo porque la casa estaba controlada. Al final, al salir de ella, fue materialmente asesinado por la Policía, junto con cuatro compañeros.

Por otra parte, *Tarbes*, detenido en la estación de Fiñana cuando venía de Almería, se convirtió en confidente de la Guardia Civil. Amañó una huida para incorporarse de nuevo a los de la sierra, pero los guerrilleros no le creyeron y fue ejecutado. Así pues, el *comandante Roberto* se convirtió en el único dirigente que mantenía una resistencia activa.

Esa parte del sur de España, por su orografía, por una parte, y su cercanía a las costas africanas, por otra, con multitud de playas y pequeñas calas, fue la elegida por los servicios secretos americanos para apoyar a la

guerrilla comunista. Algunos antifranquistas que llegaron desde el norte de África contactaron con las bolsas de escapados. Además de la expedición de Vías, hubo una serie de desembarcos en las provincias de Málaga, Granada y Almería.

Las incursiones desde el norte de África.

Al capitán Juan Martínez Andújar, republicano español, miembro del maquis francés, le dieron esta orden: «Tienes que ir a Marruecos, dinero no te va a faltar». Juan, natural de Algeciras —donde le entrevisto en la primavera de 2002—, había pasado a Francia tras la guerra de España. Los alemanes le detuvieron allí en 1940 y acabó en Mauthausen. En el campo de concentración le salvó de la muerte Jorge Semprún, incluyéndole en una lista de traslado a una fábrica situada a pocos metros de la frontera con Suiza, Después de escaparse aún tuvo tiempo, antes de que acabara la Guerra Mundial, de unirse a la resistencia francesa, llegar a la retaguardia de Normandía para preparar el desembarco de los aliados y tomar como comandante el pueblo de Lourdes. Una vida de película que algún día contaré debidamente. Este hombre delgado, elegante, con gafas de gruesos cristales y memoria fotográfica —del que su familia dice que come como un pajarito—, es un campeón de la causa de la libertad. Así que cuando el partido, en plena liberación de Francia, en 1944 le encargó la misión de aprovisionar a los guerrilleros españoles, no lo dudó un momento. Era la oportunidad de volver a su tierra, o al menos tenerla cerca. De momento, Marruecos, con la vista puesta en Andalucía. Apoyándose en su bastón de madera, me dice:

> Me pusieron en una cuenta 500. 000 francos suizos con crédito permanente. Sacara lo que sacara inmediatamente lo reponían en la cuenta. Me dijeron que era para avituallar a los guerrilleros españoles. Vine a Marruecos con una documentación preparada e inmediatamente me puse a buscar gente. Fui al consulado de Argentina y me di de alta como ciudadano argentino. A pesar del dinero que tenía, no di alardes de ello, me fui a un hotelito de tercera categoría, para no levantar sospechas. Hicimos muchos viajes de suministro a Estepona y a Almería (cabo de Gata) y en fin donde nos decían ellos «en tal

sitio a tal hora». Llegábamos allí, dábamos la consigna con luces, nos contestaban de tierra y entonces ya venían. Así estuvimos hasta que nos cogieron. El barco se llamaba *Jeanne d' Arc*, pero los españoles de Casablanca —había una colonia española muy importante— le decían *María de la O*. Era un barco grande, con un motor de 700 caballos. Todos los que iban en él eran comunistas.

En la buena memoria de Juan a veces desaparecen las fechas, aunque lo ocurrido para él está claro, como si acabara de suceder.

Íbamos a salir una noche con el barco para estar al día siguiente en Estepona. El caso es que la Gestapo parece que estaba ya un poco mosca, sospechaban. Fueron siguiendo a un marinero, vieron que entraba en un bar cerca del puerto, así que le empezaron a emborrachar como el que no quiere la cosa y poco a poco consiguieron saber a lo que se dedicaba el barco. Inmediatamente mandaron fuerzas, rodearon el barco y lo registraron. Encontraron lo que llevaba, que eran doscientas y pico metralletas, ciento y pico cajas de municiones y una pila de pasamontañas. Lo cogieron todo, cogieron el barco pero no cogieron a ninguno, se escaparon todos. Yo estaba en la cama cuando me fueron a detener «usted… ¿yo?, será cosa de los pescadores, yo no tengo nada que ver, no tengo que ver con España, yo soy argentino». Me las hicieron pasar canutas, una semana. Hubiera dado cualquier cosa por tener una ventana por la que tirarme y suicidarme. ¿Tú sabes los procedimientos que emplea esta gente?, en fin ya pasó. En esa cárcel estábamos seis mil y pico presos, pero no llegábamos a mil los presos políticos. Había presos políticos griegos, italianos, portugueses, franceses y los que más eran españoles. Al poco tiempo, cuando la liberación, llegan unos franceses que nos dicen: «Tenéis ahora una ocasión de luchar contra el fascismo ¡Venid a la legión francesa!». Les dijimos: «Miren ustedes, se han equivocado con nosotros, a la legión francesa van los mercenarios y nosotros somos caballeros de la libertad, somos otra cosa. Nosotros vamos pero como españoles, ¿quiere usted soltarnos y creamos un cuerpo español? Formamos un batallón de españoles aquí en Marruecos, con nuestra bandera…». Nada, luego vinieron los ingleses y luego los americanos, pero los americanos ya vinieron de otra forma: «Ustedes al Ejército americano, si no a México». «¿A México si está la liberación de España a las puertas?». «Hombre, bastante tenemos con los comunistas españoles que no vamos a meterlos a ustedes también». «¿Pero no son ustedes aliados de los comunistas?». «Bueno aliados pero de lejos…». «Ustedes a México». Así que allí en la cárcel nos quedamos, no fuimos a ningún lado; nos quedamos un mes y pico más hasta que la presión de los franceses nos sacó.

A Romero Navas le constan alrededor de cinco expediciones desde la otra orilla del Estrecho, a menudo condenadas al fracaso en cuanto desaparecía el práctico que debía facilitarles el desembarco, o en cuanto un pastor denunciaba a la Guardia Civil que había visto una gente que vestía uniformes militares.

Los guerrilleros contaron con apoyo norteamericano, desde uniformes a lápices o equipos de radiofonía. Uno de los planes de los aliados era el desembarco en las costas del sur de España, combinado con otro en el norte. La guerrilla debía poner las bases para ese posible desembarco. Pero cuando los aliados abandonaron los planes de invadir España, de la misma manera abandonaron a los guerrilleros que les iban a facilitar el trabajo. En el caso de Málaga, al acabar el suministro de material, el cónsul americano denunció a los enlaces. En Sierra Morena, José Murillo, *comandante Ríos*, recuerda haber recibido unos volantes firmados por Churchill y que venían de la embajada inglesa que decían: «Valientes y valerosos guerrilleros, no retrocedáis. En Tánger, que está liberado por nosotros, se ha instalado un banderín de enganche para acabar con el último refugio del nazismo en Europa, el régimen de Franco».

Pero volviendo a la Agrupación de Granada-Málaga, el éxito del *comandante Roberto* fue también la causa de su caída. Destituyeron a los mandos de las comandancias de la Guardia Civil y llegaron dos tenientes coroneles: Ángel Fernández Montes de Oca, que había acabado con la guerrilla cordobesa, fue destinado a Málaga, y Eulogio Limia Pérez, a Granada. Este último iba a repetir en la provincia andaluza la limpieza que antes había hecho en Toledo y Ciudad Real utilizando entre otras cosas, guerrilleros arrepentidos en las contrapartidas.

José Muñoz Lozano, *Roberto*, había visto cómo bajaba la moral de muchos guerrilleros y cómo menudeaban las deserciones. En plena desintegración de sus fuerzas, acudió a Madrid para buscar la manera de evacuar a los que quedaban. Allí fue detenido en septiembre de 1951 junto con su segundo, *Paquillo*. Para huir de la muerte —cosa que finalmente no logró, ya que fue fusilado tras consejo de guerra, el 22 de enero de 1953 en Granada—, aceptó colaborar con Limia Pérez. Además de hacer caer a más de un centenar de enlaces en una debacle de la que la guerrilla no se recuperaría, tendió una trampa a un grupo de guerrilleros que fueron detenidos en su intento de salida. Aquéllos con los que no pudo contactar, sufrieron una suerte desigual: unos llegaron a Francia y otros fueron interceptados. En el grupo de los que no llegaron estaba Miguel Padial. Miguel puede llegar a entender lo que pasó:

Todos nos marchamos a la guerrilla con el *fin* de acabar con la dictadura, creyendo que el pueblo nos iba a ayudar. Pero luego la vida de la guerrilla es muy dura, la persona que lleva mucho tiempo en la sierra se desmoraliza cuando no tiene el apoyo que tiene que tener. Y no podíamos tener apoyo porque en el pueblo había un terror tan grande que nadie se podía mover, el que se movía le apaleaban, le metían en la cárcel o le fusilaban, sucedió en todas partes y cuanto más significativo era el día hacían matanzas más grandes. No me extraña que a cualquiera, *Roberto* el más pintao, te cogen y te torturan y tienes que ser de hierro para que no digas todo lo que hay que decir. Y más sabiendo que era un puesto grande como fue el de Ramón Vías… Al principio hubo un tiempo en que todo marchaba mejor pero luego llegó una época de desconcierto porque ya no había ayuda. No podías bajar amueblo porque si bajabas al pueblo eras carne de cañón, era llegar y meterte en la cárcel, machacarte o pegarte cuatro tiros. Entonces cada uno hizo lo que pudo. Cuando dieron la orden de abandonar la guerrilla, había gente que se iba por grupos y otros de uno o dos. Nos fuimos sin apoyo de nadie, ¿a quién le ibas a pedir apoyo? Tampoco te fiabas de ninguno. Nuestro plan era marcharnos a Francia y vivir allí hasta que esto se liberara. Unos llegaron y otros morían por el camino si habían tenido algún tropiezo con la Guardia Civil. Ibas a lo mejor por un sitio donde había una fuente, y tú pasabas por ahí para beber y allí estaba la Guardia Civil, y te machacaban. A mí me cogieron en Barcelona con un grupo que iba para Francia y me condenaron a treinta años.

Nosotros tuvimos la suerte de que caímos en manos de la Policía, si caemos en manos de la Guardia Civil no lo contamos. El capitán Caballero, de la Guardia Civil en Granada, cuando nos sacaron a declarar en el cuartel, decía: «¿Tú eres fulano?». «Sí, soy fulano». «¿Y has estado mucho tiempo allí, en la sierra no?». «Un tiempo… siete años». «Pues la suerte que habéis tenido es que caísteis en manos de la Policía, si hubierais caído en mis manos os reviento a palos y os aplico la ley de fugas».

En la cárcel, a uno de los que Miguel se encontró fue a *El Almendro*, aquél que había desertado y lo vistieron de guardia.

Allí me enteré que cuando no pudo hacer ya más servicio a la Guardia Civil, y tras el fiasco de cerro Lucero, lo encañonaron, le quitaron el uniforme y la pistola y le dijeron: «Métete ahí». Fíjate tú, esa persona que le condenaron a veinte años y un día, cuando pasaba por nuestra vera en la cárcel, agachaba la cabeza. No le sirvió de nada la traición.

En total, entre Granada, Puerto de Santa María y Alcalá de Henares cumplió once años. Miguel se casó con Amada Martínez, una exguerrillera del levante y formó una familia. En 1968 volvió a ser detenido por propaganda ilegal del PCE. De los ocho años a que le condenaron cumplió cuatro, así que Miguel Padial se tiró en total en las prisiones franquistas quince años de su vida.

Enrique Urbano tuvo más suerte. El grupo de los seis de Motril se escondió en la sierra de Cazorla. En esa última época, cuando ya la guerrilla estaba en declive, lo único que pretendían los guerrilleros que quedaban era sobrevivir.

> Yo a veces consideraba que no éramos humanos: a fuerza de estar en el monte no olíamos ni como los paisanos. Íbamos a un cortijo y la gente empezaba a olemos desde lejos. Y es que llevábamos impregnado el olor de las matas en los pantalones. O sea, ya estábamos como las monteses. Pasábamos por cualquier sitio y sabíamos dónde había un cortijo, así de desarrollado teníamos el olfato. Cuando de noche se encendían las lumbres o las chimeneas, nosotros lo olfateábamos y, aunque no lo viéramos, sabíamos que cerca había un cortijo. Nunca tuvimos una brújula y nos orientábamos perfectamente, pues veíamos en los árboles las ramas que estaban más desarrolladas, que nos indicaban que les daba más el sol; incluso en las piedras, donde el color verdoso del musgo nos indicaba el norte. Ahora bien, yo entonces era joven, pero atravesar España a pie, de monte en monte, tiene tarea, y qué duda cabe que lo que más nos sirvió fue la experiencia que teníamos y que la misma conducta que teníamos en la guerrilla la observamos durante todo el camino.

Como a la mayoría de guerrilleros que salieron de España a partir de 1950, Francia les dio a elegir entre la Legión extranjera, lo que suponía ir a Indochina, o ser entregados a Franco. Con dificultades, todos los de Motril lograron quedarse. Incluso los primeros años vivieron juntos, como en la época guerrillera. Luego, cada uno siguió su camino. Algunos sufrieron un mal extraño que no tenía cura. Como diagnosticó acertada y poéticamente una doctora francesa, tenían el «mal del Mediterráneo»: la nostalgia. Sólo muchos años después, y no todos, pudieron volver a su tierra.

Los métodos del teniente coronel Limia.

El teniente coronel Eugenio Limia Pérez, en un informe interno de la propia Guardia Civil titulado *Breve resumen del bandolerismo en Granada*, tras contar cómo se encontraba el problema en la provincia cuando llegó en octubre de 1949, relata cuáles eran los métodos que empleó para acabar con él. El documento es esclarecedor.

La táctica principal del cabecilla era procurarse dinero a fin de no verse obligado a cometer atracos. Para no atraerse la antipatía de los campesinos y el elemento civil, se dio preferencia a los secuestros de personas adineradas, por cuyo rescate se pedían crecidas cantidades, con las cuales los elementos de la organización comunista de los pueblos, les proveían de ropa de monte y alimentos. Igualmente albergaban a las partidas en los cortijos, dedicándose éstas, en dicho período, a efectuar correrías haciendo propaganda y dando en ocasiones pequeños mítines, siendo esta táctica tan eficaz que progresivamente la agrupación de bandoleros y los comités del llano iban aumentando el número de adeptos en proporciones alarmantes […] En vista de lo cual se unificaron los mandos del cuerpo de la Guardia Civil de ambas provincias y se inició una acción enérgica de represión tanto contra los bandoleros como contra los habitantes del llano que les prestaban su apoyo, habiéndose aumentado la plantilla de las fuerzas con un Tabor de Regulares y cuatro Compañías del Ejército, cooperando igualmente las fuerzas de Policía Armada en número de dos compañías. Como resultado de esta acción conjunta que por causas que no es dable examinar, por tratarse de jefes y autoridades superiores, por falta quizá de unidad en la actuación de todas las fuerzas, lo que impedía llevar la acción con un método único, se observó que el problema, lejos de decrecer aumentaba de manera constante. El cabecilla *comandante Roberto* no sólo cubría las bajas no muy cuantiosas que se le causaban sino que aumentaba sus efectivos por la huida a la sierra de importantes grupos que como consecuencia de la acción enérgica de la fuerza en pueblos y caseríos trataban de esquivar su responsabilidad por el apoyo a los bandoleros incorporándose a las partidas y aún sin estar complicados por el temor que sentían por sus antecedentes izquierdistas.

[…] A fines de 1948 quedaron 127 forajidos, cifra que el cabecilla no quiso nunca aumentar, sino más bien reducir y quedarse en el límite de 110 hombres, que conservó hasta que se inició la fase de desgaste de la agrupación, criterio este muy acertado dada la táctica y finalidad que perseguía salvando además el grave problema del sostenimiento de un número de hombres más crecido.

El 15 de octubre de este año tomó el mando de la Comandancia el que esto suscribe, contando la agrupación de *Roberto* con 109 bandoleros. Durante los primeros diez meses de esta etapa se dirigió la acción no sólo a combatir las partidas de bandoleros de la sierra, sino a cortar el reclutamiento de hombres para cubrir las bajas, que continuaba en mayor medida por ser aquéllas más numerosas, limitándose y anulándose casi las incorporaciones a la sierra producidas por el pánico, debido a la prohibición que se ordenó de efectuar detenciones de complicados, encaminándose igualmente dicha acción a descubrir las organizaciones del llano y enlaces y confidentes de los forajidos en los cortijos del campo […] Esta labor, si bien secundada por los encuentros favorables que se sostenían con las partidas de bandoleros, no impedía que el cabecilla continuase cubriendo las bajas y que la organización del llano siguiese suministrándole ropas y alimentos que pagaba la agrupación, abonando espléndidas gratificaciones, lo que constituía un aliciente para extender las organizaciones comunistas y atraer voluntarios a la sierra dadas las privaciones de gran parte de los trabajadores del campo de esta provincia y el crecido número de holgazanes, viciosos y maleantes hasta el punto que para las familias de los bandoleros constituía una solución económica el tener a sus maridos e hijos en la sierra. Para cortar esta situación se procedió a detener a las esposas y padres de todos los bandoleros y adoptar medidas contra sus haciendas contrastando así el estímulo que provocaba el dinero de la agrupación. Paralelamente a ello se procedió a detener a todos los exbandoleros que en años anteriores se habían presentado a las fuerzas mediante una táctica de atracción y que se encontraban en libertad en sus pueblos sin prestar ninguna clase de servicios.

> En esta situación se llegó al 18 de agosto de 1950 en que habiéndose causado a las partidas de la sierra en encuentros con la fuerza hasta esta fecha 49 bajas, de ellas 39 muertos, tres capturados y siete presentados y teniendo ya terminados los trabajos de información […] se efectuaron las detenciones simultáneas de todos los responsables concentrando por la noche más de 300 guardias para rodear ambos pueblos, lo que se ejecutó con tal sigilo y reserva que ni la misma fuerza conocía el objetivo de la concentración, llevando a cabo este peligrosísimo servicio con el resultado más satisfactorio, deteniéndose en el pueblo Salar a 93 individuos y en el de Loja a 61, huyendo a la sierra o incorporándose a las partidas tan sólo ocho que se hallaban ausentes de sus domicilios. […]

Manuel Prieto López: hubo «otra» Guardia Civil.

El general Manuel Prieto López me recibe así en su casa de Granada:

> Perdone usted que yo les siga llamando bandoleros. Han sido muchos años de llamarlos así y no me acostumbro a otro nombre, pero usted puede llamarlos como quiera. La verdad es que tengo veneración por ellos. Y los combatí bien. Le tengo que decir que a veces, después de que se entregaban o que los deteníamos me decían: «Usted es el teniente Prieto». «Pues sí»; «usted estuvo en tal día en tal sitio, montando un caballo de tal manera», «pues sí». «Le tuvimos a tiro y no le matamos». «¡Coño!», era verdad todo lo que me decía, varias veces pudieron matarme y no lo hicieron. Sabían que yo no era un asesino, como otros.

En aquella época, mientras que en las radios del país se oía cantar a Estrellita Castro «Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena…» tarareada en las tardes grises por muchachas melancólicas, el teniente Prieto López combatía a los «bandoleros».

La suya ha sido una carrera militar seria y honrosa. Manuel Prieto López, que fue alférez provisional en la Guerra Civil y teniente en la División Azul, acabó en la Guardia Civil, una institución que en principio no le caía nada bien: «En la guerra siempre estaba para fastidiarnos, se la encontraba uno en las fiestas, en los bailes, cuando la gente iba de putas. La verdad es que yo al principio no le tenía mucho cariño». En la Benemérita

es tal vez el único en llegar al generalato sin haber pasado por la academia militar. El teniente Prieto, con gafas y bigote, con el pelo peinado hacia atrás, combatió a los maquis bajo las órdenes del temible coronel Pérez Limia en la provincia de Granada y del no menos sanguinario Montes de Oca en Málaga. A finales del año 1950 le ascendieron a capitán y fue destinado a Torrox, como jefe de un subsector.

> Ellos, los «bandoleros», han matado muchos guardias civiles. Concretamente, donde yo me he desenvuelto en este tema, provincia de Málaga y Granada. Hay una lápida en la Comandancia de Granada que recoge el nombre de tres compañeros míos, tres tenientes muertos, varios suboficiales y guardias hasta un total de sesenta.
>
> También ha habido muchos muertos por parte de los «bandoleros», pero todos han sido en enfrentamientos. Nunca ha sido como el sistema terrorista de ETA de asesinar a traición o por la espalda. Ante esto, les tengo respeto y un recuerdo de agradecimiento a los maquis. En comparación con los terroristas de ETA de hoy, los bandoleros son mártires.

El general Manuel Prieto aún, de seguro, tiene cosas que contar. Él fue quien, siendo teniente, entró en contacto con Tarbes, en la primavera de 1946:

> El 14 de abril de 1946 se había celebrado el aniversario de la República en Granada con la colocación de banderas republicanas. Investigamos y descubrirnos una organización comunista y detuvimos a varios. Un día recibo una carta, firmada por un tal Carlos, en la que se me indicaban una serie de cosas que eran verdad pero que yo no había sido capaz de averiguarlas. Aquel Carlos sabía lo que se decía. En la carta también hablaba de que si quería que siguiéramos el contacto, debería poner un anuncio por palabras en el periódico *Ideal*. Yo, como cualquier guardia, no andaba bien de dinero, de hecho *los tenientes* cobrábamos entonces 500 pesetas al mes, y no podía pagar el anuncio. Pero bueno, lo conseguí de la superioridad y lo puse. Luego me llegaron cinco o seis cartas más.
>
> En enero de 1947 me llama el teniente coronel Limia, y me dice que en Gergal habían detenido a una persona en un servicio rutinario y que le habían incautado un manual de guerrillero. Y que esa persona quería hablar conmigo. ¿Quién será y qué querrá? Pregunté yo, y el otro por teléfono, «Soy Carlos». ¡Coño!, «dije», y le pedí a Limia que no lo matara ni lo maltratara, que me dejara hablar con él. Entonces lo trajeron a la comandancia del Albaicín. Resultó que era José Luis Merediz Víctores, de sobrenombre *Tarbes*, igual que la ciudad francesa, porque había estado en el maquis francés. En la guerra de España había mandado un batallón de tanques.
>
> *Tarbes* colaboró conmigo, me contó dónde estaba la sede del Ejército guerrillero, en la calle Solares, 13, y algunas cosas. Luego tramamos la fuga para que él volviera a la guerrilla. Teníamos un sidecar y en la bajada del Albaicín, se simuló que se le trasladaba esposado, él se tiró del sidecar, y los guardias dispararon, claro, sin darle. Al mes me dicen

que la guerrilla había entregado a *Tarbes* en Órgiva. No se creyeron lo de la fuga y lo ejecutaron.

Según Prieto, el que dio la orden de la ejecución de *Tarbes* fue Ricardo Beneyto Sopeña, *Ramiro*, máximo responsable del PCE en Andalucía. Estaba detenido por otros asuntos cuando Muñoz Lozano, *Roberto*, que también estaba detenido, en su desesperación por escapar del paredón, le acusó como máximo responsable de la guerrilla andaluza.

A Ricardo Beneyto le habíamos detenido por organizar sindicatos ilegales, tenía una doble identidad, me fui yo con un guardia y le detuvimos en un mesón detrás de la catedral de Sevilla. Por cierto, que me dijo cuando lo detuvimos: «Yo soy el que ordenó matar a *Tarbes*, pero usted no lo puede demostrar. Desconfié de él por la huida. Se había tenido que tirar por una cuesta y tenía un reloj nuevo, sin un rasguño, ni señales de las esposas».

Según la ficha que le abrió la Guardia Civil, *Tarbes* fue capturado el 13 de enero de 1947 en la estación de Fiñana, cuando huía de Gergal, donde había ido para organizar las guerrillas en la localidad. Iba bien vestido y le ocuparon carnets falsificados, salvoconductos, contrato de agente de seguros, además de un manual de guerrillero con apuntes relacionados con la fabricación y manipulación de mechas y explosivos, e instrucciones para efectuar voladuras de objetivos militares y líneas de comunicación en general.

En ese documento de la Guardia Civil, *Tarbes* informaba que había pasado en abril de 1945 desde Francia al País Vasco con un grupo de cinco guerrilleros provistos de metralletas, pistolas y bombas de mano, para establecerse como guerrilleros en las provincias vascongadas, pero que finalmente fue destinado como instructor y organizador de guerrillas en la provincia de Granada, donde se hizo cargo de una partida y durante un tiempo de la jefatura de la agrupación de Granada. Entre los datos que comunicaba a la Guardia Civil estaba un número muy abultado de las fuerzas del Ejército Guerrillero de Andalucía, que situaba aproximadamente entre 800 a 1. 000 hombres repartidos entre Orgiva-Motril-Albuñol, con medio millar; Íllora-Montefrío, con 200, y Guadix-Loja, con el resto.

A los confidentes había que cuidarles. Yo nunca fui partidario del terror, como hacían otros. Naturalmente que yo les combatía, pero nunca apliqué la ley de fugas. No era mi estilo. Eso es curioso, los que hemos combatido en una guerra, y en mi caso son dos, éramos los que más respetábamos al enemigo. Aunque las fuerzas a mis órdenes han matado a bandoleros, yo nunca maté a nadie, y menos a enlaces o a gente que no tenía nada que ver. Ahora, yo hice la Guerra Civil y la mundial y esto era otra guerra, y en las guerras nadie va a dar tiros al aire.

Yo intentaba persuadirlos, ganarme a los enlaces. Tuve una vez un buen confidente, un cabrero llamado *Machiche* que vivía en un cortijo. Era mi confidente, y me informaba. Bueno, pues a este hombre lo cogió Limia, y una de las cosas malas que hizo, lo mandó matar, porque no le sacaba nada y *Machiche* sólo hablaba conmigo. Yo tampoco le había dicho nada sobre el cabrero porque siempre he sido presumido y Limia había venido seis meses antes con muchas ínfulas, el caso es que le mandó una contrapartida, le pusieron en un servicio en el que no hizo lo que le dijeron que hiciese y le mataron. *Machiche* no pudo convencer a Limia, y éste y sus hombres no le entendieron, no vieron que este hombre estaba, como muchos, entre dos fuegos, en medio de todos, en la sierra, se tenía que callar si venían los bandoleros.

Gracias a *Machiche* había estado a punto de acabar con toda la Agrupación Roberto, unos doscientos, y su cabecilla al frente. Me había dicho, con un mes de antelación, que se iban a reunir todos los batallones en un cortijo, el cortijo del Marqués, cerca de Cómpeta, porque al *comandante Roberto* le gustaba celebrar la Navidad y yo había planeado toda la operación, con diversas comandancias. Incluso salí ese día con la fuerza hacia otra dirección. Pero sucedió que el encargado de ir a por el pan al pueblo, un enlace, se emborrachó y a las dos horas, *Roberto* mandó que todo el mundo se volviera a sus lugares, porque no se fiaba. Se dio tanta prisa que no cayó ni siquiera en el cerco que le habíamos tendido, y puedo asegurar que había más de tres cordones.

Lo que se hizo en Granada y Málaga no tiene nombre y todo lo que se diga es poco. Hubo matanzas, gente inocente, y había verdaderos criminales. Al capitán Caballero yo le he oído decir, en un traslado con bandoleros, «mira qué nuca tienen para darles un tiro». Aquí hubo una carnicería. Todos los días mataban, dos muertos, cuatro muertos, puñetas. ¿Qué es esto? Ese capitán se ponía malo si no mataba a alguien todos los días. Y así un mes tras otro, en fin, que se despachaba a gusto. El gobernador Fernández Vitorio, de Granada, un insensato, se ufanaba de haber matado a 146 bandoleros desde que estaba en el cargo. Bueno, decía yo, desde que tú has llegado había 80 y han matado a 146, y todavía quedan en la sierra. ¿Cómo se explica eso?, tendría que estar todo infestado, y no era así, metían como guerrilleros a quien no lo era.

Una vez me llaman y me dicen que ha habido un combate cerca de Almuñécar y que habían matado a quince soldados y que entonces tenía que cargarme a diez por lo menos. Pienso para mí, qué barbaridad, ya veremos, y entonces voy al capitán general, que era el que me lo había dicho, y le cuento que en Castell de Ferro, cerca de Almuñécar, hay un muchacho que está vigilando porque viene un barco de Argelia con un batallón y pertrechos. «¿Pero es seguro?». «Claro que sí». «Pues quiero que vaya usted». «Muy bien, pero ¿y los 10…?». «Bueno, ya se lo encargaremos a otro». «Yo fui a esperar un barco que nunca llegó y me salvé de cometer una salvajada».

Pero incluso hizo algo más. En el último momento consiguió salvar a uno de aquellos diez, llamando en nombre del general: «Me ha dicho que lo mismo son nueve que diez», y sacó de la cárcel al hijo del cartero.

Sobre los que se echaron a la sierra, el general Prieto reconoce diferencias. Por un lado, estaban los que tenían ideología política, sobre todo comunistas o gente que luchaba contra Franco, que sitúa como máximo en un quince por ciento, y, por otro, una serie de gente de relleno, en la que se mezclaban delincuentes y gente que tenía miedo y que por la presión de la Guardia Civil se habían unido a los de la montaña.

Entre los que se echaban a la sierra había casos curiosos, como toda una quinta del pueblo de Agrón. En la fiesta de despedida para irse a la mili, los catorce mozos tomaron unas copas y dijeron: «¿Y por qué no nos vamos a la guerrilla?». Y allí fueron. Claro que aquel pueblo era especial. Quizá fuera el único en Europa en aquel momento en que sus habitantes tenían que ir a las ocho de la noche a depositar las llaves de sus casas al cuartel de la Guardia Civil, y luego un número cerraba las puertas del pueblo. A las siete de la mañana se volvían a abrir y «los encerrados» recuperaban su libertad para ir a trabajar al campo. Presiones de ese tipo, o de vigilar la comida que se llevaba a la sierra, eran tácticas habituales de la Guardia Civil.

A Prieto le llamó el gobernador cuando se organizó la brigadilla de Granada, compuesta por policías y guardias civiles, cuerpos que nunca se han llevado bien. «Yo era teniente y tenía bajo mi mando a seis tenientes más. Era un poco chocante. Al gobernador no le gustaban tampoco las cosas que yo le decía. Al final no encajé con sus métodos y tuve que salir, me destinaron a Jayena». No sería la primera vez que el hoy general tendría problemas con el cuerpo. Cuando fue destinado a Málaga se peleó con el teniente coronel Montes de Oca. «Un verdadero canalla. Por ahí lo dicen todos los libros: Montes de Oca, el capitán Muñoz y el teniente Jiménez Reyna. Pero nunca podrán decir eso de mí».

Prieto fue acusado injustamente de varias cosas y le arrestaron dos veces. Entre arresto y arresto consiguió que le recibiera Camilo Alonso Vega, el director general de la Guardia Civil. Estaba dispuesto a irse del cuerpo.

En mi escrito le decía: «Consta que han matado a tantos y eso es mentira, ésos no eran bandoleros, sino gente que estaba en un cortijo tranquilamente, y para sembrar el pánico, que no conduce a nada, le han puesto una escopeta, le han metido cuatro tiros y los han enterrado diciendo que eran bandoleros».

Era magnífico don Camilo, ya sé que se han dicho de él muchas cosas, pero siempre se portó bien conmigo. Me estuvo oyendo, con mi expediente delante y me decía: «Prieto, es usted el ombligo del mundo», ya está pensaba yo, de ésta me lleva para un castillo militar, pero al final me dijo que si lo que yo decía era verdad no tenía nada que temer. Me quitó la amonestación y bajó su confianza en Montes de Oca, aunque no la perdió del todo. Don Camilo salvó a la Guardia Civil de que Franco la disolviera después de acabar la guerra. Se dieron cuenta que el Ejército no servía para la lucha contra los del monte y Franco dio marcha atrás en sus planes y potenció la Guardia Civil. Y parece que le dijo a Camilo, «no quiero consejos de guerra». Y don Camilo impulsó tenientes jóvenes, bien preparados física, militar e intelectualmente, para sustituir a los capitanes que eran ya de cierta edad.

Hubo un tiempo en que la Agrupación Roberto tuvo médico. Y la culpa la tuvo el teniente Prieto. Se había disfrazado de paisano, siempre con su pistola alemana —herencia de la campaña de Rusia— en el bolsillo de la chaqueta y junto con otro miembro de la Guardia Civil había conseguido infiltrarse en una reunión de enlaces. Allí le contaron que el médico de Órgiva simpatizaba con ellos y atendía a los guerrilleros cuando estaban enfermos o heridos.

Al día siguiente, cuando ya se dieron cuenta, porque detuvimos a los enlaces, el médico se escapó a la sierra. Y tenía un problema: era morfinómano. Pensamos que intentaría conseguir la morfina como fuera, en las farmacias, en los hospitales, y tomamos nuestras medidas. Pero no. Después de varios meses, un buen día, se presenta en un puesto con otro que era cocinero en la guerrilla y me llaman: que ha aparecido el médico. Y cuando le veo le digo: «Pero hombre, ¿cómo se te ocurre? El monte no estaba hecho para ti, y menos con tu problema. ¿Cómo has hecho?». «Pues me he curado con una borrachera de anís». Ese médico había estado un tiempo en la sierra.

Como no podía andar en las marchas, le llevaban a hombros unos y otros. Era hermano del secretario del gobernador civil de Granada. Decía que lo peor que llevaba era el tema de la higiene. Cuando se entregó, lo primero que pidió es que le dejaran bañarse.

Cuando el general Prieto sale a la *costa* desde Granada, por la carretera va viendo y recordando lugares donde ha estado combatiendo a la guerrilla.

He estado en toda la sierra, no es extraño que recuerde muchas cosas. ¡Tantos años ya han pasado! Me acuerdo, por ejemplo, que a los seis de Motril, los últimos en salir de la

sierra en 1952, los estuve siguiendo por Huéscar y Baza, pero nos pasaron al lado, se escabulleron.

Aunque no se arrepiente de su trayectoria en la Guardia Civil, hay acusaciones sobre su actuación de las que se defiende:

Ahora me dicen y me acusan de que paseaba a los que habíamos matado en un mulo por el pueblo. Hasta cierto punto tenía sentido, todos a los que la fuerza había matado llevaban ya tiempo en la sierra, y así la gente los reconocía y salían las cosas que habían hecho, éste es el que mató a mi padre en el cortijo, o éste es el que secuestró a mi hijo.

A Prieto aún le asombra cómo aquellos hombres pudieron aguantar en el monte, y habla con cierta admiración de su organización y sus tácticas:

Tenían una logística muy buena. No sólo la movilidad, sino sobre todo dar de comer a las partidas en el monte. Grupos de cincuenta, cien individuos, no es nada fácil. Nunca iban juntos, cuando iban de marcha hacia un punto iba uno delante, luego ninguno y luego los demás, a ocho o diez metros. El resto de la partida llegaba cuando se cercioraban que el primero había llegado bien. Y luego cómo caminaban, así, medio a gatas, reptaban, a veces han pasado cerca de nosotros y no nos hemos enterado hasta después. Yo aprendí un poco a ir por el monte. Cuando íbamos con el *Jacinto*, uno que se entregó, éste nos decía, por aquí han pasado, se agachaba y donde tú no veías nada él notaba una piedra fuera de su sitio, una ramita rota, en fin, como los indios, eran unos buenos rastreadores.

Cuando ascendió a capitán y le destinaron a Torrox, Prieto hizo unas proclamas en las que invitaba a la rendición a los bandoleros y el perdón para los que mataran a los jefes.

Con ese *Jacinto* tengo una anécdota curiosa. Un día me llaman a las tres de la mañana, se había presentado un bandolero con la hoja de las proclamas que yo tiraba por la sierra cercana. Me dice cómo se llama, que lleva mucho tiempo en la sierra, que se entrega y que viene con un enlace que no sabe nada y que está esperando en el pueblo, vienen a organizar una reunión en sierra Tejeda, esas reuniones se convocaban con meses de antelación. Enseguida detuvimos al enlace y con el coche *Jacinto* nos fue llevando por la sierra, por aquí, por allá, nos enseñó rutas, estafetas y más cosas. Íbamos dos guardias, un sargento y yo. Al llegar a Frigiliana, que era el pueblo donde vivía, nos dice que lo que quería es acostarse con su mujer. Yo lo comprendía, tanto tiempo en la sierra, y nos estaba haciendo un favor. Como él no podía ir a su casa, porque despertaría sospechas, hizo que viniera su

mujer. Así que en plena noche vino la mujer y en una cuneta, lo hicieron. Ya ves, un capitán, un sargento y dos números esperando a que un bandolero le echara un polvo a su mujer. Las cosas que tiene la vida.

Una agenda de hace 55 años

Aquella mujé
tenía delirio por mí
me reí de su queré
pero ahora que la perdí
lloro por volverla a ver.

En aquel tiempo, los teléfonos de las ciudades tenían sólo cinco números. Esta agenda Myrga de 1944 con la piel gastada, además de teléfonos y direcciones, tiene curiosas anotaciones. Coplas, versos, y una especie de greguerías —«el primer humorista del mundo: el corazón femenino», «Amor, juventud, alegría y fortuna, los cuatro puntos cardinales»—, hasta apuntes para discursos o fórmulas para fabricar tinta simpática: «Una parte de cloruro de cobalto disuelto en 24 partes de agua. Sirve para escribir con signos invisibles que se podrán leer calentando la carta».

Esta agenda, que emerge ante mí, venida de otro tiempo, es de un miembro de la resistencia antifranquista: Ramiro Fuentes Ochoa, *Mariano*, destacado militante del PCE que estaba organizando, junto con *Tarbes*, el aparato de propaganda de la guerrilla de Granada.

De repente, el general Prieto se ha levantado, y aunque con dificultad —se ha recuperado bien de un ataque cerebral pero las piernas las tiene muy débiles— va a su despacho y vuelve con esa antigua agenda.

Hace años para la grabación de un documental, tuve un encuentro con Ramiro Fuentes Ochoa, al que yo había detenido en Granada. Él había dicho que yo le había querido aplicar la ley de fugas, pero no es verdad, si no, estaría muerto, porque cuando estaba en el suelo, un guardia me preguntó que si le mataba y yo dije que no. Queríamos que nos diera información y además yo nunca mataba a nadie así. Tampoco utilicé balas explosivas, como decía. El caso es que no tendría que haber habido ningún herido, sobre todo si lo hubiéramos hecho a las cinco de la mañana, que era cuando se hacía, llamábamos y decíamos: «Telegrama», pero al teniente coronel Limia se le antojó que fuera a las cinco de la tarde y yo dispuse el operativo, dejé a los guardias, cuatro o cinco, en los portales de las casas cercanas. Entré en la casa de la calle Solares, 13, en el primer piso, y fingí que era alguien que había venido de Madrid, y que necesitaba enlazar con el partido. Allí había una mujer, que me decía que no, pero yo fui avanzando hasta una habitación, donde sabía que estaba el jefe del Estado Mayor de la guerrilla, *Mariano* o Ramiro Fuentes Ochoa; cuando entré, él saltó por el balcón. Pudo haberme matado, pero prefirió huir. Yo le disparé desde la ventana, y le di en una rodilla, en una mano y en un pie, a pesar de lo cual intentó levantarse y huir, pero estaba cercado.

Se nota que Manuel Prieto ha hecho un esfuerzo por hablar y comunicarse con aquellos contra los que luchaba en aquella época.

Cuando le vi, junto con su mujer, en aquel programa, en el que me enseñó las secuelas de las heridas, y me dijo que había estado diecisiete años en la cárcel, yo le dije: «Naturalmente, usted estará aún maldiciéndome por haber sido quien le detuvo». ¿Y sabes lo que me contestó?: «De ninguna manera, usted cumplió con su deber». ¡Coño!, me dejó de piedra. Es verdaderamente admirable.

Cuando hablo con Ramiro Fuentes Ochoa por teléfono, tengo que vencer su resistencia. Últimamente le han citado en varios libros y, según él, no de una manera acertada. Y me cuenta su versión. Había llegado a Granada cuando *Tarbes* era jefe de la agrupación. Ramiro Fuentes, nacido en 1915 en el valle de Ruesca (Santander), era ya un veterano militante comunista. Había sido hecho prisionero por el Ejército italiano en Santander el 26 de agosto de 1937, y había estado en varias cárceles hasta el 24 de enero de 1944, acusado de organizar en su pueblo las Juventudes Comunistas.

Al salir trabajé en una fábrica de Bilbao e ingresé en el PC de Euskadi. Pero la Policía, conociendo mis antecedentes, no dejaba de acosarme, y en septiembre de 1945 me fui a Madrid. Allí la dirección del partido me propuso que acompañase a Campo, del comité del

PC de Euskadi, que iba a Málaga. Intentábamos reconstruir el partido, desarticulado desde la detención de Ramón Vías. Campo más tarde sería fusilado en Sevilla con otros dos camaradas, en 1949.

Fue en Semana Santa de 1946 cuando, aprovechando el bullicio y el movimiento que se producía en Andalucía, Ramiro Fuentes, identificado ya por la Policía, se marchó a Sevilla. De allí vendría meses después.

En octubre de 1946 conecté con *Tarbes* en Granada, que estaba al frente de la agrupación guerrillera y había puesto en marcha un centro de propaganda, que fuimos perfeccionando y donde editábamos con multicopista el periódico *Por la República* y otros materiales. Allí estaba yo, manipulando la multicopista, el 17 de enero, cuando entró el teniente Prieto de paisano. Le vi avanzar por el pasillo haciendo retroceder a la señora, y cuando iba a entrar en la habitación, salté a la calle por el balcón. No había andado dos metros cuando me dieron en la rodilla, y caí. Luego intenté levantarme y me alcanzaron más disparos. Así que me hice el muerto. Cuando ya había mucha gente en la calle y pensé que no seguirían disparando di señales de vida.

Según Ramiro, él no fue torturado, aunque sí amenazado de todas las formas posibles. En cualquier caso, cuando veo la escena del documental en que se saludan el general Prieto y Ramiro Fuentes, cincuenta años después, no tengo por menos que sentir emoción.

Bernabé López Calle, el guardia civil anarquista.

Además de la guerrilla de Sierra Morena y de la Agrupación Granada-Málaga, en Andalucía hubo otro grupo guerrillero: la Agrupación Fermín Galán, comandada por Bernabé López Calle, *comandante Abril*, que actuaba en la serranía de Ronda y el Campo de Gibraltar. Este grupo, anarquista, que había absorbido otras partidas, como las de los tres hermanos Barragán, *Morenos de Cortés*, se había fusionado en 1949 con el de Pablo Pérez Hidalgo, *Manolo el Rubio*, que dirigía la agrupación comunista Stalingrado. Varios años antes las dos partidas ya colaboraban.

El *comandante Abril*, natural de Benajaque (Málaga), fue el único jefe de agrupación guerrillera de filiación anarquista. Había sido guardia civil y durante la Guerra Civil luchó en varios frentes y en la batalla de Teruel alcanzó el grado de comandante de Infantería. La Agrupación Fermín Galán no tuvo la importancia que otras guerrillas, pero demostró que durante algún tiempo los anarquistas y los comunistas podían trabajar juntos. Veintisiete hombres se juntaron en febrero de 1949 en la sierra de Las Cabras, en el término de Jerez de la Frontera. *Manolo el Rubio*, tras la fusión, fue nombrado jefe de Estado Mayor. La guerrilla se extendió por el oriente gaditano, entre las poblaciones de Jimena de la Frontera, Alcalá de los Gazules, Ubrique, Grazalema, Algar y Jerez y también por el lado occidental de Málaga, la serranía de Ronda, Cortes de la Frontera, Gaucín, Algatocín, Benaoján y Montejaque.

Bernabé López Calle, el *comandante Abril*, fue muerto a manos de los miembros de su antiguo cuerpo, la Guardia Civil, en un combate en la Garganta del Jurado, en Medina Sidonia, en diciembre de 1949. Con él cayeron varios hombres de su partida. Le enterraron en una fosa común en el pueblo. Ni siquiera hay una placa que lo recuerde.

La Agrupación Fermín Galán estuvo más bien a la defensiva, realizando sobre todo secuestros como método de financiación, más que ningún otro grupo guerrillero. Pero la caída de las redes de apoyo, primero comunistas y luego anarquistas —las fuerzas represivas emplearon con profusión la ley de fugas aplicada a guerrilleros y enlaces— hizo que se fuera desmantelando la guerrilla, que fue disuelta finalmente por *Manolo el Rubio* a finales de 1949, tras la muerte de Bernabé. Después, el líder guerrillero comunista se ocultó como un topo en un cortijo, «El Cerro» de Guenalguacil, en sierra Bermeja, protegido por una mujer, Ana Trujillo y no salió hasta veintisiete años después, en 1976.

Pablo Pérez Hidalgo, *Manolo el Rubio*, fue una de las personas entrevistadas por Manuel Legineche y Jesús Torbado para su libro *Los Topos*. En ese libro, este hombre, que fue capitán en la República y aguantó hasta el final de la Guerra Civil para después unirse a la guerrilla, contaba que no todo en la guerrilla era trigo limpio:

Hubo que luchar no sólo con el enemigo, sino con algunos de los que había dentro. Se infiltraron muchos granujas. Se dieron casos de venir tipos a la sierra, no por unas ideas o por persecución de la justicia militar, sino para el saqueo, la rapiña. Ésos aprovechaban la ocasión y cometían fechorías, de modo que cuando uno quería enterarse el daño ya estaba hecho. Apareció en el monte uno de San Roque y nos vendió la patraña de que se había escapado de Ronda porque lo iban a fusilar. Un cuento chino. La verdad es que era un gallofero que había robado cuatro o cinco chivos y lo buscaba la Guardia Civil para enchiquerarlo. Cuando lo supimos, era tarde, el fulano se nos marchó vivo y nos delató a todos. Por él metieron en la cárcel a una pila de criaturas.

Nos movíamos mejor en la oscuridad. Campo traviesa llegué a recorrer 40 kilómetros en una noche. Se hacían necesarios estos largos desplazamientos para desorientar a la Guardia Civil o confundir a los chivatos. Estábamos provistos de linternas, pero apenas las encendíamos, sólo para un paso malo o para vadear un arroyo difícil. El terreno nos lo conocíamos palmo a palmo, el que desconozca el terreno no logrará adelantar de noche ni doscientos metros. En aquellos tiempos, los grupos ambulantes de la Guardia Civil vestían como nosotros. Iban en grupos de siete u ocho y se camuflaban para vigilar. Nosotros les decíamos «los mantas» porque llevaban siempre una manta al hombro. Por eso también la gente los distinguía de nosotros. Cuando los mantas aparecían en algún pueblo de la sierra, la gente decía: «Ahí vienen los falsos guerrilleros».

Cuando *Manolo el Rubio* disolvió la agrupación —ya muerto el *comandante Abril*—, quedaban siete en total. Entregó a los seis el armamento oculto, se abrazó a ellos y se despidió. Al poco tiempo, en una emboscada, cuando estaban a punto de pasar a Marruecos, fueron acribillados por la Guardia Civil tras la delación de un cortijero, en cuya casa habían parado. Los guardias creyeron que él estaba entre las víctimas y llamaron a su padre para identificar el cadáver. Su padre así lo hizo y a partir de ese momento lo dieron por muerto. *Manolo el Rubio* se ocultó en el cortijo «El Cerro» de Genalguacil, protegido por la hija de los cortijeros, en una cabañuela. Sólo salía de noche. En su monótona vida leía un poco, oía las radios extranjeras y además de sus propias precauciones, sus mejores armas para superar aquel encierro fueron sus tres perros: Alegría, Libertad y Revolución, que según los ladridos le informaban si se acercaba un hombre o una bestia.

En la guerrilla la vida era más suelta, más libre que en mi escondrijo. Quizá sea más confortable la vida en una casa cuando hay condiciones, pero yo prefería la sierra. En esto pasa como con los animales que viven en una jaula. Yo me sentía enjaulado. Hoy todo aquello pasó y no añoro la vida en la sierra, pero cuando estaba aquí, la echaba de menos.

Cuando por fin, tras la muerte de Franco, Pablo Pérez Hidalgo salió de su escondite, todo le resultó extraño: las personas, las vestimentas, los edificios, la carretera y el desarrollo turístico de la costa. Estaba libre y se casó con Ana Trujillo, su compañera de tantos años. No se arrepintió nunca de lo que hizo. Simplemente, para él no hubo otra salida. Aunque, tal y como confesaba a Manuel Legineche y Jesús Torbado, no sucedió lo que él y sus compañeros de guerrilla pensaban, que con el fin de la Segunda Guerra Mundial se acabaría también el fascismo en España y que el pueblo se sublevaría contra Franco.

> El primer factor que debieron tener en cuenta en el PCE es que el pueblo español estaba cansado de guerras. Nosotros lo vimos también cuando la población comenzó a volvernos la espalda. Al principio, todos nos ayudaron, luego nadie lo hizo. Cuando terminó la Guerra Mundial y pasó lo que pasó con la tentativa de invasión a través del Valle de Arán, y con la desarticulación de las guerrillas en Francia, la suerte estaba echada. No quedó otro remedio que aguantarse porque ya no se podía salir.

Sólo unos pocos guerrilleros del Campo de Gibraltar pudieron salir de España. En 1949, algunos guerrilleros de las antiguas partidas que no murieron o no se entregaron, consiguieron huir al norte de África en un falucho. En concreto fueron seis, entre los que estaba Francisco López Herrera, *Currito* (o *Quico* para los amigos). Otros tuvieron peor suerte. Grupos anarquistas de Jerez y Algeciras colaboraban para evacuar a los fugitivos y pasarlos a Tánger, aunque varios guerrilleros y enlaces fueran tiroteados y aniquilados en esa última población, en mayo de 1950. Además, en un territorio de contrabandistas, hubo una mafia que se aprovechó de ellos. Tres guerrilleros de la partida del *Hoguerilla* embarcaron en el Campo de Gibraltar, y en mitad del Estrecho los contrabandistas los tiraron al agua y se quedaron con el dinero.

Francisco López Herrera nació en 1922 en San Roque (Cádiz). Realizó tareas de suministro para la guerrilla del Campo de Gibraltar, del grupo libertario de los hermanos Moreno de Cortés, que se integraría más tarde con Bernabé López Calle, el *comandante Abril* y *Manolo el Rubio*. Un poco antes de la fusión en la Agrupación Fermín Galán salió para Tánger.

El padre de *Currito* fue fusilado al principio de la Guerra Civil, y su familia nunca llegó a saber dónde le habían enterrado. Ya militaba en el Partido Comunista en 1947 cuando empezó a servir de enlace a la guerrilla:

> Yo era enlace, llevaba a los guerrilleros donde me decían, les compraba suministros, comida, en fin, esas cosas. Hice el servicio militar y en un permiso quise irme con ellos, pero me dijeron que no, que hacía mejores servicios como enlace. Pero un día, cuando estaba trabajando en las labores del campo, me avisaron que me iban a detener, porque había caído otro enlace.

Sin perder tiempo, porque la amenaza era grave, Francisco escapó hacia una zona montañosa cercana a Algeciras, entre la Granja y Los Barrios. Allí se unió a los huidos y guerrilleros que operaban en la zona. Era su única esperanza. «De San Roque sólo éramos tres. Los demás eran de Los Barrios y Jimena de la Frontera. La mayoría eran de la CNT. Estuve con los Moreno de Cortés, hermanos muy famosos».

Al poco de incorporarse a la guerrilla, Francisco fue herido en una emboscada de la Guardia Civil cerca de Ronda y estuvo entre la vida y la muerte.

> Fue por una bomba de mano, la metralla me dio en la pierna y en el cuello. Estuve oculto en un rancho de la serranía mientras me curaron, unos dos meses. Luego me incorporé de nuevo a la guerrilla. Sobre todo hacíamos sabotajes, torres de alta tensión, y aunque no he participado yo, también había secuestros. Éramos una guerrilla de cuatro o cinco personas, no podíamos ser más.

En la salita de su casa están colgados cuadros y fotografías de una juventud truncada por la guerra. En esa casa vive con Ana, su mujer, la novia que en su huida a la sierra, se quedó en la estación de San Roque. Ana le esperó pacientemente, no sólo durante la época de la guerrilla, sino los diecisiete años de cárcel. Tal y como decía la canción de Jorge Sepúlveda que en aquellos días se oía por todas las emisoras del país: «Toda una vida». Francisco relata cómo algunas de las novias y esposas de guerrilleros subían a las montañas a verles, a pesar de que arriesgaban la vida. Dice *Currito*, emocionado: «Había que tener mucho valor pero el

amor es el amor». Eso sin duda debía ayudar a sobrellevar la lucha y la dureza de la vida en el monte, siempre amenazado, soportando las inclemencias del tiempo, y los roces con la Guardia Civil. Según explica Francisco:

> Nosotros, al contrario de lo que algunos dicen, jamás estábamos en cuevas; dormíamos y acampábamos en pleno monte, teníamos unas lonas, una especie de hules, de los que se ponían en los lomos de las caballerías, con ellos hacíamos una cabaña con cubierta a dos aguas. Luego una vez montada, echábamos ramas encima para camuflarla; estas telas no dejaban pasar el agua, y en algunas ocasiones, hacíamos un surco en la tierra alrededor de la cabaña, para evitar que cuando lloviera entrara el agua dentro de nuestro refugio, e incluso poder reutilizarla. Te puedo asegurar que el interior no se mojaba. Si no había tela, usábamos un cobertor bien tenso y estirado. Dentro, las camas eran de matas de brezo.

Para hacer fuego y no ser descubiertos, casi siempre llevaban carbón, y algunas veces cogían leña muy seca para que no hiciera humo:

> El carbón, como los alimentos, lo conseguíamos a través de nuestros enlaces. El hacer lumbre era muy problemático, al igual que fumar. Cuando cocinábamos, hacíamos puchero con garbanzos, arroz, esas cosas. Pero a veces nos hemos tirado sin comer dos o tres días. Cuando la Guardia Civil descubría los campamentos y los asaltaba, teníamos que salir a escape, y allí se dejaba todo. Yo he estado tres días comiendo sólo queso. Luego no podías bajar a los pueblos, ni caminar de día, si la gente te veía te delataba. Nunca robábamos la comida a la gente. Pagábamos a los enlaces todo lo que necesitábamos. Hasta el más mísero trozo de pan que hemos comido lo hemos pagado.

La guerrilla pasaba la mayor parte del tiempo escondida y vigilante.

> Cuando alguien nos veía, o creíamos que nos habían localizado, levantábamos el campamento y nos íbamos hacia otra zona. Recorríamos una gran cantidad de kilómetros en una noche y siempre a campo traviesa. Cuando cruzábamos algún camino, uno de nosotros siempre borraba las huellas, con una rama, para no dejar rastro. En algunas ocasiones, la Guardia Civil, que la llevábamos en los talones, ha pasado muy cerca de nosotros y, aunque alguien diga lo contrario, nunca hemos abierto fuego contra ellos, os lo puede asegurar cualquier guardia de aquella época.

No todo era una continua tensión. Algunas veces, aquellos hombres jóvenes reían, bromeaban o cantaban. Siempre cuando estaban juntos y a

salvo de ser oídos. *Currito* bucea en su memoria y rescata del fondo del pasado una de las cancioncillas que ellos cantaban en la sierra de Los Barrios (Cádiz). Y se arranca sin apenas jalearlo:

> Luz de su divina estrella,
> con su pequeño rayo,
> me ilumina en la montaña
> el guerrillero en la sierra huye,
> con pies de caballo
> en las montaña altas,
> y en los bosques más espesos…
> Son las dos de la mañana,
> me suenan los oídos,
> quién me puede estar mentando,
> si está todo el mundo dormido…

Francisco tiene buena voz y buena risa. Es un buenazo, un pedazo de pan. Eso dice de él su amigo José Murillo. El *comandante Ríos* fue quien le puso el apodo en la cárcel de Burgos. La detención de *Currito* fue accidentada. Antes de salir al mar en una barca, en san Roque, tuvieron un tiroteo con la Guardia Civil, pero ni él ni ninguno de sus compañeros resultó herido. Cuando por fin salieron y llegaron a Tánger, todos creyeron que estaban a salvo. Pero se equivocaron. «En Tánger me detuvieron. Luego me llevaron a Algeciras, donde estuve diez días y de allí a Sevilla, donde fui juzgado con otros once guerrilleros en mayo de 1951. Nos condenaron a todos a muerte, y los funcionarios metían la llave en la puerta para asustarnos, como si nos fueran a sacar». Al final, cuatro se salvaron del garrote vil. A él le permutaron la condena por treinta años de prisión, de la que salió después de cumplir diecisiete en el penal de Burgos.

Cuando saca el cuidado álbum de fotografías de aquella época y comienza a pasar las hojas, los ojos se le humedecen: «Mira, éste es Ríos, estamos los dos en el penal». La última vez que se encontraron fue en unas jornadas sobre la guerrilla en Algeciras en abril de 2002, que sellaron con un abrazo especialmente emotivo.

A Francisco los sufrimientos y penalidades pasadas no pudieron borrarle la sonrisa. Ni aquella rebeldía innata, que le llevó tres veces a las celdas de castigo en el tristemente célebre Penal de Burgos:

> Al romper filas en la formación de presos, o después de pasar lista, gritábamos contra el régimen, «¡Abajo Franco!» o «¡Abajo la Dictadura!» «Viva la democracia»… y nos volvían a meter en celdas de aislamiento.

Francisco se emociona. «Siempre me pasa cuando hablo de esto. Todos los días me acuerdo de mis siete compañeros muertos del Campo de Gibraltar. Yo puedo contarlo, pero ellos no. No me pesa haber estado en la guerrilla. Estoy orgulloso de ello, a pesar de todo lo que he pasado. He sido un luchador toda mi vida y he luchado por España. Eran tiempos terribles, pero manteníamos la esperanza. Los compañeros que condenaron a muerte —uno de ellos era uno de los hermanos Moreno de Cortés— mantuvieron el ánimo hasta el último momento. Cuando salían y ya les esperaba el verdugo, gritaban con todas sus fuerzas "¡Viva la República!"».

Él tampoco perdió el ánimo que le ha acompañado toda su vida. Cuando ya liberado volvió al Campo de Gibraltar, Ana le estaba esperando. Aunque habían perdido la juventud, aún tenían años por delante. Y desde entonces no se han vuelto a separar.

6. La Agrupación de Levante:

La favorita del PCE.

> Ahora te pones a pensar y te preguntas si es cierto, si es verdad o no lo que he vivido, porque han sido tantos años de silencio, que ahora a una se le antoja todo irreal. Pero la verdad es que ya somos parte de la historia. No éramos bandoleros, luchábamos en el monte por la República. Pero a veces te pones a pensar, ¿es verdad o no que ha existido eso?

La que contesta a mis preguntas es Remedios Montero, *Celia*, que sube la cuesta de Santa Cruz de Moya con ayuda de una muleta —convaleciente aún de una operación— y apoyada en su marido, una leyenda viva: Florián García, *Grande*, comandante guerrillero de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA). El lugar está lleno de banderas republicanas y de gente que se abraza y se saluda. Hoy es día de celebración guerrillera.

Florián y Reme podrían pasar por un par de tranquilos jubilados. Florián es un anciano vivaracho, amable y pequeño —de ahí el apodo *Grande* que le pusieron sus compañeros—, que usa sombrero, una de sus señas de identidad, y que tiene una mirada apasionada tras esas gafas de gruesos cristales. Nadie diría que fue uno de los guerrilleros legendarios del levante español y una auténtica pesadilla para la Guardia Civil, que puso precio a su cabeza. Fue el único comandante de la AGLA que permaneció al frente de sus hombres durante toda la época de la guerrilla. Los demás murieron o cayeron presos. «Yo era muy precavido, fíjate que en los seis años que estuve en el monte no me desnudé nunca, tampoco *dormí* bajo techado y siempre fui armado».

El «día del guerrillero» es una buena fecha para visitar Santa Cruz de Moya, un municipio situado en la serranía baja de Cuenca, limítrofe con las provincias de Valencia y Teruel y bañado por el río Turia, en un paisaje agreste. En las décadas de 1940 y 1950 fue zona de operaciones de la AGLA, debido a su orografía y a su equidistancia entre Valencia y Teruel. Alrededor de Santa Cruz de Moya llegó a haber cinco campamentos. Allí, desde 1989, se celebra todos los primeros domingos de octubre el «Día del guerrillero español». Desde toda España e incluso de Francia acuden los supervivientes de las distintas agrupaciones, enlaces y familiares. Es una fiesta que se celebra en un alto en las afueras del pueblo, al lado del monumento al guerrillero antifranquista, erigido el 6 de junio de 1991 «En memoria de los guerrilleros españoles muertos en la lucha por la paz, la libertad y la democracia al lado de todos los pueblos del mundo». Santa Cruz de Moya representa un hito dentro de la lucha guerrillera. Muy cerca de aquí, en el cerro Moreno, en un asalto de la Guardia Civil el 7 de noviembre de 1949, murieron doce guerrilleros de esta agrupación guerrillera, la que más mimó el PCE. También era la que mejor comunicación tenía con Francia.

De las seis agrupaciones guerrilleras creadas, Galicia-León, Asturias-Santander, Centro, Extremadura, Andalucía y Levante, esta última se distinguió por su grado de conciencia ideológica y de organización, además de ser la más activa.

Esto es lo que cuenta Florián García sobre la Agrupación:

> Cuando cayó *Arturo*, el que inició la agrupación, vino Ángel Fuertes, *Antonio*. Éste fue el primer jefe de la AGLA, tenía unas dotes de organización fabulosas, era maestro. Fue un hombre que tuvo una gran entereza al morir, pues con su sangre fue destruyendo todos los documentos que llevaba. Luego se hizo cargo Pelegrín Pérez, *Ricardo*, que era uno de los hombres mejor preparados. Cuando yo recibí por primera vez a Pelegrín y sobre los planos comenzamos a hablar, me di cuenta que era un hombre muy preparado y sensato, de un gran humanismo. Por ejemplo, si llegábamos alguna vez de alguna marcha cansados y había que bajar a por agua, se ofrecía él, y claro, siempre en esto podía haber mucho peligro. Él quería conocer toda la Agrupación y cuando yo le dije que era muy difícil que subiera al 17 Sector, porque allí la represión actuaba con gran dureza, me contestó que como jefe de la Agrupación era su deber conocer a todos y a cada uno de los grupos. Yo le acompañé y le di un punto de apoyo que no conocíamos nadie más que él, mi enlace y yo, por si acaso ocurría algo. Y efectivamente en una de esas marchas llegaron de día al campamento, cogieron una oveja y cuando la estaban preparando —estaba prohibido hacer

fuego de día—, les atacaron de improviso. Y cada uno salió por donde pudo. Y al cabo de unos días lo encontraron desangrado al lado de un pino.

Después de este hecho es cuando nos acercamos al cambio de táctica, a finales de 1948. A partir de esta fecha ya dejó de ser AGLA formándose el Comité Regional de Levante. De secretario general vino un tal *Andrés* y a mí me destinaron como secretario de propaganda. Este hombre vino con una moral inmensa. Pensaba comerse el mundo, sin darse cuenta que la lucha aquí no se parecía en nada a la de Francia.

Florián García conoce muy bien la zona donde estuvo combatiendo durante seis años:

En el levante, de los que han participado en esa lucha, los que más se salvaron fueron los que no habían salido de España, porque conocían muy bien al enemigo, porque los que habían luchado en el maquis francés tenían mucha confianza y eso les perdía.

Aquí murieron doce guerrilleros que habían pasado desde Francia, muy confiados, confundían lo que era Francia con España. Ellos venían muy bien armados y, claro, cuando pasaban por cualquier punto de apoyo, les respondían muy bien. A *Andrés*, en cuanto empezamos a hablar le dije: «Camarada te equivocas, ésta es una agrupación muy difícil», y ellos pensaban que estábamos desmoralizados. Nosotros lo que veíamos era la realidad y le avisé: «No te engañes, que a lo mejor no te va a dar tiempo a coger la metralleta. Te tienes que cambiar de aquí porque este campamento está muy visto, hay muchas huellas y rastros». Esto era el día anterior, luego yo bajé a otro campamento a Cofrentes. Yo le dejé allí con *Pedro*, que era un hombre maravilloso, que conocía muy bien el terreno y tenía mucho talento natural. De los trece, fue el único que se salvó. En mi sector tuve diez asaltos a campamentos y en total tuve un muerto. Fue esa confianza que tiene la gente que no se da cuenta del peligro. Les cogieron a muchos de ellos sin armas, las tenían colgadas de los pinos. Yo dormía con ella encima, eso me salvó, figuraos que un día estábamos comiendo atún y me veo una fila de guardias civiles, y yo por medio de los camaradas tiré, les hice tumbarse y nos retiramos sin ninguna baja. La experiencia que tuve es que en el monte había que estar preparado siempre, y más de madrugada, a las horas de comer.

Cuando estalló la guerra, Florián García Velasco, segoviano de nacimiento, trabajaba en Madrid y estaba afiliado a la CGT.

Me incorporé y estuve con la columna Galán en Guadarrama, luego ya vinimos a defender Madrid. Me pegaron un tiro en el pulmón. Aún no había cumplido los 20 años cuando entré en el hospital. Llegué al grado de capitán. Al final de la guerra fuimos al puerto de Alicante, no llegaron nunca los barcos que esperábamos, y entonces nos detuvieron. Desde 1939 a 1946 estuve en varios campos de concentración; Portaceli, Albatera. Salí en libertad porque no tenía causas pendientes con la justicia. Y me dije, amigo, a mí no me van a volver a enchiquerar.

La Policía seguía sus pasos y Florián se incorporó al monte, a la partida de *El Capitán*, un grupo de maquis que había conseguido pasar de los que invadieron el Valle de Arán:

> En el partido me habían dicho: «Tú vas unos meses allí para ayudar a esos camaradas, y luego ya te sacaremos a Francia», esos meses se convirtieron en seis años. Hay momentos en la vida, en los que un hombre se encuentra en una situación delicada que no puede abandonar.

La agrupación se empezó a llamar Agrupación Guerrillera de Levante después de la reunión que diversos cabecillas mantuvieron en abril de 1946 en las cuevas del Regajo (sierra de Javalambre). Más tarde se llamó AGLA porque se incorporaron también los grupos que había en la parte alta de Aragón. Su radio de acción abarcaba las provincias de Teruel, Cuenca, Castellón, Valencia y zonas limítrofes.

> En sus comienzos la AGLA se organizó como un verdadero Ejército, con jefes de cada sector y un Estado Mayor desde el que se dictaban órdenes y normas. Se empleaba el lenguaje propio de campaña: Cada sector —el 5.º, el 11.º, el 17.º y el 23.º— se componía de cinco compañías de diez hombres cada una de ellas; en total, de cincuenta a sesenta hombres. El 5.º Sector tenía tres batallones. Uno de ellos lo mandaba *El Capitán*, que le mataron en una emboscada. *Vitini* mandaba otro sector, y *Paisano*, el otro. *Paisano* era un hombre que no tenía ninguna debilidad y observaba las directrices de los Estatutos a rajatabla. Otro sector estaba dirigido por *Jalisco* y *El Chaval*. Este último es quien quizá más acciones realizaba. Cuando se iba de marcha, y había alguno que estaba muy cansado y no podía coger el macuto, él se lo echaba al hombro y le he visto cargar con un macuto de 50 kilos durante más de dos horas. *Carlos*, que mandaba un grupo de otro sector, cantaba muy bien y siempre que íbamos a los puntos de apoyo, le obligaban a que cantara alguna canción.

> Ojos verdes
> verdes como la albahaca,
> verdes como el trigo verde
> y el verde, verde limón.
> Subí a mi caballo
> y un beso te di
> y nunca una noche

tan bella de mayo
he vuelto a vivir.

Entre los jefes de guerrilla, *Jalisco* fue muy carismàtico, se mantenía sereno en las peores circunstancias. Junto con *El Chaval*, fueron cercados por la Guardia Civil en una casa de Alberique. Allí estuvieron aguantando los tiros y al final pudieron escapar a base de lanzar granadas de mano. Fue la sangre fría, porque si no, no salen. Creo que mataron al comandante que mandaba la patrulla y a dos agentes más.

En otra ocasión íbamos unos cuantos camaradas a poner explosivos en un tren que iba con material militar. Vimos una pareja de la Guardia Civil y nos escondimos entre los vagones. Dio la casualidad de que uno de los guardias iba cantando: «¡Ay Jalisco, no te rajes…!», y *Jalisco* murmuraba: «Ahora lo verás, si me rajo», y cuando ya se alejaron hizo explotar las bombas. ¡Corrían que se las pelaban, los pobres!

La esperanza de la montaña.

Cuando Florián García se incorporó a la lucha, ya habían triunfado los aliados en Europa y existía una esperanza:

Mucha gente pensó que nos iban a dar la libertad gratis, pero luego los aliados empezaron a reconocer a Franco. Los aliados se portaron con nosotros cochinamente, en la Guerra Civil y después. En 1946, los guardias civiles sabían dónde estábamos en los campamentos del pantano de Benagéver, y no venían, pero a partir de 1947 cuando ya Gran Bretaña y EE UU reconocieron a Franco, las cosas se pusieron muy difíciles. La Guardia Civil creó unas contrapartidas —unos quince o veinte hombres— que hacían la misma vida que nosotros en el monte y se presentaban en los puntos de apoyo nuestros diciendo que eran guerrilleros y hacían todo tipo de atropellos, eso era muy grave. La Guardia Civil aprendió mucho, y el Ejército, porque en los primeros ataques que tuvimos por ejemplo en los montes Universales, movilizaban a casi 3. 000 personas, sin embargo luego seleccionaban mucho, eran grupos de 200 o 300 guardias civiles, bien preparados.

A pesar de la estructura organizada, había un permanente trasvase de guerrilleros entre los distintos grupos y en el seno de éstos los jefes cambiaban continuamente. Además, las distintas secciones solían tener

autonomía y actuaban por su cuenta. Cuenta *Grande* recordando aquellos años:

> Esperábamos al alcalde de Sinarcas, porque queríamos hablar con él. Estábamos en la cuneta de la carretera de Teruel, acurrucados. Era el mes de julio. Yo llevaba la pistola metida dentro del mono. Le vimos aparecer, iba montado en un burro y detrás iba otro. «¿Y ése?». «No le conozco», dijo *Pedro* (Francisco Blas). Yo salí a la carretera y agarré el ronzal del burro, para detenerlos. Me di cuenta de que el que iba detrás estaba muy pálido. Era muy alto y no decía nada. Saludé al alcalde y apenas habíamos empezado a hablar cuando por el rabillo del ojo vi una pistola del nueve largo, apuntándome a bocajarro. Me disparó… ¡Y falló! Claro, según vi la pistola me puse a dar brincos y los siguientes disparos también los falló. Yo ya pude sacar la mía y allí nos liamos a tiros, salió el burro por un lado y ellos por otro. Aquel hombre desde luego me conocía, yo ya tenía mucha fama y aquel hombre estaba tan asustado de verme que le tembló la mano y marró el tiro. Luego los camaradas me decían que me desnudara, «es imposible que no te haya dado», pero el caso es que no me dio.

Florián García, *Grande*, celebra aún la suerte de aquel lance ocurrido en 1948. La guerrilla levantina conoció sus mejores momentos entre 1946 y 1948. *Grande* sigue contando:

> Llegábamos al ayuntamiento del pueblo y decíamos: «Somos los guerrilleros de la AGLA», los pueblos en los que entrábamos eran pequeños, la mayoría no tenía Guardia Civil. Dejábamos centinelas en las afueras, no dejábamos salir a nadie y dábamos los mítines, repartíamos propaganda y gritábamos ¡Viva la República!, y luego nos marchábamos. En algunos nos quedábamos varios días. La actitud que encontrábamos era al principio de sorpresa y ya luego tomaban confianza. Teníamos pueblos que nos apoyaban totalmente, como Tormón (Teruel), en el que entrábamos hasta de día; aldeas como la de Higueruelas, Marqués, en las que festejábamos las navidades y hacíamos baile.
>
> Nunca nos quedamos a dormir en las casas, sólo estábamos un rato mientras nos hacían la cena y luego nos marchábamos, algunos que rompieron estas órdenes, por imprudencia, fueron sorprendidos. Una de las cosas más duras de la guerrilla era el problema sexual, porque en los seis años que estuvimos, no hicimos el acto sexual en ningún momento. Por casualidad alguna vez, pero en general no era así. Fíjate si la cosa estaba rígida en esto que perdimos en una ocasión un buen punto de apoyo, porque la hija del casero se enamoró de un guerrillero y como al guerrillero se le prohibía por nuestros estatutos tener relaciones con mujeres, aquella mujer por despecho se echó de novio a un guardia civil y así perdimos el punto de apoyo. Yo planteé en una reunión que esto era absurdo y que si una mujer se enamoraba de un guerrillero, podía tener relaciones con aquél. Una cosa no estaba reñida con la otra. El tema se quedó ya así.
>
> En los años 1946 y 1947, no te puedes figurar el entusiasmo que había donde quiera que nos acercábamos. Nos recibían con los brazos abiertos. Hasta tal punto que a mí que me gusta contar chistes, les contaba algunos a los puntos de apoyo, que éstos, a su vez, se

los contaban a la Guardia Civil según pude saber. Así estábamos a veces hasta las dos de la madrugada hablando y hablando. Yo me daba cuenta de que no se trataba de hablar de política, sino de charlar con ellos, de contarles algunos chistes y cosas, y esto les gustaba.

El esfuerzo que hacía *Grande* era importante. En aquellos días, la política y la ideología eran fundamentales en la guerrilla. Y en ninguna agrupación más que en la levantina. La influencia del PCE era absoluta, no sólo en cuanto a la forma de organizarse, sino en cuanto a la ideología que alentaba la guerrilla:

Había una escuela central que estaba en los Montes Universales, cerca de los pueblos El Cuervo y Tormón. Se llegaban a juntar treinta o cuarenta. Los cursos eran ya superiores, se hablaba de topografía, de táctica, manejar el campamento, los explosivos, clases de tipo teórico con temas profundos. El campamento donde se situaba era enorme, lo llamábamos la «Plaza de Toros» porque parecía un anillo de rocas, con pinos muy altos. En unos huecos naturales camuflamos, una chabola con troncos. *Pepito* dirigía esta escuela y además se le nombró jefe de Estado Mayor de la agrupación. Era el hombre de más conocimientos, ya que estudiaba la carrera de Ingeniero de Caminos y ya había sido oficial de Estado Mayor en la guerra. *Pepito* fue uno de los hombres más cultos que tuvimos en la guerrilla, aunque también hubo maestros. Era el alma del periódico *El Guerrillero*. Se escribían artículos sobre las marchas que se habían hecho, sobre las lecturas, sobre cómo debía comportarse un guerrillero cuando entraba en un pueblo. En la agrupación discutíamos los materiales políticos, las operaciones, las marchas. Cómo subsanar los defectos. La gente de la agrupación era gente que no tenía pelos en la lengua y daban sus opiniones.

Queríamos que se comprendiera nuestra lucha. Cuando íbamos a los pueblos se hablaba de que luchábamos para restablecer un gobierno constitucional, para poder elegir a nuestros gobernantes. Muchos de los campesinos no tenían cultura para saber explicar sus reivindicaciones. Y entonces cuando íbamos a dar las charlas a los pueblos, las daban camaradas preparados, y luego había discusión con los campesinos braceros que eran la mayoría. Ellos sabían de la miseria, de la explotación mejor que nosotros. De lo que más hablaban era de la reforma agraria, muchos de ellos pensaban que si llegaba una república podría llevarse a cabo.

Pero los guerrilleros discutían otras cosas, como qué ocurriría tras la muerte de Stalin o la situación de Tito, que para ellos era un héroe y no entendían por qué el Partido decía que era un enemigo del socialismo y un traidor. Esto fue un impacto muy duro.

Puede costar entenderlo ahora, era como coger la luna con la mano, pero entonces no lo veíamos así. Todo eran directrices del Partido. Era el período estalinista, y había que

> aceptar lo que decía la dirección. Ese período fue como una losa que cayó en nuestras espaldas, que tuvo etapas gloriosas y de sacrificio, pero es como una Iglesia, con sus cantos, sus normas… Eso no se puede entender porque yo ahora mismo no comprendo por qué leía un documento del partido y lo aceptaba tal *como* venía, porque nosotros decíamos: «¿Cómo vamos a saber más que Stalin o que Lenin?».

Había otra cara de la guerrilla, la de los problemas cotidianos, el suministro, las largas esperas antes de cada acción. Cosas que en situaciones normales parecen rutinarias, en la sierra adquirían otro carácter. Cualquier roce se magnificaba con el paso de los días y se necesitaba una gran preparación humana, además de una fe política para superarlos.

Frente a posiciones ortodoxas, siempre había algunos como el guerrillero *Joaquín* que opinaban que documentos como «… a la luz del comunicado de Bucarest» no los podían entender los campesinos y por eso él se liaba cigarros con el papel. Decir eso le costó que se le considerara un provocador.

Según las normas para la organización de batallones de la AGLA del año 1947, el Estado Mayor del batallón estaba compuesto por un ayudante y los jefes de las compañías. Se reunían bajo el control del jefe de batallón y en ausencia de éste, de un ayudante para el planteamiento de operaciones y cambio de impresiones. El Estado Mayor, compuesto por el jefe y el ayudante, no tenía carácter estático, sino que gozaba de una gran movilidad en sus visitas a las unidades y enlaces. El ayudante del batallón tenía la obligación de informar al jefe de todos cuantos datos le solicitase y poner en su conocimiento todo cuanto debiera corregirse. El archivo de datos, órdenes, partes, informaciones, etc., era llevado personalmente por el ayudante. Las fichas personales eran confidenciales, y sus datos eran escritos en clave. Periódicamente se daba parte de arrestos, faltas, méritos y comportamientos de los guerrilleros, así como el número de operaciones realizadas por cada uno. Se daba cuenta de las bajas habidas, abriéndose simultáneamente la correspondiente información sobre los motivos de baja, deserción, muerte, desaparecido, traslado. Si algún guerrillero caía prisionero, se tomaba en cuenta este hecho, a los efectos de conocer los datos de que estuviera informado, para no ser sorprendidos por la Guardia

Civil. Sobre las altas, se prestaba atención fundamental a su historial político, antecedentes familiares y comportamiento.

Dos años de gloría.

Entre 1946 y 1948 se realizaron en el levante algunas de las acciones más espectaculares: el 10 de diciembre de 1946, diecisiete guerrilleros asaltaron la oficina de Recaudación de Requena. La persecución de la Guardia Civil llegó hasta el campamento guerrillero del barranco de los Chorrillos, en Hortunas. Una pareja sorprendió a Bienvenido Cardona, hermano de *Jalisco*, al que mató. En enero de 1947 un ataque lanzado por la Guardia Civil contra el campamento de Fuenteolmedilla, en La Pesquera, acabó con la vida de nueve guerrilleros, mientras que varios guardias resultaron heridos. La guerrilla respondió matando a un agente el 1 de febrero en Mira. El 17 de marzo hicieron explotar un tren en Siete Aguas; al día siguiente estallaron nuevas cargas en la vía férrea. El grupo de *Jalisco* asaltó la taquilla de la plaza de toros de Requena en plena corrida y tomó durante unos días Venta del Moro y Los Isidros.

Varios meses después, la Guardia Civil asaltó el campamento de Nieva, en Benagéber. Tras un tiroteo de más de cuatro horas, murieron nueve guerrilleros —dos más resultaron heridos— y ocho guardias. Como consecuencia de esto se detuvo a más de cien personas en toda la comarca y familias enteras fueron torturadas en Arrancapinos (Paterna).

Algunos de los antifranquistas en peligro se incorporaron a la montaña. En general, según relata Florián, se hacía en pequeños grupos, cuatro o cinco cada vez.

> Había que tener cuidado con las incorporaciones, pues hubo varios intentos del enemigo de infiltrarse en la agrupación. Particularmente hubo uno, llamado *Tomás*, que estaba en la Regional y que trabajaba para la Policía y denunció tres o cuatro campamentos. Con los delatores había que tener mucho cuidado. Una vez detuvimos a treinta cazadores, y estuvimos todo el día con ellos, comimos juntos y bebimos en las botas, ninguno de ellos dijo una palabra cuando se pudieron ir. El principio de nuestros estatutos decía que si detenías a gente o te encontrabas con ella de día, en la montaña, hasta que no fuera de

noche no les dejabas en libertad, para si nos delataban tener tiempo y poner tierra por medio. En Cuenca es donde más delatores hubo y donde la guerrilla encontró más enemigos dentro de las capas medias y de los propietarios. Los artículos de los Estatutos decían que a los delatores que causaban la muerte a guerrilleros o a puntos de apoyo, había que ejecutarlos. Entonces se consultaba con el jefe del Estado Mayor y él daba las órdenes de si era procedente o no era procedente, y siempre teniendo en cuenta la opinión de los puntos de apoyo que teníamos. Los guerrilleros no debían hacer nada en contra del pueblo. O que el pueblo lo viera mal. De todas formas, en esa época había grupos incontrolados que hacían verdaderas barbaridades y que, claro, se achacaban esas atrocidades a los guerrilleros.

Con todo esto no quiero decir que no se cometiera algún exceso por parte de la guerrilla; sobre todo por la parte de la de Cuenca en que la represión era feroz, las medidas que dictaban los jefes de guerrilla eran muy duras.

Los del monte eran la mayoría de extracción rural y contaban con la simpatía de los campesinos, que informaban de los movimientos de la Guardia Civil y proporcionaban suministros. La Guardia Civil, sabedora de esa ayuda, comenzó a acosar a esos «puntos de apoyo». Se realizaron detenciones masivas, donde se aplicaba la tortura sistemáticamente, hasta hacer el ambiente asfixiante. Muchos colaboradores se echaron también al monte. Debido a eso, la AGLA llegó a contar con cerca de medio millar de guerrilleros, propiciando ataques de envergadura y multiplicando las acciones.

Pero lo que parecía un proceso de crecimiento acabó siendo un factor clave en la paralización de la lucha guerrillera. Precisamente, uno de los primeros en advertir esta paradoja fue *Jalisco*: a medida que el número de combatientes aumentaba, las redes de información y suministro se destruían, aislando a la guerrilla y haciendo todo mucho más difícil.

A últimos de 1947 y a principios de 1948 se invirtió el ciclo y comenzó un hecho que sería más preocupante a medida que pasaba el tiempo: las deserciones. Florián García recuerda que llegó a marcharse un grupo entero.

Hay que diferenciar dos clases de desertores, el desertor que hoy comprendo que lo hiciera porque no veía ninguna salida. Hay un momento después de 1948 que nosotros no veíamos ninguna salida a la guerrilla, pero por determinadas circunstancias había que estar allí, eran las directrices del partido y aunque no comprendíamos por qué teníamos que seguir, lo hacíamos.

Pero los que no tenían una verdadera conciencia política, desertaban y se marchaban a Francia, y otros se ponían al servicio de la Guardia Civil. Éstos sí eran verdaderos

traidores; cuando los había utilizado, en muchas ocasiones los fusilaba. A nosotros nos hicieron mucho daño los desertores que se pusieron al servicio de la Guardia Civil, porque cuando nos acercábamos a nuestros puntos de apoyo, nos decían: «Camarada *Grande*, si vienes tú por aquí, está bien o los que te acompañan, pero si vienen otros que no conocemos, ¿qué hacemos?». Yo les decía que si no era un grupo de guerrilleros que conocieran bien, que dieran parte. Y así cada vez teníamos menos puntos de apoyo y nos iban aislando más y ya sabes que en esta lucha como en todas, si no tienes ayuda del pueblo, poco pueden hacer los guerrilleros.

Al principio con la Guardia Civil hubo enfrentamientos, pero se demostró que ni nosotros queríamos enfrentarnos a ellos, ni ellos a nosotros. Algunos guardias civiles les decían a nuestros puntos de apoyo, «decirle al jefe de la guerrilla que nosotros vamos de los últimos y que llevamos el fusil agarrado por el cañón, así que no se equivoquen con nosotros, que no queremos hacer nada, que no nos tiren».

Después de mediados de 1947 la actitud de la Guardia Civil, con el nombramiento del general Pizarro, cambió totalmente, y la represión fue feroz. El gobierno franquista promulgó la Ley sobre Delitos de Bandidaje y Terrorismo. No sólo se daba licencia a la Guardia Civil para disparar sin previo aviso sobre los sospechosos, sino que la jurisdicción militar podía condenar a muerte por la mera omisión de denuncia de hechos relacionados con la guerrilla. Esas medidas, dirigidas contra la población civil se completaban con la prohibición de transitar por los caminos rurales al oscurecer y con deportaciones de los habitantes de caseríos hacia el litoral. En Levante se decretó el estado de guerra.

Frente al propósito del PCE de continuar con la lucha armada, los guerrilleros se dieron cuenta que habían perdido la batalla.

En nuestra lucha no llegamos a tener ni un médico en la agrupación, sólo dos practicantes, y los médicos había que 11amarlos a los pueblos. En la resistencia francesa, los ingleses y americanos les mandaban de todo, nosotros no teníamos nada, era una batalla muy dura. Nuestro error fue no retirarnos en el año 1948, ya no se reunían las condiciones para ese frente. Había que luchar dentro de los sindicatos verticales, ya no teníamos nada que hacer en la montaña.

Admite Florián, que habla de los errores que cometió la izquierda:

No eran realistas. Es igual que el ataque del Valle de Arán. Fue un error garrafal, ellos pensaban que en España había condiciones y no las había. La mayoría de la gente estaba en

la cárcel y lo grave es que los dirigentes de entonces, cuando uno les contaba la verdad, decían que estabas desmoralizado. Desde 1948 nos limitábamos a defendernos y a organizar la evacuación general hacia Francia. La idea era esperar a los compañeros, cubrir su retirada. Así estuvimos hasta 1952, cuando el partido dio la orden definitiva.

El punto de inflexión es el asalto de la Guardia Civil al campamento guerrillero de Santa Cruz de Moya del 7 de noviembre de 1949, en el que murieron doce de los trece guerrilleros. A partir de ahí se multiplicaron las deserciones y las traiciones. A finales de abril de 1952, la AGLA preparó la evacuación de los guerrilleros supervivientes y los dividió en dos grupos: uno viajaría en tren y el otro a pie. El primer grupo fue descubierto, y sus miembros, detenidos. El segundo fue atacado en el campamento cerca de Cofrentes. Murió *Emilio*, enlace del buró político del PC, y *El Manco de la Pesquera* fue herido y capturado —más tarde delató a sus compañeros aunque la confesión no le salvaría de ser fusilado—. Dirigida por *Grande* y guiada por *El Chaval*, lo que quedaba de la AGLA —unos treinta hombres — consiguió llegar al cabo de un mes a Francia. En el camino no tuvieron ningún encuentro con el enemigo. La Guardia Civil los esperaba en los pasos lógicos del trayecto, pero el grupo se extravió varias veces. Eso, a fin de cuentas, les salvó la vida.

Cuando llegó el momento en el que el partido consideró que ya era imposible continuar, se organizó la evacuación; si seguimos un poco más, no quedamos ninguno.

Después del asalto al campamento de Cofrentes, donde hirieron y capturaron herido a *El Manco de la Pesquera*, tuvimos la confirmación de que nos había delatado. Siempre poníamos un punto de concentración cuando nos instalábamos en un campamento, como seguridad. Cuando llegó la noche, nos reunimos allí, precisamente en aquel asalto estuve todo el día solo, no sé cómo me salvé, porque me dieron un tiro que me rozó la barriga, pasaban las patrullas muy cerca y yo me decía, aquí la palmo. Pero bueno, *El Manco* no acudió al punto de concentración y entonces nos enteramos que había muerto el guía, el que sabía el terreno palmo a palmo. Entonces, *El Paisano* fue a recoger la estafeta de un punto de apoyo con otro camarada, él arrastrándose se acercó y al alumbrarse un poquito y leer la nota, recibió una descarga que lo mató en el acto. Cerca de treinta guardias civiles estaban allí. La conclusión es que nos había traicionado *El Manco*, que era el único que conocía la estafeta junto a *El Paisano*. Por eso cambiamos todos los planes, porque al darnos cuenta que *El Manco* estaba en manos del enemigo, pensamos que éste iba a saber todo. Así que nos negamos a ir en tren y nos fuimos todos andando. La marcha la dirigía *El Chaval* y otro chico llamado *Zapatero*, también *El Radista*, pero siempre me consultaban. Estuvimos treinta noches caminando, pero llegamos a donde teníamos que llegar. Dábamos marchas y contramarchas, y esto nos libró de las emboscadas de la Guardia Civil. No

tuvimos un choque en todo el camino. El partido mandó unos guías que nos pasaron la frontera. Fue una emoción irresistible, una de las cosas más fuertes que yo he sentido. Tú sabes ese sentimiento de que estás luchando para no salir al extranjero y después de esa lucha terrible que tienes que pasar… Se te cae el alma a los pies… La frontera estaba muy vigilada, pero el camarada que había venido de Francia conocía los pasos, era un silencio enorme, no se oía ni el vuelo de una mosca, y pasando, pasando unos detrás de otros, cerca de treinta camaradas. Éramos los últimos. Nuestra agrupación fue la única que se evacuó de una manera organizada.

Cuando llegué a Francia, me duché y me metí en pelotas en la cama, eso era un placer increíble —apostilla Florián—. Yo no tenía ninguna intención de incorporarme al monte y me tiré seis años. Seis años sin desnudarme. Nos duchábamos por la noche, pero sin desvestir del todo.

Puntos de apoyo, el sostén de la guerrilla.

Florián García sigue contando su experiencia:

Yo considero que los puntos de apoyo han desempeñado un papel importantísimo y, desde luego, gracias a ellos los guerrilleros han podido estar en el monte siete u ocho años. Si no hubiera sido por su ayuda en todos los terrenos, por su sacrificio, por su entrega total, no hubiéramos podido haber sostenido esa lucha tan larga. Naturalmente, cuando empezaron a caer los puntos de apoyo, es cuando ya no pudimos resistir. Ellos estaban entre dos fuegos, la Guardia Civil que los amenazaba y los guerrilleros. Eran hombres y mujeres que se volcaban y que nos ayudaban, a veces con miedo, pero cumplían con su deber.

En todas las masías donde vivían nuestros puntos de apoyo teníamos estafetas en las que nos dejaban mensajes si había peligro o no había; recuerdo a un campesino de una masía en Santa Cruz de Moya. La Guardia Civil quería que confesara que nos ayudaba. Le detuvieron y le pegaron mucho, al ver que con las palizas no conseguían nada, lo tuvieron un cierto tiempo en libertad, ofreciéndole varias cosas, haciéndole toda clase de ofertas. Como no las aceptaba, volvieron a detenerle y a martirizarle hasta que lo fusilaron. En la aldea de Higueruelas vivía un tal Joaquín al que detuvieron y llevaron al cuartel de la Guardia Civil en Arrancapinos, donde murió también sin denunciar a ningún punto de apoyo. Así seguiría dando muchos ejemplos, porque se ha hablado mucho de los guerrilleros, ya que la lucha fue muy dura, incluso la vida diaria lo era constantemente; las marchas, el cruzar los ríos con agua fría, el no tener un médico, un practicante. Pero teníamos al menos armas con que defendernos. Pero el papel que han desempeñado los campesinos, las mujeres, e incluso los niños ha sido inmenso. Otro ejemplo. Hubo una movilización grandiosa de la Guardia Civil cerca de un campamento que teníamos en la Aldea del Marqués. Allí había un molino que era un punto de apoyo nuestro. En la

madrugada —cuando se producían los asaltos—, oímos que se mueven hojas, damos el alto y pedimos la contraseña, nos la da y aparece el hijo del molinero desnudo, tendría ocho o diez años y le digo: «Pero chaval, ¿qué haces?», y me dice: «Está todo lleno de Guardia Civil», y le digo: «¿Cómo te has presentado así?», y el chaval me contesta: «Me he levantado de la cama y por la ventana del molino me tiré a la presa y salí nadando». Esto nos salvó de una verdadera masacre.

En Cofrentes los guerrilleros tenían un punto de apoyo que fue mítico: *La Madre*. Una de las aportaciones del libro de Fernando Romeu sobre la Agrupación Guerrillera de Levante es haber recogido muchos testimonios orales, entre ellos el de Adelina Delgado, *La Madre*, en Cofrentes. Tanto ella como su hijo contaron las verdaderas razones para apoyar a los del monte.

Yo comprendía que por algún mal no iban por el mundo; yo enseguida me presté a ayudarles sin que me diera miedo de nada ni nadie. Yo les iba recogiendo lo que podía. Noches enteras les hacía la cena, cuando nos cogieron vinieron toda la Guardia Civil, parecía un regimiento… Yo le dije a Bronco (que era el juez militar), cuando me preguntó por qué les había ayudado y a cuántos guerrilleros conocía: «Pues mire usted, yo no he visto más que a los mismos de siempre, y como tenían hambre comprenderá usted, que les tenía que dar de comer, y más llevando cada uno metralleta». Y le dije: «¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?».

A la salida de la cárcel a Adelina le contaron que a su hijo le habían propinado una fuerte paliza hasta desfigurarle la cara y los labios.

Mi hijo entonces tendría unos 17 o 18 años, podían haberlo cogido y metido a menores o así, pero no hacer lo que hicieron los criminales; si hasta echaban los caballos por medio de las siembras y todo para destrozar. A nosotros nos han hecho padecer mucho… Hasta entonces nosotros hacíamos lo que queríamos, no nos metíamos con nadie; como ahora. Porque yo me hice esta cuenta, algo llevan estos señores, yo no comprendo de política ni cosas, es verdad, me he criado toda la vida en el monte, porque si hubiera estado en el pueblo, hasta leer podía haber sabido. Pero así, me he tenido que fastidiar… Yo me decía, cuando van esos señores por el monte algo quieren defender o algo quieren sacar a flote; hay que ayudar, porque los veías con esa amabilidad. Yo no he tenido miedo. A dónde va el cuerpo, va la muerte, que sea lo que Dios quiera, pero yo no fui cobarde, luché lo que pude…

Francisco Molina Delgado, el hijo de *La Madre*, se quedaba observando cuando los guerrilleros llegaban a su casa y aunque se acostaba pronto porque entonces era un niño, miraba a través de la puerta y escuchaba lo que hablaban.

> Otras veces poníamos una manta de saco al lado del corral y allí tumbados contaban los guerrilleros cosas. A alguno de ellos le gustaba recitar poesías. Comían aquí y mientras uno se quedaba de guardia, los otros estaban con nosotros. Ellos hablaban de lo que llevaban «cara alante». Uno de los que mandaba se llamaba *El Chaval*, también recuerdo a *José*. Una vez me metí yo en uno de sus campamentos en la montaña y les sorprendí con gran asombro por su parte, se dieron cuenta con este detalle que podían caer en algún error…

Grande recuerda a varios de sus enlaces:

> Un hombre muy destacado fue un enlace mío llamado *Nelson* al que también le llamaban *Cojonudo*. Era muy audaz, Otro al que recuerdo también se llamaba *Emilio*, ya ha muerto. Hacía de cocinero, de practicante, etc. Tenía un gran talento natural y sentido común. En la guerrilla aprendió a escribir. Otro enlace fue *Perico*, que había nacido en Camarena. Era nuestro enlace con Valencia. Preparó una operación para liberar a los presos de San Miguel de los Reyes. Tenía hasta los uniformes de la Guardia Civil, fue a principios de 1947. Teníamos ya los contactos con los de dentro, pero no se pudo llevar a cabo, pues este camarada fue cercado en una casa por la Guardia Civil. Se defendió hasta el último momento, en que se pegó un tiro.

En la agrupación levantina, un gran número de puntos de apoyo y enlaces fueron mujeres. Mujeres de pueblos como Cofrentes, Higueruelas, Arcos de la Salina, Cales, etc., desempeñaron un papel fundamental para el curso de la guerrilla. Igual amasaban pan, como les suministraban lo que encargaban con gran riesgo.

Al lado de Florián, Remedios Montero reivindica este papel de la mujer guerrillera:

> La gente siempre ha creído que nuestro papel era secundario, que era una cosa divertida, una frivolidad. Y no es así, cuando nosotras nos incorporamos a la lucha, fuimos tan responsables como ellos. Cuando hacíamos de enlaces, cogías la comida o las cosas que necesitaban, ibas de noche al campo a llevárselo. Pero ellos tenían armas, y los del llano nos quedábamos solos esperando a ver si venía la Guardia Civil o si te delataba la gente y te cogían… Nuestro papel era más difícil en muchos momentos que el de ellos. Me subí al

monte, porque yo sabía que si me quedaba iba a ser peor. Porque mi padre me contaba todo lo que hacía la Guardia Civil. Yo sabía que el monte iba a ser difícil, que iba a pasar dificultades, pero para mí era la única forma en que podía escaparme de la cárcel, y además quería luchar contra la injusticia. El ambiente en el campamento fue estupendo. De momento yo ya estaba familiarizada con la lucha, porque llevaba año y medio ayudándoles, yendo incluso a reuniones con ellos. Esas reuniones me sirvieron de mucho, los conocía ya cuando llegamos al monte y el trato no fue difícil. Fueron respetuosos con nosotras y trataron desde el principio de ayudarnos. Vivíamos como ellos: dormíamos debajo de una tienda, si había que coger el macuto al hombro para salir, lo hacíamos. El campamento era simplemente un espesor de pinos. De día no te podías mover de él. Y cuando llegaba la noche, si todo estaba tranquilo, extendías una tienda de campaña, y dormías así. Otras veces te tumbabas sobre unas pieles sobre el suelo. Nunca hemos guisado nosotras. Siempre guisaban ellos. Cada uno se preocupaba de su ropa. A veces te ofrecías, si veías que había algo de coser muy difícil, pero normalmente cada uno se hacía lo suyo. Casi nunca te podías lavar.

El aseo era tan necesario como difícil de llevar a cabo, algo que se convirtió en un sueño. Hasta tal punto que, según contaba Manuel Pérez, *Rubio*, jefe de guerrilla en Teruel: «Cuando empezábamos cada operación, a mis hombres les hacía cortarse el pelo, afeitarse y arreglarse. Si morían debía ser con prestigio, su madre les debía encontrar bien guapos». Remedios Montero continúa:

Diariamente repartíamos la jornada leyendo y estudiando. Nosotras apenas sabíamos leer y escribir —yo tenía entonces unos 20 años—, y lo que yo sé ahora, es lo que aprendí allí y luego en la cárcel. Si las reuniones no eran cosa de la dirección para tomar acuerdos, participábamos igual que todos. Era una época en la que el partido te decía una cosa, y tú ni lo pensabas. Decías, el partido lo ha dicho y lo tengo que hacer. Todo esto lo veías tan normal. Recuerdo la disciplina ideológica en la que vivíamos, cómo una misma se imponía castigos porque creía que era una cosa buena. En un campamento había una serie de cosas que no se podían hacer, como el fuego, ruido, dejar rastros, entonces lo mismo yo que los demás camaradas, si infringíamos una norma nos poníamos nosotros mismos el castigo, que podía ser hacer dos guardias o ir a por agua más de una vez. Estas cosas parece que no tienen importancia, pero, sin embargo, pesaban en nuestra conciencia y te decías que había que dar ejemplo a todos y a una misma.

Existían normas estrictas de funcionamiento que no siempre eran observadas y ello ocasionaba numerosas bajas. Según el informe del guerrillero *Mengual* en el año 1948, no se podía pasar por un puente sin antes haber estado vigilándolo durante el día; había que atravesar los ríos

aunque fuera en los meses de más frío; no había que entrar en un campamento sin mirar antes una estafeta; estaba prohibido refugiarse en cuevas, ya que en éstas no se podía salir con facilidad. Las marchas siempre se hacían de noche y nunca de día. En cada tienda de campaña solía haber de tres a cuatro guerrilleros. El número de hombres que integraban la agrupación en verano de 1947 era entre 210 a 220 en total, incluyendo enlaces que vivían en los campamentos y los mandos.

Hoy día, Florián García y Reme viven en Valencia. Reme conoció a Florián en el monte, en la guerrilla. Allí todos eran camaradas y tenían prohibido las relaciones:

> Todos éramos iguales y no había ninguna cosa de tipo amoroso o sexual. Poco antes de acabar la guerrilla, me mandaron a Francia para pasar camaradas, yo hacía de guía. En el segundo viaje cuando vine en 1952 de Francia a recoger a unos camaradas para pasar, fuimos detenidos en la estación de Burgos por un chivatazo. Nos llevaron a la Dirección General de Madrid. Estuvimos cerca de veinticinco días en los calabozos, aguantando todo lo que se puede de palos, llegando a desfigurarme por completo. Pero todo esto ya no importa. Me llevaron a Valencia con las otras tres hermanas, y allí nos encontramos en la cárcel, con *La Madre*. Estuve ocho años hasta que cumplí condena y me marché a Francia. Entonces el partido me mandó a Praga con unos documentos. Allí me lo encontré. Yo no sabía que vivía Florián, creí que había muerto, cuando nos vimos, ya te puedes imaginar, nos abrazamos llorando como dos chiquillos. Nos casamos en Praga, allí estuvimos hasta 1978, cuando volvimos a España.

Reme fue una de las mujeres que estuvieron en las guerrillas levantinas. Y junto con ella, su amiga Esperanza Martínez. La participación de la mujer en la guerrilla era fundamentalmente en los puntos de apoyo. La casa de Reme fue punto de apoyo, igual que la de su amiga Esperanza. Esperanza Martínez, *Sole* y Remedios Montero, *Celia*, como otros muchos guerrilleros y guerrilleras se han unido en una asociación llamada AGE (Archivo, Guerra y Exilio) para reivindicar su tributo democrático y que sean reconocidos como los últimos soldados de la República. Ya consiguieron que el Parlamento aprobara una proposición no de ley para que fueran eliminados los términos «bandidos» y «bandoleros» de los documentos oficiales. Pero aún luchan por una pensión digna y un reconocimiento que sí han logrado en el ámbito popular, gracias a cineastas, novelistas,

historiadores y periodistas. Esperanza Martínez y sus hermanas, Amada y Angelita, vivieron una aventura que las marcaría para toda la vida.

Tres hermanas en la guerrilla.

Junto con su amiga Remedios Montero, *Celia*, Esperanza Martínez, *Sole*, viajaba a menudo en burro desde Villar del Saz hasta Cuenca. En el bolsillo de su vestido, junto con el dinero, llevaba la lista de todo lo que tenía que comprar para los guerrilleros que frecuentaban su casa.

> Mi padre era republicano. Recuerdo lo feliz que volvió con mi madre de votar en las elecciones de 1936, las que ganó el Frente Popular. Al terminar la guerra se convirtió en un punto de apoyo de la guerrilla, a nuestras espaldas, no quería que nosotras lo supiéramos y hubiera complicaciones.
>
> Pero un día un hombre armado, el hijo de un vecino de izquierdas asesinado por la Guardia Civil y que se había unido a la guerrilla, se refugió en nuestra casa y lo descubrimos durmiendo en el pajar. Poco a poco fuimos conociendo a más miembros de la guerrilla que nos contaban cómo sería España sin Franco, cómo se acabaría eso de que unos pocos lo tuvieran todo y muchos no tuvieran nada. Yo sentía mucha simpatía por los guerrilleros, en casa respirábamos aires de izquierda, mi padre era honrado y bueno, y yo decía, donde esté mi padre estoy yo. Nos pusimos al servicio de los guerrilleros, los queríamos como de la familia, colaboramos con ellos hasta 1949, cuando tuvimos que huir para salvar la vida.

Esperanza y Reme no sólo cargaban la burra con los encargos. También ayudaban a los guerrilleros. Confeccionaban ropa para los del monte, calcetines, sábanas y hasta tiendas de campaña. La guerrilla del llano del levante estaba compuesta, como en el resto de España, por hombres y mujeres que hacían vida normal y que daban información, ayuda y refugio a los escapados…

La relación de Esperanza con los guerrilleros que pasaban por su casa tenía una mezcla de ilusión y de aventura. Pero la cosas se complicaron cuando la Guardia Civil creó unidades especiales de lucha contra la guerrilla.

Comenzaron a detener a gente relacionada con los escapados y nos pusimos en alerta. La Policía llamaba a nuestra casa por las noches o venían hombres a vernos disfrazados de mendigos que nos pedían que les ayudáramos a contactar con los guerrilleros, para ver si picábamos. Por suerte teníamos un perro que solamente ladraba cuando llegaba la Guardia Civil. Cuando venían los guerrilleros, no chistaba para nada pero cuando venía la Guardia Civil se volvía como loco. El perrillo es que era muy gracioso y a ver quién le había dicho al perro nada, pero se ve que también era revolucionario.

Esperanza tenía 22 años recién cumplidos cuando con su padre y sus dos hermanas, Amada y Angelita, tuvo que echarse al monte para evitar una detención inminente, porque habían sido descubiertas. Estuvieron escondidas, junto con media docena de hombres, entre Monteagudo y Carboneras, en la AGLA, Levante y Aragón. Eran las únicas mujeres en el grupo.

Presentíamos que estaban a punto de venir a por nosotros y nos escapamos. Hicimos la matanza y con todo lo que pudimos acarrear nos fuimos con los guerrilleros que vinieron a recogernos. Estuvimos dos años en la guerrilla. La vida que hacíamos era bastante tranquila, no buscábamos enfrentamientos, se trataba de sobrevivir y no ser capturados. Alguna vez pasó la Guardia Civil a pocos metros de nuestro campamento y no disparamos ni un tiro. Estábamos lo menos posible en el mismo sitio del monte. Muchas veces teníamos que andar. Cuando estábamos dos o tres días en un sitio nos dedicábamos a la formación, a la política, comentábamos las noticias que recibíamos a través de los enlaces. En aquella época no era como ahora, que casi todo el mundo tiene oportunidad de tener estudios. Yo llegué a escribir y a las cuatro reglas porque me empeñé muchísimo, yo quería saber, en la medida que pude me fui formando. Era una disciplina un poco militar. Estaban totalmente prohibidas las relaciones amorosas y aquello se cumplía a rajatabla y eso era lo ideal. Lo contrario hubiera sido un desastre, un antro de prostitución más que una organización política. La grandeza humana yo la encontré en el monte, allí encontré a mi familia. Tengo un gran recuerdo de la época de la guerrilla.

En el campamento no notamos la diferencia de sexo excepto en las guardias y en el suministro de la comida. Las mujeres no podíamos bajar a suministrar a los pueblos, porque habían repartido fotografías por los contornos. Las guardias del campamento las hacían los hombres por rotación. Caminábamos por las noches, de 20 a 30 kilómetros con todo el equipo. Generalmente dormíamos al raso con una piel de oveja por colchón. Sólo cuando llovía o nevaba, montábamos las tiendas, hechas con sábanas y teñidas de verde.

Eran momentos muy difíciles porque Franco había sobrevivido al final de la Guerra Mundial y los objetivos del movimiento guerrillero no estaban claros. «Había un profundo debate entre resistir y salir del país. Éramos un

grupo de personas que arrostrábamos un terrible riesgo, con gran esfuerzo y no menos ilusión, sin esperar, a cambio nada. Éramos gente soñadora y yo tenía toda la vida por delante. Así que decidí escaparme a Francia con mi amiga Reme», recuerda *Sole*.

Uno de los enlaces que colaboraban con el grupo de Esperanza preparó la fuga. En el punto kilométrico acordado y a la hora fijada, la esperó un coche que la llevó a Barcelona y la dejó a unos kilómetros de la frontera francesa. Desde allí cruzó por el *monte*, la sierra era algo a lo que ya estaba acostumbrada. Esperanza fue acogida por una familia francesa perteneciente al Partido Comunista.

> Me había afiliado al PCE estando en la guerrilla. Cuando llegué a Francia, tras mis dos años por la serranía de Cuenca, el partido me ofreció la posibilidad de seguir colaborando ayudando a otros compañeros a salir de España. Acepté porque esa responsabilidad me parecía un honor.

Esperanza hizo su primer viaje, recogió a un grupo y cruzó la frontera por Navarra. En su segunda incursión fue detenida en un tren en Miranda de Ebro. «Me delató el enlace que me había llevado hasta allí». Después de pasar por duros interrogatorios fue encarcelada. Corría marzo del año 1952. «Llegar a la cárcel supuso para mí una liberación, porque había sufrido muchas agresiones. Llegué a desear la muerte».

No era extraño tal deseo. A Esperanza y a Reme la Policía las pegó mucho. Les ponían tablas en el suelo con sal gorda, garbanzos, arroz, les daban con látigos de puntas y en cada una un plomo. Esposadas, con las manos hacia atrás, les pegaban arrodilladas y cuando se caían de frente la frase más fina que les decían era «levántate puta». Estuvieron un mes de comisaría en comisaría, luego en la prisión de Valencia. A Esperanza la reclamó un consejo de guerra en Burgos. La condena fue a veinte años; quince los cumplió en la cárcel de Las Ventas. «Entré el 25 de marzo de 1952 y salí el 25 de febrero de 1967, después de pasar por comisarías y gobernación, la cárcel fue una liberación. La cárcel no me hizo mella nunca y eso que me cayeron 46 años de condena, de los que hice quince».

En 1967, Esperanza salió en libertad vigilada. A partir de entonces buscó un trabajo y trató de normalizar su vida sin abandonar la lucha contra el franquismo. Fue la primera mujer que contrajo matrimonio civil en Zaragoza, la ciudad en la que reside. «La boda se celebró en la cárcel porque a mi marido le habían condenado a tres años por repartir propaganda de Comisiones Obreras».

No sólo Esperanza Martínez, sino la mayoría de los que integraron la lucha de aquellos años, opinan que las mujeres han sido las grandes olvidadas de la historia de la guerrilla. «En la guerrilla tuvimos un papel muy importante que todavía no ha sido investigado con detenimiento». Un papel como guerrilleras, enlaces o puntos de apoyo. La moral era tan fundamental como el cobijo y el alimento. Y las mujeres dieron generosamente su apoyo. Según el historiador Francisco Moreno, el dos por ciento de los miembros de la guerrilla eran mujeres. Un cálculo aproximado da la cifra de 150 guerrilleras. Pero de todas maneras fue mucho más importante y numerosa su contribución como enlaces.

La hermana de Esperanza, Amada Martínez, vive en un piso del barrio madrileño de Entrevias con Miguel Padial, que fue guerrillero de la Agrupación de Granada. Se conocieron después de salir de la cárcel de Alcalá de Henares, donde los dos habían estado. Les unía un pasado común. Acabaron casándose, pero no dejaron la militancia. Los dos proceden de familias de luchadores y desde pequeños respiraron aires de izquierda. Éste es el testimonio de Amada:

> En mi casa, a las hermanas pequeñas nos extrañaba mucho que cuando nos acostábamos, mi padre se ponía a freír lo que fuera, porque en mi casa hacíamos matanzas, y era para llevárselo a los guerrilleros arriba en el pajar para que comieran. Mi padre los atendió todo el tiempo y mi casa fue punto de apoyo siempre. Claro, nosotras las pequeñas no sabíamos nada, íbamos a recoger cardos para cocerlos para los cerdos, íbamos por el agua, íbamos a regar el huerto, íbamos a lavar. Mi hermana mientras tanto se juntaba con Reme, iban las dos a Cuenca a comprar lo que les mandaban. Luego Reme se quedaba en su pueblo y mi hermana seguía para el nuestro. Un día yo voy a casa de mi hermana y allí mi cuñado me dice «no subas a la cámara que está mal no sea que se hunda». Aquello a mí me extrañó y me dio que pensar, y en el momento en que él se marchó a trabajar yo subí corriendo a la cámara. Claro, la sorpresa es que me encontré con tres guerrilleros allí. Yo no sabía quiénes eran, pero me lo dijeron ellos, por qué luchaban, aquello me inquietó y además me gustó.

A partir de ese momento, comenzó a colaborar y les compraba todo lo que le pedían, zapatillas, alcohol, ropa, útiles de aseo. La Guardia Civil sospechaba ya de la casa y aprovechaba las ausencias del padre o de la hermana mayor para visitar el caserío y comprobar si Amada se ponía nerviosa. Ella tenía sus consignas. Su padre le había dicho que por la noche, si había peligro, se pusiera a partir leña en el corral con una tea encendida. La Guardia Civil vigilaba la aldea, así como el pueblo de Reme:

> Mi hermana ponía una nota que decía «no acudir que hay peligro» a los guerrilleros. Iba cogiendo cartas y les ponía la estafeta debajo de una piedra. Bueno, mi casa se descubrió por una carta. Mi hermana mayor tenía 14 años cuando murió mi madre, en la guerra, las demás éramos más pequeñas, fue la que nos ha criado a todas y es la que hizo de madre. Entonces escribieron una carta los guerrilleros felicitándola por su cumpleaños y lo bien que lo hacía con sus hermanas, el caso es que la Guardia Civil asaltó el campamento, encontró la carta y empezó a sospechar de nosotras porque no había en la aldea otra familia con una hermana mayor que estuviera cuidando de sus hermanas. Nosotras sabíamos que de noche, escuchaban por las ventanas. Así que echábamos la ceniza de la lumbre por debajo de la ventana de la cocina que daba al camino y al día siguiente sabíamos si habían estado escuchando los guardias o los mozos del tío Basilio, un fascista muy malo. Distinguíamos las huellas de las botas de la Guardia Civil o las albarcas de los mozos del tío Basilio. Así que comprobábamos que el cerco se estrechaba y cuando dejaron de rodear la casa, mi hermana puso en una estafeta «veniros a por nosotros que nos llevan», y los guerrilleros vinieron a recogernos, habíamos hecho una matanza, cogimos lo que pudimos y nos fuimos a la guerrilla esa noche.

Cuando Amada se fue a la guerrilla, un frío diciembre, tenía casi 17 años. Los cumplió en julio. Y así estuvieron las tres hermanas —Esperanza, Amada y Angelita— casi dos años. En ellos aprendieron a leer y escribir.

> No podías estar mucho tiempo en un sitio, tenías que cambiar de campamento porque la Guardia Civil pasaba. Había gente muy preparada que nos daba clases, además de política y armamento, que también se daban, la cosa cultural era muy importante. Allí nos enseñaron a leer, nos enseñaron a escribir, nos respetaron como nuestro padre, nos querían, lo único que decían es que a las peques no las cogieran ni vivas ni muertas.
>
> Una vez cogí yo una poesía que habían traído de la Unión Soviética, Gros y Manolo, yo me la aprendí por partes. Llegó el cumpleaños de un guerrillero y le dijimos la poesía, cada una la parte que nos habíamos aprendido.

Donde haya un pecho que inflamado clame

por una patria libre en sus destinos,
por una España independiente y grande
porque surja fecundo con su brillo
un sol de verdadera democracia, allí está el partido
donde un corazón que diga patria
donde se oiga de libertad un grito
donde humillados se pida justicia, allí está el partido
donde haya un corazón que diga patria
donde se oiga de libertad un grito…

Tuvimos un gran asalto al campamento. Cayeron heridos un guerrillero —ese Manolo que vino de la Unión Soviética y que trajo la poesía— y un guardia civil. Estábamos mi hermana y yo solitas con ellos y vinieron a dar el alto los guardias, habíamos tenido antes otro asalto en el que habían muerto casi todos, incluido el padre de Reme, salvo *El Manco de la Pesquera*. Así que cuando oyeron el alto de los civiles los tres guerrilleros que estaban con nosotras, respondieron *con* la metralleta, retrocedió la Guardia Civil y aquello nos salvó. Nos escabullimos y nos camuflamos, todo el día observamos los movimientos de los guardias. Luego a la noche nos fuimos y en vez de estar en la montaña espesa nos metimos en unos matorrales, era casi campo raso, sin podernos mover para nada porque por allí no muy *lejos* pasaba la Guardia Civil, que iba a buscarnos a la montaña.

Es dura la vida de la guerrilla, porque cuando murió mi padre —hace poco averiguamos el sitio exacto donde fue enterrado y hemos puesto una placa en su recuerdo — hubo una reunión para decirnos que había muerto, nosotras contestamos que era *uno más que* había muerto en la lucha, que no nos desmoralizábamos, sino que nos daba más coraje para luchar.

Para lavar hacíamos un hoyo en el suelo, poníamos una piel de oveja y lo llenábamos de agua. Nunca podíamos bañarnos cuando estábamos en el monte. Por la noche, a veces bajábamos a los ríos y allí nos lavábamos pero no nos desnudábamos nunca hasta que no íbamos a algún punto de apoyo. Llevábamos pantalones y cazadora que nos habían dado los camaradas. Las marchas las hacíamos con los macutos, igual que los demás. Teníamos pistola y fusil y nos enseñaron a manejar las armas y a limpiarlas, pero no las utilizamos nunca… Por *El Manco de la Pesquera* murió mi padre, el padre y el hermano de Reme. Cuando pasó lo del padre de Reme, al tener el asalto al campamento, *El Manco de la Pesquera* dijo «sálvese quien pueda», cuando tenía que haber hecho frente.

Cuando la guerrilla estaba casi a punto de desaparecer porque estaban matando a los mejores hombres y la cosa se veía muy mal, a Amada la mandaron a Yecla a casa de Matilde Robira.

Matilde tenía una frutería y yo me hacía pasar por una prima suya que iba a ayudarla. Pero la mujer que me llevó, ésa me entregó. A los quince días me detuvieron. La primera noche la pasé sobre un saco de serrín en un calabozo allí en Yecla, y al día siguiente me trajeron al cuartel de la Guardia Civil de Valencia. Allí se pusieron dos tíos muy altos, uno a un lado y otro al otro y me daban tortas a derecha y a izquierda, así durante quince días, yo empecé a echar sangre por las narices, la cara se me puso muy hinchada y tú no te imaginas lo que es para una persona que no ha estado nunca en un sitio de éstos, es muy difícil no hablar. Yo sabía que si se me escapaba cualquier cosa, más te machacaban para sacarte aunque no supieras.

La Guardia Civil me ofreció una pistola para que yo fuera a descubrir los campamentos y coger a los guerrilleros; me decían que me habían engañado, que por qué no estaba allí *Pasionaria*, yo dije que *Pasionaria* estaría ocupando su lugar donde estuviera, y me hice la tonta. Me quisieron colocar en una cafetería que frecuentaban los guerrilleros, pero me negué. Cualquier gesto mío o de los guerrilleros nos hubiera delatado. La Guardia Civil quería saber dónde estaban Reme y Esperanza. Me hice la tonta y de verdad me creyeron, luego ya me dejaron, estuve en Valencia en libertad vigilada. Estuve un año así y al año cuando las detuvieron a ellas nos llevaron a las tres juntas a la cárcel, a Reme, a mi hermana y a mí. En la cárcel de Valencia nos juntamos Reme, Esperanza, *La Madre*, Angelita y yo.

En Levante y para esperar en los puertos del Mediterráneo unos barcos que nunca llegaron, fue donde se refugiaron los republicanos vencidos en la Guerra Civil. La agrupación guerrillera de Levante fue también una de las últimas en resistir en un tiempo que, definitivamente, ya no les pertenecía.

A modo de Epílogo

En 1953, los Estados Unidos firmaron un tratado de asistencia militar y económica con Franco. Dos años más tarde, España fue admitida en las Naciones Unidas. Desde 1948 el PCE había ido dejando paulatinamente la lucha armada, que abandonó totalmente en 1952 para impulsar la lucha política y social infiltrándose en las estructuras sindicales del régimen. Sin embargo, si bien todo estaba perdido, algunos rehusaron dejar la lucha. En Cantabria, los últimos dos guerrilleros, Juan Fernández Ayala, *Juanín*, y Francisco Bedoya Gutiérrez, *Bedoya*, murieron en abril y en diciembre de 1957, respectivamente. En Cataluña, Quico Sabaté fue abatido el 5 de enero de 1960. Y Ramón Vila Capdevila, *Caraquemada*, el último guerrillero anarquista, fue acribillado a balazos por la Guardia Civil en agosto de 1963 después de haber realizado su último sabotaje cerca de Manresa. El último guerrillero abatido en España fue José Castro Veiga, *El Piloto*, que cayó, sin haber abandonado las armas, en la provincia de Lugo (Galicia), en marzo de 1965.

La resistencia armada contra Franco no fue un problema serio tras 1949 y se apaciguó después de 1952. Además de los duros golpes dados por la Guardia Civil, hubo varias causas objetivas, como la falta de un sistema que equipara y suministrara alimentos y armamento a los que combatían en los montes y, sobre todo, el hecho de que los partidos políticos de oposición apostaron por la diplomacia y la lucha pacífica como sustituto de las armas. A eso hay que sumarle la entrada en el escenario en 1947 de las «contrapartidas», fuerzas del régimen vestidas y armadas al estilo de las guerrillas que sembraban la confusión y el terror en su propio terreno. Por otra parte, los infiltrados de las fuerzas de seguridad en las guerrillas y los

delatores y desertores hicieron posible el desmantelamiento de muchos de los más importantes grupos guerrilleros.

Casi todos los actores de este drama de hace cincuenta años han dado su opinión en las páginas de este libro y han contado su propia experiencia. Como en todo, en lo que respecta al final de la guerrilla, hay opiniones diferentes. También para los historiadores. Valgan un par de ejemplos. Opina Francisco Moreno:

> Para explicar el final de la guerrilla se han dado ideas muy peregrinas, por ejemplo que el PCE no tuvo una buena visión de la realidad española, lo que es muy relativo porque el PCE lo que hizo fue trasladar a España la experiencia europea. Para mí hay dos causas claras para explicar la muerte de la guerrilla, una es la dictadura de Franco, poderosa, con unos métodos implacables y luego la soledad de la guerrilla, su aislamiento de todo el mundo, la desidia y la inhibición de las democracias europeas, que abandonaron a su suerte a los maquis españoles. Se puede apuntar otra causa del fracaso y es que quizá la guerrilla se organizó un poco tarde porque empieza a fraguarse a finales de 1944 y en el 1945 y hay agrupaciones que se organizan en 1946. La guerrilla debió organizarse desde el momento en que retroceden las potencias del eje, desde la capitulación de los nazis en Stalingrado en 1943. Pero en ese momento los maquis españoles en Francia están ocupados en la lucha contra los nazis. Nuestros maquis le están haciendo en ese año el trabajo a los franceses y no tienen tiempo para venir a España. Cuando quisieron hacer nuestro trabajo ya era un poco tarde.

Para el historiador Benito Díaz, la actividad guerrillera contribuyó a incrementar la represión y

> a empeorar aún más las ya de por sí duras condiciones de vida de la población rural. Sin embargo, durante un tiempo, la existencia del movimiento guerrillero contribuyó a que un sector de la población española abrigase la esperanza de que se produjese un cambio positivo en España.

> Al fracaso del movimiento guerrillero contribuyeron tanto las enormes divisiones que existían en el campo republicano como el intento del PCE de hegemonizar esta lucha, así como la actitud de las potencias aliadas, que abandonaron al pueblo español a su suerte y prefirieron la dictadura a la democracia, pues le venía mejor a sus intereses económicos y políticos.

Hay muchas razones para el fracaso de la campaña guerrillera contra Franco, y aunque la guerra de guerrillas abierta acabó en los años cincuenta, el movimiento de resistencia contra el franquismo y la actividad política clandestina continuaron hasta el colapso final del régimen. Las guerrillas no consiguieron una insurrección abierta contra Franco, pero lo que se demuestra hoy, a través de la historia que poco a poco se va conociendo, es que a pesar de la represión brutal de la posguerra, y de la política a veces contradictoria de los partidos de izquierda, muchos de los vencidos republicanos no se quedaron quietos y continuaron luchando por sus ideales con tesón y sacrificio. Ni todos estuvieron «vencidos» ni «desarmados».

Este fracaso de la guerrilla no debe hacer que nos acordemos de sus miserias —haberlas las hubo, pero ya se han encargado de difundirlas otras fuentes—, sino que reconozcamos la labor de unos hombres y mujeres que en condiciones muy difíciles llevaron a cabo esa lucha y combatieron al franquismo hasta que les fue buenamente posible. Luego, los que no murieron, abandonados de casi todos, en la cárcel o el exilio, supieron sobrevivir y llegar hasta nuestros días para dar testimonio de dignidad. Más no pudieron hacer.

Por nuestra parte, lo que sí podemos hacer es conocer sus historias, la historia, para que otra vez no nos sea hurtada.

Agradecimientos

Si muchos libros no son el resultado de una sola persona, éste mucho más. En primer lugar, y es de ley decirlo, agradezco a todos los guerrilleros del llano y de la montaña que me relataron su experiencia, así como a sus familiares y a amigos que me proporcionaron informaciones, fotos, contactos y me dieron un poco de su tiempo y mucho de su corazón.

A la Asociación Archivo Guerra y Exilio (AGE) que me proporcionó contactos y fotografías.

A Rufino Ayuso y Alfredo Cloux, sin cuyos datos y su colaboración no hubiera podido cubrir algunas zonas.

A Alberto Lorente, que me proporcionó pistas y me ayudó a completar algunas entrevistas.

A los historiadores y escritores Francisco Moreno, Eduardo Pons Prades, Benito Díaz y José Aurelio Navas, que me dieron teléfonos, contactos y, lo que es más importante, sus palabras y sus opiniones.

A Tatús, por muchas razones, y porque transcribió, corrigió, buscó y me animó en todo momento.

A Pilar Pineda, Juan José Téllez y Ángel Colina, que siempre están ahí, por su amistad.

Bibliografía y Fuentes

AGUADO SÁNCHEZ, FRANCISCO: *El maquis en España*, Editorial San Martín, Madrid, 1975.

-, *El maquis en sus documentos*, Editorial San Martín, Madrid, 1976.

ÁLVAREZ PEDRO: *Juanín. El último emboscado de la posguerra*, Manufacturas Jean, Santander, 1988.

ANDRÉS GÓMEZ, VALENTÍN: *La guerra que no contó el abuelo: Guerrilleros y huidos en los montes de Cantabria*. V Jornadas de Historia y fuentes orales, Ávila, 1996.

ARASA, DANIEL: *Años 40: Los maquis y el PCE*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1984.

AZUAGA RICO, JÓSE MARÍA: *La guerrilla antifranquista en Nerja*, Izquierda Unida, Nerja, 1996.

CASANOVA, J.; ESPINOSA, F; MIR, C.; MORENO, E: *Morir, Matar, Sobrevivir*, Ediciones Crítica, Barcelona, 2001.

CERVERA, ALFONS: *Maquis*, Editorial Montesinos, 1997.

CÍCERO GÓMEZ, ISIDORO: *Los que se echaron al monte*, Editorial Popular, 1977.

CLARA, JOSEP: *Els Maquis*, Diputació de Girona, 1992.

DÍAZ DÍAZ, BENITO: *La guerrilla antifranquista en Toledo. La primera Agrupación guerrillera del Ejército de Extremadura-Centro*, colectivo de Investigación Histórica Arrabal, Talavera de la Reina, 2001.

DIAZ-PLAJA, FERNANDO: *Anecdotario de la España Franquista*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997.

EYRE, PILAR: *Quico Sabaté, el último guerrillero*, Editorial Península, Barcelona, 2000.

GÓMEZ-FOUZ, JOSÉ R.: *La brigadilla*, Silverio Cañada Editor, Gijón, 1992.
GÓMEZ PARRA, RAFAEL: *La guerrilla antifranquista. 1945-1949*, Editorial Revolución, Madrid, 1983.
GRACIA GARCÍA, J. Y RUIZ CARNICER, M. A.: *La España de Franco (1936-1975). Cultura y Vida Cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2001.
GROS CAMISÓ, JOSÉ: *Abriendo Camino. Relatos de un guerrillero comunista español*, Asesoría Técnica de Ediciones, Barcelona, 1977.
HEINE, HARMUNT: *La oposición política al franquismo*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1983.
—*A guerrilla antifranquista en Galicia*, Editorial Xerais, Vigo, 1980.
LEGINECHE, MANUEL Y TORBADO, JESUS: *Los Topos*, El País Aguilar, Madrid 1999.
LIMIA PÉREZ, EULOGIO: *Reseña general del problema del bandolerismo en España después de la guerra de liberación*, Madrid, 1957. Informe de carácter reservado, Dirección General de la Guardia Civil.
MANZANERO MARÍN, JOSÉ: *Páginas para la Historia. Por la Paz y el Socialismo*. Fernando Torres, Valencia, 1983.
MARÍN SILVESTRE, DOLORS: *Clandestinos. El maquis contra el franquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002.
MARTÍNEZ, FRANCISCO: *Quico: Guerrillero contra Franco*, Diputación de León, 2002.
MATARRANZ, FELIPE: *Manuscrito de un superviviente*, La Habana, 1987.
MORENO, FRANCISCO: *El maquis en España de Sierra Morena a los Montes de Toledo, La resistencia armada contra Franco*, Editorial Crítica, Barcelona, 2001.
PÉREZ REGORDAN, MANUEL: *El maquis en la provincia de Cádiz*, Rublan, Sevilla, 1987.
PONS PRADES, EDUARDO: *Guerrillas españolas 1939-1960*, Editorial Planeta, Barcelona, 1977.

—*Los Senderos de la Libertad*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 2002.
REGUILÓN GARCÍA, ADOLFO-LUCAS: *El último Guerrillero de España*, Editoral A. G. L. A. G., Madrid, 1975.
REIGOSA, CARLOS G.: *La Agonía del León*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
RODRÍGUEZ, MIKEL: *Maquis, la Guerrilla Vasca*, Editorial Txalaparta, Navarra.
ROMERO NAVAS, JOSÉ AURELIO: *Recuperando la Memoria*, Diputación de Málaga, 1997.
ROMEU, FERNANDA: *Más alla de la utopía: Perfil histórico de la Agrupación Guerrillera de Levante*, Edicions Alfons El Magnánim, Valencia 1987.
—El Silencio Roto. Mujeres contra el franquismo, autoedición, Madrid, 1994.
ROZADA, NICANOR: ¿*Por qué sangró la Montaña*?, Edición del autor, Oviedo 1992.
RUIZ AYÚCAR, ÁNGEL: *El Partido Comunista. 37 años de clandestinidad*, Editorial San Martín, Madrid, 1976.
SABÍN, JOSÉ MANUEL: *Prisión y Muerte en la España de la Posguerra*, Editorial Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996.
SANCHEZ AGUSTÍ, FERRÁN: *Maquis a Catalunya*, Pagés Editors, Lleida, 1999.
SÁNCHEZ TOSTADO, LUIS MIGUEL: *La guerra no acabó en el 36. Lucha guerrillera y resistencia republicana en la provincia de Jaén (1939-1952)*, Ayuntamiento de Jaén, 2001.
SUEIRO, DANIEL Y B. DÍAZ NOSTY: *Historia del franquismo* (Tomos I y II), Editorial Sarpe, Madrid, 1986.
SERRANO, SECUNDINO: *La guerrilla antifranquista en León (1936-1951)*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1986.
—*Crónica de los últimos guerrilleros leoneses, de 1947 a 1951. Siglo XXI Editores, Madrid, 1988*.
—Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista. Temas de Hoy, Madrid, 2001

SOREL, ANDRÉS: *La guerrilla antifranquista. La historia del maquis contada por sus protagonistas*, Editorial Txalaparta, Navarra, 2002 (Edición revisada de *La Historia de la guerrilla española del siglo XX a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, Ebro, París, 1970).

TÉLLEZ SOLÁ, ANTONIO; *Sabaté: Guerrilla urbana en España (1945-1960)*, Editorial Virus, Barcelona, 1992.

YUSTÁ RODRIGO, MERCEDES: *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Diputación Provincial, Zaragoza, 1999.

Documentales

«España, Historia Inmediata», TVE, 1983.

«Tres Octubres», José Luis Rodríguez Puértolas, Vivir cada día, TVE, 1986.

«La guerrilla», José Luis Guarner, TVE, 1987.

«Rescatadas del olvido», coordinación Fernanda Romeu, Universidad de Castilla-La Mancha, 1991.

«El maquis en el Alto Aragón», Eugenio Monesna, 1994.

«Death in El Valle» (Muerte en el Valle), C. M. Hardt, Channel Four Televisión, 1996.

«Las ilusiones perdidas», Eugenio Monesma, Pyrenne, 1999.

«Los últimos Fuxidos», TVG, 1999.

«Los maquis en Andalucía», Santiago Álvarez, Cibeles TV Canal Sur «Els maquis. La guerra desconocida», TV3, Cataluña, 2000.

«La guerrilla de la memoria», Javier Corcuera, Oria Films, 2001.

«La partida de Girón», Vía Digital, 2001.

«¿Por qué sangró la montaña?», Alberto Llórente, Diesel Films, 2002.

Páginas web

http://www.Nodo50.org.age (web de la Asociación Archivo, Guerra y Exilio).

http://es.geocities.com/los_del_monte (Página sobre *Juanín* y el movimiento guerillero).

http://es.geocities.com/museo_virtual_guerrillero.

http://www.pce.es/guerrilleros/guerriantifascistas.htm (sección de la página web del PCE dedicada a la guerrilla).

http://club.telepolis.com/serradilla/Tierra_Viva/El_frances.htm (página sobre Pedro José Marquino Monge *El Francés*).

http://es.geocities.com/priaranza36 (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica).

http://www.galeon.com/caidos por la libertad (página de la Asociación Caídos por la Libertad de Murcia).

http://es.geogities.com/paisajes_guerrilla (página con información sobre los lugares donde actuó la guerrilla).

http://www.guerrillas.info.

http://www.lagavillaverde.org (Asociación de Santa Cruz de Moya, organizadora de las jornadas guerrilleras).

http://www.ciudadfutura.com/armagedon/maquis/maquis.htm.



ALFONSO DOMINGUEZ nació en Turégano (Segovia) en 1955. Reportero de guerra, viajero y documentalista, ha dirigido y realizado un centenar de documentales por todo el mundo, algunos doblemente galardonados. Ha escrito varios libros y guías de viaje sobre España, África y América. Una de sus pasiones es la investigación histórica, especialmente la Guerra Civil española, que ha desarrollado en el género documental y que ahora aborda desde la historia oral.